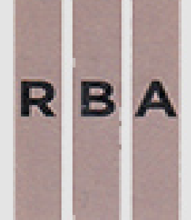


Vladimir Nabokov

Curso sobre el Quijote

En el curso 1951-1952, cuatro años antes de publicar *Lolita*, Vladimir Nabokov dictó en la Universidad de Harvard seis lecciones sobre el *Quijote*. Aquellas clases, en las que el escritor pretendía demostrar que se trataba «del libro más amargo y bárbaro de todos los tiempos», fueron publicadas póstumamente, en 1983, por Fredson Browers con el título *Lectures on Don Quixote*.

Ante los seiscientos estudiantes que siguieron aquellas conferencias, intentó desmitificar el libro y hacerles evidentes, con idéntico ahínco, sus defectos y sus aciertos a lo largo de los diversos temas en los que centró las sesiones: las victorias y las derrotas, Dulcinea y la muerte, el engaño y la crueldad, el hidalgo y el escudero. A pesar de sus controvertidas opiniones sobre el autor y su personaje, Nabokov reconoció sin ambages la pervivencia del *Quijote* en la gran narrativa posterior, desde Dickens hasta Tolstoi.



Vladimir Nabokov

Curso sobre el Quijote

ePub r1.0
German25 17.03.18

Título original: *Lectures on Don Qixotte*
Vladimir Nabokov, 1983
Traducción: María Luisa Balseiro
Fotografía de cubierta: agefotostock

Editor digital: German25
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Cuando Vladimir Nabokov llegó a Estados Unidos en 1940 para iniciar una vida nueva en ese país, llevaba consigo, según él mismo ha contado[1], cierto número de lecciones preparadas para la carrera docente que se abría ante él. Estas lecciones sobre el *Quijote* de Cervantes, sin embargo, las escribió durante un período de excedencia de su puesto fijo en la Universidad de Cornell, que se le concedió para que pudiera aceptar un nombramiento de profesor visitante en la Universidad de Harvard durante el semestre de primavera del año académico 1951-1952.

Entre los cursos de Educación General instituidos en Harvard unos cinco años atrás estaba el de Humanidades 1 y 2, y las clases del primer semestre, dedicados a la épica, las impartía el helenista John H. Finley, Jr., mientras las del segundo, dedicadas a la novela, corrían a cargo de Harry Levin. Ambos habían ejercido una influencia importante en la creación del programa de Educación General, del cual el curso de Humanidades 1 y 2 era parte relevante. De vez en cuando, el profesor Levin tenía que cumplir compromisos con otros departamentos, dejando un sustituto en Humanidades 2: I. A. Richards, Thornton Wilder y Vladimir Nabokov desempeñaron ese papel. Conversando con Nabokov sobre las obras que debían estudiarse en clase, Levin recordaba haberle comentado que, en su opinión, el *Quijote* era el punto de partida lógico para hablar de la evolución de la novela. Hasta tal punto estaba de acuerdo Nabokov que empezó a preparar una serie de lecciones sobre Cervantes ex profeso para el curso, a las que seguirían las lecciones que ya tenía escritas y dictaba en Cornell sobre Dickens, Gógol, Flaubert y Tolstoi. No tenemos noticia de

que las lecciones sobre Cervantes las dictara también en Cornell después de su regreso[2].

Nabokov puso especial esmero en la preparación de sus tareas en Harvard y en las nuevas lecciones sobre Cervantes. Al parecer, lo primero que hizo fue realizar por escrito un resumen extenso de toda la obra, capítulo por capítulo. Dado que en su método didáctico se recurría a menudo a la cita del autor estudiado, ese resumen se componía en parte de narración hecha con sus propias palabras y en parte de citas reproducidas o señaladas, lo uno y lo otro salpicado de comentarios personales sobre la acción, el diálogo, los personajes y los temas. El texto que utilizó fue la traducción del *Quijote* de Samuel Putnam, publicada por Viking Press en 1949 y reimpresa después por Random House en la Modern Library. Casi todas las referencias a páginas contenidas en los manuscritos de Nabokov lo eran a esta edición (que no hay que confundir con la abreviada de la serie Viking Portable, que desaconsejó particularmente a sus alumnos). También, sin embargo, daba como aceptable el *Quijote* en rústica traducido por J. M. Cohen para Penguin Books en Inglaterra (1950).

El ejemplar de la traducción de Putnam que usó Nabokov para preparar sus notas y lecciones no se ha conservado, pero la familia Nabokov guarda el *paperback* Penguin. Este ejemplar muestra líneas a lápiz en el margen de numerosos pasajes, pero, desafortunadamente, sólo un par de anotaciones, tales como el interrogante «¿Victoria o derrota?» en el capítulo 9 de la primera parte, o «Comienza el tema ducal» en el capítulo 30 de la segunda parte. No está claro si era éste el ejemplar que utilizó en clase (el hecho de estar las citas de sus lecciones referidas a la paginación del Putnam podría haber creado dificultades); pero la cuestión tiene escasa importancia, porque la ausencia casi total de anotaciones lo hace inútil para nuestros propósitos.

La sección de Narración y Comentario, que en el presente volumen sigue a las seis lecciones propiamente dichas, reproduce el resumen original que hizo Nabokov de la novela, escrito primero a mano y después a máquina, de forma que permitiera extraer de él lo que hiciera falta. Sólo después de haberse familiarizado a fondo con la novela elaborando esta Narración y Comentario acometió Nabokov la preparación activa de las

propias lecciones. Aquí los manuscritos parecen indicar que su idea inicial fue redactar un texto seguido que analizara la estructura del *Quijote* tomando como base el tema general de las victorias y las derrotas. La misma evidencia confirma que escribió una versión preliminar y bastante extensa de las lecciones.

Para realizar ese estudio abstrajo numerosas páginas de la parte original de Narración y Comentario mecanografiada, alterando además en gran medida su orden cronológico para acoplarlas al nuevo tema central. Páginas manuscritas de ampliación y comentario más detallado servían de enlace de esos textos mecanografiados recompuestos con el análisis temático de Victorias y Derrotas. Sólo más tarde, ya terminado este borrador, se perfilaron en su imaginación los núcleos temáticos más variados de estas seis lecciones, como concepto estructural superior tanto a la relación cronológica de sus primeras anotaciones como a la simple oposición de Victorias y Derrotas, en cuanto armazón del discurso.

Para llegar, pues, a la forma definitiva de estas seis lecciones, que son las que dictó y las que ahora se conservan en sus seis carpetas, Nabokov procedió a una nueva reescritura, añadiendo a las páginas otras nuevas extraídas, según hiciera falta el material, del borrador de Victorias y Derrotas, y otras de las anotaciones originales para la Narración y Comentario. En las páginas mecanografiadas tachó el material que no habría de emplear y las insertó así en el texto definitivo, escrito a mano. El sexto capítulo, «Victorias y Derrotas», fue totalmente reescrito con arreglo a una nueva fórmula. Sólo cuarenta y tantas páginas, como una quinta parte de las notas originales de Narración y Comentario, quedaron apartadas en una carpeta, sin ser utilizadas ni en el borrador ni en las lecciones definitivas. La reconstrucción de la parte original de Narración y Comentario para este volumen se ha hecho recuperando sus páginas mecanografiadas (identificables por la paginación) del borrador desechado de Victorias y Derrotas, y las partes escritas a mano de ese mismo borrador se han añadido a las lecciones cuando era pertinente, o se han insertado en la parte de Narración y Comentario. También se ha recuperado el material mecanografiado tachado por Nabokov después de insertar lo que necesitaba de esas páginas en el texto de las seis lecciones finales. Las páginas

dispersas de Narración y Comentario recompuestas, y añadidas a las cuarenta y tantas del original que habían quedado apartadas, forman ahora la sección correspondiente, a falta sólo de unas pocas páginas.

La reconstrucción de esta sección en su forma original dio como resultado cierta dosis de repetición, tanto de comentarios como de citas ya extraídas para su uso en las seis lecciones: todo ese material se ha eliminado, de modo que la reaparición de los mismos pasajes en la parte de Narración y Comentario sea únicamente una expansión o complemento del discurso desarrollado en las lecciones. Esa necesaria poda del material ha obligado al editor a insertar en algunos puntos pasajes de transición para enlazar entre sí citas que para Nabokov no eran sino anotaciones sugerentes con vistas a un posible desarrollo; además de esto, se han prolongado algunas citas por su interés intrínseco y se han añadido algunas más procurando el placer del lector. En sustitución de las pocas hojas que se habían perdido, se ha insertado un pequeño número de sinopsis argumentales, a fin de respetar la continuidad.

Los manuscritos conservados son las seis carpetas originales de Nabokov, cada una con una lección, y en algunos casos hojas sueltas de anotaciones que hay que interpretar como una acumulación previa de material de fondo. (De estas anotaciones se ha incorporado el mayor número posible al texto de las lecciones). La extensión de las lecciones varía apreciablemente, en parte según los cortes optativos que Nabokov hiciera del texto, señalados con corchetes amenazadores (porque el escritor era meticuloso en cuanto a la duración de sus lecciones). Pero también, dado que la exposición de todas las lecciones debía llevar el mismo tiempo, el que el número de hojas sea muy variable depende en parte del uso limitado que pudiera hacer (tal vez sólo unas cuantas frases de una página) del anterior material escrito que integró en la forma definitiva del discurso. Las lecciones definitivas están todas escritas a mano por el propio Nabokov, salvo esas hojas mecanografiadas que intercaló del borrador anterior del esquema Victorias y Derrotas. Muchas hojas de ese borrador procedían, evidentemente, de la versión mecanografiada de los resúmenes redactados como parte de su primer estudio sistemático de la novela. La primera lección se compone de una veintena de páginas; la segunda, de treinta y

cinco; la tercera llega a abarcar setenta y una; la cuarta se reduce a veintinueve; la quinta, a treinta y una, y la versión definitiva de la sexta, que comprende una conclusión, a unas cincuenta. Además de esas carpetas, que representan básicamente las lecciones en la forma en que fueron impartidas, el material archivado comprende unas ciento setenta y cinco páginas de sinopsis desechadas, páginas sueltas y una carpeta con quince páginas de notas apenas elaboradas sobre el *Quijote* espúreo de Avellaneda.

El problema de edición ha consistido en tratar de presentar lo más posible de las ideas de Nabokov sobre el *Quijote*, con su comentario, en una escala mayor que la impuesta por los límites arbitrarios de las seis lecciones en clase a las que se veía obligado. Dentro de las propias lecciones, Nabokov tachaba el material desechado hasta hacerlo ilegible, pero también tenía la costumbre de encerrar entre corchetes otras partes que podía leer o no según cómo anduviese de tiempo, anotando muchas veces al margen el paso de los minutos. En otros casos, al utilizar páginas de la primera redacción de Narración y Comentario, trazaba una línea diagonal sobre el material que no podía aprovechar por limitaciones de tiempo, o porque no fuese pertinente para lo que en ese momento estaba explicando. El responsable de esta edición ha restaurado sistemáticamente los textos entre corchetes, porque formaban parte de la redacción original; suelen ser pertinentes y podrían perfectamente haber sido leídos si el tiempo lo hubiera permitido. Otros materiales suprimidos de las hojas mecanografiadas intercaladas se han incluido en su contexto, sobre todo allí donde una cita del *Quijote* podía ser útil; pero la mayor parte de ese material desechado se ha reintegrado a la sección de Narración y Comentario a la que en un principio pertenecía.

Nabokov solía poner por escrito las citas que pretendía leer, pero en ocasiones se limitó a anotar el número de la página correspondiente en la traducción de Putnam. En este caso no sabemos si, teniendo tiempo, abría el libro y leía en voz alta, o si simplemente señalaba a sus alumnos el pasaje para que lo leyeran por su cuenta. (Todas esas citas se dan completas en este volumen). En torno a esto hemos actuado con cierta libertad, extendiendo cuando parecía oportuno un pasaje que Nabokov daba en forma más breve, y añadiendo las citas correspondientes, tanto en el texto como en las notas,

para ilustrar mejor los comentarios de Nabokov[3]. En general, las lecciones conservan la estructura y el orden que les dio Nabokov en su redacción definitiva, con la salvedad de esas ampliaciones ya mencionadas, sobre todo las autorizadas por su aparición entre corchetes en el propio texto hológrafo. Sin embargo, el primer capítulo, que aun en su forma presente dista mucho de ser sintético, estaba menos estructurado que los demás, y en él se han incluido, junto con el texto original, notas y comentarios de hojas dispersas entre las carpetas pero que no guardaban relación directa con el contenido de las mismas.

Dado que las lecciones en su forma final se centran en distintos temas, y por lo tanto no siguen el hilo argumental de la obra con arreglo a un orden cronológico fijo, la parte de la Narración y Comentario puede servir para dar una visión coherente de la novela tal y como la escribió Cervantes, entresacada de una serie de exposiciones y análisis de Nabokov que no hallaron cabida en las lecciones. Por consiguiente, esa sección es parte integrante del presente volumen, no sólo para la comprensión de la visión total que tenía Nabokov del *Quijote*[4] como obra de arte, sino también para el fin más modesto de recordarle al lector distanciado aquellos sucesos que Nabokov quizá sólo mencione de pasada en las lecciones. Confiamos en que esa narración resumida no desanime a nuevos lectores, estimulados por las lecciones, de buscar en la propia novela una nueva experiencia de contacto con la gran literatura del mundo.

FREDSON BOWERS

INTRODUCCIÓN

«Vida real» *y ficción*

Vamos a hacer todo lo posible por no caer en el fatídico error de buscar en las novelas la llamada «vida real». Vamos a no tratar de conciliar la ficción de los hechos con los hechos de la ficción. *El Quijote* es un cuento de hadas, como lo es *Casa desolada*, como lo es *Almas muertas. Madame Bovary* y *Ana Karénina* son cuentos de hadas excelsos[5]. Pero sin estos cuentos de hadas el mundo no sería real. Una obra maestra de ficción es un mundo original, y en cuanto tal no es probable que coincida con el mundo del lector. Por otra parte, ¿qué es la tan cacareada «vida real», qué son los «hechos» ciertos? Nos entra la sospecha cuando vemos a los biólogos acecharse unos a otros con sus genes cargados, o a los historiadores rodar trabados en combate sobre el polvo de los siglos. Se podrá discutir si el periódico y un conjunto de sentidos reducido a cinco son las principales fuentes de la llamada «vida real» del llamado hombre medio, pero una cosa sí es segura, afortunadamente, y es ésta: que el mismo hombre medio no es sino un ente de ficción, un tejido de estadísticas.

(Ver Figura[1]) y (Ver Figura[2])

La idea de «vida real», pues, se basa en un sistema de generalidades, y si los llamados «hechos» de la llamada «vida real» enlazan con la obra de ficción es únicamente en cuanto generalidades. Por lo tanto, cuanto menos general sea una obra de ficción menos reconocible será en términos de «vida real». O viceversa, cuantos más detalles vividos y nuevos haya en una obra de ficción, más se apartará ésta de la llamada «vida real», dado que la

«vida real» es el epíteto generalizado, la emoción media, la multitud de los anuncios, el mundo del sentido común. Me estoy metiendo directamente y de cabeza en aguas un tanto heladas, cosa que es inevitable si se quiere romper el hielo. De nada vale, pues, buscar en esos libros una representación material y pormenorizada de la llamada «vida real». Por otra parte, existe alguna correspondencia entre ciertas generalidades de la ficción y ciertas generalidades de la vida. Pensemos en el dolor físico o mental, por ejemplo, o en los sueños, o en la locura, o en cosas como la bondad, la misericordia, la justicia: pensemos en estos elementos generales de la vida humana, y estaremos de acuerdo en que sería provechoso estudiar de qué manera los maestros de la narrativa los transmutan en arte.

El «¿Dónde?» del Quijote

No nos engañemos. Cervantes no es un topógrafo. El bamboleante telón de fondo del *Quijote* es de ficción, y de una ficción, además, bastante deficiente. Con esas ventas absurdas llenas de personajes trasnochados de los libros de cuentos italianos y esos montes absurdos infestados de poetastros dolientes de amor y disfrazados de pastores de la Arcadia, el cuadro que Cervantes pinta del país viene a ser tan representativo y típico de la España del siglo XVII como Santa Claus es representativo y típico del Polo Norte en el siglo XX. No sólo eso, sino que Cervantes parece tener un conocimiento de España tan escaso como el que tenía Gógol de la Rusia central.

Aun así, no deja de ser España; y aquí es donde las generalidades de la «vida real» (en este caso de la geografía) se pueden aplicar a las generalidades de una obra de ficción. En líneas generales, las aventuras de don Quijote, en la primera parte, se desarrollan en la zona de Argamasilla y El Toboso en la Mancha, en la reseca llanura castellana, y por el sur en las estribaciones de Sierra Morena. Los invito a localizar esos lugares en el mapa que les he dibujado. España, como verán, se extiende en latitud de cuarenta y tres a treinta y seis grados, de Massachusetts a Carolina del Norte, y la acción principal del libro tiene lugar en una región que correspondería a Virginia. Encontrarán ustedes la ciudad universitaria de

Salamanca al oeste, cerca de la frontera con Portugal; y admirarán Madrid y Toledo en el centro de España. En la segunda parte del libro hay una orientación general de las andanzas hacia el norte, hacia Zaragoza, en Aragón; pero después, por razones que más adelante comentaremos, el autor cambia de opinión y manda a su héroe a Barcelona, en la costa oriental.

Ahora bien, si examinamos las correrías de don Quijote con criterios topográficos nos encontramos con un lío tremendo. Les ahorro los detalles; bastará decir que a cada paso de esas aventuras hay un cúmulo de inexactitudes monstruosas[6]. El autor huye de las descripciones que, por descender a lo concreto, pudieran ser verificadas. Es absolutamente imposible seguir esas andanzas por cuatro o seis provincias del centro de España, en el curso de las cuales, hasta llegar a Barcelona en el noreste, no se pasa por una sola ciudad conocida ni se cruza un solo río. La ignorancia de Cervantes en materia de lugares es enorme y total, incluso en lo que respecta a la villa manchega de Argamasilla, que en opinión de algunos sería más o menos el punto de partida[7].

(Ver Figura[3])

El «¿Cuándo?» del libro

Hasta aquí en cuanto al espacio. Veamos el tiempo. Vamos a retroceder rápidamente desde 1667, el año de publicación del *Paraíso perdido* de Milton[8], a un infierno abrasado por el sol en las dos primeras décadas del siglo XVII.

Odiseo, hecho una llamarada de bronce, abalanzándose desde el umbral sobre los pretendientes; Dante estremecido al lado de Virgilio mientras pecador y serpiente se hacen uno; Satán bombardeando a los ángeles: esas cosas y otras existen dentro de una forma o fase del arte que llamamos épica. Las grandes literaturas del pasado parecen haber nacido en la periferia de Europa, en los márgenes del mundo conocido. Para nosotros esos puntos al sureste, al sur y al noroeste son, respectivamente, Grecia,

Italia e Inglaterra. Un cuarto punto es este que tenemos ahora al suroeste, España.

Lo que ahora vamos a ver es cómo la forma épica evoluciona, se desprende de su piel métrica y le salen pezuñas en los pies, cómo se transforma de pronto en un cruce fecundo entre el monstruo alado de la epopeya y la prosa especializada de la narración de entretenimiento, un mamífero más o menos domesticado, si se me permite completar pobremente la metáfora. El resultado es un híbrido fecundo, una nueva especie, la novela europea.

De modo que el lugar es España y la fecha entre 1605 y 1615, una década muy cómoda y fácil de conservar en el bolsillo. Florece la literatura española, y Lope de Vega escribe quinientas comedias que hoy día están muertas, como las pocas que escribiera su contemporáneo Miguel de Cervantes Saavedra. Nuestro hombre sale de su rincón de la manera más discreta. Yo sólo puedo echar una mirada de reojo a su vida, que ustedes, sin embargo, encontrarán fácilmente en diversas introducciones a su obra. Aquí lo que nos interesa son los libros, no las personas. Lo de la mano tullida de Cervantes no lo sabrán ustedes por mí.

Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616); William Shakespeare (1564-1616). El Imperio español se hallaba en la cima de su poderío y de su fama cuando nació Cervantes. Sus peores males y su mejor literatura comenzaron a finales del siglo. Madrid, en tiempos del aprendizaje literario de Cervantes, en los años siguientes a 1583, era un hervidero de versificadores menesterosos y fabricantes de prosa castellana más o menos pulida. Estaba, como ya he dicho, Lope de Vega, que como dramaturgo eclipsaba totalmente a Cervantes y era capaz de escribir una comedia en veinticuatro horas, con todos los chistes y las muertes que hicieran falta. Estaba el propio Cervantes, un fracasado como soldado, como poeta, como dramaturgo, como funcionario (le pagaban sesenta centavos al día por requisar trigo con destino a la desdichada Armada Invencible), y que, en 1605, publica la primera parte del *Quijote*.

Vale la pena, quizá, que echemos una rápida ojeada al mundo de las letras entre 1605 y 1615, los años de publicación de las dos partes del *Quijote*. Una cosa atrae mucho la atención de este observador: esa manía

casi patológica de hacer sonetos que se da en toda Europa, en Italia, España, Inglaterra, Polonia, Francia; ese frenesí extraño, aunque no del todo despreciable, por aprisionar una emoción, una imagen o una idea en una celda de catorce versos, tras los áureos barrotes de cinco o siete rimas, cinco en los países latinos, siete en Inglaterra.

Miremos hacia Inglaterra. En el tremendo ocaso del período isabelino, se estrenaban o se habían estrenado poco antes las incomparables tragedias de Shakespeare, el gran desfile de *Hamlet* (1601), *Otelo* (1604), *Macbeth* (1605). (Es muy posible que, mientras Cervantes inventaba a su loco caballero, Shakespeare estuviera inventando a su rey loco). Y a la sombra del roble de Shakespeare crecían Ben Jonson, Fletcher y muchos otros dramaturgos, un espeso sotobosque de talentos. Los sonetos de Shakespeare, la cumbre más alta de ese tipo de cosa, se publicaron en 1609, y ese influyente monumento de la prosa que es la versión de la Biblia del rey Jacobo salió en 1611. Milton nació en 1608, entre las fechas de la primera y la segunda parte del *Quijote*. En la colonia inglesa de Virginia, el capitán John Smith daba a la luz su *Revelación cierta* en 1608, y su *Mapa de Virginia* en 1612. Fue el primer escritor de la frontera que tuvo este país.

Para Francia esta década significó una breve depresión entre dos épocas grandes, inmediatamente siguiente a la era admirable y vistosa del poeta Ronsard y el ensayista Montaigne. La poesía moría de muerte decorosa a manos de pálidos perfeccionistas, rimadores perfectos pero visionarios impotentes, como el famoso e influyente Malherbe. Estaban de moda novelas sentimentales tan malas como la *Astrea* de Honoré d’Urfé. El siguiente poeta verdaderamente grande, La Fontaine, aún no había nacido, ni habían hecho aparición los dramaturgos Racine y Molière[9].

En Italia, en medio de una era de opresión y tiranía que había comenzado a mediados del siglo XVI, en la que todo pensamiento era sospechoso y toda expresión del pensamiento era reprimida, la década que estamos comentando es un período de poesía altisonante, sin otra cosa digna de mención que las metáforas extravagantes y los conceptos rebuscados de Giovanni Marini y sus seguidores. El poeta Torquato Tasso había acabado diez años antes el trágico desastre que fue su vida; y Giordano Bruno, gran pensador independiente, moría en la hoguera (1600).

En cuanto a Alemania, no hay grandes escritores en la década que estamos viendo, y que corresponde al umbral del llamado Renacimiento alemán (1600-1740). La literatura francesa ejercía una influencia poderosa sobre varios poetas menores, y había numerosas sociedades literarias a imagen de las italianas.

En Rusia, entre los fogosos panfletos de Iván el Terrible (finales del siglo XVI) y el nacimiento del más grande de los escritores moscovitas (antes del Renacimiento del siglo XIX), el protopope Avvakum (1620-1681), lo único que se distingue dentro de una larga época de opresión y aislamiento son cuentos de hadas anónimos, poemas narrativos sin rima que declamaban los recitadores y en donde se cantaban las hazañas de héroes legendarios (la colección más antigua de esta *byliny* fue puesta por escrito en 1620 para un inglés llamado Richard James). En Rusia, como en Alemania, la literatura estaba todavía en estado fetal.

Los comentarios generales de los críticos

Algunos críticos, una minoría muy difusa y desaparecida largo tiempo ha, han intentado demostrar que el *Quijote* no es más que una farsa tonta. Otros han sostenido que el *Quijote* es la mejor novela de todos los tiempos. Hace cien años un entusiasta crítico francés, Sainte-Beuve, lo calificó de «la Biblia de la Humanidad». No caigamos bajo el hechizo de estos encantadores.

El traductor de la edición Viking, Samuel Putnam, recomienda a propósito del *Quijote* los libros de Bell y Krutch[10]. Yo discrepo enérgicamente de muchas de las cosas que se dicen en esos libros. Discrepo de afirmaciones como la de que «[la] percepción [de] Cervantes era tan sensible, su inteligencia tan flexible, su imaginación tan activa y su humor tan sutil como los de Shakespeare». No, por favor: aunque redujéramos a Shakespeare a sus comedias, Cervantes seguiría yendo a la zaga en todas esas cosas. Del *Rey Lear*, el *Quijote* sólo puede ser escudero. Lo único en que Cervantes y Shakespeare son iguales es en influencia, en difusión espiritual: estoy pensando en la larga sombra arrojada sobre la posteridad receptiva por una imagen creada que puede seguir viviendo con

independencia del propio libro. Las obras de Shakespeare, sin embargo, seguirán viviendo aparte de la sombra que proyecten.

Se ha señalado que ambos escritores fallecieron el día de San Jorge de 1616, «tras haber dado muerte entre los dos al dragón de las falsas apariencias», como dice Bell (pág. 34) con frase caprichosa pero incorrecta: lejos de dar muerte al dragón, tanto Cervantes como Shakespeare, cada uno a su modo, pasearon a la hermosa bestia atada de una correa, para que de sus escamas irisadas y de su ojo melancólico se disfrutara para toda la eternidad de las letras. (Por cierto que, aunque se cite el 23 de abril como fecha de la muerte de ambos —y es mi cumpleaños—, Cervantes y Shakespeare murieron bajo distintos calendarios; hay una diferencia de diez días entre una fecha y otra).

En torno al *Quijote* oímos un estridente choque de opiniones, que a veces tienen el timbre de la mente firme pero pedestre de Sancho y otras veces nos recuerdan la furia de don Quijote contra los molinos. Católicos y protestantes, místicos flacos y estadistas gordos, críticos bienintencionados pero verbosos y periclitados, de la cuerda de un Sainte-Beuve, un Turguéniev o un Brandes, y cuatrillones de eruditos pendencieros han expresado sus ideas contradictorias acerca del libro y del hombre que lo escribió. Los hay como Aubrey Bell, que piensa que no se puede componer una gran obra maestra sin el auxilio de una iglesia universal, que encomia «el espíritu liberal y tolerante de los censores eclesiásticos de España» (pág. 166) y sostiene que Cervantes y su personaje eran buenos católicos en el seno de la buena Contrarreforma. Hay otros, protestantes fieros, que, al contrario, insinúan que Cervantes pudo estar en contacto con los reformistas[11]. Bell afirma también que la lección que se saca del libro es la presunción de don Quijote: el desatino de proponer el bien general, campo de acción que sólo corresponde a la Iglesia. La misma escuela mantiene que a Cervantes la Inquisición le traía tan sin cuidado como al dramaturgo Lope de Vega o al pintor Velázquez, de modo que la burla que se hace de los sacerdotes en el libro es bienhumorada, bromas de familia, cosa puramente doméstica, pullas de claustro, amenidades de rosaleda. Pero otros críticos adoptan severamente el punto de vista absolutamente opuesto y tratan de demostrar, sin gran éxito, que en el *Quijote* Cervantes expresó sin miedo su

desprecio hacia lo que un severo comentarista protestante, Duffield, denomina «el ritual papista (*Romish*)» y «la tiranía clerical»[12]; y el mismo crítico concluye que el monomaniaco no era sólo don Quijote, sino que toda «España en el siglo XVI estaba invadida de locos del mismo tipo [patológico], hombres de una idea fija»; ya que «el rey, la Inquisición, los nobles, los cardenales, los curas y las monjas… todos estaban dominados», como dice este autor violentamente, «por la exclusiva convicción, imperiosa y prepotente, de que para llegar al cielo había que pasar por una puerta de cuyas llaves eran ellos los guardianes»[13].

No vamos a seguir por el sendero polvoriento de estas generalizaciones pías o impías, traviesas o solemnes. La verdad es que no importa mucho que Cervantes fuera buen o mal católico; no importa siquiera que fuera bueno o malo, ni yo considero muy importante su actitud, la que fuera, frente al clima de su época. Personalmente me inclino más a aceptar la tesis de que esas condiciones no le preocupaban gran cosa. Lo que, en cambio, sí nos interesa es el propio libro, un determinado texto español mejor o peor traducido al inglés. Nos encontraremos, por supuesto, con que del texto brotan ciertas implicaciones morales que hay que considerar bajo una luz que quizá trascienda del mundo del libro en sí, y no flaquearemos cuando lleguemos a esas espinas. «*L'homme n'est rien, l'oeuvre est tout*» («el maestro no es nada, la obra maestra lo es todo»)[14], decía Flaubert. En más de un adepto del arte por el arte habita un moralista frustrado; y algo hay en la ética del libro *Don Quijote* que proyecta una lívida luz de laboratorio sobre la flamante carne de algunos de sus pasajes. Vamos a hablar de su crueldad.

Observaciones generales sobre la forma

Las novelas se pueden dividir en novelas *monoviales* y *multiviales*.

Monoviales: aquéllas en las que lo importante es la trayectoria de una sola existencia humana.

Multiviales: aquéllas en las que las trayectorias son dos o más.

Esa vida o esas vidas pueden estar continuamente presentes en todos los capítulos, o bien el autor puede utilizar la *conmutación*, menor o mayor.

Menor, cuando los capítulos en los que la vida o las vidas principales están activamente presentes se alternan con otros capítulos en los que los personajes secundarios comentan esas vidas principales.

Mayor: cuando, en una novela multivial, el autor pasa de contar una vida a contar otra, y de ésta a aquélla. Las muchas vidas pueden mantenerse separadas durante largo trecho, pero uno de los rasgos de la novela multivial como forma literaria es el de que las muchas vidas entren en contacto antes o después.

Madame Bovary, por ejemplo, es una novela monovial, sin apenas conmutaciones. *Ana Karénina* es una novela multivial con conmutaciones mayores. ¿Qué es el *Quijote*? Yo lo calificaría de novela de vía y media, con algunas conmutaciones. Caballero y escudero son en realidad una sola cosa, y en cualquier caso el escudero no hace sino seguirle la corriente al caballero; hay un punto, sin embargo, en la segunda parte, en el que se separan. Las conmutaciones son muy toscas, con un forzado movimiento de lanzadera entre la ínsula de Sancho y el castillo de don Quijote, y es un alivio para todos los participantes —autor, personajes y lector— que ambos vuelvan a unirse y a formar su combinación natural de caballero-y-escudero.

Desde un punto de vista ya no orientado a aspectos de modo sino de contenido, las novelas modernas se pueden catalogar en tipos tales como novelas de familia, novelas psicológicas (que a menudo están escritas en primera persona), novelas de misterio, etcétera. Las obras de primera fila suelen ser una combinación de varios de esos tipos. Pero sobre todo no hay que ponerse demasiado pedante. La cuestión del tipo puede llegar a ser sumamente aburrida, y realmente pierde todo interés cuando nos obliga a indagar en obras pretenciosas de escaso o nulo valor artístico, o al revés, a intentar encasillar como sea una obra maestra[15].

El *Quijote* se encuentra dentro de un tipo de novela muy temprano y muy primitivo. Mantiene estrechos vínculos con la novela picaresca, un tipo de narración viejo como las viñas de los montes, que tiene por protagonista a un truhán, un vagabundo, un embaucador o en general un aventurero más o menos gracioso. Y ese protagonista despliega una carrera más o menos antisocial o asocial, saltando de trabajo en trabajo o de burla en burla a lo

largo de una serie de episodios pintorescos, poco trabados entre sí, en los que el elemento cómico predomina netamente sobre cualquier intención lírica o trágica. También es significativo que el autor, al escoger como protagonista un vagabundo, en una época de opresión política en la que el gobierno y la Iglesia imponen un mensaje moral, es significativo que, con esa elección, el autor decline astutamente toda responsabilidad peligrosa sobre los componentes socio-religioso-políticos de su héroe, puesto que el vagabundo, el aventurero, el loco, es fundamentalmente asocial e irresponsable[16].

Por supuesto que en las aventuras de nuestro visionario caballero vemos mucho más que las tribulaciones de dos personajes grotescos, uno flaco y otro gordo; pero aun así el libro se ajusta esencialmente a una forma primitiva, la del relato picaresco de episodios variopintos, puestos unos detrás de otros, apenas hilvanados, y como tal lo aceptaba y disfrutaba el lector sencillo.

La larga sombra de don Quijote

A lo largo de todas las demás novelas que leamos, el *Quijote*, en cierto modo, seguirá estando con nosotros. Reconoceremos su característica más saliente y memorable, *la nobleza extravagante*, en el quijotesco propietario de esa casa todo menos desolada que es John Jarndyce[17], uno de los personajes más atrayentes y apetecibles de toda la literatura narrativa. Cuando lleguemos a las *Almas muertas* de Gógol nos será fácil descubrir, en su esquema pseudopicaresco y en la extraña empresa que su protagonista acomete, un eco grotesco y una parodia morbosa de las aventuras de don Quijote. En lo que respecta a la *Madame Bovary* de Flaubert, no sólo nos encontraremos con que la propia dama vive casi tan insensatamente inmersa en meandros románticos como nuestro flaco hidalgo, sino que además descubriremos otra cosa más interesante, a saber, que a Flaubert, viendo con qué tenacidad extrema persigue la seria aventura de componer su novela, se le podría llamar un verdadero don Quijote por ese rasgo que es el más revelador de los grandes escritores: la sinceridad del arte que no flaquea ante nada. Y, finalmente, en la *Ana Karénina* de Tolstoi volveremos a

reconocer vagamente al serio caballero en uno de los personajes principales, Liovin.

Debemos, pues, imaginarnos a don Quijote y su escudero como dos siluetas pequeñas que van caminando allá a lo lejos, sobre un fondo de dilatado crepúsculo encendido, y cuyas negras sombras, enormes, y una de ellas especialmente flaca, se extienden sobre el campo abierto de los siglos y llegan hasta nosotros. En la segunda lección contemplaremos esas dos figuras a través de unas lentes que yo he hecho, e *in vitro*. En la tercera examinaremos algunos aspectos de estructura, componentes estructurales, en particular la materia de la Arcadia, la Novela Intercalada y la materia de los libros de caballerías. La cuarta lección estará dedicada a la Crueldad, los Engaños y los Encantamientos. En la quinta lección se tratará lo referente a los Cronistas Fingidos y los Espejos, y también se hablará de la pequeña Altisidora, de Dulcinea y de la Muerte. Mi última lección quijotesca será una exposición, juego a juego, de las victorias y derrotas de don Quijote.

DOS RETRATOS: DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

Don Quijote: el hombre

Aun contando con lo que el texto español pierde de viveza a la luz crepuscular de la traducción, aun así los chascarrillos y los refranes de Sancho no suscitan gran hilaridad, ni por sí mismos ni por su acumulación repetitiva. El chiste moderno más gastado tiene más gracia. Tampoco las escenas de risa de nuestro libro convulsionan realmente los diafragmas modernos. El Caballero de la Triste Figura es un ser único; Sancho, el de la barba desaliñada y la nariz de porra, es, con algunas reservas, el payaso generalizado.

Pues bien, la tragedia se desgasta menos que la comedia. Lo dramático se conserva en ámbar; la carcajada se disgrega en el espacio y en el tiempo. Ciertamente, la emoción inefable del arte está más cerca del estremecimiento varonil del temor sacro, o de la húmeda sonrisa de la comparación femenina, que de la risilla ocasional; y ni que decir tiene que en este sentido hay algo todavía mejor que el rugido de dolor o el rugido de la risa, y que es el supremo ronroneo de placer que produce el *pensamiento sensual*: pensamiento sensual, que es lo mismo que decir arte auténtico. De esto hay en nuestro libro una dosis pequeña, pero de infinito valor.

(Ver Figura[4])

Examinemos al triste caballero. Antes de tomar para sí el nombre de don Quijote se llamaba Quijada o Quesada a secas. Es un hidalgo rural, con su viñedo, su casa y su trozo de tierra de labor; buen católico (que más tarde sufrirá de mala conciencia); un señor alto y flaco, frisando en los cincuenta

años. En mitad de la espalda tiene un lunar velludo, que según Sancho es señal de hombre fuerte, como lo es también el pelo abundante de su pecho. Sin embargo, tiene poca carne para tanta osamenta; y lo mismo que su estado mental parece un ajedrezado de lucidez y locura, así su forma física es un parcheado de vigor, cansancio, resistencia y dolores incurables. Quizá sea peor dolor el de las patéticas derrotas que sufre el pobre Quijote que el de los vergonzosos coscorrones que se lleva en la cabeza; pero no se nos olvide ese malestar físico temible y constante que su energía nerviosa y su terca pasión por dormir al sereno pueden superar pero de ningún modo curar: el pobre hombre lleva muchos años aquejado de un serio trastorno de riñón.

Voy a tener mucho que decir, más adelante, sobre la brutalidad del libro, y sobre la curiosa actitud hacia esa crueldad que han adoptado por igual expertos y legos en la materia, viendo en él una obra compasiva y humana.

De vez en cuando, a efectos de burda farsa medieval, Cervantes nos muestra a su personaje sólo en camisa, camisa que se nos describe con detalle, diciendo que no llega a taparle del todo los muslos. Disculpen ustedes que enumere estos detalles desagradables, pero es que son necesarios para refutar a los defensores de la sana diversión, de la risa benévola. Tiene las piernas muy largas, flacas y peludas, y nada limpias; sin embargo, su pellejo reseco y poco provechoso no atrae, al parecer, a los parásitos que afligen a su carnoso compañero. Pasemos ya a vestir a nuestro paciente. Aquí tenemos su jubón, una chaqueta ajustada de piel de gamuza, con pocos y desiguales botones, y todo mugriento y herrumbroso por el sudor y la lluvia que se cuela por los agujeros de la armadura. Un cuello blando, como los que usan los estudiantes de Salamanca, pero sin encajes; calzones pardos y estrechos, desteñidos a trozos; medias de seda verde acribilladas de puntos sueltos, y zapatos del color del dátil. Por encima de todo esto vemos un fantástico surtido de armas, que a la luz de la luna le hace parecer un espectro armado que no habría estado fuera de lugar sobre los almenados muros de Elsinor, en el reino de Dinamarca, si los jocundos compañeros de Hamlet hubiesen querido gastarle una broma al caviloso estudiante de Wittenberg.

La armadura de don Quijote es vieja, renegrida y mohosa. En los primeros capítulos se ata el yelmo improvisado con unas cintas verdes, cuyos nudos harán falta varios capítulos para deshacer. En otro momento tendrá por yelmo una bacía de barbero, una jofaina de latón bruñido con una escotadura circular, un entrante en el borde para la barbilla del cliente. Con el escudo sobre su flaco brazo y una rama de árbol por lanza, monta sobre su Rocinante, que es igual de macilento y cuellilargo y esencialmente bondadoso que él, con la misma mirada pensativa, el mismo porte flemático y la misma huesuda dignidad que su dueño ostenta cuando no está a punto de atacar; porque cuando don Quijote arremete, la ira le frunce y estremece el entrecejo, infla los carrillos, mira con fiereza y golpea el suelo con el pie derecho, haciendo también, por así decirlo, el papel de caballo de guerra mientras Rocinante, a su lado, agacha la cabeza.

Cuando don Quijote se alza la visera de cartón, descubre un rostro polvoriento y ajado, de nariz aguileña un poco corva y ojos hundidos, con huecos entre los dientes de delante y unos bigotes grandes y tristes que siguen siendo negros, en contraste con el escaso pelo canoso que le queda en la cabeza. Es un rostro muy serio, largo y enjuto, de piel amarillenta al principio, pero que luego, bajo el tórrido sol de la meseta castellana, se teñirá del tono moreno del labriego. Tan flaca es la cara, tan hundidas las mejillas, tan pocas las muelas que le quedan, que no parece, como dice su creador, sino unas mejillas que se estuvieran besando por dentro de la boca.

Los modales de don Quijote son como una transición de su apariencia física al misterio de su naturaleza dual. Su compostura, su gravedad, la noble serenidad y dominio de su conducta forman un extraño contraste con sus furiosos arrebatos de rabia belicosa. Ama el silencio y el decoro. Escoge sus palabras con cuidado exquisito, aunque sin afectación. Es un perfeccionista, un purista: no soporta oír a un patán pronunciar mal o emplear una expresión indebida. Es casto, enamorado de un sueño velado, perseguido por encantadores; y por encima de todo es un caballero gallardo, un hombre de infinito coraje, un héroe en el sentido más auténtico de la palabra. (Conviene no olvidar este importante aspecto). A pesar de su extraordinaria cortesía y deseo de agradar, hay una cosa por la que no pasará jamás, y es la menor sombra de crítica de Dulcinea, la dama de sus

sueños. Como señala con razón su escudero, su actitud hacia Dulcinea es religiosa. Los pensamientos de don Quijote no van nunca más allá de un homenaje simplemente por lo que ella es, sin esperar otra recompensa que la de ser aceptado como defensor suyo. «Con esa manera de amor», observa Sancho, «he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena».

Estoy pensando sobre todo en la primera parte de la obra, pues en la segunda se observan algunos cambios extraños en el carácter de don Quijote: junto a lapsos de lucidez conoce lapsos de miedo. Así que subrayaríamos de nuevo el dato de su coraje absoluto olvidándonos, por así decirlo, de cierta escena de la segunda parte donde tiembla de miedo porque su cuarto se llena de gatos. Pero en conjunto es, entre los caballeros andantes, el más valiente y el más enamorado de cuantos hubo en el mundo. No tiene malicia; es confiado como un niño. Hasta el punto de que su puerilidad destaca a veces quizá más de lo que pretendía destacarla su creador. Cuando en un cierto giro de la novela, en el capítulo 25 de la primera parte, se le ocurre hacer «locuras» como penitencia —«locuras» premeditadas a sumar sobre su locura normal, digamos—, demuestra una imaginación de escolar bastante limitada en materia de barrabasadas.

«—Por lo menos, quiero, Sancho, y porque es menester ansí [dice el caballero cuando Sancho se apresta a salir de Sierra Morena con la carta para Dulcinea], quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. […]

»Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante, y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco».

Veamos ahora su locura básica. Don Alonso siempre había sido un hidalgo rural de vida tranquila, que cuidaba de su hacienda, madrugador y aficionado a la caza. A los cincuenta años se enfrascó en la lectura de libros

de caballerías y dio en hacer cenas pesadas, entre otras cosas con lo que un traductor (Duffield) da como *resurrection pie*: «duelos y quebrantos», un «guiso de la carne de animales que murieron de muerte accidental al caerse por un barranco abajo y desnucarse». Lo de «duelos» no se refiere al dolor que experimentarían esos animales —eso era lo de menos—, sino a lo que sentirían los pastores y dueños de las ovejas al descubrir la pérdida. Es un buen detalle. Fuera debido a esa dieta de heroico puerco aventurero, de vacas y ovejas aventureras tan catastróficamente convertidas en materia alimenticia, fuera porque nunca había estado muy en sus cabales, el hecho es que don Quijote adopta la noble resolución de resucitar y devolver a un mundo prosaico el lucido oficio de la caballería andante, con su rígida técnica particular y con todas sus brillantes visiones, emociones y hechos. Con inflexible determinación, escoge como destino «los trabajos, las penas y las armas»[18].

De ahí en adelante aparece como un cuerdo loco, o como un loco en el límite de la cordura; un loco a rayas, una mente a oscuras con intersticios de lucidez. Así es como se aparece a los demás; pero también a él las cosas se le aparecen con esa dualidad. La realidad y la ilusión están entretejidas en la trama de la vida. «¿Qué es posible», hace notar a su escudero, «que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y les vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos».

Como recordarán, en la *Odisea* el aventurero cuenta con apoyos poderosos. En las escenas de disimulo y disfraz casi tememos que un falso movimiento de Odiseo revele su fuerza demasiado pronto, mientras que en el caso de don Quijote es la debilidad intrínseca y entrañable del pobre caballero lo que tememos que se divulgue entre sus brutales amigos y enemigos. Odiseo está esencialmente a salvo; es como un hombre sano soñando un sueño sano, que le ocurra lo que le ocurra despertará. La estrella del destino del griego brilla con luz constante a pesar de todas sus tribulaciones y peligros. Podrán sus compañeros desaparecer uno tras otro,

engullidos por monstruos o cayéndose ebrios de los tejados, pero a él se le garantiza una ancianidad serena en la azul lejanía del futuro que le espera. La bondadosa Atenea —no la imbécil Dorotea ni la pérfida duquesa del *Quijote*—, la bondadosa Atenea mantiene el rayo glauco de sus ojos brillantes (ora grises, ora verde mar, según los eruditos) puesto sobre el viajero; él, desconfiado y astuto, sigue los pasos de la diosa. Pero en nuestro libro el triste caballero está solo. A sus tribulaciones el Dios de los cristianos muestra una singular indiferencia, quizá porque esté ocupado en otros quehaceres, estupefacto, cabe suponer, ante las actividades impías de sus seguidores profesionales en aquella época de máquinas de tortura.

Cuando don Quijote se retracta al final del libro, en su escena más triste, no es ni por gratitud a su Dios cristiano ni por seguir un impulso divino, sino porque es lo conforme con las conveniencias morales de su oscura época. Es una rendición abrupta, una miserable apostasía ésta de su lecho de muerte, cuando renuncia a la gloria de la ilusión insensata que le ha hecho ser lo que es. Es una rendición que no se puede comparar con la robusta retractación de Tolstoi cuando, viejo y atrabiliario, repudió la admirable ilusión de *Ana Karénina* a cambio de las perogrulladas alfabéticas de la escuela dominical. Ni estoy pensando en Gógol, agachado con lágrimas de penitencia delante de una estufa para quemar la segunda parte de *Almas muertas*. La situación de don Quijote se parece más a la de Rimbaud, aquel poeta francés de genio singular que en los años ochenta del siglo pasado abandonó la poesía porque había llegado a la conclusión de que poesía era sinónimo de pecado. Con sentimientos encontrados observo que el *Webster's New Collegiate Dictionary*, diccionario por lo demás inteligente, no incluye en su sección biográfica a Rimbaud, mientras que sí tiene cabida Radetzky, mariscal de campo austríaco; Raisuli, bandolero marroquí; Henry Handel Richardson, pseudónimo de Ethel Florence Lindesay Richardson, novelista australiana; Rasputín, santón y político, y el buen Ramsay, James Andrew Broun, 1812-1860, décimo conde y primer marqués de Dalhousie, administrador colonial británico.

Esa compilación la debió de hacer Sancho Panza.

Sancho Panza: el hombre

¿Quién es? Es un jornalero que fue pastor en su juventud, y después, en cierta época, celador de una hermandad. Es padre de familia, pero vagabundo de corazón: Sancho Panza, sentado sobre su burro como un patriarca; imagen de dignidad necia y edad madura. Un poco después su imagen y su mente se aclaran más; pero nunca se aparecerá tan detallado como don Quijote.

Esa diferencia concuerda con que el carácter de Sancho sea producto de la generalización, mientras que el de don Quijote es fruto de un planteamiento individual. Sancho lleva barba espesa y desaliñada. Aunque bajo de estatura (para que contraste mejor con su señor, que es alto y flaco), tiene una enorme barriga. En la segunda parte de la novela Sancho está, si acaso, todavía más gordo que al principio, y el sol le ha curtido la piel del mismo color que a su amo. Hay un momento en su vida en el que lo vemos con la lucidez más extrema, pero ese momento dura poco: es cuando parte hacia la isla continental que debe gobernar. Va vestido entonces como un letrado. Lleva gabán y montera de pelo de camello. Cabalga sobre un mulo (un burro mejorado); pero su asno gris, que viene a ser como una parte o actitud de la personalidad de Sancho, viene detrás, engalanado con flamantes jaeces de seda. De esa guisa desfila la figura regordeta de Sancho, con la misma necia dignidad que marcó su primera aparición.

(Ver Figura[5])

Parece como si, en un principio, Cervantes hubiera pensado dar por escudero a su valeroso lunático un cobarde mentecato, a manera de contrapunto: locura excelsa y estupidez rastrera. Pero Sancho demuestra demasiado ingenio natural para pasar por tonto absoluto, aunque sí pueda ser un absoluto pesado. No es ningún tonto en el capítulo 10 de la primera parte, cuando tras la pelea con el vizcaíno manifiesta una clara percepción de la valentía de don Quijote: «La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida»; y muestra hondo respeto por el estilo literario de su señor en el capítulo 25, después de oír la carta que tiene que

llevar a Dulcinea: «Por vida de mi padre —dijo Sancho en oyendo la carta —, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesia a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*! Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa»[19]. Hay en esto una especial significación, ya que es el propio Sancho quien puso a don Quijote el sobrenombre de Caballero de la Triste Figura. Por otra parte, Sancho tiene su ramalazo de encantador: engaña a su amo tres veces por lo menos; y cuando don Quijote está en su lecho de muerte Sancho sigue comiendo y bebiendo a placer, y se consuela bastante pensando en lo que va a heredar.

Es un bribón redomado pero ingenioso, compuesto de retazos de los incontables bribones de la literatura. Lo único que le otorga una cierta personalidad es su grotesca resonancia a determinadas notas de la augusta música de su señor. Hablando para una criada, define muy bien en dos palabras lo que es un caballero andante: apaleado y emperador; que no está muy lejos de lo que se podría decir a propósito de otra aparición fantástica, con la barba más larga, en un país más desolado: el rey Lear. Por supuesto que no se puede decir que el noble corazón de Kent y la curiosa vena lírica del bufón del rey Lear estén representados en Sancho Panza, quien, con todas sus vagas virtudes, en el fondo no deja de ser un hijo culón de la farsa; pero es un compañero fiel, y Cervantes utiliza el adjetivo «noble» con toda seriedad al hablar de la resolución de Sancho de no apartarse de su amo en un momento de especial peligro. Este amor a su amo y el amor a su burro son sus rasgos más humanos. Y cuando el por lo demás tosco y egoísta Sancho da bondadosamente una limosna a un galeote, sentimos un poco de emoción al pensar que quizá lo que le impulse sea el hecho de que el galeote es como su amo, un hombre entrado en años que padece una afección de vejiga. Y si no es tonto, tampoco es el típico cobarde. Aunque de genio pacífico, cuando se irrita de verdad le saca gusto a una pelea; y cuando está bebido las aventuras peligrosas y fantásticas le parecen una excelente diversión.

Esto me lleva a los puntos vulnerables (desde el punto de vista artístico) de la composición mental de Sancho. Por ejemplo, su actitud hacia las

ilusiones falsas de don Quijote. Al principio Cervantes hace hincapié en el lúcido sentido común del gordo escudero, pero en seguida descubrimos, en el capítulo 26, que Sancho es curiosamente distraído, que él también es un soñador: véase cómo se olvida de una cierta carta que le habría valido tres pollinos. Una y otra vez intenta disipar las ilusiones de don Quijote, pero de pronto, al comienzo de la segunda parte, él mismo asume el papel de encantador, y de la forma más cruel y grotesca contribuye a agravar el engaño principal de su señor, el que se refiere a Dulcinea. Después, sin embargo, no ve clara su responsabilidad en ese engaño.

Algunos comentaristas han subrayado que tanto la locura de don Quijote como el buen sentido de Sancho son mutuamente contagiosos, y que en la segunda parte de la obra, al tiempo que don Quijote desarrolla una veta de Sancho, éste se torna tan loco como su señor. Por ejemplo, pretende convertir a su mujer a su creencia en ínsulas y condados, lo mismo que don Quijote se esfuerza en hacerle creer que los molinos son gigantes y las ventas castillos. En tanto que un crítico famoso pero muy pedestre, Rudolph Schevill[20], hace hincapié en el contraste entre el hidalgo generoso y chapado a la antigua y su escudero, práctico y ajeno a todo romanticismo, el sutil e inspirado crítico español Salvador de Madariaga[21] ve en Sancho una especie de transposición de don Quijote en otra clave. Es cierto que ya al final de la obra los dos parecen intercambiarse sueños y destinos, pues es Sancho el que vuelve a su aldea en éxtasis de aventuras, con la cabeza llena de esplendores, y es don Quijote el que le dice secamente: «Déjate desas sandeces». De modo que podríamos decir que Sancho, vigoroso y viril por temperamento, presto a la ira y atemperado por la experiencia, rehuye los combates desiguales e inútiles no porque sea un pusilánime, sino porque es un guerrero más cauto que don Quijote. Pueril y simple por naturaleza y por ignorancia (mientras que don Quijote sigue siendo pueril a pesar de todo su saber), Sancho tiembla frente a lo desconocido y sobrenatural, pero no hay más que un paso de su temblor al estremecimiento de gallardo deleite de su señor; y por eso es digno hermano del caballero al que acompaña. En la segunda parte, «mientras el espíritu de Sancho asciende de la realidad a la ilusión, declina el de don Quijote de la ilusión a la realidad. Y el cruce de las dos curvas tiene lugar en aquella tristísima aventura, una de las más

crueles del libro, en que Sancho encanta a Dulcinea, haciendo que el nobilísimo caballero, por amor de su más pura ilusión, hinque la rodilla ante la más repugnante de las realidades: una Dulcinea cerril y harta de ajos»[22]. Otro crítico habla devotamente de la «simpatía» del autor hacia el campesino, y para explicar el ingrediente burlesco que hay en Sancho Panza hace la sorprendente afirmación de que Cervantes era consciente de que sus lectores más sofisticados esperaban que, si aparecían figuras humildes, se les diera un tratamiento satírico. (Por qué eso sea sofisticación y por qué Cervantes hubiera de aceptarlo no se nos explica). Y sigue diciendo el mismo crítico que era necesario que el «discreto y entrañable» Sancho (que no es ni muy discreto ni muy entrañable) que secretamente conocía Cervantes (y que conocía también el crítico en cuestión) fuera en parte sacrificado a las exigencias de la literatura, para servir de contraste a la gravedad y las elevadas aspiraciones de don Quijote[23]. Otro divertido comentarista opina que en la mentalidad y carácter de Sancho Panza, mucho más que al delinear la figura de don Quijote, Cervantes dio expresión a un tipo de discreción y elocuencia, y a un perspicaz análisis de la vida, que constituyen la esencia del humanismo[24]. Palabras altisonantes, pero poca sustancia.

Yo sospecho que la explicación de esa curiosa diferencia entre las actitudes de la crítica hacia los dos personajes reside en que todos los lectores se pueden dividir en Quijotes y Sanchos. Cuando en un ejemplar de biblioteca del libro de Schevill me encuentro algunos pasajes marcados con líneas gruesas y desaliñadas en tinta azul, y cuando el pasaje marcado es «Cervantes ofrece un cuadro realista del no sé qué y el no sé cuántos de la clase media», sé con seguridad si el lector es un Sancho o un Quijote.

(Ver Figura[6])

Nos hemos alejado un poco del cuerpo del libro en dirección al espíritu de sus lectores, así que volvamos a la novela.

La característica principal de Sancho Panza es la de ser un saco de refranes, un saco de medias verdades que le repican dentro como cantos rodados. Yo creo que sí hay reverberaciones extrañas y sutiles entre el caballero y su escudero, pero también sostengo que, en el caso de Sancho,

el llamado humor sano ahoga lo poco de personalidad que pudiera quedar una vez lavada la grasa de los huesos. Los eruditos que hablan de episodios desternillantes en el libro no presentan lesiones permanentes en sus ternillas. Decir que en el humor de este libro se contiene, como dice un crítico, «un tesoro de hondura filosófica y humanidad genuina, cualidades en las que no le ha aventajado ningún otro escritor»[25], me parece una exageración fuera de toda medida. El caballero, desde luego, no tiene gracia. El escudero, a pesar de toda su prodigiosa memoria para los refranes, tiene todavía menos gracia que su señor.

He aquí, pues, a los dos protagonistas, cuyas sombras se superponen y se funden en una, formando una cierta unidad que hemos de aceptar.

Durante la primera salida de don Quijote, durante sus cuatro primeras aventuras (contando como cuarta el sueño que corona sus tres primeras batallas), Sancho está ausente. Su entrada en escena, su transformación en escudero de don Quijote, es la quinta aventura del caballero.

Ya están dispuestos los dos personajes principales. Ahora vamos a estudiar los medios que inventa Cervantes para que la historia marche. Vamos a estudiar los ingredientes del libro, sus componentes estructurales, diez en total.

CUESTIONES DE ESTRUCTURA

He enumerado los rasgos físicos de don Quijote, como son la osamenta grande, el lunar de la espalda, los tendones de hierro y los riñones enfermos, los miembros flacos, la cara triste, enjuta, tostada por el sol, el fantástico surtido de armas herrumbrosas a la luz de la luna un tanto lacia. He enumerado sus rasgos espirituales, tales como su seriedad, sus maneras graves, su infinita valentía, su locura, lo ajedrezado de su condición mental, cuadros de lucidez y cuadros de demencia, con una especie de salto de caballo de lógica demente a lógica racional y a la inversa[26]. He mencionado su desvalimiento bondadoso y patético, del cual tendré algo más que decir cuando lleguemos a la belleza del libro. He enumerado también los rasgos de Sancho, sus piernas flacas y quijotescas y la barriga y cara de «augusto», que es como se llama, en la jerga del circo moderno, al tipo de payaso bobo[27]. He citado algunos aspectos en los que su personalidad, por lo demás bufa, conecta con la sombra dramática de su señor. Tendré más que decir de Sancho en el papel de encantador.

(Ver Figura[7])

Ahora voy a examinar uno por uno algunos de los apoyos estructurales de los que pende al desgaire nuestro libro, de todas las obras maestras la más cercana a un espantapájaros, pero que, sobre el telón de fondo del tiempo, compone una maravillosa fotopia (visión con ajuste de los ojos a la luz) de pliegues, p, l, i, e, g, u, e, s.

Pero antes unas consideraciones generales. Se ha dicho del *Quijote* que es la mejor novela de todos los tiempos. Eso es una tontería, por supuesto. La realidad es que no es ni siquiera una de las mejores novelas del mundo,

pero su protagonista, cuya personalidad es una invención genial de Cervantes, se cierne de tal modo sobre el horizonte de la literatura, coloso flaco sobre un jamelgo enteco, que el libro vive y vivirá gracias a la auténtica vitalidad que Cervantes ha insuflado en el personaje central de una historia muy deshilvanada y chapucera, que sólo se tiene en pie porque la maravillosa intuición artística de su creador hace entrar en acción a don Quijote en los momentos oportunos del relato.

Creo que apenas se puede poner en duda que Cervantes concibió originalmente el *Quijote* como un relato no muy largo, que sirviera de entretenimiento para un par de horas. La primera salida, ésa en la que Sancho todavía no está presente, está pensada a todas luces como una narración breve autónoma: manifiesta una unidad de propósito y de realización, rematada con una moraleja[28]/ Pero el libro siguió creciendo y dilatándose, hasta abarcar toda clase de asuntos. La primera parte de la obra se divide en cuatro secciones: ocho capítulos, luego seis, luego trece y luego veinticinco. La segunda parte no se divide en secciones. Madariaga señala que la rápida y desconcertante sucesión de episodios y relatos intercalados que irrumpe de improviso en la narración principal ya cerca del final de la primera parte, mucho antes de que pensara en la segunda, es la labor de relleno de un autor cansado que dispersa en tareas menores un esfuerzo que ya no es suficiente para su creación fundamental. En la segunda parte (sin secciones) Cervantes recupera el dominio pleno sobre su tema central.

Para dar a la obra una apariencia de unidad, se hace que Sancho recuerde de vez en cuando incidentes pasados. Dentro de la evolución de la literatura, sin embargo, la novela del siglo XVII —y en particular la novela picaresca— todavía no había conquistado la conciencia, la memoria consciente que impregna toda la obra cuando sentimos que los personajes recuerdan y saben los hechos que nosotros recordamos y sabemos de ellos. Eso es una conquista del siglo XIX. Pero en este libro hasta esos recuerdos artificiales son chapuceros y desganados.

Al escribir la obra, Cervantes parece haber pasado por fases alternativas de lucidez y vaguedad, planificación meditada y vaguedad desaliñada, del mismo modo que su protagonista está loco a trozos. La intuición le salvó.

Como señala Groussac, jamás vio el libro ante sí como una composición perfecta, aislada, completamente separada de la materia caótica de la que había salido. Y no sólo eso, no sólo no previo nunca las cosas, sino que tampoco volvió nunca la vista atrás. Da la impresión de que mientras escribía la segunda parte no tenía un ejemplar de la primera sobre la mesa, no lo hojeó nunca: parece recordar esa primera parte como la recordaría un lector medio, no como la recordaría un escritor, no como la recordaría un estudioso. De otro modo no se explica cómo pudo, por ejemplo, a la vez criticar los errores cometidos por el autor de la continuación espúrea del *Quijote* y caer en descuidos todavía mayores del mismo género, con relación a los mismos personajes. Pero, repito, la intuición del genio le salvó.

Componentes estructurales

Voy a enumerar y describir someramente diez componentes estructurales, algunos de los ingredientes de nuestra empanada.

1) Fragmentos de viejos romances que resuenan en los rincones y recovecos de la novela, añadiendo aquí y allá un encanto extraño y melodioso a una materia pedestre. Casi todos esos romances populares, o alusiones a ellos, se empañan inevitablemente en la traducción. Por cierto que las palabras con que comienza el libro, «En un lugar de la Mancha», son de un romance antiguo. No me puedo detener en esto por falta de tiempo.

2) Refranes: Sancho, sobre todo el de la segunda parte, es un saco repleto de refranes y dichos. Para los lectores de la obra traducida, este lado bruegeliano del libro es una pesadez. Así que tampoco voy a avanzar por esa línea.

3) Juego de palabras: aliteraciones, equívocos verbales, palabras mal dichas. Todo esto se pierde también en la traducción.

4) Diálogo dramático: tengamos presente que Cervantes era un dramaturgo frustrado que encontró su campo de acción en la novela. El tono y el ritmo de las conversaciones de la obra son de una naturalidad maravillosa, incluso en la traducción. El tema es obvio. Se divertirán

ustedes, en la soledad y el silencio de sus residencias, con las diversas conversaciones de la familia Panza[29].

5) La descripción convencional poética, o más exactamente pseudopoética, de la naturaleza, que aparece encerrada en párrafos propios sin mezclarse nunca orgánicamente con la trama ni con el diálogo.

6) El historiador inventado: dedicaremos media lección al examen de este componente mágico.

7) La *novella*, la novelita intercalada al estilo de las del *Decamerón* (diez-al-día), una colección de cien cuentos del italiano Bocaccio, del siglo XIV. Volveremos sobre esto en seguida.

8) La materia arcádica (o pastoril), estrechamente ligada a la *novella* italiana y al relato de caballerías, con los cuales entronca en algunos puntos. Esta vertiente arcádica se deriva de la extraña combinación de ideas siguiente: la Arcadia, una región montañosa de la Grecia legendaria, fue morada de un pueblo sencillo que vivía feliz; así que vamos a disfrazarnos de pastores y a pasar veranos del siglo XVI vagando en idílico gozo o romántico quebranto por los montes de España suavizados. El tema particular del quebranto era propio de historias caballerescas de caballeros penitentes, desdichados o trastornados que se retiraban al yermo para vivir como pastores ficticios. Estas actividades arcádicas (menos el quebranto especial) serían después transferidas a otras partes montañosas de Europa por escritores dieciochescos de la llamada escuela sentimental, en una especie de movimiento de vuelta a la naturaleza, aunque verdaderamente no cabría imaginar nada más artificial que el tipo de naturaleza domesticada y ñoña que pintan los escritores arcádicos. La realidad es que las ovejas y las cabras huelen mal.

9) El elemento caballeresco, alusiones a los libros de caballerías, parodias de situaciones y fórmulas de esos libros; en una palabra, una continua presencia de las historias de la caballería andante. Pondremos en sus ávidas manos algunas muestras, copias de pasajes de dos de esos libros, de los mejores[30]. Cuando hayan leído esos pasajes no saldrán ustedes corriendo en busca de armaduras herrumbrosas y ponies ancianos de jugar al polo, pero tendrán quizás un ligero atisbo del encanto que encontraba don

Quijote en esos relatos. Verán también las semejanzas de ciertas situaciones.

Narrador y mago por naturaleza, pero no predicador, Cervantes puede ser cualquier cosa menos fiero adversario de un mal social. La verdad es que le importa un rábano que los libros de caballerías sean populares en España; y, si lo son, que su influencia sea o no perniciosa; y, si es perniciosa, que puedan o no trastornar a un caballero virgen y cincuentón. Aunque haga gran ostentación de su preocupación moral por esas cosas, lo único que le interesa en todo esto de la caballería o la anticaballería es, en primer lugar, su oportunísima utilidad como recurso literario que sirve para impulsar, timonear y, en general, dirigir su historia; y, en segundo lugar, su utilidad no menos conveniente como actitud virtuosa, propósito, temblor de indignación, cosas aconsejables para un escritor en aquella época piadosa, utilitaria y peligrosa. Gastaríamos en vano mis esfuerzos y su atención si picásemos el anzuelo y estudiásemos en serio ese mensaje absolutamente artificial y fatuo, si mensaje se le puede llamar, del *Quijote*; pero el uso estructural que hace Cervantes de la materia de caballería como recurso literario, eso es importante y fascinante, y lo examinaremos con detenimiento.

10) Finalmente, lo referente al engaño, la burla cruel, que se podría definir como una rosa renacentista de pétalos agudos sobre un hirsuto tallo medieval. Los engaños de que hacen víctimas los duques al augusto loco y su simple escudero en la segunda parte de la obra son buenos ejemplos del género. Hablaré del augusto loco y su simple escudero en la segunda parte de la obra. Hablaré del engaño como recurso más adelante, dentro de un comentario general de la crueldad del libro.

Vamos a examinar algunos de estos diez puntos, con otros detalles y ejemplos.

Diálogo y paisaje

Si seguimos la evolución de las formas y recursos literarios desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, observaremos que el arte del diálogo se desarrolló y perfeccionó mucho antes que el arte de describir, o mejor

digamos de expresar, la naturaleza. En 1600 el diálogo es ya excelente en los grandes escritores de todos los países: natural, flexible, vistoso, vivo. Pero la traducción de los paisajes a palabras tendrá que esperar hasta, más o menos, los comienzos del siglo XIX para alcanzar el nivel que el diálogo había alcanzado doscientos años antes; y sólo en la segunda mitad del siglo XIX se logró que los pasajes descriptivos referidos a la naturaleza exterior se integraran en la narración y se fundieran con ella, dejando de sobresalir en párrafos autónomos para ser partes orgánicas de la composición total.

No es de extrañar, pues, que en nuestro libro el diálogo sea tan vivo y el paisaje tan muerto. Quiero señalar especialmente a su atención la deliciosa fluidez de la conversación que tiene Sancho con su mujer en el capítulo 5 de la segunda parte.

«—¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís?

»A lo que él respondió:

»—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

»—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

»—Mirad, Teresa —respondió Sancho—: yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, […] puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así, que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

»—Mirad, Sancho —replicó Teresa—: después que os hicistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

»—Basta que me entienda Dios, mujer —respondió Sancho—, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí […].

»—A buena fe […] que si Dios me llega a tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, a Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señora.

»—Eso no, Sancho —respondió Teresa—; casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda […], no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

»—Calla, boba —dijo Sancho—; que todo será usarlo dos o tres años; que después, le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? Séase ella *señoría*, y venga lo que viniere. […]

»—¿Veis cuanto decís, marido? —respondió Teresa—. Pues con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa, o princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. […] Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsulo, y entonaos a vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea […]. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras, y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará como seamos buenas […].

»—[…] digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñéis a tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

»—En teniendo gobierno —dijo Sancho—, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

»—Enviad vos dinero —dijo Teresa—; que yo os lo vistiré como un palmito.

»—En efecto, quedamos de acuerdo —dijo Sancho— de que ha de ser condesa nuestra hija.

»—El día que yo la viere condesa —respondió Teresa— ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto; que

con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros.

»Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica».

El amor de Cervantes a la naturaleza es el típico del llamado Renacimiento literario italiano: un mundo domesticado de arroyos convencionales, prados invariablemente verdes y bosques invariablemente amenos, todo hecho a la medida del hombre o mejorado por él. Nos acompañará a lo largo de todo el siglo XVIII; lo encontrarán ustedes en la Inglaterra de Jane Austen. Un buen ejemplo de las descripciones muertas, artificiales y trilladas de la naturaleza que hay en nuestro libro es aquél del capítulo 14 de la segunda parte donde se habla de la aurora, con los miles de pájaros y sus alegres cantos saludando al amanecer, y las líquidas perlas, y los rientes manantiales, y los arroyos murmuradores y el resto de la triste retahíla[31]. Esos arroyos y esos ríos murmuraban contra el hombre, y se rebelaron en la terrible revolución ribereña de *Finnegans Wake*.

¡Cielo santo, pensar en los montes agrestes, implacables, ardientes, helados, resecos, pardos, sombríos de pinares de España, y leer todo eso de las perlas de rocío y las avecillas! Es como si después de visitar las mesetas peladas de nuestro propio Oeste, o las montañas de Utah o de Colorado, con sus álamos y sus pinos y su granito y sus quebradas y sus ciénagas y sus glaciares y sus picachos, el visitante describiera todo eso en los términos de un jardín roquero de Nueva Inglaterra, con arbustos de importación recortados a modo de perros de aguas y una manguera de goma pintada de verde mimético.

La narración intercalada

En el capítulo 44 de la segunda parte Cervantes inserta una defensa irónica de esas historias, parecidas a las del *Decamerón*, que se acumulan al final de la primera parte.

«Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le había escrito[32], que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por

haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como ésta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas, o con priesa, o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote, ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz».

En sus notas sobre este pasaje, el traductor Samuel Putnam alude en primer lugar al comentario carente de humor del anterior traductor John Ormsby en el sentido de que «el original, que plantea una acusación de interpretación errónea contra su traductor, es una confusión de ideas difícilmente igualable». Y añade a continuación: «Cervantes alude aquí a quienes le habían criticado por introducir esas historias en la primera parte, y en cierto modo justifica su presencia en ella. El comentario sobre la calidad de esos relatos en la frase siguiente indica que él se los tomaba en serio. Ormsby, en el prólogo a su traducción del *Quijote*, observa: “Las tenía [Cervantes] ya escritas, y le pareció una buena manera de darles salida; no es nada improbable que dudase de su propia capacidad para sacar materia bastante de don Quijote y Sancho con que llenar un libro; pero, sobre todo, tenía seguramente sus dudas sobre la empresa. Era un experimento en el mundo de la literatura […], no sabía cómo sería recibido; y estaría bien, por lo tanto, darles a los lectores algo a lo que estuvieran acostumbrados, como una especie de garantía frente al fracaso total. Los hechos no justificaron su recelo. El público […] se leía las novelas a toda prisa y por encima, impaciente por volver a las aventuras de don Quijote y

Sancho; y lo mismo ha venido haciendo desde entonces"»[33]. Los críticos españoles han sido más drásticos: puede ser, dicen, que a Cervantes sencillamente se le agotaran las aventuras quijotescas al final de la primera parte. De ahí el intercalar las novelas[34].

Salvo la historia del cabrero, un episodio insípido que introduce la materia arcádica mediante varias conversaciones y versos en los capítulos 12 a 14, las novelas intercaladas se refieren a las personas que componen una agrupación de personajes en el episodio final de la novela, antes del regreso de don Quijote a su casa en un carro de bueyes. Dejando aparte la historia del «Curioso impertinente», que el cura lee de unos papeles que pone en sus manos el ventero, la historia del capitán cautivo[35] y su Zoraida-María sirve para explicar su presencia, lo mismo que —con mayor justificación para la trama— la de don Luis y doña Clara. Pero la que más directamente se orienta a pergeñar un desenlace es la de Dorotea, que se completa con la de Cardenio. En este dilatado episodio hay dos parejas de enamorados (Luscinda, la novia de Cardenio, es secuestrada por don Fernando, el prometido de Dorotea). Cardenio cuenta su historia y Dorotea cuenta la suya, y al cabo todos coinciden en esa venta verdaderamente encantada, y se entremezclan en lo que se llama una «escena de reconocimiento» (un descendiente degenerado de la *Odisea*) para componer las felices parejas iniciales; asunto absurdo y tedioso, más aún porque a la misma venta llega todavía otra pareja de enamorados, don Luis y doña Clara, junto con otros varios personajes, de manera que llega a estar tan llena de gente como cierto camarote de cierta película antigua de los hermanos Marx. El episodio entero comienza en el capítulo 23, con una maleta con monedas de oro y unos poemas de Cardenio que don Quijote y Sancho encuentran en Sierra Morena, y no se resuelve hasta el capítulo 36, en que los cuatro enamorados son reunidos en la venta y desenmascarados y reemparejados en la escena de reconocimiento. Pero entonces Dorotea y los demás, bajo la batuta del cura y el barbero, organizan un complicado engaño para hacer que don Quijote vuelva a su casa, con lo que todos ellos siguen estando por en medio hasta que en el capítulo 47 cada uno se marcha por su lado, dejando a don Quijote en su jaula ambulante.

Agrupación de personajes

Esa gran escena previa al final del libro tiene lugar en la venta donde mucho antes fuera manteado Sancho, e incluye como personajes residentes al ventero, su mujer, su hija y su criada Maritornes. Los personajes que van llegando a la venta componen estos diez grupos:

Grupo uno: Don Quijote, Sancho Panza, el cura, el primer barbero, Cardenio y Dorotea (capítulo 32).

Grupo dos: Don Fernando, raptor de Luscinda, con ella y tres acompañantes a caballo y dos criados a pie (capítulo 36).

Grupo tres: El capitán Pérez de Viedma y Zoraida-María, que vienen de África. En este punto (capítulo 37), con don Quijote presidiendo, se sientan a cenar, don Quijote y doce comensales, la Última Cena de don Quijote en la primera parte. Después de la cena llegan los siguientes.

Grupo cuatro: Un juez que va camino de América, nada menos (y que resulta ser hermano del capitán), y su hija Clara, con varios acompañantes, pongamos que cuatro (capítulo 42).

Grupo cinco: Dos mozos de mulas que se acomodan en el establo, uno de los cuales es el joven don Luis, pretendiente de Clara, disfrazado (capítulo 42).

Grupo seis: Cuatro jinetes que llegan en mitad de la noche, criados de don Luis, que vienen para llevarle a su casa (capítulo 43).

Grupo siete: Dos viajeros que se marchan después de haber pasado la noche en la venta, aunque no estuvieron presentes en la cena. Intentan escabullirse sin pagar[36], pero el ventero les intercepta (capítulo 44).

Grupo ocho: El barbero número dos, a quien don Quijote y Sancho habían despojado de una bacía de latón (el «yelmo de Mambrino», en el capítulo 21) y de una albarda (capítulo 44).

Grupo nueve: Tres cuadrilleros de la Santa Hermandad, policía que patrulla los caminos (capítulo 45).

Grupo diez: Un carretero que se detiene en la venta con una pareja de bueyes, y a quien el cura contrata para llevar a don Quijote a casa (capítulo 46).

En total, unas treinta y cinco personas.

Organizada en el libro toda esta agrupación, es hora de recoger el hilo principal de las historias intercaladas conexas, el asunto Cardenio-Luscinda-Fernando-Dorotea, que amenaza traspapelarse totalmente en la cabeza del lector. Pues no olvidemos que a estas alturas tenemos tres niveles en la narración: 1) las aventuras de don Quijote, 2) la novela italianizante leída por el cura, que ha acabado precipitadamente, y 3) el asunto Cardenio, etcétera, que en cuanto a su grado de realidad artística aceptable se sitúa entre los personajes del engendro intercalado de Anselmo y Lotario y la obra maestra de don Quijote, mucho más cerca de lo primero que de lo segundo, la verdad. De modo que Cardenio reconoce a Luscinda a la vez que Dorotea reconoce a Fernando. Vean qué prisas tiene el autor para zanjar este asunto desdichado:

«Acudió luego el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro [Dorotea se había desmayado al ver a Fernando], y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra [Luscinda], y quedóse como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos; la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimesmo Cardenio el ¡*ay*! que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y, creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda y Luscinda a Cardenio» (capítulo 36).

Este capítulo es muy flojo. A pesar de la pericia del autor, se funde irremisiblemente con la interpolación italiana. Y todavía nos queda por hacer algo con la «princesa Micomicona» (como la ve don Quijote) y su gigante.

Los dos amigos de don Quijote, un cura y un barbero, ayudados por Dorotea como «princesa» que se apropia de don Quijote para que la

reponga en su trono, habían proyectado reconducirle con engaños a su pueblo; pero, una vez resueltos los amores de Luscinda y Dorotea, y acomodados don Luis y doña Clara, queda tiempo todavía para un poco de juerga. Conociendo bien las peculiaridades de don Quijote, atizan su locura, y llevando más adelante unas bromas y otras hacen reír con ganas a la numerosa concurrencia de la venta. Hay aquí un punto, en el capítulo 45, en el que las aventuras de los diversos personajes secundarios se enredan de una manera espantosa, y éste es el clímax: al oír don Quijote que uno de los cuadrilleros de la Santa Hermandad sostiene que lo que él, don Quijote, tomó por jaez de un noble caballo es en realidad albarda de burro, arremete contra él con su lanza: «Y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que, a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido. [Ésta, dicho sea de paso, es una fórmula que aburre por lo repetida a lo largo del libro, en las diversas peleas]. El lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros que vieron tratar mal a su compañero, alzaron la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon a don Luis, porque con el alboroto no se les fuese; el [segundo] barbero, viendo la casa revuelta, tornó a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano a su espada y arremetió a los cuadrilleros; don Luis daba voces a sus criados, que le dejasen a él y acorriesen a don Quijote, y a Cardenio y a don Fernando, que todos favorecían a don Quijote[37]; el cura daba voces; la ventera gritaba; su hija se afligía; Maritornes lloraba; Dorotea estaba confusa; Luscinda suspensa y doña Clara, desmayada. El barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía; don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre». Un caos de dolores infligidos o recibidos.

Permítanme señalar una cuestión de estilo. Vemos aquí —y en otros pasajes semejantes de participación general en uno u otro conflicto— un intento desesperado del autor de agrupar a sus personajes conforme a sus caracteres y emociones, de juntarlos en grupo, pero también de mantenerlos ante la vista del lector como individuos, recordándole en todo momento sus rasgos particulares y haciendo que todos actúen a la vez, sin omitir a nadie. Todo es sumamente torpe y falto de arte, y más si se tiene en cuenta que al momento siguiente todos se han olvidado de sus pendencias. (Cuando lleguemos a la *Madame Bovary* de Flaubert, dos siglos y medio más tarde, veremos cómo, en el curso evolutivo de la novela, el tosco método de Cervantes alcanza un punto de delicadísima perfección cuando Flaubert desea agrupar o pasar revista a sus personajes en determinados pasajes de su obra).

La materia de los libros de caballerías

Se ha dicho que la moda de los libros de caballerías era en España una especie de plaga social que había que combatir, y que, se dice también, Cervantes combatió y destruyó para siempre. Mi impresión es que en todo esto se ha exagerado mucho, y que Cervantes no destruyó nada; de hecho, hoy mismo se rescata a doncellas en apuros y se matan monstruos —en nuestra literatura barata y en nuestro cine— con el mismo entusiasmo que hace siglos. Y claro está que las grandes novelas continentales del siglo XIX, llenas de adulterios y duelos y empresas desatinadas, también descienden directamente de los libros de caballerías.

Pero si pensamos en los libros de caballerías según el sentido literal de la expresión, entonces creo que descubriremos que para 1605, el año del *Quijote*, su moda ya casi había desaparecido; y hacía veinte o treinta años que se notaba su declive. La verdad es que Cervantes estaba pensando en libros que había leído en su juventud y que después no había vuelto a mirar (sus alusiones están plagadas de errores); por trazar un paralelismo moderno, es como si un autor de hoy atacara a Foxy Grandpa o Buster Brown en lugar de arremeter contra Li'l Abner[38] o esos tipos de las mallas infrarrojas. En otras palabras, componer un libro de mil páginas por darle

un empujoncito más a algo que ni merecía la pena ni apremiaba (porque ya se encargaba de ello el tiempo), esto habría sido en Cervantes una acción tan irracional como cualquiera de las aventuras de don Quijote y sus molinos. Las masas eran analfabetas, y la imagen que han pintado algunos comentaristas, de un pastor letrado leyendo en voz alta el romance de Lanzarote para un grupo de arrieros iletrados pero extasiados, es una pura bobada. Entre las personas de clase y los eruditos la moda de esos libros había pasado, aunque es posible que de vez en cuando los arzobispos, los reyes y los santos los siguieran leyendo con placer. En 1600 aún se podría encontrar algún que otro volumen, bien manoseado y polvoriento, en el desván de un hidalgo rural, pero nada más.

La actitud crítica de Cervantes hacia las novelas fantásticas se fundamentaba —en la medida en que sobre esto dijera lo que pensaba— en lo que él consideraba su falta de verdad; y parece que al referirse a la verdad no quería decir mucho más que los datos que suministra el sentido común, lo cual es, huelga decirlo, una clase de verdad muy vulgar. A través de las diversas voces que le representan en el libro, deplora la carencia de verdad histórica de los romances porque, según él, engañan a los espíritus simples que se los creen. Pero Cervantes enmaraña totalmente la cuestión con tres cosas raras que hace en su propio libro. En primer lugar, porque inventa a un cronista, un historiador árabe, que supuestamente ha recogido la biografía de un don Quijote histórico, y éste es exactamente el tipo de recurso que empleaban los autores de las historias más ridículas para apuntalarlas con una veracidad respetable, con genealogías aceptables. En segundo lugar, enmaraña la cuestión al hacer que el cura, el hombre del sentido común, o de un supuesto sentido común, alabe o salve de la destrucción media docena de libros de caballerías, entre ellos el mismísimo *Amadís de Gaula*, que figura constantemente en primer plano a lo largo de las aventuras de don Quijote, y que parece ser el origen principal de su locura. Y, en tercer lugar (como ha señalado Madariaga[39]), enmaraña la cuestión cometiendo las mismas faltas —faltas de gusto y desprecio de la verdad— que él, el Cervantes crítico, pone en solfa al hablar de los libros de caballerías; porque, al igual que las gentes de esos libros, así también sus propios orates y doncellas, pastores diversos, etcétera, andan desenfrenados

por Sierra Morena y componen poemas tan artificiosos y alambicados que da náuseas leerlos. La impresión final que se saca de examinar atentamente este asunto de los libros de caballerías es que si Cervantes escogió un determinado tema para satirizarlo de diversas maneras, no fue porque se sintiera especialmente llamado a mejorar las costumbres de su tiempo, sino en parte porque para la moral utilitaria de su tiempo y la severa mirada de la Iglesia era necesario un mensaje moral, y básicamente porque la sátira de las historias de caballeros andantes era un artilugio inocente y conveniente para dar cuerda a su novela picaresca, algo así como la clavija que hace volar hacia reinos remotos al alado caballo Clavileño.

Vamos a ver ahora cómo afecta la materia de los libros de caballerías a la estructura de la novela.

El libro parece comenzar como burla de las historias de caballerías, y de aquellos lectores de las mismas a quienes, «por enfrascarse tanto en su lectura», les sucedía lo que a don Quijote, que «se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro, de manera que vino a perder el juicio». Cervantes distingue el cerebro, órgano de la razón, del alma, asiento de la imaginación, que esas personas insensatas llenaban «de todo aquello que [leían] en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles», hasta el punto de creer «que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones»; o, más exactamente, que presentaban una realidad más alta que la realidad de la vida cotidiana. Nuestro trastornado hidalgo rural, Quijada o Quesada, pero más probablemente Quejana o Quijano, 1) sacó brillo a una armadura antigua, 2) completó un yelmo sin celada con una celada hecha de unos cartones y unas barras de hierro, 3) le puso un nombre sonoro a su jamelgo, «Rocinante», 4) se puso nombre a sí mismo, «don Quijote de la Mancha», y 5) puso nombre a su dama, «Dulcinea del Toboso», que en la vaga realidad era una labradora llamada Aldonza Lorenzo, del pueblo del Toboso.

Luego, sin más dilación, salió en busca de aventuras en un día caluroso de verano. Toma una humilde venta por castillo, a dos prostitutas por doncellas de alta cuna, a un porquero por trompetero, al ventero por

gobernador del castillo y el bacalao por trucha. Lo único que le acongoja es no haber sido aún armado caballero como mandan los cánones. El sueño de don Quijote se hace realidad porque el ventero es un bribón con brutal sentido del humor, que le sigue la corriente al soñador: «trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba [velando], al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual —como que decía alguna devota oración—, en mitad de la leyenda alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción» (capítulo 3). Nótese la descripción de la vigilia ritual: «[…] con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos». Es aquí donde por primera vez la parodia de lo caballeresco se difumina en el elemento patético, conmovedor, divino que irradia de don Quijote. Es interesante recordar en este punto de la vigilia ritual, a propósito de ese «con el que se la prestaba», que Ignacio de Loyola, en la víspera de su fundación de la Compañía de Jesús en 1534, se pasó la noche velando ante el altar de la Virgen, como había leído en los libros de caballerías que solían hacer los caballeros[40].

Tras salir maltrecho de un combate con los criados de unos mercaderes, don Quijote es socorrido por un vecino que le lleva a su casa. El cura propone condenar al fuego los libros que han enloquecido al hidalgo. Nos ronda la sensación larvada de que se están volviendo las tornas disimuladamente, y que esos libros y esos sueños y esa locura son de una calidad más fina —y, en una palabra, éticamente mejores— que el llamado sentido común del cura y el ama.

Es un tópico de los comentarios decir que lo que Cervantes atacaba —si es que realmente atacaba algo— eran los libros malos de caballerías y no la propia institución de la caballería andante. Volviendo la vista por un

instante a las generalidades de la vida en relación con las generalidades de la ficción, podríamos ir más allá y decir que existe un vínculo entre las normas más sutiles y sofisticadas de la caballería andante y las normas de eso que llamamos democracia. El vínculo real está en el elemento de deportividad, de juego limpio y de hermandad que se encuentra en la caballería auténtica. Y eso aparecía subrayado en los libros que había leído don Quijote, por muy malos que fueran algunos.

La materia de la caballería y la de la Arcadia se mezclan a menudo en el espíritu de don Quijote, como se mezclaban en sus lecturas. En el capítulo 11 el caballero esboza su idea de la Edad de Oro, el telón de fondo de los siglos antiguos: *comida y bebida*: bellotas, miel, agua de manantial; *vivienda*: la corteza del alcornoque (*Quercus súber*), que sirve para techar las chozas; *ganadería* en sustitución de la agricultura, que «abre las entrañas de la tierra». (Como si las condenadas ovejas, con esos dientes como cuchillas que tienen, no destruyeran los prados hasta la raíz). Obsérvese también con atención que las pastoras vinieron a ser ornamento inexcusable de las novelas del siglo XVIII, en la época del llamado sentimentalismo, o romanticismo incipiente, del cual sería exponente típico el filósofo francés Rousseau (1712-1778). Y nunca se les ocurrió pensar a aquellos defensores de la vida sencilla que a veces el trabajo del pastor —o de la pastora— puede ser más agotador para los nervios que el de un ejecutivo urbano. Sigamos con la lista. *Vestidos de las mujeres*: unas cuantas hojas de lampazo o de hiedra. Y en la *esfera moral*: 1) propiedad común de todas las cosas, 2) paz y amistad universales, 3) veracidad, franqueza, honestidad, 4) casta modestia, 5) justicia absoluta. Y, naturalmente, a modo de cuerpo de policía inspirado e inspirador, 6) la institución de la caballería andante.

Después que don Quijote hubo comido con apetito carne y queso, con abundante vino, Cervantes nos cuenta en el capítulo 11 que alzó en la mano una bellota y se embarcó en el soliloquio siguiente: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados […]. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando

con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra […]. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. […] Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra».

En el capítulo 13 encontramos a don Quijote hablando con unos pastores y preguntándoles si no han leído los anales e historias de Inglaterra que cuentan las famosas hazañas del rey Arturo (un rey legendario, que había florecido, junto con sus caballeros, a mediados del primer milenio de nuestra era): «Pues en tiempo de este buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin

faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos»; y, podemos añadir nosotros, su locura y su renuncia final a la caballería andante (murió haciendo vida de santo), y eso es exactamente lo que le va a ocurrir a don Quijote.

Nótese que estos discursos suyos no encierran ningún elemento cómico. Don Quijote es un caballero andante. Inmediatamente después de hablar de Lanzarote, cita a otro de sus favoritos: «Pues desde entonces, de mano en mano, fue aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación». Cervantes y su cura desechan como cosa despreciable a esos hijos y nietos, pero conservan a Amadís, y en esto la crítica de la posteridad les sigue. Concluye don Quijote: «Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería; en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos».

Vamos a trazar algunos paralelismos significativos entre el elemento grotesco en los libros de caballerías[41] y el elemento grotesco en el *Quijote*. En el libro de Malory *Le Morte d'Arthur*, libro noveno, capítulo 17, sir Tristán se retira al yermo por creer que su dama, Isolda la Bella, no le ha sido totalmente fiel[42]. Al principio tocaba el arpa; después anduvo desnudo y se quedó flaco y enjuto de carnes, y acabó en compañía de pastores y zagales, que diariamente le daban algo de su comida y bebida.

«Y cuando hacía él alguna travesura le pegaban con sus cayados, y lo rapaban con tijeras de esquilar, y lo trataban como a un loco». Señoras y señores, no hay diferencias reales entre esas peripecias y la atmósfera de los episodios del *Quijote* que tienen lugar en las montañas de España, a partir del capítulo 24 de la primera parte y la historia del roto Cardenio.

En *Le Morte d'Arthur*, ya cerca del final del libro undécimo, Lanzarote por encantamiento yace con la bella Elaine, engañado de que se trata de la reina Ginebra, su único amor. Ginebra tose en la estancia contigua; Lanzarote reconoce su carraspeo, se da cuenta de que está con otra, y del disgusto se arroja por una ventana, hecho un loco. En el capítulo I del libro duodécimo vaga por el campo en paños menores, alimentándose de bayas y agua de los arroyos. Lleva consigo su espada, sin embargo. Tras una grotesca batalla con un caballero se mete por casualidad en la cama de no se sabe qué dama, que sale despavorida, y él se queda allí roncando. Colocan ese lecho de plumas sobre una litera de caballos, y se llevan a Lanzarote atado de pies y manos a un castillo, donde le tienen encadenado como a un loco, pero le dan buena comida y le cuidan bien. En el *Quijote* descubrirán ustedes fácilmente escenas paralelas y la misma atmósfera de valentía obnubilada, de ridículo cruel.

Si del Malory del siglo XV nos remontamos al siglo XIII, encontraremos el texto más antiguo que trata de Lanzarote del Lago y Ginebra, un romance francés en prosa de Chrétien de Troyes, el *Roman de la Charrete*. (El mismo tema, con otros nombres, había circulado en Irlanda siglos antes). En este relato del siglo XIII pasa una carreta conducida por un enano, quien le dice a Lanzarote que si se sube a la carreta le llevará a la reina Ginebra. Él acepta, arrostrando la ignominia. (Porque en carreta se exhibía a los delincuentes). Don Quijote, al someterse a la ignominia del carro de bueyes porque los encantadores le dicen que le llevarán a Dulcinea, está exactamente en el mismo barco, en el mismo carro. Yo sostengo que la única diferencia que hay entre sir Lanzarote o sir Tristán, o cualquier otro caballero andante, y don Quijote es que éste no encontró a ningún caballero de verdad con el que luchar, en una época en la que la pólvora había reemplazado a los filtros mágicos.

Quiero subrayar que en los libros de caballerías no todo eran Damas y Rosas y Blasones, sino que había escenas en las que a aquellos caballeros les ocurrían cosas vergonzosas y grotescas, y pasaban por las mismas humillaciones y encantamientos que don Quijote; y que, dicho en pocas palabras, el *Quijote* no se puede considerar una deformación de aquellos libros, sino más bien una continuación lógica, con una mayor proporción de los ingredientes de locura, vergüenza y engaño.

El canónigo que conversa con el cura en el capítulo 47 de la primera parte expresa las opiniones del autor; o, cuando menos, las opiniones que un autor podía mantener sin riesgo en aquella época. Muy razonable, muy pacata, esa mentalidad. Es muy curioso, realmente, que en estos clérigos y escritores obedientes a la Iglesia sea la razón —la razón humana— lo que domina, en tanto que la fantasía y la intuición están proscritas: es una curiosa paradoja, porque ¿qué se haría de nuestros dioses si diéramos absoluta prioridad al pedestre sentido común? «Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero?», pregunta el canónigo. «¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanezca en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras que ni las descubrió Tolomeo ni las vio Marco Polo?» (¿Dónde estaría la ciencia si siguiéramos los dictados de la razón?). Las obras de ficción, dice el canónigo, se deben escribir «de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas».

Pero don Quijote sabe ser elocuente a la hora de describir la caballería andante, como hace en el capítulo 50: «Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: “Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras

aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen”? ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? […] Y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas […], y tomar luego la que parecía principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar o castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos, dicen que suele valer una ciudad, y aún más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que, tras todo esto, le llevan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? […] ¿Y, después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquél, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia?»[43].

A pesar de la elocuencia de don Quijote, la conversación del capítulo 47 entre el canónigo y el cura es una especie de resumen de lo que ya había expuesto el cura en el capítulo 6, el de la quema de los libros. Volvemos a estar en la situación inicial. Algunos libros de caballerías son dañinos porque son demasiado fantásticos y toscos de estilo. «No he visto ningún

libro de caballerías», concluye el canónigo, «que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil». Repito, sin embargo, que no valía la pena de atacarlos con una novela de mil páginas. Pero al final de la primera parte el astuto Cervantes ya no tiene un clérigo de su parte, sino dos.

Nos llevaría demasiado tiempo seguir en todos sus tediosos detalles cada uno de los meandros que va describiendo la materia de la caballería —el elástico espinazo de la estructura del libro— a lo largo de toda la obra. Cuando hablemos de las victorias y las derrotas de don Quijote el mecanismo quedará absolutamente claro. Voy a rematar estas palabras sobre el tema que en este apartado nos ocupa señalando una de sus variaciones más deliciosas, ya al final de las aventuras de don Quijote, en el capítulo 58 de la segunda parte. El caballero y su escudero se encuentran con una docena de hombres que están almorzando en un prado, sentados sobre sus capas. En la hierba, cerca de ellos, descansan cuatro objetos de gran tamaño tapados con sábanas. Don Quijote quiere ver lo que son, y uno de los hombres se los descubre: son imágenes esculpidas en relieve, que llevan de una parroquia a otra. La primera de las imágenes talladas representa a un caballero, todo él un ascua de oro, atravesando con su lanza la boca de un dragón. Don Quijote le identifica inmediatamente: «Este caballero», dice, «fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse don San Jorge, y fue además defendedor de doncellas». (San Jorge mató al dragón para proteger a la hija de un rey).

El siguiente resulta ser san Martín partiendo su capa con un pobre; y otra vez don Quijote, con una especie de tierna dignidad, comenta: «Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está

partiendo la capa con el pobre y le da la mitad, y sin duda debía de ser entonces invierno; que si no, él se la diera toda, según era de caritativo»; deducción un tanto patética por parte de don Quijote. Se descubre una tercera imagen, que muestra a Santiago pisando moros. «Éste sí que es caballero [exclamó don Quijote], y de las escuadras de Cristo; éste se llama don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo». La cuarta presenta a san Pablo caído del caballo, con todos los detalles acostumbrados en las representaciones de su conversión. «Éste —dijo don Quijote— fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo».

No hay más imágenes, así que don Quijote las manda tapar otra vez y dice —todo el tono de la escena es evangélico—: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo», murmura, con vaga y trémula percepción del estado en que se encuentra su pobre cerebro. Sancho comenta, según retoman el camino: «En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido». En efecto, esta escena compendia con el mayor arte el caso de nuestro bondadoso caballero andante, y presagia su próximo final.

Es extraño y maravilloso cómo la entonación de don Quijote en esta escena se acerca a la de otro loco creado en el mismo año que él:

Yo soy un viejo chocho y tonto,

y, dicho llanamente,
me parece que no estoy
en mis cabales.

El rey Lear, IV, VII

ENGAÑO Y CRUELDAD

Quiero abordar ahora el motivo del engaño, y el de la crueldad. Voy a hacer lo siguiente: lo primero, pasar revista a diversas muestras de crueldad física risueña de la primera parte del libro. Recuerden que mi exposición completa de las victorias y derrotas de don Quijote llegará mucho después: quiero que esperen ustedes con ilusión ese recuento juego a juego. Así que por ahora lo único que haré será iluminar con mi linternita un ángulo de la cámara de tormento, y esto es lo primero que voy a hacer hoy: muestras de crueldad física risueña en la primera parte. En segundo lugar examinaré las crueldades mentales de la segunda parte; y, como esas crueldades mentales son sobre todo engaños, tendré que hablar de los diversos encantamientos y encantadores. Nuestro primer encantador será Sancho, y con él entraremos en el tema de Dulcinea. Otro caso interesante será el de don Quijote en un acto de autoencantamiento, el episodio de la cueva de Montesinos. Después de esto estaré en condiciones de atacar a los principales encantadores de la segunda parte, los duques.

Yo siento que hay algo en la ética de este libro que arroja una lívida luz de laboratorio sobre las flamantes carnes de algunos de sus pasajes más floridos. Vamos a hablar de la crueldad.

El autor parece hacerse el siguiente plan: Ven conmigo, avieso lector, que disfrutas de ver a un perro vivo inflado y zarandeado a puntapiés como una pelota de fútbol; lector que, los domingos por la mañana, yendo o viniendo de la iglesia, gustas de saludar con un puntazo del bastón o con un escupitajo al pobre golfo puesto en la picota; ven conmigo, avieso lector, y advierte en cuán ingeniosas y crueles manos voy a poner a este personaje

mío que da risa de puro vulnerable. Y espero que te diviertas con lo que te tengo preparado.

Sencillamente no es verdad que, como sostienen algunos comentaristas del género blando —Aubrey Bell, por ejemplo—, el carácter general que se desprende del marco nacional en que se desenvuelve la obra sea el de un pueblo sensible, agudo, humorista y humano. ¡Curiosa humanidad! ¿Qué decir de la crueldad que se repite a lo largo de toda la obra —con o sin el propósito deliberado o la aprobación del autor— y ensucia su comicidad? No metamos en esto lo nacional. Los españoles de aquel tiempo no eran más crueles en su comportamiento hacia los locos y los animales, los subordinados y los disidentes, que cualquier otra nación de aquella época brutal y brillante. Ni, si vamos a eso, que los de otras épocas posteriores, más brutales y menos brillantes, en las que el hecho de la crueldad persiste y sigue enseñando las uñas. Del cuatrero que va en la cuerda de galeotes que don Quijote encuentra en el camino se nos dice que ha pasado por el potro como si fuera lo más natural, porque en la España o la Italia antiguas se aplicaba la tortura con la misma generosidad —aunque menos disimuladamente— con que hoy se aplica en los estados totalitarios. En la época del *Quijote* la locura era una cosa cómica para los españoles, pero también lo era (como señala Krutch) para los ingleses de épocas más recientes, que iban a Bedlam[44] a pasar el rato.

Las dos partes del *Quijote* componen una auténtica enciclopedia de la crueldad. Desde ese punto de vista, es uno de los libros más amargos y bárbaros de todos los tiempos. Y su crueldad es artística. Esos curiosísimos comentaristas que hablan desde sus académicas birretas de la atmósfera humorística y humana, blandamente cristiana, de la obra, de un mundo feliz en el que «todo aparece endulzado por las humanidades del amor y de la buena camaradería»[45], y sobre todo los que hablan de una «amable duquesa» que «agasaja al caballero» en la segunda parte, esos expertos sentimentales deben haberse leído otro libro, o haberse puesto una venda de color de rosa para contemplar a su través el mundo brutal de la novela de Cervantes. Cuenta una tradición que al rey Felipe III de España (otro bicho raro, que había sucedido en 1598 a su padre, el gélido y triste Felipe II), al asomarse a un balcón de su palacio en cierta mañana soleada, le llamó la

atención el extraño comportamiento de un joven estudiante que leía sentado en un banco a la sombra de un alcornoque (*Quercus súber*), y que, dándose de palmadas en el costado, soltaba carcajadas estruendosas. El rey comentó que aquel individuo o estaba loco o estaba leyendo el *Quijote*. Un veloz cortesano corrió a averiguarlo. El individuo, como ya se habrán imaginado ustedes, estaba leyendo el *Quijote*.

¿Qué era exactamente lo que desencadenaba esa hilaridad incoercible en el lúgubre mundo de los Felipes? He sacado una lista de cosas regocijantes entre aquellas que tenía a su alcance el alegre estudiante. Recuerden que hoy estoy considerando la obra únicamente desde este particular punto de vista; las aventuras de nuestro caballero encierran muchas otras cosas, de las que más tarde hablaré. Empezamos, pues, en el capítulo 3, con el ventero que permite que un loco ojeroso se aloje en su venta únicamente para reírse de él y que se rían de él sus huéspedes. Pasamos con un rugido de hilaridad a lo del chico semidesnudo azotado con un cinto por un robusto labrador (capítulo 4). Volvemos a retorcernos de risa en el capítulo 4 cuando un mozo de mulas deja al indefenso don Quijote machacado como trigo en el molino. En el capítulo 8 soltamos nuevas carcajadas viendo que los criados de unos monjes que van de camino le arrancan a Sancho todos los pelos de las barbas y le muelen a coces. ¡Qué juerga, qué estupendo! En el capítulo 15 unos arrieros apalean a Rocinante hasta dejarlo en el suelo medio muerto; pero no importa, en seguida el titiritero volverá a poner en pie a sus chirriantes muñecos.

Si a don Quijote no le administran un enema de arena y agua de nieve, como le hicieron a un personaje de un libro de caballerías, le falta poco. Dolores insoportables como los de Sancho Panza en el mismo capítulo 15[46] desatan nuevos gemidos de risa. Para entonces don Quijote ha perdido ya media oreja —y no cabe cosa más divertida que perder media oreja, como no sea perder tres cuartos de oreja—, y fíjense en los golpes que recibe ahora, en el curso de un día y una noche: 1) una tunda de estacazos; 2) ya en la venta, un puñetazo en la boca; 3) golpes diversos a oscuras[47]; 4) un trastazo en toda la cabeza con un candil. Y el día siguiente lo empieza muy bien, perdiendo casi todos los dientes de las pedradas que le dan unos pastores. La diversión es ya absolutamente desternillante en el

capítulo 17, con la famosa escena en que unos artesanos —cardadores y agujeros, a quienes se nos describe como «gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona»— se entretienen a costa de Sancho manteándole como se hace con los perros por carnestolendas: alusión de pasada a costumbres humanas y bienhumoradas. El joven estudiante a quien observa el rey Felipe vuelve a mondarse leyendo en el capítulo 18 lo de don Quijote y Sancho vomitando el uno encima del otro. Y qué gracia tiene la escena de los galeotes del capítulo 22, otro episodio famoso. Don Quijote le pregunta a uno de ellos por qué pecados se ve en tan mal paso. Otro responde por él:

«—Éste, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

»—Pues ¿cómo? —repitió don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

»—Sí, señor —respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

»—Antes he yo oído decir —dijo don Quijote— que quien canta, sus males espanta.

»—Acá es al revés —dijo el galeote—; que quien canta una vez, llora toda la vida.

»—No lo entiendo —dijo don Quijote.

»Mas una de las guardas le dijo:

»—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras, amén de doscientos azotes, que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un *no* como un *sí*, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino»[48].

Éste es el mundo humorístico y humano de algunos cervantistas del género blando.

Prosigamos nuestro estudio del regocijo del estudiante. Claro está que la crueldad física es graciosa, pero más divertida todavía puede ser la crueldad mental. En el capítulo 30 hay una encantadora joven llamada Dorotea, muy querida de los cervantistas; y siendo como es de aguda e inteligente no puede dejar de apreciar las deliciosas posibilidades que encierra la locura de don Quijote, de modo que al ver que todo el mundo se ríe de él «no quiso ser para menos». No quiso ser para menos. ¡Sabia, encantadora, simpática Dorotea!

En el capítulo 43 nos vemos otra vez en la venta encantada, y hay otra escena para congestionar de risa a los lectores. Don Quijote se ha puesto de pie sobre la silla del caballo para alcanzar hasta los barrotes de la ventana en donde imagina asomada a una doncella rendida de amores; y la criada que finge ser tal le ata la mano con el cabestro del burro de Sancho, de manera que al moverse el caballo don Quijote se queda colgado en el aire, y en ese estado pasa dos horas, desesperado, enloquecido, bramando como un toro, mientras la criada y la hija del ventero, y es de suponer que millones de lectores, se parten de risa, como probablemente se partirían muchos de los presentes entre la multitud, dieciséis siglos antes, al ver que al Dios martirizado de estas gentes le daban vinagre en vez de agua.

Los episodios de la venta acaban con don Quijote atado y enjaulado en una carreta por sus amigos el cura y el barbero, que quieren llevarle a casa y curarle de su locura. Llegamos a una última pelea de la primera parte, en el capítulo 52. Mientras llevan a don Quijote en el carro, el cura entabla conversación con un canónigo docto y amigable, y, sentándose a comer al borde del camino, dejan salir a don Quijote de la jaula para que venga a estar con ellos y les entretenga, para divertirse a su costa. Durante esa comida don Quijote riñe con un cabrero que pasaba por allí, y le estrella un pan en la cara. El cabrero intenta asfixiar a don Quijote, pero Sancho acude en su ayuda, y agarrando al cabrero lo derriba sobre el mantel, rompiendo y esparciendo todo lo que había sobre él. Don Quijote se las apaña para subirse encima del cabrero, que, con el rostro todo ensangrentado de las patadas de Sancho, busca por el mantel un cuchillo.

Atiendan ustedes ahora a lo que hacen el buen canónigo, el buen cura y el buen barbero, recordando que el canónigo es el propio Cervantes

disfrazado de miembro del clero, y recordando que el cura y el barbero son los amigos más íntimos de don Quijote y están muy preocupados por curarle de su locura. El canónigo y el cura impiden que el cabrero consiga un cuchillo, pero el barbero le ayuda a ponerse otra vez encima de don Quijote, desde donde le descarga tal lluvia de golpes que de la cara del caballero mana tanta sangre como de la suya. El barbero hace eso, supongo, por afán de diversión. Mientras tanto veamos qué hacen los otros. El canónigo y el cura revientan de risa; los cuadrilleros de la policía de caminos saltan de gozo, y unos y otros azuzan a los combatientes como se hace con dos perros enzarzados. Con esta nota familiar del perro —no hay cosa más graciosa que un perro torturado en una calle al sol—, con esta nota termina la primera parte del *Quijote*. Nuestro estudiante ya no se tiene de la risa, ha acabado, incluso, por rodar del banco abajo. Le dejaremos ahí tirado, aunque todavía queda una segunda parte para leer con más berridos de regocijo.

Nadie piense, sin embargo, que esa sinfonía de dolores mentales y físicos que se presenta en el *Quijote* es una composición que sólo se podría tocar con instrumentos musicales del pasado más remoto. Ni crea nadie que esas cuerdas del dolor se pulsan hoy día sólo en tiranías remotas, al otro lado de telones de acero. El dolor sigue estando con nosotros, alrededor de nosotros, entre nosotros. No me refiero a trivialidades —aunque también tienen su sitio en la historia del dolor— como los coscorrones en la cabeza, las patadas en la ingle y los puñetazos en la nariz que constituyen parte tan deleitable de nuestras películas y tebeos. Estoy pensando en cosas más triviales, que pasan bajo los mejores gobiernos. De vez en cuando, en nuestras escuelas, los niños que son un poco raros son atormentados por sus compañeros tan a placer como lo fuera el niño Quijote a manos de sus encantadores; y de vez en cuando los vagabundos, blancos y de color, son coceados por robustos policías con el mismo gusto con que lo fueran el vagabundo armado y su escudero por los caminos de España.

Pero pasemos a la segunda parte de nuestro libro humano y humorístico[49]. Comparada con la diversión de la primera parte, la crueldad hilarante de la segunda alcanza niveles más altos y más diabólicos en cuanto a las formas mentales que adopta, y desciende a nuevas simas de

crudeza increíble en el aspecto físico. El tema del engaño cobra mayor importancia; pululan los encantamientos y los encantadores. Bajo su divisa pretendo deambular por la segunda parte. Ya estaban presentes en la primera, por supuesto: el propio Sancho había embaucado a su amo con aquel mensaje manipulado que llevara a una Dulcinea inexistente. Y de hecho fue una burla muy sutil, pues si mintió y engañó a su señor no fue diciéndole que había visto a Dulcinea la princesa, sino diciéndole haber visto a Aldonza la moza del Toboso, a quien en realidad no se había molestado en ir a ver. Tomemos nota, pues, de que es Sancho, en la primera parte, quien pone en marcha el encantamiento de Dulcinea, su transformación de princesa en labradora particular o generalizada.

Al comienzo de la segunda parte Sancho pone en práctica un segundo encantamiento del mismo tenor. Consigue convencer a su amo —que a estas alturas ya es su víctima— de que una de las tres campesinas con las que se tropiezan (ninguna de las cuales es Aldonza) es Dulcinea transformada.

Al final del capítulo 8 de la segunda parte llegan al Toboso; don Quijote espera encontrar allí a Dulcinea. Caballero y escudero van secretamente preocupados por ella. El caballero, porque una duda muy vaga, muy secreta, se está formando como una nube en los cielos por lo demás límpidos de su locura; y el escudero, porque jamás la vio en la primera parte, sino que falsamente hizo creer a su amo que le había transmitido una carta. En el capítulo siguiente hay una búsqueda de un palacio a oscuras, en una callejuela. Sancho propone que don Quijote se oculte en una arboleda mientras él va en busca de Dulcinea. Fue un recurso genial de Cervantes no llegar a sacar a Dulcinea en la primera parte; ¿la sacará ahora?

Lo mismo que en la primera parte, don Quijote manda a Sancho con un mensaje para su dama, mensaje que tampoco esta vez entregará Sancho. Hay un párrafo precioso en el capítulo 10: «Anda, hijo —replicó don Quijote—, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado

rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado». (Detalle delicioso éste).

Sancho se vuelve hacia el pueblo; y al ver a tres aldeanas que vienen también en burro decide lo que tiene que hacer. A toda prisa regresa junto a don Quijote, a quien halla dando suspiros y amorosos lamentos.

«—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra?

»—Mejor será —respondió Sancho— que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras [los rótulos que se pintaban con los nombres de los recién doctorados], porque le echen bien de ver los que le vieren.

»—De ese modo —replicó don Quijote—, buenas nuevas traes.

»—Tan buenas —respondió Sancho—, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced. […] Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento».

Don Quijote se apresura a salir de la arboleda, pero en el momento del encuentro le asalta una curiosa tristeza, una tristeza muy real, como si de pronto, en este momento crucial, surgiera en su interior una duda terrible: ¿Existe Dulcinea? «Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos». Aun así, hace como Sancho y se postra de rodillas ante ella. «Miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios». Pero, espoleado por Sancho, llega a creer que esa moza, que huele a ajos crudos, que es pelirroja y tiene un lunar velludo en la comisura de la boca, es Dulcinea hechizada por un perverso encantador, y le dice así: «Y tú, ¡oh extremo del valor que

puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora».

Pensando que se están burlando de ella, la moza pica a su burro con un aguijón que lleva en un palo, con el resultado de que el animal se pone a dar corcovas y la tira al suelo. «Lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

»—¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un acotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra. Y no le van en zaga sus doncellas; que todas corren como el viento»[50].

De aquí en adelante y durante toda la segunda parte don Quijote estará dándole vueltas a cómo desencantar a Dulcinea: qué hacer para que esa fea moza labradora vuelva a ser la hermosa Dulcinea, a quien él vagamente recuerda como también labradora, pero agraciada, del Toboso.

Otra clase de engaño: El cura y el barbero convienen en la propuesta del bachiller de que éste, Sansón Carrasco, se eche al camino como caballero andante, se pelee con don Quijote en donde sea y le venza en combate. Entonces le ordenará que se vaya a su casa, y que se esté allí uno o dos años, si no más. Desgraciadamente, llegado el caso es el bachiller el que sale vencido y apaleado[51], y don Quijote el que sigue su camino muy satisfecho.

Desde el punto de vista de la estructura, los dos engaños —el de Sancho haciendo creer a don Quijote que Dulcinea está hechizada, y el del bachiller que se disfraza de caballero andante para encontrarse con don Quijote en las condiciones de su propia ensoñación—, estos dos engaños son los dos pies sobre los que ha de tenerse o tambalearse toda la segunda parte. A partir de ahora, toda la trama que se despliegue tendrá como fondo el anhelo de don Quijote de lograr el desencantamiento definitivo de Dulcinea; al mismo tiempo, se espera que el desdichado Caballero de los Espejos, el maltrecho bachiller, salga de nuevo a la palestra tan pronto como pueda sostenerse sobre la silla. De modo que el lector, según va atendiendo a los diversos meandros de la historia y a los diversos personajes que aparecen, ha de contar con que salga Dulcinea, y con que el bachiller se vuelva a disfrazar cuando el autor crea necesario. El bachiller volverá a pelear y vencerá; Dulcinea será desencantada, pero no aparecerá jamás.

Llegamos con esto al episodio de la cueva de Montesinos, de la segunda parte, que quiero comentar. Después analizaré los encantamientos ducales, la colección de supercherías del castillo de los duques. Finalmente, voy a señalar un par de grandes pasajes del libro, pasajes que lo redimen desde el punto de vista artístico.

Montesinos es un personaje de la literatura caballeresca, protagonista de los llamados «romances de Montesinos». (Un encantador galés, Merlín, había hecho de las suyas con algunos otros personajes de esos romances). Este curioso episodio se narra en los capítulos 22 y 23 y en las primeras páginas del capítulo 24; en capítulos posteriores se alude a él varias veces, y hay una especie de continuación de todo el asunto en los capítulos 34 y 35, cuando los duques utilizan la aventura de la cueva, que don Quijote les ha contado, como base de uno de los complicados engaños de que le hacen víctima.

Del episodio de la cueva de Montesinos se ha dicho que es un compromiso con la realidad. Como aventura es único en la obra por ser un caso no sólo de autoencantamiento, sino de autoencantamiento que parece ser deliberado por parte de nuestro loco a rayas. En ningún momento tenemos certeza de si don Quijote es o no consciente de habérselo inventado todo[52], y las diversas alusiones que acerca de esto se hacen a sus

estados de ánimo son muy interesantes. Don Quijote decide explorar una cueva en forma de sima, posiblemente el pozo de una mina abandonada, si queremos ser realistas. La entrada está cegada por zarzas e higueras, entre las cuales se abre paso el caballero a cuchilladas, después de haberse hecho atar a la cintura una cuerda de cerca de doscientos metros. Entre Sancho y un joven estudiante lo descuelgan; se ha extendido casi toda la cuerda, se hace el silencio. Al cabo de un rato aúpan a don Quijote, sumido en plácido desvanecimiento. En el capítulo 23 cuenta las prodigiosas aventuras que le han acaecido en la cueva. Entre otras maravillas ha visto allí a Dulcinea, todavía encantada, que andaba correteando con otras dos labradoras: evidentemente una imagen refleja del mismo trío que Sancho se había sacado de la manga en aquel capítulo anterior. En el sueño de don Quijote ella no se comporta como princesa Dulcinea, sino como pueblerina Aldonza, y la verdad es que el caballero relata el asunto con bastante irreverencia. Al comienzo del capítulo 24 el cronista afirma no poder darse a creer que don Quijote se lo hubiera inventado todo y estuviera mintiendo deliberadamente, él que era el caballero más veraz del mundo. El episodio pone una pincelada extravagante en su personalidad, y ha habido comentaristas que veían, en la colorida oscuridad de la sima, una serie de símbolos alusivos al meollo mismo de la cuestión de qué es la realidad, qué es la verdad. Yo me inclino, sin embargo, a entenderlo como un giro más de los que Cervantes imprime a la materia de Dulcinea Encantada para tener al lector entretenido y a don Quijote ocupado. Ahora el problema es cómo desencantar a Dulcinea.

Los encantamientos ducales

Llegamos a los dos principales encantadores del libro, que son los duques. Aquí la crueldad de la obra alcanza cimas atroces. Lo referente a la superchería ducal ocupa en total veintiocho capítulos y unas doscientas páginas de la segunda parte (capítulos 30 a 57), y más adelante hay otros dos capítulos (69 y 70) que tratan de lo mismo, después de lo cual sólo quedan cuatro capítulos, unas treinta páginas, hasta el final de la obra. Según explicaré más adelante, es probable que esa cesura, ese hiato de once

capítulos que hay entre el primer conjunto y el segundo, se deba a que Cervantes tuvo que atender precipitadamente a la aparición de un encantador en su propia vida, un autor misterioso que había publicado un espurio *Segundo Tomo de Don Quijote* mientras Cervantes escribía el suyo. Esa continuación espuria se menciona por primera vez en el capítulo 59. Luego Cervantes vuelve a arrojar a don Quijote y Sancho a la cámara de tormento.

De modo que el episodio de los duques abarca en total treinta capítulos, casi una cuarta parte de la obra entera. Se inicia en el capítulo 30, cuando don Quijote y su escudero, saliendo de una espesura, ven a la luz del ocaso a un vistoso grupo de gente. El verde parece ser el color predilecto del autor, y la bella cazadora con que se encuentran ahora sus personajes va vestida de verde y cabalga sobre un palafrén enjaezado de verde. La dama ha leído la primera parte de las aventuras de don Quijote, y tanto ella como su marido arden en deseos de conocer a su protagonista y procurarse un poco de tigresca diversión a su costa. Esta Diana (que es una Diana Diabólica, digámoslo ya desde ahora) y su marido han decidido seguirle en todo la corriente a don Quijote y tratarle como a caballero andante mientras esté con ellos, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos han leído y a los que son muy aficionados, con morbo y regodeo.

Don Quijote se aproxima con la visera alzada, y en el momento en que va a apearse del caballo acude Sancho a tenerle el estribo; pero al desmontar de su asno tiene la mala fortuna de engancharse un pie en una cuerda de la albarda, de tal modo que, no pudiéndolo sacar, queda colgado cabeza abajo, con el rostro y el pecho en el suelo: a lo largo de toda la novela hay una generosa siembra de símbolos y parodias del tormento de la garrucha, en el que se izaba y se dejaba caer a la víctima con cuerdas y poleas. «Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado a tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aún todavía tenía el pie en la corma». El pobre don Quijote debería haber

tomado esto por aviso y señal, pues es el comienzo ominoso de una larga y cruel letanía. Pero: «El duque mandó a sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron a don Quijote maltrecho de la caída, y, renqueando y como pudo, fue a hincar las rodillas ante los dos señores». Un comentador identifica a los anfitriones de don Quijote con personas reales, los duques de Villahermosa, pero no es más que un ejemplo del tipo de datos de interés humano que hacen las delicias de algunos cervantistas. La realidad es que la Diana Diabólica y su duque son meros encantadores, inventados por el maestro encantador Cervantes, y nada más.

En el castillo del duque le ponen a don Quijote un gran manto de lujoso paño escarlata. (Y a mí esto me recuerda singularmente a Otro Mártir al que unos soldados romanos le pusieron también ropas suntuosas y le llamaron rey en son de burla). Tan prodigioso recibimiento asombra mucho a don Quijote; «y aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mesmo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos». En la mesa suelta discursos, y los duques, los dos tigres sonrientes, ronronean y traman.

Ahora Cervantes empieza a tejer un esquema interesante. Va a haber un encantamiento doble, dos series de hechizos que unas veces confluyen y se mezclan, y otras discurren por separado. Una es la serie de hechizos que los duques planean con todo detalle, y que sus servidores ponen en práctica más o menos fielmente. Pero otras veces los criados toman la iniciativa, ya sea para asombrar y sorprender a sus amos, ya sea porque simplemente no pueden resistir la tentación de jugar con el loco flaco y el bobo cebado. Cuando se juntan los dos hechizos, el duque idiota y su feral duquesa se muestran a veces tan atónitos como si ellos mismos no hubieran inventado cosas así o parecidas. No olvidemos nunca que el secreto punto débil que tiene el Demonio en su poderío es la estupidez. Y en un par de ocasiones los criados van demasiado lejos, y se les reprende y aplaude a la vez. Y, por fin, la Duquesa Diabólica toma parte activa y material en los hechizos, como en seguida veremos.

El desfile de burlas crueles empieza en el capítulo 32, cuando una criada muy seria le enjabona la cara al dócil caballero. Ésta es la primera burla que

se inventa la servidumbre. Sus señores vacilan entre la cólera y la risa, no sabiendo si castigar el «atrevimiento»[53] de las muchachas o si recompensarlas por el placer de ver a don Quijote en tal estado, con la cara llena de jabón. Yo me figuro que a nuestro joven amigo el estudiante-lector le volverán a dar convulsiones al llegar aquí. Luego los mozos de la cocina atormentan a Sancho queriendo lavarle la cara con agua sucia de fregar, mientras la duquesa se parte de risa. De ahí en adelante le mima burlonamente como si fuera una especie de bufón, y el duque le promete el gobierno de una isla.

Los dos, don Quijote y Sancho, habían recelado antes posibles hechizos, y ahora sin darse cuenta han caído en manos de encantadores: ¡el duque y la duquesa! «Grande era el gusto que recebían el duque y la duquesa», dice nuestro texto, «de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras», tomaron pie en aquel episodio anterior en el que don Quijote había explorado una honda sima y había tenido un sueño maravilloso en sus profundidades. Los duques deciden servirse de lo que les ha dicho el caballero sobre la cueva de Montesinos como punto de arranque de una burla que sea algo verdaderamente fuera de lo común. Nótese que los hechizos que Sancho haya podido inventar quedan subsumidos en el encantamiento general; y lo que más gracia le hace a la duquesa es la simplicidad suma del escudero, que se ha llegado a creer que, efectivamente, Dulcinea está encantada, a pesar de ser él mismo quien urdió todo el asunto, como sabemos.

Conque al cabo de una semana, y tras haber instruido a los criados acerca de todo lo que tienen que hacer, se llevan a don Quijote de montería, con tanto acompañamiento de monteros y batidores como si fuera el rey en persona. Sancho lo pasa mal, pero don Quijote tiene una actuación espléndida, acometiendo a un desmesurado jabalí al que entre todos dan muerte. Viene a continuación la siguiente burla de los duques. Hay una especie de bruma en el aire que les viene muy bien para poner en práctica lo que tienen pensado. Poco después del crepúsculo, cuando ya empieza a caer la noche, parece de pronto como si el bosque ardiera por todas partes. (Recuérdese que esto es el crepúsculo de la vida de don Quijote, que lo

ilumina todo con extraño fulgor verdidorado). Al momento resuenan aquí y allá y por doquier innumerables trompetas y otros instrumentos marciales, como si pasaran muchas tropas de caballería. Infinitos gritos como los que dan los moros al entrar en batalla se mezclan después con el son de trompetas y clarines y el redoble de tambores, formando un continuo y furioso estruendo. (Repito: nótese que cada dos por tres los duques se pasman ridículamente de sus propias invenciones, sea porque la servidumbre las mejora o porque ellos mismos están mal de la cabeza). En medio del temor general se hace el silencio, y pasa un postillón vestido de demonio, haciendo sonar un cuerno enorme. Preguntado por el duque, respondió el correo con voz horrísona y desenfadada:

«—Yo soy el Diablo; voy a buscar a don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso. Encantada viene con el gallardo francés Montesinos, a dar orden a don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora».

Dulcinea le será devuelta a don Quijote —y aquí viene lo desternillante — si Sancho consiente en recibir tres mil azotes sobre sus posaderas descubiertas. Si no, dice el duque oída la condición, no se le dará ínsula. Todo ello es de una comicidad muy medieval, grosera y estúpida, como es toda la comicidad que viene del demonio. El humor auténtico viene de los ángeles. «Y satisfechos los duques […] se volvieron a su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas; que para ellos no había veras que más gusto les diesen». Éste es el meollo de todos estos capítulos ducales: regodearse en una burla y en seguida planear otra igual de bestial.

En el episodio de la dueña Dolorida (capítulos 36-41) no me voy a detener sino para decir que, según el relato que hace la dueña, hubo dos amantes a los que el encantador Malambruno transformó en mona y cocodrilo; y: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes hasta que el valeroso manchego venga conmigo [con Malambruno] a las manos en singular batalla; que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura». Viene después la descripción del caballo volador que llevará a don Quijote al lejano reino de Candaya, donde están los amantes: «el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que

le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. […] De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos, por diversas partes del mundo, y hoy está aquí, y mañana en Francia, y otro día en Potosí; y es lo bueno que el tal caballo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado…». Es éste un tema antiguo. En las *Mil y una noches* aparecen máquinas voladoras semejantes, también con una clavija de dirección en el cuello.

También la dueña Dolorida y otras dueñas que tenía a sus órdenes han sido hechizadas: por arte de magia les han salido barbas, y serán desbarbadas si don Quijote consigue desencantar a los amantes. El tema de la barba desempeña un curioso papel en el libro (recordemos el lavar de barbas al comienzo del episodio ducal), y parece tener su origen en las alusiones iniciales al afeitado en la primera parte, toda esa preocupación por los barberos y por el yelmo de don Quijote que era una bacía.

Traen al caballo de madera Clavileño, y don Quijote y Sancho montan en él (el segundo protestando); luego les vendan los ojos. «Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

»—¡Dios te guíe, valeroso caballero!

»—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

»—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

»—¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!».

Don Quijote y Sancho dialogan mientras creen volar por los aires, aunque la realidad es que su cabalgadura no se mueve del suelo. El caballero amonesta a Sancho: «Y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no

parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

»—Así es la verdad —respondió Sancho—; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

»Y así era ello; que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

»Sintiéndose, pues, soplar, don Quijote dijo:

»—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo, las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región, y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

»En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. […]

»Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires, con extraño ruido, y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados». Se anuncia entonces que con sólo haber acometido la aventura ya ha cumplido don Quijote, y Malambruno ha liberado de sus hechizos a los amantes y a las barbadas dueñas, por orden de Merlín. Todo pura estupidez. En una palabra, el castillo ducal es una especie de laboratorio donde se practica la vivisección sobre un par de almas cándidas, don Quijote y Sancho.

En el capítulo 42 se nos dice: «Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de

mayo». Don Quijote aconseja a Sancho acerca de cómo conducirse en el cargo. Sus instrucciones no tienen nada de extraordinario, antes bien se ajustan al modelo de las amonestaciones elevadas y prudentes de los libros antiguos; pero es curioso el contraste entre la clemencia que aconseja para gobernar[54] y el comportamiento inmisericorde de sus torturadores. Sancho toma posesión de su gobierno, que es un lugar de unos mil habitantes, uno de los mejores que tiene el duque en sus dominios, ceñido de murallas. Ayudado por su buena memoria, se revela todo un Salomón en sus juicios.

Voy a desviar un momento el curso de mi estudio de los encantamientos ducales para señalar a la atención de ustedes un punto de arte grande. Yo creo que Cervantes se daba cuenta de estar siguiendo el camino del mínimo esfuerzo, y de pronto a la historia le crece un par muy pero muy especial de alas. El arte tiene sus maneras de trascender los límites de la razón. Yo quiero proponer esta tesis: esta novela se habría muerto de la risa que su trama picaresca pretendía provocar, si no contuviera episodios y pasajes que suavemente introducen o arrastran al lector al mundo ensoñado del arte permanente e irracional. Decíamos, pues, que en la segunda parte, en torno al capítulo 40 del libro, Sancho por fin consigue su ínsula. Los capítulos 42 y 43 tratan de los consejos que don Quijote le da antes de su partida para ir a gobernarla. Bien sabe don Quijote cuán inferior a él es su escudero, pero su subordinado tiene suerte; a él, el señor, no sólo se le niega el mayor de sus sueños, que es desencantar a Dulcinea, sino que además ha entrado en un extraño declive. Conoce el miedo. Conoce la desolación de la pobreza. Mientras el gordo Sancho consigue su próspera ínsula, el flaco Quijote sigue estando en la misma situación en que estaba cuando empezó la larga y, retrospectivamente, cansada y fallida sucesión de sus aventuras. El principal interés, si no el único, de sus instrucciones a Sancho (y esto me lo ha sugerido el excelente comentarista español Madariaga) está en que esas instrucciones no son sino un modo de elevarse en su propia estima sobre su afortunado subordinado (pág. 153).

Hay que tener en cuenta que don Quijote es el hacedor de su gloria, el único engendrador de esas maravillas; y dentro de su alma lleva al enemigo más temible del visionario: la serpiente de la duda, la conciencia enroscada de que su empresa es ilusoria. Hay algo en el tono de esas instrucciones

suyas a Sancho que evoca la imagen de un poeta oscuro, anciano y raído, que jamás ha triunfado en nada, dando a su hijo fortachón, popular y extrovertido, unos cuantos consejos sólidos sobre cómo medrar en la fontanería o en la política. En el capítulo 44, que es el capítulo en el que yo estaba pensando al referirme al elemento artístico, de ensoñación del libro, ya se han llevado a Sancho a ser gobernador, y don Quijote se queda solo en ese horrible castillo ducal, que es una realidad frente a su fantasía, un castillo en el que cada torre encierra una garra, en el que cada almena es un colmillo. La realidad supera en quijotismo a don Quijote: Sancho se ha ido, y don Quijote está extrañamente solo. Hay una súbita quietud, una pausa triste y profunda. Ah sí, ya sé, se apresura Cervantes a decirle al lector, al lector más bruto, sí, lector, ese escudero gordo tan gracioso, tu payaso favorito, se ha ido, pero «en tanto, atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de don Quijote, o se han de celebrar con admiración, o con risa». Lo más seguro es que el lector antropoide se salte el importantísimo pasaje al que con esto estamos llegando, para pasar en seguida al episodio de los gatos, presuntamente desternillante pero en realidad atroz y brutal y fundamentalmente estúpido[55].

Sancho se ha ido, y don Quijote está extrañamente solo, y de repente le embarga una extraña sensación de aislamiento y añoranza, algo más que una mera sensación de soledad, como un anhelo nostálgico sin objeto. Se retira a su habitación, no permite que entre ningún criado, y una vez cerrada la puerta procede a desvestirse a la luz de dos velas. Está solo, pero no están echadas las cortinas, por así decirlo, de la ventana del relato, y entre los barrotes vemos el destello de las medias de color verde encendido que se va quitando y estudiando lentamente, lo mismo que al leer otra historia famosa, en la que lo grotesco y lo lírico se entretejen de forma bastante parecida, las *Almas muertas* de Gógol, vislumbraremos en medio de la noche una ventana iluminada y el cuero brillante de un par de botas nuevas que un viajero soñador admira interminablemente.

Pero las medias de don Quijote no tienen nada de nuevas. «Oh desgracia», suspira el narrador contemplando cómo se saltan varios puntos de la media de la pierna izquierda, que queda convertida en celosía. La

desolación de su pobreza[56] se mezcla en el ánimo del caballero con su general abatimiento, y al fin se acuesta, pensativo y pesaroso. ¿Serán sólo la ausencia de Sancho y los puntos saltados de las medias lo que produce esa tristeza, esa *soledad* española, esa *saudade* portuguesa, esa *angoisse* francesa, esa *sehnsucht* alemana, esa *toska* rusa? Dudamos; dudamos si no será más honda. Recordemos que Sancho, su escudero, es el bastón de la locura de Quijote, el apoyo de su ilusión, y ahora don Quijote está extrañamente solo. Apaga las velas, pero hace calor y no puede dormir. Se levanta, abre un poco la ventana enrejada, y se asoma al jardín hechizado por la luna. Entonces oye un intercambio de voces femeninas, sobre todo la voz de Altisidora, la doncella de la duquesa, una muchacha, una niña, que dentro del plan de crueldad atroz que preside ésta y otras escenas se finge doncella rendida de amor por el caballero más valiente de la Mancha.

Estando así, junto a la reja, le llega el sonido de un instrumento de cuerda tocado suavísimamente; y don Quijote se emociona mucho. Su añoranza, su soledad, se resuelven en esa música punteada, en esa punzante belleza. La insinuación interior, la sospecha velada de que Dulcinea pudiera no existir, sale a la luz por contraste con una melodía de verdad, con una voz de verdad; voz de verdad que le engaña, por supuesto, no menos que su sueño de Dulcinea, pero que por lo menos pertenece a una doncella de verdad, y encantadora, y no a Maritornes, la puta doméstica de la primera parte. Se emociona mucho porque en ese momento todas las innumerables aventuras del mismo género que leyó en los libros de caballerías, ahora extrañamente veraces: rejas, jardines, música y amor, acuden a él con nuevo empuje, sueños que se mezclan con la realidad, sueños que fecundan la realidad. Y la voz de la doncellita Altisidora (que lleva la R de realidad), tan cerca, en el jardín, por un instante se le hace física y mentalmente más vívida que la visión de Dulcinea del Toboso, con todas esas eles lacias y lánguidas de flaca ilusión. Pero su modestia innata, su pureza, la gloriosa castidad del verdadero caballero andante, todo eso puede más que sus sentidos varoniles; y tras escuchar la canción que se canta en el jardín cierra de golpe la ventana, y, más pesaroso aún que antes, «como si le hubiera acontecido» dice Cervantes, «alguna gran desgracia», se va a la cama,

dejando el jardín a las luciérnagas y a los lamentos musicales de las niñas, y dejando la próspera ínsula a su orondo escudero.

Es una escena admirable; una de esas escenas que halagan a la imaginación y dan más de lo que parecen encerrar; soñador, añorante, enteco, con las medias raídas de color esmeralda hechas un higo en el suelo, y la reja, ya cerrada, y la cálida noche española que de aquí en adelante será durante tres siglos semillero de prosas y versos románticos en todos los idiomas, y un Quijote cincuentón que combate un engaño con otro engaño: melancólico, abatido, tentado, excitado por los gemidos musicales de la pequeña Altisidora.

Vuelta a la cámara de tormento. A la noche siguiente don Quijote pide una vihuela y canta un romance que él mismo ha compuesto para desalentar a Altisidora con su fidelidad a Dulcinea; y cantándolo está «cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego, tras ellos, derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra, parecía que una región de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardían, y andaban buscando por do escaparse. […] Levantóse don Quijote en pie, y poniendo mano a la espada comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

»—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca; que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

»Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas; ellos acudieron a la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a

su estancia, y abriendo con llave maestra vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. […]

»Pero el gato […] gruñía y apretaba; mas, en fin, el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

»Quedó don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador». En otra sesión más con sus torturadores, cuando doña Rodríguez solicita su ayuda para enmendar las afrentas que le han hecho a su hija, en medio del tumulto a oscuras que se arma es la propia duquesa la que le da de pellizcos.

Entretanto Sancho gobierna sabiamente su ínsula, hasta que sus enemigos de tramoya invaden el pueblo; con ello culminan las burlas que sufre el desdichado escudero. Obsérvese que los duques no están presentes en el tormento, pero lo gozan igualmente oyéndolo contar después. Los supuestos defensores de la villa piden a Sancho que se arme y les dirija. Él, aunque asustado, «Ármenme norabuena», les responde. Le atan dos escudos grandes, uno por delante y otro por detrás, de manera que no puede ni doblarse ni moverse, y así le dicen que guíe a los lugareños. Luego se finge la batalla, que consiste en que todo el mundo le pisotee teniéndole tendido en el suelo. Cuando por fin le desatan se desmaya. Vuelto en sí pregunta qué hora es, y le dicen que ya es de día, y que ha salido victorioso. Él, sin decir nada más, comienza a vestirse en medio de un profundo silencio, mientras todos le miran, esperando a ver por qué tiene tantas prisas por vestirse. Este silencio recuerda a los matones de la escuela cuando han estado atormentando a un chico gordo y débil. En silencio Sancho se levanta, se enjuga la cara, y a paso lento, porque está tan molido que no puede andar deprisa, se dirige a la caballeriza, seguido de todos los presentes. Allí abraza a su rucio, le habla con ternura y le ajusta la albarda, sin que ninguno de los circunstantes diga nada. Luego sube sobre él, con mucho trabajo y pesar, y dice: «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente»: una nota casi proustiana. En esta sola escena revela Sancho una dignidad y una pausada tristeza comparables con las melancólicas emociones de su señor.

El capítulo 57 empieza así: «Ya le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase». Ciertas peripecias camino de Barcelona le reúnen con el gran bandolero Roque Guinart, que dispone la forma de encomendarles a él y a Sancho a unos amigos de Barcelona para que se diviertan con ellos. Los recibe un amigo de Roque, don Antonio Moreno; y según entran con él en la ciudad, unos muchachos, escurriéndose entre el gentío, les levantan la cola a Rocinante y al rucio y les meten unos manojos de aulagas (una planta espinosa). Los animales se encabritan y corcovean, y dan con sus jinetes en el suelo. Esto les hará reír a los que disfrutan viendo corcovear a esos caballos de los rodeos comerciales, esos jacos a los que les ponen unas cinchas corrosivas especiales.

En Barcelona don Quijote pasa a manos de otro amable encantador. Don Antonio era «caballero rico y discreto, y amigo de holgarse a lo honesto y afable, el cual, viendo en su casa a don Quijote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras». Lo primero que hace, por lo tanto, es desarmar a don Quijote y dejarlo únicamente con su jubón de gamuza ajustado, hecho lo cual le saca a un balcón que da a la ciudad para que le vean las gentes allí reunidas, incluidos los muchachos. Y allí aparece don Quijote en indigno espectáculo, con los chicos mirando boquiabiertos su figura esquelética y melancólica: sólo le falta una corona de espinas. Esa tarde le llevan de paseo a caballo, vestido con una capa tan gruesa «que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo». Sobre la espalda le han cosido un pergamino que lleva escrito en letras grandes: «Éste es el rey», perdón, «ÉSTE ES DON QUIJOTE DE LA MANCHA». «En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían a verle, y como leían: "Éste es don Quijote de la Mancha", admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose a don Antonio, que iba a su lado, le dijo:

»—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuestra merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen».

Después, en una fiesta, dos damas burlonas obligan a bailar al torpe y cansado don Quijote, hasta que, exhausto y deprimido, se sienta en el suelo en mitad de la sala, entre ruidoso jolgorio, y amablemente don Antonio, viendo que ya no se puede sacar más diversión del mártir, manda que los criados le lleven en brazos a acostar.

Pero los duques no han acabado con don Quijote y Sancho. En el capítulo 68 envían gente armada a buscarles para que siga la juerga. En un camino les encuentran cariacontecidos, y con amenazas e imprecaciones se los llevan a un castillo, que el caballero reconoce como el del duque. Los jinetes descabalgan, agarran por la fuerza a don Quijote y a Sancho y les meten en un patio. Allí «ardían casi cien hachas, puestas en sus blandones, y por los corredores del patio, más de quinientas luminarias […]. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleras de plata; encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa a la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas, un ramo de amarilla y vencedora palma». Es Altisidora, disfrazada de bella muerta o durmiente.

Tras muchas ceremonias, una canción y discursos de personajes que representan a Radamanto y Minos, se revela que Altisidora sólo será liberada del hechizo y devuelta a la vida si Sancho se deja dar bofetadas y pellizcos en la cara. A pesar de sus protestas, aparecen seis dueñas, y a instancias de don Quijote, Sancho se deja abofetear por las dueñas y otras gentes de la casa, «pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohíno, y asiendo de una hacha encendida que junto a él estaba, dio tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo:

»—¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!

»En esto, Altisidora, que debía de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos a una voz dijeron:

»—¡Viva es Altisidora! ¡Altisidora vive!».

Mientras el caballero y Sancho duermen esa noche, Cervantes comenta, tras la máscara de seda de su historiador árabe Cide Hamete, «que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos». El episodio que acabo de relatar lleva como título del capítulo 69: «Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote». Da la impresión de que el autor piensa que cuanto más espectáculo haya en el escenario, más extras, trajes, luces, reyes y reinas y demás, mayor le parecerá la aventura al lector (como al espectador de cine de hoy).

Hay un último engaño. Sancho, dando verdugazos contra los árboles a oscuras, hace creer a su amo que se está dando los azotes que desencantarán a Dulcinea: de hecho, que se ha administrado el número de azotes necesario y que en algún lugar de la niebla Dulcinea se está desencantando. Una estrella, un cielo arrebolado, una sensación creciente de victoria, de conquista. Observen que estos azotes a las hayas se administran con el mismo cabestro de asno que se usó en dos encantamientos anteriores: el que Sancho hizo a Rocinante en el episodio del capítulo 20 de la primera parte, justo antes de la aventura de los batanes, y la suspensión de don Quijote de la ventana de la posada, en el capítulo 43, por la criada Maritornes.

EL TEMA DEL CRONISTA, DULCINEA Y LA MUERTE

La materia del cronista

Como ustedes recordarán, antes enumeré diez puntos o aspectos en relación con la estructura del libro que nos ocupa. Algunos, como el uso que hace Cervantes de citas de romances y de dichos populares, o sus juegos de palabras, sólo fue posible mencionarlos de pasada porque no podemos palpar el texto original a través de los estratos superpuestos de una traducción, por buena que sea. Nos detuvimos un par de minutos en otros puntos, como el arte excelente de los diálogos de la obra y el convencionalismo pseudopoético de sus descripciones de la naturaleza. Señalé el hecho de que, en la evolución de la literatura, la personalización del entorno sensual ha ido muy a la zaga de la personalización del habla humana. Con algo más de detalle examiné las historias intercaladas y la materia de la Arcadia, destacando la multiplicación de niveles narrativos y algunas formas primitivas de agrupamiento de personajes en un lugar. La materia de los libros de caballerías nos tuvo ocupados algún tiempo, y traté de poner de relieve que el elemento grotesco que se encuentra en el *Quijote* no es ajeno a los libros de caballerías que leía.

Vino a continuación un análisis bastante detallado en torno al engaño, en el que subrayé los elementos de crueldad que hay en el libro. Me parecía que en estos tiempos brutales, en los que una de las pocas cosas que pueden salvar a nuestro mundo es la Libertad del Dolor, la proscripción total y permanente de todo tipo de crueldad, me parecía que en esas circunstancias estaba justificado llamar la atención sobre la crueldad del supuesto humorismo de este libro. He señalado que tomar este libro amargo y

bárbaro como muestra de lo humano y lo humorístico es una actitud y un juicio que no tienen fundamento. Acabo de intentar poner de manifiesto lo único que verdaderamente importa en esto de la literatura: la emoción misteriosa del arte, el impacto del gozo estético. Queda un punto de nuestra lista de elementos estructurales que tenemos que abordar hoy, y que es lo que yo he llamado la materia del cronista.

En los ocho primeros capítulos de la primera parte Cervantes finge ser el revisor de una crónica anónima, obra de un «sabio encantador», como le llama don Quijote: «¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia!». Al final del capítulo 8 don Quijote arremete contra el escudero de una dama, un vizcaíno al que vemos preparado, espada en alto, para detener el golpe del caballero. «Desdichadamente», dice Cervantes, «tenemos que dejarles en esa posición, porque el texto anónimo termina aquí y no he podido encontrar nada más sobre las hazañas de don Quijote».

Ni que decir tiene que este artificio de interrumpir el relato en un momento crucial es muy corriente en los libros de caballerías que Cervantes está imitando. Así que tomemos nota de que el cronista número uno es un historiador anónimo.

En el capítulo 9 Cervantes asume el papel de un contrariado compilador que tiene que ponerse a investigar por su cuenta. «Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre», dice, «que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes (de los que dicen las gentes que van a sus aventuras), porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. […] [Y su historia], ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan

calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas [y] amparar doncellas […]. Digo, pues, que por éstos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia».

Finge Cervantes que la fortuna le ayudó, y que en el mercado de Toledo se tropezó con un manuscrito escrito en árabe en varios cartapacios. Su autor era un morisco que Cervantes se inventa de pies a turbante, Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo como se define en la portada. A través de esa máscara de seda hablará Cervantes. Otro morisco que sabía español, dice, le tradujo el manuscrito entero al castellano en poco más de mes y medio. Esto es otro artificio común, el del manuscrito encontrado, que emplearán los escritores hasta bien entrado el siglo XIX. Al comienzo del manuscrito, dice Cervantes, hay una ilustración del combate de don Quijote con el vizcaíno, donde aparecen retratados exactamente como se cuenta al final del capítulo 8, con las espadas en alto, etcétera. Nótese qué bien se convierte en cuadro la descripción de las actitudes en las que quedaron congelados en el punto de cesura. Con lo cual se reanuda el relato, el cuadro toma movimiento, el combate continúa, como en esas filmaciones de los partidos de fútbol que se paran y luego echan a andar otra vez.

Este alegre manejo de recursos astutos no debía tener mucho que ver con el estado de ánimo real de Cervantes en 1603 o 1604. Trabajaba frenéticamente, sin releer ni planificar. La pobreza lo espoleó a escribir la primera parte. La pobreza y la exasperación engendraron la segunda parte, redactada diez años después, porque mientras escribía ésta Cervantes tuvo que habérselas con un encantador en la vida real, tan cruel como cualquiera de los que había inventado para atormentar a su héroe inventado, y más vivo que el grave, elocuente y meticuloso historiador que había inventado para registrar las hazañas de su inventado héroe; pero no nos adelantemos. Así que en la primera parte tenemos, sin contar al propio Cervantes, dos historiadores, el anónimo de los ocho primeros capítulos y el Cide Hamete Benengeli del resto del libro.

También se protege Cervantes, como harían después de él otros escritores, apelando a la autoridad de la crónica que él había mandado traducir, y a la condición de morisco de su autor como garantía de que no hay hipérbole en lo que se diga de un protagonista español: «Si a esta [historia] se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y ansí me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio; cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto».

En la segunda parte se introduce otro artificio más. Un nuevo personaje, Sansón Carrasco, bachiller, informa a don Quijote de que, aunque sólo ha transcurrido un mes desde que regresara de sus andanzas (esa clase de discrepancias no inquietan nunca a Cervantes, que la explica con alusiones a la magia), ya se ha publicado la historia de las aventuras de don Quijote, es decir, nuestra primera parte, escrita por Benengeli y revisada por Cervantes, y está siendo muy leída. Es muy divertido el comentario de algunos defectos que le encuentran los lectores, según Carrasco. Yo no tengo tiempo de entrar en esto, pero sí únicamente de señalar que Cervantes hace lo que puede por arreglar el problema inexplicable de si a Sancho le robaron o no el burro en Sierra Morena. Conviene tomar buena nota de las reacciones de don Quijote a todas esas cosas.

Pues bien, muy al principio de la segunda parte, en el capítulo 14, Carrasco, disfrazado de Caballero de los Espejos (por todo el libro centellean reflejos, y reflejos de reflejos), el artero Carrasco disfrazado declara en presencia de nuestro don Quijote: «En resolución, últimamente

me ha mandado [su dama, Casildea de Vandalia] que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquél tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona […]; así, que ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido don Quijote». En efecto, podría haber añadido, como quiera que la gloria de un caballero andante es su identidad, yo soy don Quijote. Así que el combate que libra nuestro don Quijote real con este don Quijote reflejado es, en cierto modo, un combate con su propia sombra; y en este primer combate con Carrasco vence nuestro hombre.

Ahora va a ocurrir una cosa muy curiosa. Mientras Cervantes anda inventando encantadores que supuestamente han escrito su libro, y mientras dentro del libro don Quijote anda peleándose con encantadores salidos de los libros de caballerías, Cervantes —el autor real— se da de manos a boca con un encantador en el nivel de la llamada «vida real». Y va a servirse de esa circunstancia como instrumento particular para divertir al lector.

Cervantes se inventó un historiador arábigo. La llamada «vida real» puso en escena a un arrogante aragonés que secuestró a nuestro caballero andante. Mientras Cervantes trabajaba aún en la segunda parte de las aventuras de don Quijote, que se publicaría (tras algunos retrasos) en 1615, se imprimió en Tarragona y se dio a la venta un «Segundo Tomo» espurio, probablemente en el mismo momento en que expiraba el *copyright* de diez años que tenía Cervantes sobre la primera, es decir, el 26 de septiembre de 1614. El autor de esta continuación espuria la firmó con el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda, que casi con seguridad es un pseudónimo,

y el problema de su identidad sigue sin resolver. Lo que Cervantes dice de él en el prólogo y otros lugares de su segunda parte, así como la evidencia interna, parece indicar que era un aragonés de mediana edad (nacido en Tordesillas), escritor profesional, más entendido que Cervantes en temas eclesiásticos (sobre todo en lo referente a la orden dominicana), y admirador ferviente y celoso del dramaturgo Lope de Vega (que había criticado el *Quijote* antes de su publicación oficial), al que Cervantes tiraba un par de dardos envenenados en la primera parte. Se han sugerido muchos nombres, que yo no voy a comentar; valen todas las opiniones. Generaciones y generaciones de cervantistas han intentado encontrar el nombre real de Avellaneda oculto, bajo forma de anagrama o de acróstico, en los primeros renglones del *Quijote* espurio. Permítaseme dejar caer la oscura pista de que una bisabuela de Cervantes se llamaba Juana Avellaneda, y que hay quienes han sostenido que el falso *Quijote* lo compuso el propio Cervantes con el propósito deliberado de tener a mano un nuevo recurso en la segunda parte que firmó: enfrentar a sus personajes con personajes del libro de Avellaneda. Nadie, repito, sabe a ciencia cierta quién era Avellaneda, y su estilo es distinto del de Cervantes, menos rico, más concentrado, más escueto en las descripciones.

En la continuación de Avellaneda, don Quijote —un don Quijote barato, de cartón, totalmente desprovisto del encanto soñador y el patetismo del caballero original— se encamina a Zaragoza para tomar parte en unas justas que allí se celebran. Le acompaña un Sancho bastante bueno. Conviene recordar que al final de la primera parte se decía que el don Quijote real había ido a Zaragoza después de correr las aventuras que se cuentan en el libro. Y en su segunda parte Cervantes hace partir a su personaje hacia Zaragoza y viajar por ese camino hasta que en una venta oye hablar del don Quijote espurio y de sus aventuras en dicha ciudad, ante lo cual don Quijote desdeñosamente decide poner rumbo a Barcelona para no coincidir con el estafador fantasma. Otro detalle: en la falsa continuación, don Quijote deja de amar a Dulcinea para transferir su adoración platónica a la monstruosa reina Cenobia. Era una mujer que tenía un figón donde hacía callos y vendía salchichas: Bárbara Villalobos, fémina enorme, legañosa, llorona, con una cuchillada en la cara, cincuentona.

La materia ducal de la segunda parte verdadera tiene un curioso equivalente en la continuación de Avellaneda —yo supongo que este tipo de coincidencia nace de un convencionalismo literario—: hay un noble semejante, don Alvaro, que, al igual que los duques, utiliza a don Quijote para divertirse a su costa. Pero en general la actitud de Avellaneda es más bondadosa, más humana que la de Cervantes. No es cierto que, como dicen los admiradores más fervientes de Cervantes, el libro de Avellaneda carezca absolutamente de valor. Al contrario, tiene su chispa y su picardía, y hay muchos pasajes que no desmerecen en nada de algunas de las escenas chocarreras de nuestro libro[57].

¿Cómo pondrá fin Cervantes a las aventuras de don Quijote? Hay un encuentro que por fuerza ha de producirse, un hombre con el que por fuerza se ha de encontrar nuestro hombre. En el teatro esto se llama *la scène à faire*, la escena que tiene que llegar.

A lo largo de toda la segunda parte auténtica el lector tiene el presentimiento de que el bachiller Carrasco anda entre bastidores, recuperándose del revolcón que se llevó en su primer encuentro con don Quijote y con muchas ganas de volverle a encontrar. Sea lo que fuera, lo que le pase a don Quijote, en el camino, en la cueva mágica, en el castillo ducal o en Barcelona, es como si, por así decirlo, estuviera en libertad condicional. Es un mero respiro, y en cualquier momento puede aparecer Carrasco, metido en algún disfraz brillante, tintineante y deslumbrante, para cerrarle el paso, pegarle un palo y mandarle a la ruina. Y eso es exactamente lo que ocurre. En el capítulo 64 don Quijote vuelve a ser desafiado por Carrasco, que antes fuera el Caballero de los Espejos y ahora, bajo nuevo disfraz, se titula el Caballero de la Blanca Luna. Dos fuerzas contrapuestas le empujan: una mala, la sed de venganza; la otra buena, su intención inicial de obligar a don Quijote a dejarlo, a irse a casa como un buen chico y no meterse en más caballerías andantes, por lo menos hasta que pase un año o hasta que sane de su locura.

Ahora síganme ustedes con atención. Vamos a dar rienda suelta a nuestra fantasía, puesta en agradable frenesí por demasiado leer las aventuras de don Quijote. Paréceme a mí, pues, que Cervantes cuando llega a la escena de ese duelo final deja escapar la idea que casi tenía agarrada.

Me parece que ahí tenía ante sí, preparado y montado por sus propios esfuerzos, un clímax que hubiera estado a tono con el carácter especular del disfrazado Carrasco, el Caballero de los Espejos lunares[58]. Permítanme recordarles que Carrasco, al comienzo de la segunda parte, en el capítulo 14, durante su primer encuentro hostil con don Quijote, había hablado de su identificación con don Quijote por haber vencido a otro don Quijote. ¿A qué otro don Quijote? Carrasco parece identificarse con un don Quijote espurio. La ocasión que a mí me parece que perdió Cervantes fue la de haber desarrollado esa pista que él mismo había dado, con una escena final en la que don Quijote se enfrentase en combate no con Carrasco, sino con el don Quijote falso de Avellaneda. Todo el rato hemos venido encontrando gente que conocía personalmente al don Quijote falso. Estamos tan preparados para su aparición como para la de Dulcinea. Estamos ávidos de que Avellaneda saque a su hombre. ¡Qué espléndido habría sido que, en lugar de ese último encuentro precipitado y vago con el disfrazado Carrasco, que le derriba en un abrir y cerrar de ojos, el don Quijote real hubiera librado su batalla decisiva con el don Quijote falso! ¿Quién habría salido vencedor de esa batalla imaginada: el fantástico, el encantador loco genial, o el fraude, el símbolo de la robusta mediocridad? Yo apuesto por el hombre de Avellaneda, porque lo gracioso es que en la vida la mediocridad tiene más suerte que el genio. En la vida es el fraude el que descabalga a la valentía de verdad. Y ya que estoy soñando despierto, déjenme añadir que no estoy de acuerdo con el hado de los libros; escribir bajo otro nombre una continuación fingida, espuria, para intrigar al lector de la auténtica habría sido, en técnica artística, como un resplandor de luna[59]. Avellaneda debió ser, bajo un disfraz de espejos, Cervantes.

Dulcinea

Resumamos, en este punto, lo que sabemos de Dulcinea del Toboso. Sabemos que su nombre es una invención romántica de don Quijote; pero también sabemos por él y por su escudero que en el pueblo del Toboso, a pocas leguas del pueblo del caballero, existía el prototipo de su princesa. Se nos dice que en la realidad del libro se llamaba Aldonza Lorenzo, y que era

una moza aldeana de buen ver, muy ducha en salar el puerco y aventar el trigo. Eso es todo. Probablemente los ojos verde esmeralda que don Quijote atribuye a la dama, con su afición y la de su creador al verde, tienen tanto de invención romántica como su sonoro nombre. ¿Qué más sabemos? Por supuesto que hay que descartar la descripción que hace Sancho, porque la historia de cuando le entregó el mensaje que llevaba de su amo es falsa. Pero sí la conocía bien: muchacha forzuda, alta y robusta, de recia voz y risa burlona. Así la describe Sancho a su amo en el capítulo 25, cuando se dispone a llevarle el recado: «y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! […] Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire».

Al final del capítulo primero se nos informa de que don Quijote había estado en tiempos enamorado de Aldonza Lorenzo; con un amor platónico, sin duda, pero parece como si, cada vez que años atrás acertaba a pasar por el Toboso, admirase a la bien parecida labradora. Así, «a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto». En el capítulo 25 se nos dice que en doce años que hace que la quiere (don Quijote ronda ahora los cincuenta), en esos doce años sólo la ha visto tres o cuatro veces, y nunca le ha dirigido la palabra; ni ella se ha percatado tampoco de que él la miraba.

En el mismo capítulo ilustra a Sancho: «Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas, debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Calateas, las Fílidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los

teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen, por dar subjeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco; que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo». Y termina diciendo don Quijote: «Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras; que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintóla en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos»[60].

En el transcurso de las locas aventuras del caballero algo le pasa a su recuerdo de Aldonza Lorenzo: el telón de fondo de lo particular se desvanece, y a Aldonza se la traga la generalización romántica que Dulcinea representa, de suerte que en el capítulo 9 de la segunda parte, llegados al Toboso en busca de su dama, don Quijote puede decirle a Sancho, un tanto enfadado: «Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?». Esta imagen impregna la obra entera, pero nunca se la verá en El Toboso, como espera el lector.

La muerte

Sansón Carrasco, posando de Caballero de la Blanca Luna, derrota fácilmente a don Quijote en Barcelona y le arranca la promesa de volver a su pueblo y estarse allí un año. Después de describirle su plan a don

Antonio Moreno, Carrasco, ahora vencedor tras su primer descalabro, añade esta garantía: «Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. […] suplícoos no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que lo tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería»[61].

Cuando salen de Barcelona don Quijote y Sancho Panza camino de su pueblo, el caballero va inquieto y disgustado. Va sin armadura y en traje de camino, y Sancho a pie, con el rucio cargado con las armas. «Lo que te sé decir», le dice a Sancho, «es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin; hice lo que pude; derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas».

¿No va a aparecer nunca Dulcinea?

Camino de casa, en el capítulo 72, don Quijote se encuentra, no con el don Quijote espurio como era quizá nuestra esperanza, sino con uno de los personajes de la continuación espuria, a saber, don Alvaro Tarfe, que más o menos desempeña en el libro de Avellaneda el papel del duque o de don Antonio en el original. El don Quijote de Avellaneda, dice don Alvaro al don Quijote de verdad, fue muy amigo mío; «yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por

ser demasiadamente atrevido». Don Quijote resuelve poner término a todo esto, y hace que un notario levante acta de que el don Quijote y el Sancho Panza auténticos no son los del libro de Avellaneda.

«Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fue que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día, por ver si en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba a reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual, vista de Sancho, se hincó de rodillas».

Vagos augurios turban a don Quijote a su llegada: una disputa entre dos muchachos por una jaula de grillos, y luego una liebre acosada que se refugia bajo el rucio de Sancho, y que éste atrapa y presenta a su señor: «*Malum signum*! *Malum signum*! [Estaba diciendo don Quijote]. Liebre huye; galgos la siguen: ¡Dulcinea no parece!». En casa encuentra al cura, al barbero, al bachiller Carrasco y a todos los demás; don Quijote «en aquel mismo punto se apartó a solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año […], y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podía dar vado a sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros».

Aquí una vez más me acuerdo de cierta entonación del Rey Lear, cuando consuela a Cordelia (V, III):

… Así viviremos,
rezando y cantando y contando
cuentos viejos,
y riéndonos de las doradas mariposas…

(Ver Figura[8])

A don Quijote le vino su fin cuando menos lo esperaba. «Ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del

cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. […]

»Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. […] Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño».

Al despertar da voces agradeciéndole a Dios sus misericordias.

«—Las misericordias […] son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte».

Vuelve a ser, dice a sus amigos, ya no «don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*».

La escena es conmovedora, sobre todo en su continuación.

«—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado [y riámonos de las doradas mariposas]: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo

cinchado mal a Rocinante le derribaron». Dulcinea está desencantada. Es la muerte.

(Ver Figura[9])

Don Quijote hace testamento; «y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto».

El último aguijonazo cruel, muy a tono con el mundo irresponsable, pueril, punzante y bárbaro del libro.

VICTORIAS Y DERROTAS

El autor de un conocido ensayo sobre Cervantes comenta que, en toda su larga serie de batallas, don Quijote «no gana ni una sola vez»[62]. Ni que decir tiene que para poder escribir sobre un libro hay que leerlo. Nosotros sí lo hemos leído, y estamos en condiciones de rebatir la incomprensible afirmación de tal autor.

No sólo la voy a rebatir. Voy a demostrar, mediante una relación, encuentro por encuentro, de los cuarenta episodios en los que don Quijote hace de caballero andante, que esos episodios revelan ciertos elementos de estructura artística admirables, un cierto equilibrio y una cierta unidad; impresiones que no serían posibles si todos sus encuentros hubieran acabado en derrota para él.

En sus cuarenta encuentros, don Quijote tiene que habérselas con muy diversos seres y artilugios:

Animales: leones, un jabalí, toros, ovejas, gatos.

Jinetes y pastores: arrieros, mayorales, pastores de cabras y de ovejas.

Gentes que van de camino: tales como sacerdotes, estudiantes, delincuentes, vagabundos y diversas damas.

Máquinas: molinos de viento, batanes, aceñas y un caballo volador.

Ahora bien, en su condición de caballero andante cumple diversos cometidos:

En dos encuentros actúa como *protector de amantes en apuros*:

Episodio n.º 30: capítulos 25 a 27 de la segunda parte, «Los títeres».

Episodio n.º 34: capítulo 41 de la segunda parte, «El caballo volador»[63].

En dos encuentros actúa como *conquistador de reyes y reinos*:

Episodio n.º 5: capítulo 7 de la primera parte, «La adquisición de escudero».

Episodio n.º 16: capítulo 21 de la primera parte, «El yelmo de Mambrino».

En dos encuentros actúa como *verdugo de monstruos*:

Episodio n.º 28: capítulo 17 de la segunda parte, «Los leones».

Episodio n.º 33: capítulo 34 de la segunda parte, «El jabalí».

En cuatro encuentros actúa como *mantenedor de su honra*:

Episodio n.º 1: capítulo 3 de la primera parte, «La vela de las armas».

Episodio n.º 8: capítulo 8 de la primera parte, «El vizcaíno».

Episodio n.º 10: capítulo 15 de la primera parte, «Los arrieros».

Episodio n.º 27: capítulos 14 y 15 de la segunda parte, «El primer combate con Carrasco».

En cinco encuentros actúa como *pacificador*:

Episodio n.º 20: capítulos 37 y 38 de la primera parte, «La cena».

Episodio n.º 22: capítulo 44 de la primera parte, «Los huéspedes tramposos».

Episodio n.º 23: capítulo 45 de la primera parte, «La trifulca en el patio de la venta».

Episodio n.º 29: capítulo 21 de la segunda parte, «La disputa de la boda»[64].

Episodio n.º 31: capítulos 25 a 27 de la segunda parte, «Los aldeanos rebuznadores».

En cinco encuentros actúa como *defensor de doncellas en apuros*:

Episodio n.º 7: capítulo 8 de la primera parte, «Los frailes».

Episodio n.º 9: capítulo 14 de la primera parte, «Marcela».

Episodio n.º 19: capítulos 35 y 37 de la primera parte, «La segunda batalla soñada».

Episodio n.º 26: capítulo 52 de la primera parte, «La procesión para pedir la lluvia».

Episodio n.º37: capítulos 54 a 56 de la segunda parte, «El lacayo gascón»[65].

En seis encuentros don Quijote actúa como *paladín de Dulcinea y otras princesas*:

Episodio n.º 3: capítulo 4 de la primera parte, «El encuentro con los mercaderes».

Episodio n.º 18: capítulo 24 de la primera parte, «El caballero astroso».

Episodio n.º 24: capítulo 46 de la primera parte, «Don Quijote enjaulado».[66]

Episodio n.º 38: capítulo 58 de la segunda parte, «Los toros».

Episodio n.º 39: capítulo 60 de la segunda parte, «La pelea con Sancho».

Episodio n.º 40: capítulo 64 y 65 de la segunda parte, «El segundo combate con Carrasco».

En nueve encuentros don Quijote actúa como *reparador de agravios*:

Episodio n.º 2: capítulo 4 de la primera parte, «El muchacho azotado».

Episodio n.º 14: capítulo 19 de la primera parte, «Los enlutados».

Episodio n.º 17: capítulo 22 de la primera parte, «La liberación de los galeotes».

Episodio n.º 22: capítulo 44 de la primera parte, «Los huéspedes tramposos».

Episodio n.º 23: capítulo 45 de la primera parte, «La trifulca en el patio de la venta».

Episodio n.º 29: capítulo 21 de la segunda parte, «La disputa de la boda».

Episodio n.º 30: capítulos 25 y 26 de la segunda parte, «Los títeres».

Episodio n.º 34: capítulo 41 de la segunda parte, «El caballo volador».

Episodio n.º37: capítulos 54 y 56 de la segunda parte, «El lacayo gascón»[67].

En dieciocho encuentros don Quijote actúa como *enemigo de encantadores*, casi la mitad del total de cuarenta[68]:

Episodio n.º 4: capítulo 7 de la primera parte, «La primera batalla soñada».
Episodio n.º 6: capítulo 8 de la primera parte, «Los molinos de viento».
Episodio n.º 7: capítulo 8 de la primera parte, «Los frailes».
Episodio n.º 11: capítulos 16 y 17 de la primera parte, «El arriero celoso».
Episodio n.º 12: capítulo 17 de la primera parte, «El cuadrillero».
Episodio n.º 13: capítulo 18 de la primera parte, «Las ovejas».
Episodio n.º 14: capítulo 19 de la primera parte, «Los enlutados».
Episodio n.º 15: capítulo 20 de la primera parte, «Los batanes».
Episodio n.º 21: capítulo 43 de la primera parte, «La garrucha».
Episodio n.º 24: capítulo 46 de la primera parte, «Don Quijote enjaulado».
Episodio n.º 25: capítulo 52 de la primera parte, «La lucha con el cabrero».
Episodio n.º 27: capítulos 14 y 15 de la segunda parte, «El primer combate con Carrasco».
Episodio n.º 30: capítulo 29 de la segunda parte, «Los títeres».
Episodio n.º 32: capítulo 29 de la segunda parte, «Las aceñas».
Episodio n.º 34: capítulo 41 de la segunda parte, «El caballo volador».
Episodio n.º 35: capítulo 46 de la segunda parte, «Los gatos».
Episodio n.º 36: capítulos 48 y 50 de la segunda parte, «Las pellizcadoras».
Episodio n.º 37: capítulos 54 a 56 de la segunda parte, «El lacayo gascón».

Éste es el primer punto que vamos a conservar en la memoria: sus principales enemigos son encantadores.

Sigámosle ahora en sus cuarenta encuentros. En casi todos hay un engaño. El engaño acaba en victoria o en derrota, y la victoria es a menudo una victoria moral. Tras el engaño está el hecho real. Vamos a ir contando los tantos a favor y en contra. Comienza el partido. Vamos a ver quién gana, si don Quijote o sus enemigos.

Los cuarenta episodios que componen el libro se suceden en el curso de ciento setenta y cinco días, contando una pausa de un mes entre medias; en total, desde primeros de julio hasta mediados de diciembre, según un computador español.

PRIMERA PARTE

Episodio n.º 1: La vela de las armas (Cap. 3)

Engaño: Mantenedor de su honra. En la venta que para él es un castillo, don Quijote está dispuesto a hacer trizas a todo el que perturbe su vigilia ceremonial.

Resultado: Su Primera Victoria, en los umbrales mismos de la caballería.

Hecho real: Mientras pasea por el patio de la venta bajo la geométrica luz de la luna, dos arrieros, queriendo dar de beber a sus mulas, descolocan las armas de la pila donde estaban. Don Quijote les ahuyenta y les hiere gravemente.

La puntuación es 1-0.

Episodio n.º 2: El muchacho azotado (Cap. 4)

Engaño: Reparador de agravios. Don Quijote toma por caballero al labrador que está azotando al muchacho.

Resultado: Su Segunda Victoria, moral e incompleta. Hecho real: Con amenazas y blandiendo la lanza detiene a un labrador que está azotando con el cinto a un muchacho criado suyo llamado Andrés. Más adelante, en el capítulo 31, vuelve a aparecer Andrés, y se queja ante el confuso don Quijote de que por su culpa el labrador le diera una segunda paliza todavía

mayor después de que el reparador de agravios se marchara tan contento. Un pío comentarista (Bell, *Cervantes*, pág. 209) dice que «Don Quijote se ve castigado por […] meterse en muchos asuntos que no le conciernen»; como si, permítaseme decir, la justicia y la clemencia no nos concernieran a todos.

La puntuación es 2-0.

Episodio n.º 3: El encuentro con los mercaderes (Cap. 4)

Engaño: Paladín de princesas. Don Quijote acomete a trece bribones que se han negado a reconocer que no hay en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea.

Resultado: Su Primera Derrota.

Hecho real: Los atacados son seis mercaderes que van con cuatro criados y tres mulilleros, uno de los cuales aporrea al caballero, cuando éste se cae del caballo, con pedazos de su propia lanza. El molido don Quijote ruge amenazas con la mayor valentía. (Más adelante, en el capítulo 7, transforma a este «bastardo» en Roldán, el personaje del *Orlando furioso* de Ariosto). Con esto termina la primera salida.

La puntuación es 2-1.

Episodio n.º 4: La primera batalla soñada (Cap. 7)

Engaño: Enemigo de encantadores. Se bate en sueños con los seguidores de Roldán.

Resultado: Su Segunda Derrota (pero no definitiva, pues la batalla queda interrumpida).

Hecho real: Salta de la cama dando cuchilladas al aire, y entre el cura y el barbero le vuelven a acostar. Han sacado sus libros al patio (donde el ama los quema) y tapiado la habitación donde antes estaban. Don Quijote acusa al encantador Frestón de haber hecho desaparecer el cuarto.

La puntuación es 2-2.

(Ver Figura[10])

Episodio n.º 5: La adquisición de escudero (Cap. 7)

Engaño: Conquistador de reinos. Se esfuerza por convencer a un hombre del campo de que puede acabar siendo gobernador de una rica isla si accede a ser su escudero.

Resultado: Su Tercera Victoria, moral.

Hecho real: Al cabo de muchas persuasiones, Sancho Panza consiente en dejar a su familia para seguir al caballero. Más tarde, en el capítulo 10, su señor le dice que si no hay una isla a propósito le dará el reino de Dinamarca (que, sin embargo, acababa de anexarse [en 1601] otro Blande-Lanzas). Con esto da comienzo la segunda salida.

La puntuación es 3-2.

Episodio n.º 6: Los molinos de viento (Cap. 8)

Engaño: Enemigo de encantadores. Pelea contra treinta y cinco gigantes gesticulantes a los que el mago Frestón transforma en molinos de viento para burlarle.

Resultado: Su Tercera Derrota.

Hecho real: En el momento en que frente a don Quijote se alzan los molinos de viento, que eran entonces máquinas muy novedosas, se levanta un poco de viento que pone en marcha las aspas, una de las cuales golpea fuertemente al caballero en su embestida.

La puntuación es 3-3.

Tras de lo cual vienen tres estupendas victorias una detrás de otra:

Episodio n.º 7: Los frailes (Cap. 8)

Engaño: Enemigo de encantadores y defensor de doncellas en apuros. Don Quijote arremete contra dos magos que vienen a lomos de dromedarios, vestidos de negro y con anteojos y quitasoles, y que han secuestrado un coche con una princesa dentro.

Resultado: Su Cuarta Victoria.

Hecho real: Dos benedictinos, jinetes sobre gruesas mulas y usando anteojos de viaje, han coincidido casualmente en el camino con una señora que viaja a Sevilla, acompañada de cinco hombres a caballo y un par de mulilleros que apalean a Sancho mientras su señor pone en fuga a los buenos frailes.

La puntuación es 4-3.

Episodio n.º 8: El vizcaíno (Caps. 8 y 9)

Engaño: Mantenedor de su honra. Don Quijote acomete a un hidalgo vizcaíno que le ha insultado.

Resultado: Su Quinta Victoria.

Hecho real: Derribado de su mula por el caballero, el vizcaíno (escudero de la señora que aparecía en el episodio anterior) cae echando sangre por la nariz, por la boca y por los oídos (no le gusta a Cervantes dejarse en el tintero ningún orificio).

Tras este encuentro tan satisfactorio, don Quijote entra en un breve período de relativa lucidez.

La puntuación es 5-3.

Episodio n.º 9: Marcela (Cap. 14)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Sexta Victoria, moral.

Hecho real: Defensor de doncellas en apuros. Ante la fosa del joven Grisóstomo, que ha muerto enamorado de Marcela, don Quijote, con recias palabras, ordena a los reunidos, algunos de los cuales parecen deseosos de

vengarle, que nadie moleste a Marcela y la dejen marchar, y nadie se mueve del sitio.

(En relación con la terminología que empleo para llevar la puntuación, quiero recordarles que el antiguo juego del court tennis, que en definitiva era el antepasado de nuestro tenis, aparece a menudo citado por escritores de la época, y que en el Quijote lo juegan, según Altisidora, los demonios del infierno, que a guisa de pelotas usan libros rellenos de aire y lana.)[69].

La puntuación es 6-3, y don Quijote ha ganado el primer set de su partido con el Mal. (El partido sería supuestamente al mejor de cinco, pero sólo se jugarán cuatro sets).

Ahora don Quijote va a perder cuatro juegos seguidos:

Episodio n.º 10: Los arrieros (Cap. 15)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Cuarta Derrota. El caballero, ahora con total lucidez, se reprocha haber empuñado la espada contra unos patanes. Batirse únicamente con iguales en la escala social era una norma de la caballería que se refleja en el código de los duelos modernos de Europa y América Latina[70].

Hecho real: Mantenedor de su honra. Don Quijote arremete contra más de una veintena de arrieros que han apaleado a su caballo, y que seguidamente le dan de palos a él.

La puntuación es 6-4 (0-1 en el segundo set).

Episodio n.º 11: El arriero celoso (Caps. 16 y 17)

Engaño: Enemigo de encantadores. Don Quijote se ve atacado por un gigante, un mago moro.

Resultado: Su Quinta Derrota.

Hecho real: Estando en una venta recibe una paliza tremenda de manos de un arriero, que ha creído que nuestro casto y desmedrado caballero

estaba haciendo el amor a la moza Maritornes, la repulsiva amiga del arriero.

La puntuación es 6-5 (0-2 en el segundo set).

Episodio n.º 12: El cuadrillero (Cap. 17)

Engaño: Enemigo de encantadores. Don Quijote es atacado por una aparición, que es el mago moro bajo otra forma (según Sancho).

Resultado: Su Sexta Derrota.

Hecho real: Un cuadrillero con el que el caballero disputa le atiza en la cabeza con un candil de hierro. (Esta escena desemboca en la preparación de una panacea mágica, mezcla de romero, aceite, sal y vino, de la que don Quijote y Sancho beben sendos cuartillos, con resultados medievales).

La puntuación es 6-6 (0-3 en el segundo set).

Episodio n.º 13: Las ovejas (Cap. 18)

Engaño: Enemigo de encantadores. Don Quijote se bate con un ejército de gigantes y caballeros.

Resultado: Su Séptima Derrota.

Hecho real: Acomete a un rebaño de ovejas en medio de una nube de polvo, y el pastor le derriba. (Por cierto, compárese a los pastores de verdad con los de la Arcadia). Observen la materia de la realidad y la transformación en esta escena. Según el caballero, el ejército se transforma en rebaño de ovejas por encantamiento, lo mismo que los gigantes se habían transformado en molinos de viento. (Cervantes el encantador transformará a la flor de la caballería, al propio don Quijote, en burgués sensato y penitente en su lecho de muerte, en el último capítulo de la obra).

La puntuación es 6-7 (0-4 en el segundo set).

Episodio n.º 14: Los enlutados (Cap. 19)

Engaño: Enemigo de encantadores y reparador de agravios. Don Quijote acomete a veintiséis demonios que se llevan a un caballero herido o muerto.

Resultado: Su Séptima Victoria.

Hecho real: Ataca a un cortejo fúnebre: veinte caballeros vestidos de blanco, con antorchas encendidas, y seis dolientes enlutados. Estas gentes apocadas echan a correr por el campo con sus antorchas, lo que hace que parezcan estrellas fugitivas en la oscuridad o máscaras en un festejo. Nótese la calma con que don Quijote recibe las explicaciones de esos inocentes a los que ha apaleado, rompiéndole de paso una pierna a un joven bachiller que va para cura, un tipo desabrido y pedante que se hace bastante simpático. Don Quijote reconoce su error, pero como siempre les echa la culpa a los encantadores. «Yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo». (Después de esta victoria su escudero le pone el sobrenombre de Caballero de la Triste Figura, por el aspecto que han tomado sus mejillas hundidas a consecuencia de la pérdida de muelas en anteriores derrotas).

La puntuación es 7-7 (1-4 en el segundo set).

Episodio n.º 15. Los batanes[71] *(Cap. 20)*

Engaño: Enemigo de encantadores. Don Quijote, queriendo avanzar hacia el estruendo que hacen en la oscuridad media docena de gigantes, se encuentra con que su caballo está hechizado y no se puede mover.

Resultado: Su Octava Derrota.

Hecho real: Aquí el encantador es Sancho, que, deseoso de descansar por una noche y temiendo nuevas aventuras, le ha atado las patas a Rocinante con el cabestro de su burro. Al día siguiente los gigantes resultan ser mazos de batán.

La puntuación es 7-8 (1-5 en el segundo set).

Episodio n.º 16: El yelmo de Mambrino (Cap. 21)

Engaño: Conquistador de reinos. En el relumbre de oro que trae en la cabeza un hombre que viene a caballo bajo la lluvia y el sol, don Quijote reconoce el yelmo del rey moro Mambrino (del *Orlando innamorato* de Boiardo, un poeta italiano del siglo XV). Ataca.

Resultado: Su Octava Victoria.

Hecho real: El hombre es un barbero (el barbero número dos del libro), que se había puesto la bacía de latón de su oficio encima de la cabeza para resguardarse de la lluvia.

La puntuación es 8-8 (2-5 en el segundo set).

Episodio n.º 17: La liberación de los galeotes (Cap. 22)

Engaño: Reparador de agravios. Don Quijote no entiende que unos seres humanos tengan que ir encadenados a las galeras, forzados a remar por el rey (la fuerza motriz humana y barata de aquellos tiempos).

Resultado: Su Novena Victoria, con una posdata de derrota.

Hecho real: Libera de la custodia de cuatro guardias armados a cuatro ladrones, y a otros dos que son, uno un alcahuete venerable, y el otro un estudiante demasiado amigo de bromas. Los seis liberados le apedrean. Nótese que en todo el capítulo brilla su halo, el yelmo de latón. La escena tiene curiosas implicaciones místicas. Más que parodia de caballero andante, en efecto, don Quijote es aquí hermano de Jesús, y este pequeño tema se prolongará débilmente en dos o tres escenas posteriores.

La puntuación es 9-8 (3-5 en el segundo set).

Episodio n.º 18: El caballero astroso (Cap. 24)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Novena Derrota.

Hecho real: Paladín de princesas. Don Quijote tiene una disputa con Cardenio, un vagabundo enamorado con quien topa en el monte. Discuten sobre la castidad de un personaje femenino del *Amadís de Gaula*. Cardenio derriba a don Quijote de una pedrada.

La puntuación es 9-9.

Con esto la puntuación en el segundo set es 3-6, y don Quijote lo ha perdido después de ganar el primero por 6-3. Nótese que es aquí donde se empieza a tejer el entramado de las novelas, cuyos personajes van congregándose en la venta, en número cada vez mayor. Las actividades de don Quijote tienden a perderse en medio de esa maraña.

Episodio n.º 19: La segunda batalla soñada (Caps. 35 y 37)

Engaño: Defensor de doncellas en apuros. Don Quijote decapita a un gigante.

Resultado: Su Décima Victoria.

Hecho real: Luchando en sueños acuchilla unos pellejos llenos de vino tinto. Regresamos al punto de partida de su salida, que comenzó luchando en sueños contra los encantadores.

La puntuación es 10-9 (1-0 en el tercer set).

Fíjense en esto: El cura bienintencionado y el barbero del principio han engañado a don Quijote para hacerle salir del monte, donde además de su locura básica se había inventado una segunda locura fingida en honor de su Dulcinea, como hacían en los libros los caballeros penitentes. Ahora le hacen creer, con la colaboración de una doncella itinerante llamada Dorotea, que ésta necesita su ayuda contra un gigante que ha invadido el reino del cual dice ser princesa. Esta historia que Dorotea se inventa no es más fantástica que sus problemas de verdad. En el mismísimo momento en que don Quijote sueña que decapita al gigante de su invención, Dorotea se reúne en la venta con su enamorado, que es una persona tan irreal como pudiera serlo cualquier gigante. La lucha soñada, en un nivel de irrealidad

(el romance de caballerías), parece influir en los acontecimientos y dirigirlos en otro nivel de irrealidad (la materia de la novela italiana).

Episodio n.º 20: La cena (Caps. 37 y 38)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Yo clasificaría este episodio como el Undécimo y Mayor Triunfo de don Quijote.

Hecho real: A don Quijote, el pacificador, se le da el sitio de honor a la cabecera de la mesa. Llegados a este punto, los reunidos, que son doce personas, han adoptado hacia él una actitud de ternura y de respeto. Él es el vínculo; él es el pacificador. En un discurso solemne habla de los escritores y los militares, cuestiones que Cervantes, que ha sido las dos cosas, lleva muy en el corazón. Don Quijote tiene por menos elevada en sus fines la profesión de las letras que la de las armas. La primera tiene como objetivo el conocimiento humano, que lleva a la formulación de las leyes justas; pero la profesión de las armas, dice, tiene como finalidad la paz, que es la mayor bendición que el hombre puede desear en esta vida. Esta escena es el clímax melancólico y significativo de la primera parte. El ingrediente absurdo y grotesco de la novela se repliega a la luz de las velas. El tono todo de la escena, con el bondadoso caballero presidiendo una cena de doce comensales, casi discípulos en esta hora postrera (porque pronto le van a martirizar y enjaular), recuerda vagamente un cuadro de la Última Cena descrita en el Nuevo Testamento. Se nos olvida que ninguno de los comensales es muy bueno éticamente, ni muy convincente estéticamente, y lo único que nos llega es la voz, serena y triste, que habla de la paz: «Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: “Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoridos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijesen: “Paz sea en esta casa”».

La puntuación es 11-9 (2-0 en el tercer set).

Episodio n.º 21: La garrucha (Cap. 43)

Engaño: Enemigo de encantadores. Uno de ellos hace que don Quijote cuelgue por una muñeca de la ventana de una doncella doliente de amor.

Resultado: Su Décima Derrota.

Hecho real: Maritornes, la bromista criada de la venta, utiliza el cabestro del asno de Sancho para atar a don Quijote desde dentro de la ventana, de tal manera que cuando el caballo sobre el que se había puesto de pie se aparta, el caballero queda colgando durante dos horas con horrible dolor, como el que sufría el tormento llamado «de la garrucha», o como un crucificado.

La puntuación es 11-10 (2-1 en el tercer set).

Episodio n.º 22: Los huéspedes tramposos (Cap. 44)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Duodécima Victoria, moral.

Hecho real: Dos huéspedes anónimos que pretendían irse sin pagar se ponen a pegar al ventero cuando éste reclama su dinero. Don Quijote, el pacificador y reparador de agravios, acude en su ayuda. Su razonamiento suave y persuasivo prevalece, y los dos bribones pagan hasta el último céntimo.

La puntuación es 12-10 (3-1 en el tercer set).

Episodio n.º 23: La trifulca en el patio de la venta (Cap. 45)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Decimotercera Victoria, nuevamente moral.

Hecho real: Durante la confusa pelea que hay en el patio de la venta entre una serie de personas que ni se acuerdan de cómo ni por qué empezó

todo, don Quijote, pacificador y reparador de agravios, ordena con voz de trueno: «¡Ténganse todos!»; y se le obedece.

La puntuación es 13-10 (4-1 en el tercer set).

Ahora vienen tres derrotas seguidas:

Episodio n.º 24: Don Quijote enjaulado (Cap. 46)

Engaño: Enemigo de encantadores y paladín de princesas. Fantasmas enmascarados le meten en una jaula puesta encima de un carro de bueyes, y en una salmodia mágica le comunican que debe someterse a este encantamiento para, en su día, ser unido en matrimonio a su Dulcinea.

Resultado: Su Undécima Derrota.

Hecho real: El cura y el primer barbero, ayudados por la demás gente de la venta, todos disfrazados, se sirven de esa artimaña para engañarle y transportarle a casa. Se habrán fijado ustedes en la absoluta crueldad de todo el asunto: el hombre melancólico, tranquilo, encantado, ahí meditando en su jaula de madera mientras los dos sacerdotes (el cura y un canónigo que encuentran de camino) discuten sutiles cuestiones literarias (el arte de escribir libros elegantes y provechosos).

La puntuación es 13-11 (4-2 en el tercer set).

Episodio n.º 25: La pelea con el cabrero (Cap. 52)

Engaño: Mantenedor de su honra y enemigo de encantadores. Pelea con un demonio que le ha ofendido.

Resultado: Su Duodécima Derrota (no absoluta porque la pelea queda truncada).

Hecho real: El demonio es un cabrero. He comentado la escena anteriormente.

La puntuación es 13-12 (4-3 en el tercer set).

Episodio n.º 26: La procesión para pedir la lluvia (Cap. 52)

Engaño: Defensor de doncellas en apuros. Don Quijote (a quien sus encantadores han dejado salir de la jaula para entretenerse un rato) acomete a una banda de malhechores que llevan secuestrada a una dama de alcurnia.

Resultado: Su Decimotercera Derrota.

Hecho real: La dama es una imagen de la Virgen que llevan en procesión penitentes rogando por la lluvia. Uno de los portadores de la sagrada efigie casi mata a don Quijote con un bastón con que la sostiene. Don Quijote llega a su casa aturdido y permanece allí descansando por espacio de un mes.

Con esto termina la primera parte del libro. La puntuación está igualada: trece victorias contra trece derrotas (o, dicho en la jerga del tenis, 6-3, 3-6, 4-4, interrupción a causa de la lluvia).

La segunda parte del libro se iniciará con cuatro victorias seguidas.

SEGUNDA PARTE

Episodio n.º 27: El primer combate con Carrasco (Caps. 14 y 15)

Engaño: Mantenedor de su honra y enemigo de encantadores. Don Quijote se bate con el Caballero de los Espejos, que afirma haberse encontrado antes con don Quijote y haberle vencido. Tras el combate y por arte de encantamiento, el Caballero de los Espejos adquiere la figura de Sansón Carrasco.

Resultado: La Decimocuarta Victoria de don Quijote.

Hecho real: el plan, frustrado, del bienintencionado Carrasco era, haciéndose pasar por caballero, vencer al demente don Quijote y ordenarle ir a casa. Toda la segunda parte de la obra se desplegará entre la derrota de Carrasco y su segundo y victorioso encuentro con don Quijote en el episodio número cuarenta; la última batalla. Por consiguiente, la duración de las aventuras de don Quijote en la segunda parte dependerá de lo que dure la convalecencia del iracundo pero todavía bienintencionado Carrasco.

La puntuación es 14-13 (5-4 en el tercer set).

Episodio n.º 28: Los leones (Cap. 17)

Engaño: Ninguno, salvo una vaga alusión a los encantadores.

Resultado: Su Decimoquinta Victoria, una gran victoria moral.

Hecho real: El gobernador de Orán envía como regalo al rey de España dos leones enjaulados, bestias hambrientas y feroces. Su guardián así se lo explica a don Quijote, verdugo de monstruos, que les ha cerrado el paso en el camino. ¿Leones a mí?, dice don Quijote sonriéndose un poco y entornando los ojos. «¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues ¡por Dios que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían». Se abre una de las jaulas. El león está muy bien descrito: un animal formidable, que se estira y bosteza perezosamente y con la lengua se quita el polvo de los ojos. Don Quijote le hace frente, esperando que baje del carro, pero por fin permite que se vuelva a cerrar la puerta. En esta escena no hay nada de fantasía: hay un hombre de verdad que se enfrenta a un león de verdad.

La puntuación es 15-13 (con esto don Quijote gana el tercer set por 6-4; dos sets contra uno: esto se está poniendo muy emocionante).

Episodio n.º 29: La disputa de la boda (Cap. 21)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Decimosexta Victoria.

Hecho real: Reparador de agravios y pacificador. Con palabras imperiosas y blandiendo su lanza, don Quijote detiene una pelea entre los partidarios de dos novios distintos en unas bodas, y todo el mundo le estima por lo que es, «hombre de valor y de pelo en pecho».

La puntuación es 16-13 (1-0 en el cuarto set).

Episodio n.º 30: Los títeres (Caps, 25 y 26)

Engaño: *Reparador de agravios, enemigo de encantadores, protector de amantes en apuros* (en este caso don Gaiferos, rey de Burdeos y uno de los lugartenientes de Carlomagno, y la bella Melisendra). Don Quijote hace pedazos a una multitud de moros, a quienes los encantadores transforman después en títeres rotos.

Resultado: Su Decimoséptima Victoria.

Hecho real: Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes puestos en libertad por don Quijote, que ahora va disfrazado con un parche de seda verde sobre un ojo, da una función de marionetas, por cuya destrucción don Quijote paga impertérrito, porfiando aún haber salvado a los amantes, que ya se encuentran seguros en Francia.

La puntuación es 17-13 (con ventaja de 2-0 en el cuarto set y con dos sets por delante: ¡debería ganar el partido!).

Episodio n.º 31: Los aldeanos rebuznadores (Caps. 27 y 28)

Engaño: Ninguno.

Resultado: Su Decimocuarta Derrota (psicológicamente una derrota muy severa y ominosa).

Hecho real: Un concurso de rebuznos (a ver quién es capaz de imitar mejor a un burro) entre dos aldeas acaba en una pelea que don Quijote, en el papel lúcido de pacificador, casi consigue detener explicando en qué casos la naturaleza, el honor, el patriotismo y la fe católica permiten acudir a las armas; pero Sancho interrumpe el discurso de su señor con una cuchufleta desafortunada, y por primera vez en su vida don Quijote, bajo una lluvia de piedras, se retira a toda prisa.

La puntuación es 17-14 (2-1 en el cuarto set).

Episodio n.º 32: Las aceñas (Cap. 29)

Engaño: Enemigo de encantadores. Don Quijote salta a una barca vacía que le invita a zarpar para dar socorro a algún caballero o princesa, pero los encantadores no le dejan llegar hasta el castillo que divisa frente a sí.

Resultado: Su Decimoquinta Derrota.

Hecho real: Las ruedas de unos grandes molinos de agua que hay en mitad del río atraen hacia sí la barca. Unos molineros rescatan a don Quijote y su escudero.

La puntuación es 17-15 (2-2 en el cuarto set).

Episodio n.º 33: El jabalí (Cap. 34)

Engaño: Ninguno, salvo que, embrazando su escudo y con la espada en la mano, se comporta más como el verdugo de dragones que es que como el deportista rural que fue.

Resultado: Su Decimoctava Victoria, muy insignificante. Hecho real: Estando de montería con los duques participa en la caza de un enorme jabalí.

La puntuación es 18-15 (3-2 en el cuarto set).

Episodio n.º 34: El caballo volador (Cap. 41)

Engaño: Reparador de agravios, enemigo de encantadores, protector de amantes en apuros. Parte hacia un reino lejano a lomos de un caballo volador, y cuando esa máquina explota descubre que ha logrado la valerosa gesta con sólo haberla acometido.

Resultado: Su Decimonovena Victoria.

Hecho real: Una burla tediosa y complicada de la serie ducal de la que ya he hablado antes.

La puntuación es 19-15 (con ventaja de 4-2 en el cuarto set).

Episodio n.º 35: Los gatos (Cap. 46)

Engaño: Enemigo de encantadores. Se ve atacado por un demonio.

Resultado: Su Decimosexta Derrota (no absoluta, porque don Quijote quería seguir cuando se interrumpe la lucha).

Hecho real: Uno de los gatos, enloquecidos con cencerros, que han derramado de un saco en el cuarto que don Quijote ocupa en el castillo de los duques, le hiere en la cara con uñas y dientes.

La puntuación es 19-16 (4-3 en el cuarto set).

Episodio n.º 36: Las pellizcadoras (Cap. 48)

Engaño: Enemigo de encantadores. Los encantadores le martirizan a oscuras y en silencio.

Resultado: Su Decimoséptima Derrota.

Hecho real: La duquesa, furiosa de que don Quijote se haya enterado por una cotilla de que ella tiene úlceras en sus bonitas piernas (¡una de esas inevitables máculas secretas que tiene que haber en la belleza de un demonio!), le ataca en la oscuridad, y ayudada por su encantadora criadita Altisidora se pasa media hora pellizcándole en sus enjutas carnes.

La puntuación es 19-17 (4-4 en el cuarto set).

Episodio n.º 37: El lacayo gascón (Caps. 54 a 56)

Engaño: Reparador de agravios, defensor de doncellas en apuros, enemigo de encantadores. Don Quijote está a punto de batirse con uno de los vasallos del duque, que ha dejado abandonada a su novia; pero éste, en el preciso momento en que don Quijote va a arremeter contra él, se transforma por obra de los encantadores en el lacayo Tosilos. Tosilos, que se ha enamorado de la joven, se rinde ante don Quijote, y, benévolamente apoyado por él, se ofrece a casarse al punto con la novia abandonada.

Resultado: Su Vigésima Victoria.

Hecho real: Los duques, para organizar el duelo, habían puesto a un lacayo en el lugar de su súbdito huido a Flandes; al verse ahora privados de su cruel diversión, se pasman y se enfurecen, sintiéndose engañados.

La puntuación es 20-17 (ya no puede perder, pero ¿ganará?)

El caballero va en cabeza por 5-4 en el cuarto set; si gana el juego siguiente habrá ganado el set y el partido.

Episodio n.º 38: Los toros (Cap. 58)

Engaño: Paladín de princesas. Sólo por honrar a unas amigables doncellas que ha encontrado vestidas de pastoras, don Quijote, alegre y sin pensar, se planta en medio del camino desafiando al primero que aparezca. Lo que llega es una manada de toros con sus vaqueros.

Resultado: Su Decimoctava Derrota.

Hecho real: Observen que la materia de las pastoras es una vuelta a la atmósfera arcádica del episodio número nueve; y tras su segundo combate con Carrasco, en el episodio número cuarenta, el propio don Quijote proyectará vestirse de pastor y vivir en un entorno arcádico. Nótese también que las ovejas de verdad y los pastores de verdad forman un contraste brutal con el mundo artificial y engalanado de las fantasías bucólicas. En el episodio número trece, cuando acometía a las ovejas que para él eran ejércitos, los pastores de verdad derribaron a don Quijote. Ahora, en el episodio número treinta y ocho, toros y vaqueros le arrollan y le pisotean, dejándole molido y atontado; pero patéticamente intenta perseguirlos a pie, dando voces, corriendo, tropezando y cayéndose, hasta que al fin, extenuado y llorando de rabia, se sienta en mitad del camino polvoriento e implacable. Esta escena es el comienzo de su ruina final.

La puntuación es 20-18 (5-5 en el cuarto set).

Episodio n.º 39: La pelea con Sancho (Cap. 60)

Engaño: Paladín de princesas. Don Quijote cree lo que los duques le han metido en la cabeza, esto es, que cierto número de azotes que Sancho se aplique a sus posaderas descubiertas servirán para desencantar a Dulcinea.

Resultado: Su Decimonovena Derrota.

Hecho real: Esa mañana de otoño, camino de Barcelona, don Quijote parece presentir que sus días están contados y que hay que desencantar a Dulcinea a todo trance. Decide ser él mismo el que administre esos tres mil azotes a Sancho, y se llega hasta su escudero dormido. Le vemos cómo intenta abrirle la ropa a Sancho, pero Sancho se revuelve contra su señor, le tumba en tierra y le planta una rodilla sobre el pecho, de modo que no le deja ni moverse ni respirar. Obliga a don Quijote a prometerle que ha de dejar el asunto a su arbitrio, y luego le engaña haciéndole creer que se está azotando cuando lo que hace es azotar unos lisos troncos de hayas con el cabestro de su asno, el mismo cabestro con que había atado las patas de Rocinante en el episodio número quince, y el mismo cabestro con que Maritornes había atado a don Quijote de la muñeca desde la ventana. De todas las derrotas, este revolcón con su escudero es la más grotesca, la más atroz. Ofuscado por la tristeza y desarmado, don Quijote se deja capturar por unos Robin Hoods benévolos, lo que forma parte de la misma derrota.

La puntuación es 20-19 (5-6 en el cuarto set).

Episodio n.º 40: El segundo y último combate con Carrasco (Caps. 64 y 65)

(La última oportunidad de ganar el partido).

Engaño: Paladín de princesas. Don Quijote acepta el reto del Caballero de la Blanca Luna, que le encuentra un día en la playa de Barcelona.

Resultado: Su Vigésima Derrota, decisiva.

Hecho real: Carrasco, disfrazado, después de derribar limpiamente al pobre caballero, le hace jurar que regresará a su pueblo. Aquí acaba don Quijote como caballero andante. Mientras él y Sancho caminan sin ganas de vuelta a casa, se añaden unos pocos martirios más: una piara de cerdos les

pisotea, y después los duques les hacen arrastrar otra vez a la cámara de tormento, pero éstas son malaventuras, no derrotas, porque don Quijote ya no es caballero andante.

De manera que la puntuación final es 20-20, o, dicho en la jerga del tenis, 6-3, 3-6, 6-4, 5-7. Pero el quinto set no se llegará a jugar; la Muerte cancela el partido. Por encuentros, la puntuación está igualada: veinte victorias contra veinte derrotas. Además, también está igualada en cada una de las dos partes del libro: 13-13 y 7-7, respectivamente. Este equilibrio perfecto de victoria y derrota es muy asombroso en una obra que parece tan inconexa y descuidada. Nace de un sentido secreto de la escritura, la intuición armonizadora del artista.

CONCLUSIÓN

A lo largo de mis comentarios sobre el *Quijote* he intentado formar ciertas impresiones en sus mentes abiertas. Si algunas mentes estaban sólo entornadas, aun así espero haber podido impartir un poquito de información. Repito lo que dije al comienzo de nuestra gira: ustedes son el turista animoso y animado; yo no soy más que un guía locuaz con dolor de pies. De modo que ¿cuáles eran esas impresiones? Pues he examinado cosas tales como el cuándo y el dónde de la obra; la relación entre la llamada «vida real» y la ficción; los rasgos físicos y morales de don Quijote y su escudero; varios aspectos estructurales como el de la materia de los libros de caballerías, la materia de la Arcadia, la narración intercalada, los cronistas, los crueles engaños que los tres, don Quijote, Sancho y el propio Cervantes, padecen a manos de encantadores. He hablado de su Dulcinea y de su muerte. Les he dado a ustedes muestras del arte y de la poesía de la obra, y he expresado mi negativa a considerarla como una obra humana y humorística.

Un comentarista español, Diego Clemencín, señala que Cervantes «escribió su fábula con una negligencia y desaliño que parece inexplicable. La escribió dejando correr la vena de su ingenio, sin seguir regla ni imponerse sujeción alguna»[72] y con una repugnancia invencible a revisar lo ya escrito; de ahí la abundante cosecha de errores, incidentes olvidados o

cambiados de lugar, detalles incongruentes, nombres y hechos que sufren toda clase de transformaciones irritantes al ser recordados o repetidos, y otros defectos que afean el libro. Se ha dicho también, todavía con mayor ferocidad, que aparte de las conversaciones fascinantes de don Quijote y Sancho y de las magníficas ilusiones que componen las principales aventuras del caballero, la novela es un fárrago de acontecimientos prefabricados, intrigas de segunda mano, versos mediocres, interpolaciones manidas, disfraces imposibles y coincidencias increíbles; pero de alguna forma el genio de Cervantes, la intuición del artista que era, consigue trabar esos miembros inconexos y servirse de ellos para dar impulso y unidad a su novela sobre un noble loco y su vulgar escudero.

Que en otros tiempos un lector del *Quijote* pudiera encontrar motivo de carcajadas en todos los capítulos del libro es cosa que parece increíble para el lector moderno, que encuentra en su humor ribetes brutales y despiadados. A menudo la diversión cae al bajo nivel de la farsa medieval y sus motivos de risa tópicos. Es triste que un escritor dé por hecho que ciertas cosas son graciosas en sí: los asnos, los glotones, los animales martirizados, las narices ensangrentadas, etcétera, el repertorio habitual de la comicidad prefabricada. Si Cervantes se salva a la larga es únicamente porque pudo más el artista que llevaba dentro. Como pensador compartía alegremente casi todos los errores y prejuicios de su tiempo: toleraba la Inquisición, aprobaba muy seriamente la actitud brutal de su país hacia los moros y otros herejes, creía que Dios hacía a todos los nobles e inspiraba a todos los monjes[73].

Pero tenía vista y pulso de artista, y a la hora de crear a su patético héroe fue más fuerte su arte que sus prejuicios. El arte del libro no se resiente necesariamente de su moral. Como pensador, Cervantes se deja dirigir y aherrojar por las ideas clásicas y académicas de su época. Como creador, despliega la libertad del genio[74].

¿Cuál será, pues, nuestro juicio final?

El *Quijote* es uno de esos libros que quizá sean más importantes por su difusión excéntrica que por su valor intrínseco. Es significativo que fuera traducido inmediatamente; ya en 1612 salió una traducción inglesa, antes de que se publicara la segunda parte en español, y lo mismo la primera

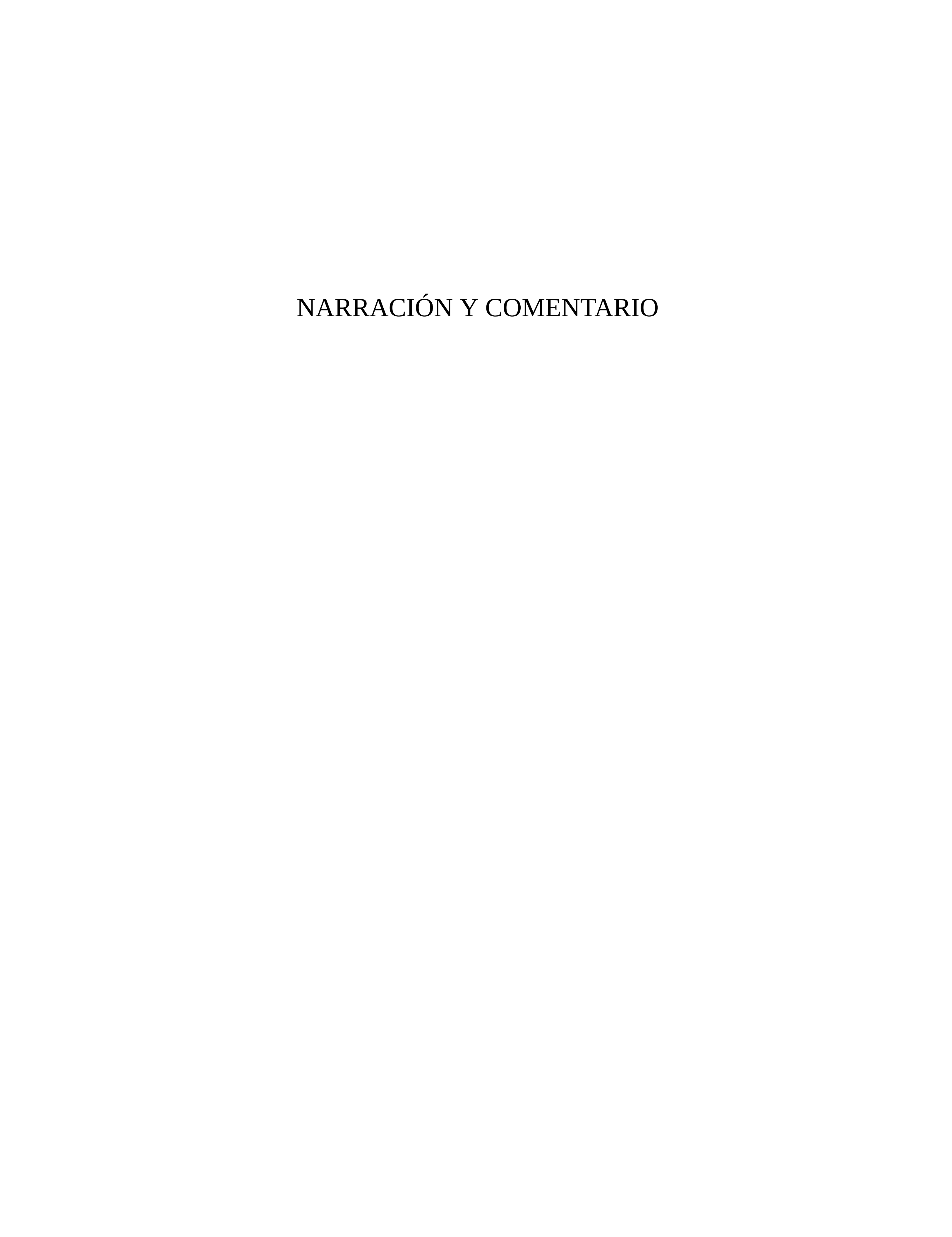
traducción francesa, aunque ésta en 1614, para ser seguida por más de cincuenta traducciones distintas, sólo al francés, desde entonces hasta el día de hoy. (Tiene gracia que Moliere, el más célebre dramaturgo y actor de Francia, hiciera el papel de don Quijote en una adaptación teatral hecha en ese país en 1660). Siguiendo el ejemplo de Inglaterra y Francia, se sucedieron las versiones a otras lenguas: al italiano en 1622, al holandés en 1657, al danés en 1676, al alemán en 1794 y al ruso en fecha aún más tardía. Me refiero a traducciones completas del original, no extractos o adaptaciones a partir del francés, como las que salieron, por ejemplo, en Alemania en 1621 y 1682, respectivamente.

De Sancho no hay mucho que decir. Existe sólo en tanto en cuanto existe su señor. Cualquier actor de la escuela de los tentetiesos puede encarnarle fácilmente y sacarle más chispa. Pero don Quijote es otra cosa. Su imagen es complicada y escurridiza.

Desde los primeros momentos, ya en el propio original, la figura de don Quijote experimenta una multiplicación oscura. 1) Hay el señor Quijada de partida, un hidalgo rural corriente; 2) hay el Quijano el Bueno del final, una especie de síntesis en la que entran la antítesis don Quijote y la tesis hidalgo rural; 3) hay el supuesto don Quijote «original», «histórico», que Cervantes sitúa astutamente más allá del libro para darle un sabor de «historia verídica»; 4) hay el don Quijote de Cide Hamete Benengeli, el cronista arábigo imaginado, que quizá, se insinúa no sin gracia, haya rebajado la valentía del caballero español; 5) hay el don Quijote de la segunda parte, el Caballero de los Leones, en yuxtaposición al Caballero de la Triste Figura de la primera parte; 6) hay el don Quijote de Carrasco; 7) hay el don Quijote grosero de la continuación espuria de Avellaneda, en la sombra de la segunda parte auténtica. De modo que tenemos por lo menos siete colores del espectro de don Quijote en un mismo libro, colores que se funden, se separan y se vuelven a fundir[75]. Y más allá del horizonte del libro hay el ejército de don Quijotes engendrados en los pozos negros o en los invernaderos de las traducciones desaprensivas o esmeradas. No es de extrañar que el buen caballero haya medrado y criado en todo el mundo, y haya acabado estando por lo menos igual de cómodo en todas partes: como

figura de Carnaval en unas fiestas de Bolivia y como símbolo abstracto de aspiraciones políticas nobles pero sin fuerza en la vieja Rusia.

Estamos ante un fenómeno interesante: un héroe literario que poco a poco va perdiendo contacto con el libro que le hizo nacer; que abandona su patria, que abandona el escritorio de su creador y vaga por los espacios después de vagar por España. Fruto de ello es que don Quijote sea hoy más grande de lo que era en el seno de Cervantes. Lleva trescientos cincuenta años cabalgando por las junglas y las tundras del pensamiento humano, y ha crecido en vitalidad y en estatura. Ya no nos reímos de él. Su escudo es la compasión, su estandarte es la belleza. Representa todo lo amable, lo perdido, lo puro, lo generoso y lo gallardo. La parodia se ha hecho parangón.



NARRACIÓN Y COMENTARIO

PRIMERA PARTE (1605)

Capítulo 1

Un hidalgo rural leyó tantos libros de caballerías que las fantásticas aventuras que en ellos se relataban le llegaron a parecer verdaderas y dignas de emulación. «En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efeto lo que deseaba». Sacó brillo a una armadura vieja que había heredado de su bisabuelo, y, buscando un nombre sonoro para su jaco, le puso Rocinante; y para sí mismo —Alonso Quijada, o Quesada, o Quejana, a secas—, siguiendo el ejemplo de Amadís, que había añadido a su nombre el de su patria, quiso «añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della». Y estando en esas «se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma». Pensó entonces en una labradora de buen parecer

de la que en tiempos anduvo enamorado, aunque ella no se había fijado nunca en él: «Y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso».

Capítulo 2

«Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo». Prosigue la parodia de los libros de caballerías cuando el caballero se pone a hablar de sí mismo, a la manera de los libros que ha leído: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: “¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece”.

»Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera». Dándose cuenta de

que no ha sido armado caballero, decide pedirle ese favor al primero que encuentre. Llega a una venta, que toma por castillo, y al ventero por su castellano.

Capítulo 3

Después de una vil comida que a él le parece hecha de ricos manjares, se postra de rodillas ante el asombrado ventero. «El don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado». El sueño de don Quijote se hace realidad gracias a que el ventero es un bellaco y un bromista con un sentido brutal del humor. Cervantes sigue parodiando la literatura caballeresca, ahora de otra manera. Aquí es el picaro ventero el que, haciéndole la pelotilla a don Quijote el soñador, le recuerda, por así decirlo, algunos detalles: que siempre los caballeros, por muy andantes que fueran, y aun para mejor desempeñar su misión, «llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían». Tiene lugar la vigilia, interrumpida por una pelea con unos arrieros que mueven las armas de don Quijote de una pila donde estaban colocadas. Por fin el ventero le arma caballero en una ceremonia fingida, y don Quijote sale en busca de aventuras, no sin antes dar las gracias al ventero por el honor de la caballería. «El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora».

Capítulo 4

Luego de liberar, según a él le parece, a un joven criado a quien está azotando un labrador brutal, el cual redobla el castigo en cuanto el caballero sigue su camino tan contento de haber deshecho un agravio, don Quijote se dirige otra vez a su aldea para buscarse un escudero. Según va cabalgando encuentra a seis viajeros acompañados de sus criados. Ávido de aventuras, les cierra el paso: «Levantó don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo:

»—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso».

Uno de los mercaderes, viendo que se han topado con un loco, pide que les sea mostrada la doncella antes de comprometerse. «Si os la mostrara —replicó don Quijote—, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia».

En vista de que el mercader sigue poniendo reparos, el enfurecido don Quijote baja la lanza y arremete contra él, pero con tan mala fortuna que Rocinante tropieza y el caballero va a parar al suelo, donde un mozo de mulas le da de palos y lo deja tendido en el camino sin poder moverse.

Capítulo 5

Un labrador vecino suyo lo encuentra y lo acompaña hasta su casa.

«—Ténganse todos [dijo], que vengo malferido por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas.

»—¡Mira, en hora mala —dijo a este punto el ama—, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buena hora, que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

»Leváronle luego a la cama, y, catándole las feridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída

con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra».

Capítulo 6

El cura y el barbero, amigos de don Quijote, examinan su biblioteca. Su ama y su sobrina proponen tomar medidas aún más drásticas que el cura, que opina que algunos de los libros merecen ser salvados de la hoguera ya preparada en el patio, y el barbero se muestra todavía más misericorde. (Esta escena es maravillosa para leerla en voz alta). Entre los volúmenes que los dos hombres van mirando antes de entregarlos a las llamas o apartarlos para su conservación se menciona la *Galatea* del propio Cervantes. Las simpatías y antipatías del cura no quedan muy claras, pero es evidente que prefiere la prosa y el verso esmerados. Hay algo de curiosamente shakesperiano en este diálogo del capítulo 6. No cabe duda de que las alusiones literarias eran mucho más divertidas y sutiles de lo que nos parecen hoy.

«Tomando el barbero otro libro, dijo:

»—Éste es *Espejo de caballerías*.

»—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza [en señal de respeto].

»—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—; mas no le entiendo.

»—Ni aun fuera bien que vos le entendiérades —respondió el cura—, y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este

libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos […]». Son observaciones muy jugosas sobre la traducción en general.

Capítulo 7

En este capítulo, cuando, a pesar de la filosófica tolerancia del cura, el ama, viva estampa de ignorancia, craso sentido común y estupidez de vieja, quema todos los libros de la casa, sentimos todavía con más claridad que la parodia sobre los romances caballerescos queda diluida y ahogada en el interés que pone el autor en su «extraño loco». Es importante fijarse en el cambio de tono que hay en este punto del relato, en estos capítulos 6 y 7. Otra cosa: el tapiar la habitación donde habían estado los libros, obra sin duda costosa y ardua que llevan a cabo el cura y el barbero, es tan fantástico y descabellado como los encantamientos que don Quijote ve a su alrededor. La cuestión está en que, aunque se pueda argumentar que con ello sus amigos no hacen sino seguir la corriente de su locura, también hay que tener un ramalazo de loco para ingeniar y ejecutar semejante estratagema; y lo mismo se puede decir de los diversos encantamientos que unos horribles duques ponen en práctica para burlarse de nuestro caballero y su escudero en la segunda parte. Don Quijote pregunta qué ha sido de su estudio y de sus libros: «El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

»—¿Qué aposento, o qué nada, busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

»—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama, que, al tiempo de partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos

libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

»—Frestón diría —dijo don Quijote.

»—No sé —respondió el ama— si se llamaba Frestón o Fritón, sólo sé que acabó en *tón* su nombre.

»—Así es —dijo don Quijote—; que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado».

La compostura y el arte de ese «Frestón diría» son un fruto maduro que hay que palpar y saborear devotamente.

El tercer labrador que aparece en el libro es Sancho Panza, que se deja convencer por don Quijote para ser su escudero. En cierto aspecto, Sancho Panza es otra versión de don Quijote en más tosco. Nótese que abandona esposa e hijos por un *sueño*: el gobierno de una isla, que sin duda don Quijote le ha descrito con una inspirada elocuencia que encandiló al pobre patán. Se nos presenta a Sancho Panza como un cabeza de chorlito. Cambiará. Al final del capítulo sus palabras ya no son de tonto.

Capítulo 8

Viene ahora el famoso capítulo de los molinos de viento. Tras otra serie de preparativos (nueva rodela, escudero, la montura del escudero, que es un asno gris), don Quijote parte por segunda vez en busca de nuevas aventuras. El autor ha querido dar comienzo a esta nueva salida con una hazaña pasmosa, que deje pequeñas a todas las anteriores. Nótese lo *vivos* que están los molinos en la descripción que hace Cervantes. Don Quijote los acomete, y «levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse»: justo en el momento preciso. La conmoción de ser golpeado por un aspa despeja a don Quijote hasta el punto de hacerle ver que los gigantes gesticulantes que él había percibido a través del velo de su imaginación

ahora se han convertido en lo que Sancho decía desde el principio que eran, molinos de viento. Han recogido la idea del rústico escudero. El mago Frestón ha vuelto a las andadas.

Cosa muy curiosa, se nos muestra a don Quijote muerto de risa por uno de los comentarios de Sancho Panza: «Sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

»No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería».

Nótese qué bonita es la descripción con que empieza la hazaña siguiente: los dromedarios, los anteojos, la alusión a las Indias, todo es de primera desde el punto de vista artístico: «Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

»—O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío».

El autor se propone equilibrar la escena brutal de los molinos de viento con otra romántica. Adviértase que toda la noche había estado don Quijote soñando despierto con su amada imaginaria. Viene ahora la consecuencia natural. De nuevo los mozos de mulas toman cartas en el asunto, pero ahora caen sobre Sancho Panza, mientras que don Quijote pone en fuga a los buenos frailes. En realidad, todo el encuentro es un gran éxito, incluso cuando uno de los escuderos de la dama, un vizcaíno, ataca al caballero.

Don Quijote, después de recibir un buen golpe, avanza resuelto contra el asustado vizcaíno, con la espada en alto para el golpe fatal, mientras la señora del coche y sus criadas ruegan a Dios que les salve a todos. «En este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte».

Capítulo 9

En Toledo Cervantes encuentra un manuscrito en árabe del historiador arábigo Cide Hamete Benengeli, manuscrito que manda traducir, y que incluye una ilustración de la batalla con el vizcaíno, donde se ve a don Quijote con la espada en alto, y muchos pormenores del aspecto de don Quijote, Sancho y Rocinante. Y seguidamente introduce Cervantes otro subterfugio (la crónica interrumpida es un cliché de los libros de caballerías): «ninguna [historia] es mala como sea verdadera», afirma, y sigue diciendo: «Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo»; y comenta que, cuando Benengeli debería entonar las alabanzas de don Quijote, «parece que de industria las pasa en silencio», cosa que Cervantes declara estar «mal hecha», porque los historiadores deben ser «puntuales, verdaderos y no nada apasionados». En fin, después de la estampa la narración de Benengeli concluye el combate con una espléndida victoria de don Quijote, que perdona al vizcaíno sólo porque las damas se lo suplican, y bajo promesa de éstas de que el escudero se ha de presentar ante Dulcinea del Toboso para que ella haga con él lo que se le antoje. «Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría

todo aquello que de su parte le fuese mandado». Así, se verá que don Quijote no sale tan mal parado en la fingida traducción de la fingida crónica arábiga como dice el fingido descubridor de la misma.

Capítulo 10

Tras este encuentro tan satisfactorio (aunque le ha costado media oreja), don Quijote reanuda su camino «a paso tirado». El caballero se jacta ante Sancho de que en ninguna historia se cuenta mayor combate que éste que él acaba de tener. «La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho [en la cárcel]. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure; que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas».

Aquí no es ningún tonto el que habla, sino un hombre de jovial perspicacia y sentido práctico. *Es verdad* que don Quijote es valeroso, y *es verdad* que lo que en este momento necesita son hilas y ungüento.

La parodia de los libros de caballerías toma un nuevo sesgo con la alusión de don Quijote a una poción mágica: «Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer), bonitamente la parte del cuerpo que hubiese caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana».

Más adelante Cervantes prolongará el juego de alusiones a los libros de caballerías por parte de don Quijote. Véase con qué almuerzo tiene que contentarse éste: «Aquí trayo una cebolla, y un poco de queso, y no sé

cuántos mendrugos de pan —dijo Sancho—; pero no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced.

»—¡Qué mal lo entiendes! —respondió don Quijote—; hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo […]». Una humilde colación, ciertamente. Un festín de vitaminas. Nótese qué hermoso es el final del capítulo:

«Subieron luego a caballo, y diéronse priesa por llegar a poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasarla allí; que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería».

Capítulo 11

Los cabreros convidan a una copiosa cena que se remata con queso y bellotas, lo cual mueve a don Quijote a ensalzar largamente las hermosuras de la Edad de Oro y las virtudes de la vida arcádica. «Toda esta larga arenga —que se pudiera muy bien excusar— dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

»Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

»—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado,

y que, sobre todo, sabe leer y escrebir y es músico de un rabel, que no hay más que desear».

Aparece ese joven, llamado Antonio, y canta una canción de amor. Al quejarse don Quijote de que le duele la oreja, uno de los cabreros sustituye el ungüento mágico por una pasta hecha de romero, saliva y sal, que ahuyenta todo dolor. Don Quijote está serenamente embriagado: lo sentimos en toda la última parte del capítulo, sin que el autor lo haga notar.

Capítulo 12

Llega otro mozo. En su historia del amor y muerte de Grisóstomo por Marcela hay, por cierto, un eco de las reflexiones de don Quijote sobre las pastoras, y hay también un alcornoque que da su nombre a la fuente junto a la cual se ha abierto la fosa para Grisóstomo. El zagal, Pedro, habla al principio desmañadamente, pero, aunque Cervantes trata de mantener la verosimilitud dramática haciéndole equivocarse, al final pone en su boca un lenguaje tan fino y unas palabras tan largas como las de don Quijote. Estos dos capítulos, 11 y 12, son momentos de ensoñado reposo dentro de la novela. Por cierto, he aquí el pasaje mejor de la lírica narración del mozo, que no superarían los jóvenes románticos de trescientos años después a la hora de describir situaciones semejantes.

«No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, una corona grabada en el mesmo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí sospira un pastor, allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana; y cuál hay que, sin dar vado ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo».

Capítulo 13 y 14

Llegados a estos capítulos, cada vez que don Quijote, conversando con divertidos compañeros de camino que le toman por un loco pintoresco, habla de su profesión, sentimos que la parodia —si parodia había— se ha perdido ya totalmente en lo patético. Don Quijote ya ha ganado su pleito ante el lector; todo aquel que tenga un sentido de la compasión y de la belleza —que es de lo que se compone el verdadero sentido artístico— estará ya de su parte. Obsérvese el pasaje donde el caballero compara su profesión con la del clero, concretamente con la de los monjes: «Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento [había que tener cuidado con lo que se decía en aquellos devotos tiempos], que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, a fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor, y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas».

Este capítulo y el siguiente, el 14, son como un interludio. El caso del estudiante pastor y su pastora, que es un hecho real, parece mucho más fantástico que las alucinaciones de don Quijote. Toda la historia de Grisóstomo huele a cosa pastoril, artificial y sentimental; pero en cierto

modo es necesaria para subrayar el arrojo y la bravura de don Quijote, y la riqueza de sus visiones. Con este capítulo 14 termina serenamente otra parte del libro. La pastora Marcela aparece junto a la tumba del hombre que la había cortejado sin esperanza, y expone su posición en términos muy razonables. La única participación de don Quijote en el asunto de Grisóstomo y Marcela se produce al final: «Pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería, socorriendo a las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces dijo:

»—Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive». Y nadie se mueve del sitio hasta que finalizan las exequias de Grisóstomo.

Capítulo 15

Buscando alguna nueva manera de introducir una nueva aventura, Cervantes se acuerda del jamelgo de su protagonista y hace sufrir a Rocinante una tremenda paliza, a manos de unos arrieros (yangüeses, del norte de Castilla) que le dejan «malparado en el suelo». Cuando don Quijote les acomete, ellos le dan de garrotazos, y así comparte la derrota con su montura, que ha quedado en una posición fatal para un caballo vulgar; pero en cierto sentido Rocinante es un animal encantado, lo mismo que su dueño tiene un cuerpo encantado, ya que ambos sobreviven a las terribles tundas que les dan. Pero, como hace notar el propio don Quijote, Amadís de Gaula recibió una vez doscientos azotes con las riendas de su caballo, y otro caballero soportó una lavativa de arena y agua de nieve. Por cierto que observamos que Sancho Panza no es ningún cobarde, porque se mezcla en una pelea que sabe perdida: «¿Qué diablos de venganza hemos

de tomar —respondió Sancho—, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?».

Nótese que en este capítulo don Quijote no se alucina tomando a los arrieros y sus garrotes por caballeros con lanzas. Al contrario, está muy lúcido, y después se reprocha haber echado mano a la espada contra hombres que no han sido armados caballeros, y que por lo tanto no son sus iguales.

Capítulo 16

Hay en la novela algunas personas bondadosas, de buen corazón; una era el vecino que al principio acompañaba a don Quijote hasta su pueblo, y ahora conocemos a otros tres: una posadera, su hija y su criada, todas de talante caritativo. «Gentil moza» es el epíteto que se aplica a la feísima sirvienta Maritornes. Pero nótese que más adelante, en el capítulo 63, tendrá crucificado y torturado al caballero durante dos horas. Hasta aquí Cervantes ha mantenido limpia su historia, pero en este capítulo hay un pasaje escabroso cuando Maritornes, yendo en camisón y a tientas en busca de la yacija del arriero que comparte alojamiento con don Quijote y Sancho, es asida por el caballero, que la toma por una princesa que viene atraída a su lecho; el arriero la rescata y se lía a golpes con el caballero, y Maritornes, caída sobre Sancho, se lía a golpes con él. Esta escena de la furcia y la pelea está muy en la línea de los zipizapes que se usaban en la literatura de la época. Pero obsérvese, por favor, que completamente al margen del esfuerzo de imaginación de ir componiendo capítulo tras capítulo hay también un empeño sagaz, agudo y a veces un poco desesperado, de sostener el interés del lector variando los recursos. Obsérvese también el delicioso alegato que hace Cervantes en pro del uso de detalles más animados y exactos en la narrativa. Nuevamente estamos ante un precursor de los verdaderos románticos, más que de las novelas insípidas y generalizadas del siglo XVIII, con sus paisajes puramente morales:

«Fuera de que Cide Hamete Benengeli [el fingido cronista] fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras [la

disposición de las camas en el "estrellado establo" donde yacían el caballero, su escudero y el arriero], no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor [anónimo] de *Tablante de Ricamonte* [1531], y aquél [varios en realidad] del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas [1498], y con qué puntualidad lo describen todo!».

Dicho sea de paso, la actitud hacia esos romances de caballerías ha mejorado notablemente. Lo mismo que para Molière había *précieuses* «buenas» y «malas» (es decir, «ridículas»), así parece que para Cervantes, como para el fingido cronista Benengeli —y para el cura de las primeras páginas— hay libros de caballerías «buenos» y «malos». Como don Quijote, en su «extraña locura», se deja influir por todos, buenos y malos —con una ligera preferencia por los buenos, sin embargo, porque es lector experimentado, persona de criterio y gusto artístico—, la parodia del género tropieza con dificultades; dicho de otra manera, el tema de la parodia, que había tomado por lo menos seis aspectos distintos, ahora va camino de extinguirse o de dar algún nuevo giro.

Capítulo 17

Cuando don Quijote riñe con un cuadrillero de la Santa Hermandad (la policía de caminos), el otro le pega en la cabeza con un candil. Para curarse de las magulladuras se prepara el bálsamo mágico de Fierabrás, cuya receta llevaba en la memoria, compuesto de romero (que es una especie de menta), aceite, sal y vino. Habría que probarlo. La descripción del efecto de medio cuartillo en dos constituciones diferentes, las de don Quijote y Sancho, con el uno vomitando, luego durmiéndose y despertando muy refrescado, y el otro sufriendo dolores agudos de estómago, vomitando después y padeciendo espasmos y convulsiones, sin dormir, esa descripción es excelente como observación clínica. Fue el aceite, por supuesto, el principal causante de los males.

Todo el capítulo, con el manteo de Sancho y el hermoso gesto de la criada fea y lasciva al final[76], es soberbio.

Capítulo 18

Don Quijote, presa de otro ataque de «extraña locura», confunde dos rebaños de ovejas y las nubes de polvo que levantan con dos ejércitos poderosos. Sancho protesta:

«—Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamiento, como las fantasmas de anoche.

»—¿Cómo dices eso? —respondió don Quijote—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

»—No oigo otra cosa —respondió Sancho— sino muchos balidos de ovejas y carneros».

Un recurso que viene muy bien para poner fin a las descripciones de las batallas de don Quijote es el de que los arrieros o carreteros o pastores hagan mutis, como aquí, cuando ven que han derribado al loco apedreándole y saltándole algunos dientes, y que quizá lo han matado. Otro aspecto interesante de este capítulo es el de la realidad y la transformación. Don Quijote llega incluso a sugerir un experimento científico que daría pruebas concluyentes del proceso de encantamiento.

«—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

»—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero». Pero ahí recoge velas rápidamente y continúa: «Pero no vayas agora, que he menester tu

favor y ayuda; llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca».

Los vómitos que en seguida se producen en esta escena cuando don Quijote vuelve a recurrir al bálsamo mágico resultan ya un poco pesados, más aún después de la sal gorda del capítulo anterior. Caballero y escudero han llegado a un punto muy bajo.

Capítulo 19

Don Quijote dispersa un cortejo fúnebre, creyendo que son demonios que se llevan el cuerpo de un caballero muerto o herido.

«Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podían mover; así que, muy a su salvo, don Quijote los apaleó a todos, y les hizo dejar el sitio, mal de su grado […]».

Todo esto es prosa descriptiva de primera clase[77].

«Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimento de su señor, y decía entre sí: “Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice”».

Capítulo 20

La astucia con que Cervantes alterna las aventuras de su héroe supera todo elogio. Era absolutamente necesario para el equilibrio artístico que el caballero obtuviera una victoria airosa y fácil en el capítulo 19. No tenían por qué ir los de aquel cortejo disfrazados y con antorchas como el Ku Klux Klan, y lo que pasó les estuvo bien empleado. Ése es el meollo de la observación que hace don Quijote al joven sacerdote al que ha roto una pierna. Al lector le traen totalmente sin cuidado los padeceres de los dolientes encamisados, y se alegra no sólo de la victoria abstracta de don Quijote, sino también de saber que Sancho Panza se ha quedado con las ricas provisiones de los sacerdotes enmascarados.

El capítulo 20 empieza con una excelente observación científica en boca de Sancho Panza: «No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece, y así, será bien que vamos un poco más adelante; que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que, sin duda, causa mayor pena que la hambre». Escudero y caballero han ganado bastante en inteligencia desde que los conocemos. En este capítulo tenemos también una muestra de la capacidad narrativa de Sancho: la historia del paso de las cabras tiene una gracia extraordinaria.

Había un pastor de cabras que se iba con su rebaño adonde sus ojos no volvieran a ver a la mujer que le había sido infiel. Llegó a la orilla del río Guadiana, que iba de crecida, y no lo podía cruzar. «Mas, tanto anduvo mirando, que vio un pescador, que tenía junto a sí un barco, tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y, con todo esto, le habló, y concertó con él que le pasase a él y a trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó a volver, y tornó a pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero, de la otra parte, estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra.

»—Haz cuenta que las pasó todas —dijo don Quijote—; no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

»—¿Cuántas han pasado hasta agora? —dijo Sancho.

»—¡Yo qué diablos sé! —respondió don Quijote.

»—He ahí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

»—¿Cómo puede ser eso? —respondió don Quijote—. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado, por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

»—No, señor, en ninguna manera —respondió Sancho—; porque así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fue a

mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y a fe que era de mucha virtud y contento.

»—¿De modo —dijo don Quijote—, que ya la historia es acabada?».

Lo es. Pero la historia que había iniciado Sancho es un cuento viejo, probablemente de origen oriental. Tras esto vuelve a haber una escena al gusto grosero de la época sobre la incontinencia de vientre de Sancho, seguida de la aventura, o más bien de la no aventura, de los seis mazos de batán, que es bastante sosa.

Capítulo 21

Ven a lo lejos, por el camino, a un hombre que viene a caballo con algo que reluce bajo la lluvia y el sol. Don Quijote pregunta: «Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

»—Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

»—Pues ése es el yelmo de Mambrino —dijo don Quijote—. Apártate a una parte y déjame con él a solas; verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado».

El yelmo que don Quijote se apropia derribando a este barbero número dos era una bacía que el hombre se había puesto sobre la cabeza para protegerse de la lluvia. El capítulo acaba con la prolija exposición que hace don Quijote de la recepción de un caballero andante en un castillo, donde Cervantes, sin nada de caricatura extravagante, da un resumen admirable de cómo era el típico romance de caballerías. «No hay incidente», dice John Ormsby, el traductor del *Quijote* del siglo XIX que cita Putnam, «que no tenga amplio respaldo en los romances». Es un capítulo muy lírico y patético, que merece ser estudiado con atención.

Capítulo 22

«Vio [don Quijote] que por el camino que llevaban venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venían ansimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie; los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie, con dardos y espadas». Era una cuerda de galeotes, gente que iba forzada a remar en las galeras: 1) un mozo al que habían sorprendido robando una canasta de ropa blanca {un *enamorado* de la ropa blanca); 2) un tipo melancólico que había «cantado» —confesado bajo tormento— ser cuatrero {un *cantor* en el potro); 3) uno condenado por una deuda de diez ducados; 4) un hombre venerable, «corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo» (*alcahuete*), que había sido paseado vestido, en pompa y a caballo; 5) un estudiante demasiado amigo de burlas (*gentil latino*); 6) un misterioso ladrón, un genio encarcelado que había escrito en prisión la historia de su vida, Ginés de Pasamonte, que más adelante pondrá la nota discordante en la victoria de don Quijote robándole el asno a Sancho.

Don Quijote les trata de «hermanos carísimos» y les dice que él está para ayudar a los que se ven oprimidos por los poderosos. Pero la victoria que consigue cuando ataca a los guardianes se convierte en derrota a manos de quienes ha liberado. El que los presos liberados le apedreen es un resultado tan lógico de su locura (les manda que se presenten ante Dulcinea) como lo fuera el liberarles.

Capítulo 23

En Sierra Morena don Quijote conoce a Cardenio, el Roto de la Mala Figura. (El hurto del animal de Sancho es una interpolación de Cervantes, que sin embargo no corrigió pasajes posteriores en los que Sancho sigue teniendo su burro). Comienza ahora la aventura del «librillo de memoria» perteneciente al amante desdeñado Cardenio, que amo y escudero encuentran. El manuscrito está dentro de un manuscrito, pues no olvidemos que a partir de cierto punto (del comienzo del capítulo 9, para ser exactos) toda la narración se supone salida de la pluma de un cronista arábigo.

«Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas,

lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos y llorados los otros. En tanto que don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscase, escudriñase e inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado; tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y aunque no halló más de lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo».

Observación importante: sabemos que don Quijote está dispuesto a convertir cualquier realidad, por vulgar que sea, en ilusión pintada y adornada. Ya a estas alturas, sin embargo, la propia realidad está empezando a tomar los colores del romance que él le presta. La historia del amante abandonado que hay en este capítulo tiene todos los ingredientes de esos romances. Don Quijote, en este paso de montaña, ha llegado a un risco donde ilusión y realidad se juntan. Aquí no puede hablarse para nada de parodia de la caballería andante.

«En llegando el mancebo [Cardenio] a ellos, les saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura* —como a don Quijote el de la Triste—, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía; no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle a él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante».

Capítulo 24

La historia del Roto de la Mala Figura se cuenta en este capítulo, y don Quijote la escucha con interés profesional. Al joven se le llama también «el Caballero de la Sierra» o «del Bosque». Uno y otro están ahora firmemente plantados en la realidad, completamente soldada con su caballería andante.

«—Los [deseos] que yo tengo —respondió don Quijote— son de serviros; […] yo os suplico, señor, por la mucha [cortesía] que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis quién sois y la causa que os ha traído a vivir y a morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro —añadió don Quijote— por la orden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras a que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido». Nótese que don Quijote está muy en sus cabales: cuando Cardenio le pide que no interrumpa su triste historia, «estas razones del Roto trujeron a la memoria a don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente».

Cardenio perora sobre su amor: «¡Ay, cielos, y cuántos billetes le escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad!», etcétera, etcétera. «Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula*…

»No hubo bien oído don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:

»—Con que me dijera vuestra merced, al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento»; y no sin prolijidad procede a citar otros títulos que él recomienda.

«En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. [Lo que pasa es que le ha vuelto la locura]. Y, puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo:

»—No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima.

»—Eso no, ¡voto a tal! —respondió con mucha cólera don Quijote, y arrojóle, como tenía de costumbre—, y ésa es una muy gran malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madásima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco. Y yo se lo daré a entender, a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.

»Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia; ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Extraño caso; que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros! Digo, pues, que, como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto a sí, y dio con él en los pechos tal golpe a don Quijote, que le hizo caer de espaldas».

¡Toque magistral del autor! Después de fundir la ilusión de los libros de caballerías con la realidad de montañas escarpadas y harapienta miseria, cambia de marcha, no a la locura ocasionada por las emociones de los personajes de los libros de caballerías (y en este punto tanto don Quijote como Cardenio son tales personajes), sino a la locura ocasionada por la lectura de esos relatos. Esa tierna abstracción que es la Luscinda de Cardenio es sustituida por otra abstracción todavía más abstracta, la reina Madásima de los viejos romances. Toda la historia de las aventuras de don

Quijote ha vuelto a su premisa: la literatura barata reblandece la sesera. Al final del capítulo Sancho se abalanza en defensa de su amo, pero un puñetazo de Cardenio da con él en tierra; el cabrero sufre igual suerte cuando intenta defender a Sancho, y ambos se vapulean mientras Cardenio escapa.

Capítulo 25

Gaminan el caballero y su escudero hacia lo alto de la sierra, y se vuelve a comentar el caso de Madásima y Elisabat. Nos enteramos de que el caballero predilecto de don Quijote es Amadís, «uno de los más perfectos caballeros andantes. […]. Fue él solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo». El Ulises de Homero y el Eneas de Virgilio no nos han sido pintados ni descritos «como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos».

Don Quijote quiere también imitar a Amadís haciendo de loco desesperado y furioso.

«—Paréceme a mí —dijo Sancho— que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

»—Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?».

El encuentro con el caballero enfermo de amores mueve a don Quijote a enviar una carta a Dulcinea. Sancho Panza descubre quién es en realidad, y he aquí cómo la describe:

«—¡Ta, ta! —dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

»—Ésa es —dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

»—Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh, hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. […] Y querría ya verme en camino, sólo por vella; que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada; porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire».

Y ésta es la respuesta maravillosa y noble y absolutamente lógica de don Quijote: «[…] Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras; que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintóla en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos». Don Quijote escribe la carta en el «librillo de memoria» de Cardenio, y Sancho parte a lomos de Rocinante (porque el asno se lo robó Ginés de Pasamonte).

Capítulo 26

La trama ha ido reuniendo paulatinamente sus vueltas, y adquiere un interés más que episódico. Nos apetece mucho seguir a Sancho Panza al Toboso. Por el camino se encuentra con el cura y el barbero del pueblo, y les dice: «Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor», palabras que resumen exactamente la cuestión. «Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido, y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso […]. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado don Quijote con él, y no se le había dado, ni a él se le acordó de pedírsele». Esto de que Sancho se haya dejado olvidados libro y carta es una deliciosa pincelada de genio. Reproduce fragmentos desfigurados de la carta, y se explaya sobre las riquezas que le esperan a él, Sancho Panza. «Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre».

Para persuadir a don Quijote a dejar el monte, el cura propone disfrazarse de mujer con el barbero haciendo de escudero suyo, y suplicar al caballero que les acompañe para reparar el yerro que le ha hecho un malvado.

Capítulo 27

Ahora la trama se desarrolla en dos direcciones: estamos deseosos de ver reunidos a Sancho Panza y Dulcinea, y también nos interesa esa mascarada que van a protagonizar el cura y el barbero para llevarse a casa a don Quijote. Sin embargo, Sancho da media vuelta y desanda el camino con ellos.

El cura es buena persona, y lo que le preocupa no es que don Quijote esté haciendo penitencias fantásticas y bastante poco cristianas, sino que está loco, y por lo tanto necesita que le ayuden y le curen. Como ya hemos observado a propósito del tapiado del estudio de don Quijote, las acciones

del cura (disfrazarse de mujer, etcétera) demuestran que el buen hombre tiene también su alegre ramalazo de locura.

Don Quijote no había oído el final de la historia de Cardenio, pero ahora los dos amigos se encuentran con el mozo según van monte arriba y él les relata cómo perdió a Luscinda a manos de su amigo don Fernando. Es muy curiosa esta secuencia de acontecimientos, verdaderamente romántica y dramática, que se desarrolla a espaldas, por decirlo así, de los libros de don Quijote. El pérfido don Fernando sería enemigo digno de nuestro héroe, quien de momento, sin embargo, anda pensando en otras cosas. Nótese qué bien están puestos las luces y los colores cuando Cardenio describe a Luscinda en la boda: «De allí a un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfeción de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir a los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían».

Capítulo 28

El autor se da cuenta de que su trama es como un ovillo de hilo brillante que se va enredando: al principio de este capítulo habla del «rastrillado, torcido y aspado hilo» de su obra. Se descubre a un segundo ser románticamente loco, Dorotea, que va disfrazada de hombre. Con don Quijote son ya tres los chiflados que andan por las profundidades de Sierra Morena[78]. Dorotea es un caso de preciosismo y verborrea: todo su preámbulo se reduce en sustancia a cinco sencillas declaraciones. Nótese además la fantasiosa coincidencia, elemento habitual de las narraciones románticas, de que el seductor de Dorotea sea Fernando, el enemigo de nuestro amigo Cardenio. Obsérvese el comportamiento de Cardenio cuando

oye nombrar a su Luscinda: «No hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas».

Prosigue Dorotea con su relato, en palabras que tienen un extraño parecido con las del *Beautiful Tennessee Waltz*[79]. Cardenio se lleva una agradable sorpresa cuando Dorotea describe la boda de Luscinda: «Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal, de la mesma ciudad; y que si había dado el *sí* a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres». Nótese cómo la aventura Cardenio-Luscinda se despliega a lo largo de sesenta páginas (hasta aquí), con interrupciones que dejan al lector en suspenso sobre, primero, qué le había hecho Fernando a Cardenio, y segundo, qué decía la carta que Fernando le había encontrado a su novia. La única importancia artística y estructural de estas interpolaciones banales está en su efecto sobre don Quijote y sobre el desarrollo general de la novela. Ya he hablado de su relación con los libros que don Quijote había leído. La verdad es que no hay mucho donde elegir entre Dorotea y esa señorita que ustedes conocen tan bien, la Daisy Mae de los pantalones cortos deshilachados, la lágrima en forma de pera y el escote por debajo de la línea de flotación. Pero Dorotea y otras como ella llegaron antes, hace cuatrocientos años, cuando la literatura europea estaba en pañales, y no deja de ser una lástima que tengamos que verlas, contra nuestra voluntad, a través de los manidos engendros comerciales de hoy.

Capítulo 29

Continuación del asunto Cardenio-Luscinda-Fernando-Dorotea. Cardenio le dice a Dorotea: «Yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiera atraer a que conozca lo que os debe, de usar entonces

la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle, en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros». Es exactamente lo que hubiera dicho don Quijote. La parodia del romance galante se pierde aquí por completo en un romance galante tal cual, aunque sea así de absurdo. La vida sigue el juego de don Quijote y sus libros; pero, mientras que los molinos y los venteros de la novela nos parecen razonablemente reales, esto es, concordes con la idea que de molinos y venteros tiene el lector medio, el doncel y la doncella malqueridos que tenemos aquí nos parecen un producto de precisamente eso que ha trastornado el juicio de don Quijote, la literatura sentimental. Les encarezco que graben bien este punto.

Ya tenemos a don Quijote en nuestras manos. Muy gentilmente Dorotea hace notar «que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros».

Nosotros no apreciamos la sutil diferencia que hay entre su trance real y el trance de una dama en apuros en un libro de caballerías. A nosotros todo nos parece lo mismo, y por lo tanto don Quijote pasa a ser un verdadero caballero andante, un verdadero valedor y vengador, ya que Dorotea es verdaderamente una dama en apuros. Es posible que para los lectores de aquella época, primeros años del siglo XVII, la diferencia estuviera más marcada, porque para ellos los datos fundamentales, que destacaban sobre todo lo demás, eran: 1) la ausencia de caballeros andantes vestidos de armadura en el campo español y 2) la presencia de Fernando y Dorotea, y sus amores, en las novelas contemporáneas. Nótese cómo el cura efectúa el sutil cambio del trance de la propia Dorotea a una historia que llame la atención del equipo don Quijote-Sancho. Esa dama, le dice a Sancho, es «la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y a la fama que de buen

caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido a buscarle esta princesa».

Obsérvese que si Sancho entra en el complot para llevar a don Quijote a su casa es porque se cree el invento del cura. La sustitución del asunto de Fernando por la fantasía del gigante que hay que matar, con la víctima de aquél haciendo de víctima de éste, es muy divertida desde el punto de vista estructural. Don Quijote, suponemos, estaría igualmente dispuesto a socorrerla en su verdadero trance, tal como ella lo cuenta. Al fin y al cabo, ese reino usurpado de que habla es un eufemismo aceptable de su virginidad robada. La materia de libro de caballerías que se va a emplear para engañar a don Quijote no está sino un peldaño más arriba en la escala de lo absurdo, tal como ahora vemos la cuestión. Pero la reacción a esos disparates por parte de don Quijote, que, debido a la genialidad artística y moral de su creador, es una realidad artística para el lector de cualquier época, esa reacción suya es humana y divina y absolutamente deliciosa y patética, como lo son todos sus gestos, y eso redime las interpolaciones:

«—Sea quien fuere —respondió don Quijote—, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

»Y volviéndose a la doncella, dijo:

»—La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere».

Durante este diálogo entre el caballero y Dorotea «estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención». Pero ni la intención es buena[80] ni la cosa es de risa. Lo que de pronto vislumbramos es esto: una dama en verdadero apuro y un caballero de verdad.

Las fantasiosas ideas de Sancho Panza con respecto a los vasallos negros que su fantasía le pinta tampoco son tan fantasiosas. Lamentando la pérdida de su asno, Sancho camina a pie según salen del monte. «Mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy a pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser, por lo menos, rey de Micomicón.

Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose a sí mismo: “¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? ¡No, sino dormios, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pajas! Par Dios que los he de volar, chico con grande, o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos. ¡Llegaos, que me mamo el dedo!”. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar a pie».

Muchas fortunas han hecho en otro tiempo hombres muy cuerdos siguiendo exactamente la receta de Sancho, así en Holanda como en el sur de Estados Unidos. Sancho Panza es el abuelito de todos los magnates.

Capítulo 30

Al final del capítulo precedente y comienzo de éste se efectúa un regreso estructural a un incidente anterior, la liberación de los galeotes por don Quijote, reforzándose así la unidad de los hechos. El cura dice (falsamente) que los delincuentes liberados le han robado. Al principio don Quijote se sonroja, pero luego hace una observación firme y noble, a tono con su carácter: «A los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías».

Otro giro: a primera vista no parece muy verosímil que la joven Dorotea se una a la diversión y se ponga a inventarse historias insólitas sobre sí misma cuando está pasando por tales agobios emocionales. La historia que hilvana es menos fantástica que la suya de verdad.

«—No hay que proseguir —respondió Dorotea—, sino que, finalmente, mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare, que no será a otra parte que a ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre; el cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas o griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesión de mi reino, junto con la de mi persona.

»—¿Qué te parece, Sancho amigo? —dijo a este punto don Quijote—. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar».

Dos cosas le están molestando al autor: 1) la falta de la cabalgadura de Sancho Panza (privación muy innecesaria desde el primer momento) y 2) el que, debido al complicado asunto de Dorotea y al hecho de haberse unido ésta a la trama para llevar a casa a don Quijote, no haya habido ocasión de hacer que don Quijote y Sancho hablen de Dulcinea, tema que lógicamente debería estar muy en primer lugar dentro de la maraña mental del caballero (aunque también se podría argumentar que le interesa más descubrir a Dulcinea como hermosa visión en el espejo de la caballería que como persona de carne y hueso a la que se pueda enviar un mensaje). Cuando acaba el capítulo el burro está recuperado (gracias a una interpolación de la segunda edición) y don Quijote pregunta por Dulcinea y el recado de Sancho.

Capítulo 31

—«Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

»—No la hallé —respondió Sancho [inventándoselo todo]— sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

»—Pues haz cuenta —dijo don Quijote— que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal o trechel?

»—No era sino rubión —respondió Sancho.

»—Pues yo te aseguro —dijo don Quijote— que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

»—Cuando yo se la iba a dar —respondió Sancho—, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díjome: “Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está”.

»—¡Discreta señora! —dijo don Quijote—. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella».

Una importante nota de estructura: por mantener la cohesión de la novela (que en este punto amenaza disgregarse), Cervantes hace que los personajes recuerden sucesos pasados, o que vuelvan a aparecer personajes de capítulos anteriores. Así, para llevarle el recado a Dulcinea, Sancho pasa por la aldea donde le mantearon. Así, el sacerdote menciona a los galeotes; así el ladrón que robó el asno de Sancho reaparece vestido de gitano; así el muchacho al que don Quijote intentara salvar del labrador brutal vuelve a abrazarse a las rodillas del buen caballero. La continuación de esos episodios a lo largo de la corriente principal de la narración (que al fin y al cabo empezó con el burbujeo de la parodia para después seguir fluyendo como relato de las locas fantasías de un ser noble y patético), la continuación y desarrollo de esos episodios a lo largo de la corriente principal sí que presta a la historia esa clase de unidad envolvente que para nosotros va ligada a la forma novelística.

Capítulo 32

En la venta donde para la variopinta compañía se desarrolla una conversación admirable sobre los libros de caballerías, otro tema que Cervantes saca a primer plano con mucha habilidad para reforzar y mantener la unidad estructural del libro. Lo que sobre ese tema tiene que decir la criada Maritornes, moza ni muy feliz ni muy agraciada, merece ser citado:

«—Así es la verdad —dijo Maritornes—; y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. [Nótense los naranjos y la carabina envidiosa].

»—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el cura hablando con la hija del ventero.

»—No sé, señor, en mi ánima —respondió ella—; también yo lo escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

»—Luego ¿bien las remediárades vos, señora doncella —dijo Dorotea —, si por vos lloraran?

»—No sé lo que me hiciera —respondió la moza—; sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. Y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquélla tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que se muera, o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa».

Toda la charla es muy divertida. Vuelve a aludirse a la primera quema de los libros cuando el cura pretende quemar unos libros de caballerías que alguien le dejó al ventero. El cura parece más partidario de los que tienen algo de realidad o de historia.

Capítulo 33 a 35

Interpolación. Una narración manuscrita que figuraba en la pequeña pero selecta biblioteca del ventero. El cura propone leerla si no fuera mejor gastar el tiempo en dormir, pero en el último momento Cervantes cae en la cuenta de que quizá Dorotea no esté en la mejor disposición para el sueño: «Harto reposo será para mí —dijo Dorotea— entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razón». Animado de tal suerte, en el capítulo 33 el cura da comienzo a la lectura de la «Novela del Curioso Impertinente». Este triángulo formado por los dos amigos Anselmo y Lotario y Camila, la mujer de Anselmo, a quien éste quiere poner a prueba, con infaustos resultados, está en la tradición del Renacimiento. Los lectores de la época devoraban con fruición estas historias de intriga. Quiero que se detengan ustedes en la metáfora sostenida de la mina: «Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que toda venga abajo, pues, en fin, se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue». Lo llamaremos el Símil del Prospector.

La intriga sigue su resbalosa senda. Todo es un absurdo increíble, movido por los habituales resortes de engaños y espionajes.

Capítulo 36

Llegan a la venta cuatro hombres con antifaces acompañando a una dama llorosa. Es una serie de desenmascaramientos y reconocimientos mutuos. Luscinda, que es la recién llegada, se reúne con Cardenio, y don Fernando con Dorotea, y todo esto sucede mientras don Quijote duerme en el piso de arriba.

Capítulo 37

Al comienzo del capítulo 35 la lectura que estaba haciendo el cura de la novela se había visto interrumpida porque don Quijote, soñando que daba muerte al gigante que tiene oprimida a Dorotea, la había emprendido a cuchilladas con unos pellejos de vino que había colgados de la pared. Ahora se decide llevar adelante el engaño del caballero, y Dorotea, tras alguna discusión sobre si ha sido o no transformada por encantamiento en doncella vulgar, vuelve a ser la reina Micomicona. Llega a la venta un desconocido que había estado cautivo de los moros, y que acompaña a una mora velada. Don Quijote da comienzo a un prolijo discurso sobre la caballería andante.

Capítulo 38

Prosigue don Quijote su discurso. Un comentarista ha señalado que esta disputa de las armas y las letras sobre quién padece más, si el erudito sin dinero o el guerrero, etcétera, tiene sus raíces en la literatura de la época medieval, y es ya un tópico entre los autores del siglo XVI. En el presente caso su importancia es estructural: sirve para reforzar y hacer florecer en el momento y el lugar oportunos la personalidad de don Quijote. Nótense qué duras palabras dirige a la artillería, cuya introducción había acabado con el tipo de caballería y la manera de combatir que don Quijote encarna:

«Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala —disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina—, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el

valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos».

Capítulo 39 a 41

Acabado el discurso de don Quijote, comienza la Historia del Cautivo. Tiene como telón de fondo los países aliados (Flandes, Venecia, España) contra los turcos (turcos, moros, árabes), y transcurre en las décadas de 1560 y 1570. De nuevo el comentador citado señala que esta historia del padre que envía al mundo a sus tres hijos para que elijan carrera es corriente en la literatura popular de Europa. Aquí tenemos «la Iglesia, el mar y la casa real», o dicho en términos más sencillos, las profesiones de las letras, del comercio y de las armas. La forma en que es apresado el Cautivo (que escogió las armas) tiene interés porque su historia se parece a la del propio Cervantes. En Lepanto, dice, «salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así, me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos; en fin, me rindieron, lleno de heridas». Esta historia interpolada tiene un carácter totalmente distinto de las otras que ya hemos encontrado. Pero ¿durará el tono «realista»?

Aparece el propio autor, un soldado español apellidado Saavedra: «Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo [el moro], ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia»[81].

En este capítulo 40 la historia del Cautivo toma un sesgo romántico a peor. Llega a ser, de hecho, muy mala. En el capítulo 41 se arrastra la historia de la hermosa Zoraida que ayudó a huir al joven español y huyó

con él. [N. B. Su padre se llamaba Agi Morato]. Cobra cierta viveza, sin embargo, cuando el viejo moro maldice con todas las de la ley a la hija prófuga: «¡Oh infame moza y malaconsejada muchacha! ¿Adónde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!». Pero en conjunto, ya a estas alturas la historia apenas está por encima de las intrigas a la italiana de las interpolaciones anteriores. Hay cosas agradables, sin embargo, como el retrato del galante pirata francés: «Cerca de mediodía podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dio hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos». Y es encantadora la visión del primer paisano que el narrador se encuentra una vez desembarcado en España: «Poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó a nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado; y mirando todos con atención si alguno se parecía, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo».

Capítulo 42

No bien ha acabado el soldado de contar su historia cuando ocurren nuevos sucesos en la venta. Llega un coche, y del mismo desciende «un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestía, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista; de suerte que, a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse».

¡Sorpresa, sorpresa! Son el hermano del soldado y su hija. El juez va para México, nada menos. Cervantes está acumulando acontecimientos de forma un tanto irreflexiva, y se le olvida, cuando toda la compañía se sienta

a cenar, que los que estaban en la venta ya habían cenado antes. El tercero de los tres hermanos está en el Perú y es inmensamente rico. Nótese cuánto terreno han cubierto los últimos capítulos: Bélgica, Francia, Italia, Asia Menor, África y América Central y del Sur. Cuando los dos hermanos se abrazan, «las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse». El autor ha caído muy bajo. Hay un intento, sin embargo, de subir al nivel de don Quijote: «Allí don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería». Más tarde, cuando todos se retiran a descansar, «Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, por que de algún gigante o otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba». Mientras don Quijote vigila fuera de la dormida venta, el capítulo termina de una manera muy bonita con una canción en la oscuridad. «Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas [las damas], llegó a la puerta del aposento Cardenio, y dijo:

»—Quien no duerme, escuche; que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.

»—Ya lo oímos, señor —respondió Dorotea.

»Y con esto, se fue Cardenio […]».

Capítulo 43

En la venta se empieza a estar un poco apretado. También observaremos que Cervantes ha dado con el cómodo expediente de la «isla», que consiste en agrupar a los personajes en un lugar limitado y aislado: una isla, un hotel, un barco, un avión, una casa de campo, un tranvía. Por cierto que es también el expediente de Dostoyevski en esas novelas suyas totalmente irresponsables y un tanto anticuadas, donde una docena de personas tienen una trifulca espantosa en un compartimiento de tren: de un tren que no se mueve.

Y yendo más allá podemos decir que es el mismo truco de agrupar a la gente en un solo sitio que se emplea, claro está, en el relato detectivesco moderno, donde se aísla a una serie de posibles sospechosos en un hotel incomunicado por la nieve, o en una casa de campo solitaria, etcétera, para limitar nítidamente las posibles pistas en la mente del pequeño lector.

Luscinda, Dorotea y Zoraida ya están en paz con el lector, pero queda todavía Clara, la hija del juez. Y, por supuesto, el mozo de mulas que canta afuera es su enamorado[82]. Y no es mozo de mulas, sino hijo de un caballero. Clara le cuenta su historia al oído a Dorotea.

La criada Maritornes y la hija del ventero le gastan una broma a don Quijote. Es una escena excelente desde el punto de vista artístico, pero de una crueldad espantosa. Don Quijote se empina sobre la silla de Rocinante para llegar al alféizar de una ventana donde, según él se imagina, está una dama transida de amor:

«—Tomad, señora, esa mano […], a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas; de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

»—Ahora lo veremos —dijo Maritornes. Y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó a la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente». Después de esto llega gente a caballo, Rocinante se mueve y don Quijote se queda colgado, casi crucificado, podríamos decir.

Capítulo 44

Continúa el romance de Clara y Luis, y ahora la historia del joven corre paralela a un nuevo suceso: dos huéspedes zurran al ventero, pero don Quijote pone fin a la pelea con razonamientos pacíficos y persuasivos. Luis confiesa su amor por Clara ante el padre de ésta, que, aunque sorprendido, se muestra favorable al noviazgo. En un eco del pasado, el barbero que

antes habíamos encontrado por el camino aparece y acusa a don Quijote de robarle la bacía, y a Sancho Panza de robarle la albarda.

Capítulo 45

El barbero amigo de don Quijote, el cura y los demás, por divertirse, siguen a don Quijote en afirmar que la bacía del segundo barbero es un yelmo. La escena es excelente.

«—Y quien lo contrario dijere —dijo don Quijote—, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

»Nuestro barbero, que a todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero:

»—Señor barbero, o quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más ha de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrión, y celada de encaje, y otras cosas tocantes a la milicia, digo, a los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero».

Todos los reunidos apoyan al primer barbero diciendo que, en efecto, es un yelmo.

«—¡Válame Dios! —dijo a esta sazón el barbero burlado—. ¿Que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiración a toda una universidad, por discreta que sea. Basta: si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

»—A mí albarda me parece —dijo don Quijote—; pero ya he dicho que en eso no me entremeto».

Todos acuerdan que don Fernando tome votos en secreto.

«Para aquellos que [tenían noticia] del humor de don Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que le ignoraban les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente a los cuatro criados de don Luis, y a don Luis ni más ni menos, y a otros tres pasajeros que acaso habían llegado a la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como, en efeto, lo eran. Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo».

Don Fernando anuncia que según la votación la albarda no es tal sino jaez, pero uno de los criados de don Luis protesta, y entrando los cuadrilleros, uno de ellos exclama encolerizado:

«—Tan albarda es como mi padre; y el que otra cosa ha dicho o dijere debe estar hecho uva.

»—Mentís como bellaco villano —respondió don Quijote.

»Y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que, a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido». Con esto se arma una riña de todos contra todos, que don Quijote detiene súbitamente, señalando que nadie sabe por qué se pelea. Declarada la paz, el caballero está a pique de ser prendido por un celoso miembro de la Santa Hermandad, como salteador de caminos que puso en libertad a los galeotes. Don Quijote desdeña la acusación: «¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida, a todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?».

Capítulo 46

Por fin se zanjan las disputas cuando el cura convence a los cuadrilleros de que don Quijote está loco, y le da algo de dinero al barbero por su bacía. Aún le queda a don Quijote la tarea de librar a Dorotea del «gigante», y monta en cólera con Sancho cuando éste, que ha visto a don Fernando besarla disimuladamente, le dice que Dorotea no es ninguna reina. Don Fernando, puesto en papel de pacificador, les reconcilia asegurando que Sancho ha sido víctima de un encantamiento, explicación que el caballero acepta de muy buen grado. Gentilmente aceptados son también los servicios que ofrece a la reina Micomicona, pero al final se decide que el cura y el barbero se lleven a don Quijote a su pueblo sin causar más molestia a don Fernando y su prometida. Todos ellos, disfrazados, «llegáronse a él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que, sin duda alguna, ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina». Mientras le encierran en una jaula construida con ese fin, el barbero, con voz de ultratumba, pronuncia una profecía según la cual ese encarcelamiento no hará sino acelerar la unión del león manchego con la paloma del Toboso. «Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significación de ella, y vio que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha».

Capítulo 47

Hasta aquí no consigue el autor desembarazarse de los peleles que puso en acción en el capítulo 23. «Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos». En este momento a nadie se le da una higa del pobre don Quijote. Según llevan la jaula por el camino con el caballero encantado

dentro, el cura se encuentra con un canónigo, y hay un largo discurso sobre los libros de caballerías como causa de la locura de don Quijote, mostrándose de acuerdo los dos en que el sentido estético no puede ir acompañado de falsedades y disparates. Ya se lo habíamos oído al cura, con menos detalle, en el capítulo de la quema de los libros.

Capítulo 48

El canónigo sigue explayándose sobre los defectos de los relatos caballerescos, y de ahí la conversación pasa a las necias comedias de la época: «Todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio». El cura se une a los vituperios del canónigo denunciando las transgresiones que se cometen en el teatro contra las unidades de tiempo y lugar: «He visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acababa en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo». Y critica a Lope de Vega: «Y que esto sea verdad [que no gustan las comedias como no se ajusten al modelo] véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y, finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y, por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren». Finalmente, propone una forma de censura que es típica de los modernos estados policíacos, y que tiene su origen en Platón.

Capítulo 49

Sancho intenta demostrar a don Quijote que no está embrujado, ya que tiene que satisfacer las necesidades humildes y vulgares de la naturaleza. Don Quijote replica que quizá haya cambiado la moda en materia de encantamientos:

«—[…] pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado y, a su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse.

»—No entiendo eso de *hacer aguas*, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

»—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

»—¡Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces; y aun agora la tengo. ¡Sácame deste peligro, que no anda todo limpio!

»—¡Ah! —dijo Sancho [comienza el capítulo 49]—. Cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como a la vida. Venga acá, señor: ¿Podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad: “No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado”? De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan.

»—Verdad dices, Sancho —respondió don Quijote—; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían. De manera, que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y

necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener a la hora de ahora precisa y extrema necesidad».

Don Quijote discute con el canónigo sobre la realidad de los caballeros andantes y las aventuras que de ellos se cuentan en los libros de caballerías: «Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería».

Capítulo 50

Don Quijote sigue defendiendo a sus queridos libros de caballerías. «Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquéllos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia». Pasa a la deliciosa descripción del recibimiento del Caballero del Lago que citamos en la lección III, y concluye: «De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, biencriado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra […]. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido; sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

»Casi estas últimas palabras oyó Sancho a su amo, a quien dijo:

»—Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan».

Capítulo 51

Mientras el grupo almuerza, un cabrero cuenta otra historia de pastores enamorados y doncellas perseguidas. Él se ha vuelto misógino, en contraste con los otros pastores, que se pasan el rato lamentándose por la caprichosa Leandra, ahora encerrada a cal y canto en un convento por su padre, después de una escapada que tuvo con un soldado.

Capítulo 52

Si puede ser librado de su hechizo por otro encantador todavía más poderoso, como espera, don Quijote promete sus servicios al cabrero Eugenio para sacar a Leandra del convento.

«Miróle el cabrero, y como vio a don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero, que cerca de sí tenía:

»—Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

»—¿Quién ha de ser —respondió el barbero— sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

»—Eso me semeja —respondió el cabrero— a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra

merced dice; puesto que para mí tengo, o que vuestra merced se burla, o que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

»—Sois un grandísimo bellaco —dijo a esta sazón don Quijote—, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.

»Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto a sí tenía, y dio con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices».

Se entabla una pelea entre los dos, en la que don Quijote lleva la peor parte; pero la interrumpe la llegada de una procesión de devotos que llevan una imagen de la Virgen, a quienes don Quijote toma inmediatamente por cuadrilla de bandidos que llevan secuestrada a una dama de alto copete. Cuando arremete contra ellos con la espada desenvainada, uno de los penitentes le da un palo que lo derriba sin sentido.

«Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fue:

»—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado; que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

»—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, y volvamos a mi aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

»—Bien dices, Sancho —respondió don Quijote—, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre».

Con esto terminan la primera parte de la novela de Cervantes y la segunda salida de don Quijote. Va a quedarse en su casa, descansando y soñando durante un mes por lo menos. Fíjense en que llevamos cincuenta y dos capítulos (más de cuatrocientas páginas) y todavía no hemos conocido a Dulcinea. Después de tres epitafios y unos sonetos supuestamente escritos en alabanza de don Quijote, Sancho, Rocinante y Dulcinea, con los que finaliza la primera parte, Cervantes promete a medias una tercera salida.

SEGUNDA PARTE (1615)

Las grotescas «aprobaciones» con que se abre este volumen concuerdan con el espíritu de las modernas dictaduras fascistas o soviéticas, y habrían sido bien vistas por Platón, que fue excelente como filósofo-artista pero pernicioso como sociólogo.

El propio Cervantes, persona educada, encuentra «graciosas» formas de crueldad que hoy son absolutamente imposibles en este país o en Inglaterra, y que, por supuesto, son condenadas en los tiempos modernos por todas las gentes civilizadas. Sospechamos que de vez en cuando el propio autor no se da mucha cuenta de la repulsiva crueldad con que los curas, barberos, venteros y demás tratan a don Quijote.

Capítulo 1

Cuando el barbero y el cura fueron a visitar a don Quijote, «halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras». Y hasta cuando pasan a hablar de política, «habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio».

(Ver Figura[11])

Pero, para completar la prueba, el cura comenta que los turcos se están preparando para atacar a la cristiandad.

«—¡Cuerpo de tal! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¿Hay más sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del turco? Esténme vuesas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme: ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? ¡Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianís, o alguno de los del inumerable linaje de Amadís de Gaula […]!

»—¡Ay! —dijo a este punto la sobrina—. ¡Que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

»A lo que dijo don Quijote:

»—Caballero andante he de morir, y baje o suba el turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende».

El barbero cuenta la historia de un licenciado loco que había en Sevilla, que parecía haberse curado y estaba a punto de salir del manicomio cuando otro loco, envidioso de verle marchar, dijo que él era Júpiter y amenazó con no dejar que lloviera en Sevilla.

«A las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo:

»—No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.

»A lo que respondió el capellán:

»—Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter; vuesa merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más

comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced».

Don Quijote advierte la moraleja del cuento, pero no le hace gracia. «Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces».

Es un capítulo magnífico.

Capítulo 2

A pesar de las protestas del ama y la sobrina, Sancho Panza entra a ver a don Quijote. Hablan de sus pasadas aventuras, y don Quijote pregunta: «Dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué

se platica del asumpto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca?».

Sancho, apremiado, dice la verdad. «Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante».

Don Quijote responde con dignidad: «Eso no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser; y el roto, más de las armas que del tiempo». (Putnam da en una nota el refrán español «Hidalgo honrado, antes roto que remendado»).

Sancho informa también de que un estudiante de Salamanca que acaba de obtener el grado de bachiller, un hijo de Bartolomé Carrasco, ha vuelto al pueblo con la noticia de que don Quijote y Sancho Panza han aparecido en un libro. A petición del caballero, Sancho sale en busca del joven.

Capítulo 3

«Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas». Confirma que, efectivamente, se ha publicado el tal libro. Putnam da una nota sobre esto: «Se supone que sólo ha transcurrido un mes desde que don Quijote volviera de sus andanzas, y ya se ha escrito e impreso la historia de sus aventuras, e incluso, como en seguida se nos dirá, se han distribuido cerca de doce mil ejemplares. Pero a Cervantes nunca le preocupan este género de discrepancias, y en la ocasión presente explica la cuestión aludiendo al arte del encantador». El mismo sigue siendo el archiencantador, el inventor de un Benengeli y su narración arábiga.

«—[…] pero dígame vuesa merced, señor bachiller: ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

»—En eso —respondió el bachiller— hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de

viento, que a vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; unos dicen que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno».

Carrasco comenta que se han hecho algunas críticas a la novela intercalada, y a los olvidos del autor en cosas como el hurto del asno de Sancho.

Capítulo 4

Sancho intenta enderezar la cuestión, pero no lo consigue, y al final confiesa: «No sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor».

Don Quijote pregunta: «Y por ventura, ¿promete el autor segunda parte?

»—Sí promete —respondió Sansón—; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así, estamos en duda si saldrá o no; y así por esto como porque algunos dicen: "Nunca segundas partes fueron buenas", y otros: "De las cosas de don Quijote bastan las escritas", se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturninos dicen: "Vengan más quijotadas: embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos".

»—Y ¿a qué se atiene el autor?

»—A que —respondió Sansón— en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna».

Y Sancho apunta inmediatamente: «Atienda ese señor moro, o lo que es, a mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar, y verá del que coxqueamos. Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo,

ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

»No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron a sus oídos relinchos de Rocinante; los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí a tres o cuatro días otra salida».

Capítulo 5

Este capítulo se dedica íntegramente a la conversación que tienen Sancho y Teresa, su mujer, cuando él le dice que va a acompañar a don Quijote en nuevas aventuras. Cervantes, aparentemente movido por una reflexión *a posteriori*, inicia el capítulo así: «Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía».

A modo de prólogo, la mujer de Sancho le dice:

«—Mirad, Sancho […]: después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda».

Una vez que Sancho sea gobernador, piensa casar a su hija con un conde. «Y no sería bien que ahora que está llamando [la suerte] a nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

»Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo». Y más adelante: «Si mal no me acuerdo, [el predicador] dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas». (Estas observaciones de Sancho son otra razón más para que el traductor diga que tiene por apócrifo el capítulo, porque exceden de la capacidad mental del escudero). «Y si éste a quien la fortuna sacó del borrador de su

bajeza —que por estas mesmas razones lo dijo el padre— a la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura».

Pero el tema fundamental es el futuro de Sancho. «Porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo, y a tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

»—Bien creo yo, marido —replicó Teresa—, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando a Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

»—Yo os digo, mujer —respondió Sancho—, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

»—Eso no, marido mío —dijo Teresa—. Viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, o os llevarán, a la sepultura cuando Dios fuere servido. Como ésos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho: si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Mari Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos; que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno; y, en fin en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada».

Pero el plan de Sancho de hacer condesa a su hija y casarla con un noble no le agrada a Teresa, que acaba llorando en serio. «Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más

tarde que ser pudiese. Con esto se acabó la plática, y Sancho volvió a ver a don Quijote para dar orden en su partida».

Capítulo 6

Don Quijote tiene una conversación paralela con su sobrina, que le dice: «Advierta vuestra merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le echase un sambenito[83], o alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres». La reacción del caballero es la que era de prever:

«—Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero a buen seguro que él te perdonara, porque fue el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás, grande amparador de las doncellas».

Y señala que todas las personas de este mundo se pueden dividir en cuatro clases: 1) los que de comienzos humildes han ascendido a la grandeza; 2) los que eran grandes y siguen siéndolo; 3) los que desde su grandeza original han menguado como el ápice de una pirámide; y 4) los que eran y siguen siendo plebeyos. Y luego amonesta a su sobrina y ama: «Al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, y comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo […]. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la

influencia del planeta Marte; así, que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir a pesar de todo el mundo».

Capítulo 7

Don Quijote y Sancho discuten la cuestión del salario.

«—Teresa dice —dijo Sancho— que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

»—Y yo lo digo también —respondió don Quijote—. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que habláis hoy de perlas.

»—Es el caso —replicó Sancho— que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos».

El continuo torrente de refranes que brota de Sancho aburre un poco. Pero cuando don Quijote contraataca adrede con otra sarta de refranes la gracia aún surte efecto. «Así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa, y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustárades de estar a merced conmigo, *bene quidem*; y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos». La amenaza de tomar a Carrasco por escudero rebaja los humos de Sancho. Don Quijote y él se abrazan, y alentados por Carrasco parten tres días después, camino del Toboso.

Capítulo 8

«“¡Bendito sea el poderoso Alá! —dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo—. ¡Bendito sea Alá!”, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero». Olviden, dice, «las pasadas caballerías del Ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel».

Cervantes se cura en salud: no le interesa que el lector vuelva atrás y advierta todas las discrepancias o repeticiones. En esta segunda parte, también, Cervantes parece estar mirando a la Iglesia con más circunspección que en la primera. Ahí puede estar la explicación de discursos como éste de don Quijote por el camino que lleva a Dulcinea:

«—[…] los cristianos, católicos y andantes caballeros más habernos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama. […]

»En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a don Quijote. En fin, otro día, al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote, y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor[84]; de modo que el uno por

verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban».

Capítulo 9

Cuando los dos entran a medianoche en la ciudad, hay una búsqueda a tientas, en la oscuridad, de un palacio en una callejuela. Al fin Sancho, desesperado, sugiere que don Quijote se oculte en un bosque mientras él va en busca de Dulcinea.

Capítulo 10

Don Quijote envía a Sancho con un mensaje para Dulcinea, pero tampoco esta vez lo entregará Sancho, que decide aprovecharse de los espejismos del caballero: «Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea juraré yo; […] o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño».

Pasan tres labradoras montadas en borricos, y a una de ellas Sancho la describe como Dulcinea en todo su áureo esplendor, aunque para don Quijote es una moza chata que huele a ajos. Don Quijote acepta la explicación de que Dulcinea está encantada, y con gran pesar se encaminan a Zaragoza, Sancho riéndose para sus adentros de lo fácil que ha sido engañar a su amo. A partir de aquí y durante toda la segunda parte don Quijote estará dándole vueltas a cómo desencantar a Dulcinea: cómo volver a transformar en hermosa princesa a la fea labradora que ha visto.

Capítulo 11

Cabalgan en dirección a Zaragoza; don Quijote, que va absorto en sus preocupaciones, deja que Rocinante se pare a comer la abundante hierba. Sancho lo espolea; ahora es mucho más grande, más astuto y más malo que en la primera parte[85]. Se encuentran con «una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, con rostro humano; junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas; venía también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores».

Son cómicos ambulantes, y curiosamente don Quijote, que había desafiado a toda la compañía, se satisface con esa explicación. Pero Rocinante se asusta, y sólo entonces se prepara don Quijote para atacar al «demonio farsante»; sin embargo, el prudente consejo de Sancho le contiene, y deja marchar a los «fantasmas». Curiosa aventura si se la compara con las anteriores. Pero también es cierto que el autor ha prevenido al lector contra tales comparaciones.

Capítulo 12

Don Quijote compara la vida con una comedia, acabada la cual emperadores y mercaderes, caballeros y bufones se despojan de las ropas que les diferenciaban y quedan igualados en la tumba. Sancho Panza compara la vida con un juego de ajedrez, tras el cual reyes y peones van juntos a la bolsa. Esta comparación se encuentra en el *Rubaiyat* de Omar Khayyam, basado en un poema persa del siglo XII: *Piezas inermes de la*

partida que juega sobre el tablero de las noches y los días; las mueve, da jaque, mata, y una por una las vuelve a guardar[86].

Por fin don Quijote encuentra a un «caballero andante» de carne y hueso, ¡y enamorado, por supuesto! Le oímos entonar un soneto de amor, acerca del cual Putnam cita a Ormsby: «Los versos insertos en la segunda parte son más o menos burlescos, y a veces, como aquí y en el capítulo 18, imitaciones de la poesía afectada de la época. Los versos de la primera parte son esfuerzos serios (salvo, claro está, los encomiásticos, y los del final del último capítulo), y es evidente que Cervantes los mira con cierto orgullo. La diferencia es importante».

El Caballero del Bosque (más tarde Caballero de los Espejos) y don Quijote sostienen una conversación solemne.

Capítulo 13

Entretanto los escuderos de ambos caballeros charlan por su lado. Los dos tildan de locos a sus amos y se quejan de la vida que llevan, aunque esperan con ilusión las riquezas prometidas. El escudero del Caballero del Bosque sale mejor parado que Sancho en cuanto al comer y beber.

«—Por mi fe, hermano —replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas, ni a piruétanos, ni a raíces de los montes. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

»Y diciendo esto, se la puso en las manos a Sancho; el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza a un lado, y [dio] un gran suspiro».

Es una buena descripción de un gesto inmemorial, pero siempre propio de los gordos.

Capítulo 14

Hablando el Caballero del Bosque de los trabajos que le impone su dama, Casildea de Vandalia, y de los caballeros que ha vencido en su honor, acaba diciendo: «Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea».

Don Quijote le escucha sin dar crédito a lo que oye, y al fin deduce que el Caballero del Bosque ha debido vencer a algún falso caballero que un enemigo encantador le ha presentado con el nombre de don Quijote. Desafía al del Bosque, quien con calma le persuade a esperar hasta que haya luz. Al amanecer se enfrentan, pero por azar don Quijote acomete al Caballero de los Espejos (pues tal es ahora su nombre) cuando éste ha bajado la guardia, en un momento en que su caballo se niega a moverse, y le derriba. Al aflojarle las correas del yelmo descubre con asombro las facciones del bachiller Sansón Carrasco. A su vez, el escudero del caballero resulta ser un viejo conocido de Sancho, disfrazado. Don Quijote piensa que todo es encantamiento, y que en el último instante los desconocidos se han transformado en sus viejos amigos. Ello casa bien con su apacible fantasía, pero no con la mentalidad del astuto Sancho, truquista a su vez. Es inútil buscar unidad estructural en este libro.

Capítulo 15

«En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos». No son frecuentes en él tales victorias (que nunca llegan a ser completas, ni siquiera ésta, en la que el «encantamiento» desluce un poco el placer del final). A renglón seguido se nos explica que el barbero, el cura y Carrasco habían acordado que éste se hiciera pasar por caballero armado, venciera a don Quijote y exigiera su regreso al pueblo, donde esperaban que se curase. Pero aún tendremos que acompañar a don Quijote en doce encuentros antes de que Carrasco, tras esta paliza, esté en condiciones de volver a darle batalla.

Capítulo 16

Por el camino encuentran a un jinete vestido de verde. «Y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa. La edad mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás; admiróle la longura de su cuello, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura; figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra».

Este hombre se llama don Diego de Miranda, y es un cultivado hidalgo. Es una de las poquísimas buenas personas (se portará realmente bien con don Quijote) de toda la historia. Don Quijote le informa de su profesión de caballero andante, y el señor se asombra: «¿Cómo y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo! que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias».

Cuando el Caballero del Verde Gabán se lamenta de que su hijo no se deja convencer de estudiar leyes ni teología, sino que insiste en escribir poesías, don Quijote emprende una elocuente defensa: «Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama; que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos, o como las garnachas a los peritos jurisconsultos […]; y cuando los reyes y príncipes veen la milagrosa ciencia de la Poesía en sujetos

prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas veen honradas y adornadas sus sienes».

Y tras pronunciar este amable discurso (con Cervantes de apuntador) nuestro pobre caballero va a pasar por una prueba pasmosa y terrible.

Capítulo 17

Después de la farsa de los requesones metidos en la celada que Sancho da a don Quijote, tenemos la aventura de los dos leones, macho y hembra, que van enviados como obsequio del gobernador de Orán al rey de España[87]. Don Quijote detiene el carro y ordena que se les abran las jaulas, para medirse con ellos. «Visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos. Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura».

Don Quijote demuestra verdadero valor.

«Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula; viendo lo cual don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera». Pero el leonero le convence de que: «La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante —según a mí

se me alcanza—, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento».

Cuando los otros, que habían huido, vuelven llamados a voces, encuentran a don Quijote exultante: «¿Qué te parece desto, Sancho? […] ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible». Reanudado el camino, don Quijote vuelve a ensalzar ante don Diego las virtudes de la caballería andante: «Pero el andante caballero busque los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la juridición de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante».

Ahora desea ser llamado Caballero de los Leones, en lugar de Caballero de la Triste Figura.

Capítulo 18

También, cuando llegan a casa de don Diego y éste presenta a don Quijote a su esposa, es el primer hombre que le tributa un elogio absolutamente en serio: «Recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo», a pesar de que duda de su cordura. Don Quijote le explica a don Lorenzo, el hijo de don Diego, por qué la caballería andante es una ciencia, de hecho una suma de todas las ciencias. Le agasajan en la casa durante cuatro días, al término de los cuales parte para unas justas que se han de celebrar en Zaragoza. Una vez que Sancho

Panza ha llenado las alforjas, se van, dejando a padre e hijo admirados «de las entremetidas razones de don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo a la busca de sus desventuradas aventuras».

Capítulo 19

Por el camino encuentran a unos estudiantes y labradores que les invitan a ir a las bodas de Quiteña la Hermosa y Camacho el Rico. Uno de los estudiantes cuenta que a ella la quiere un joven llamado Basilio, que vive pared por medio de Quiteria. «Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar a Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tiene tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va a decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla a los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y, sobre todo, juega una espada como el más pintado.

»—Por esa sola gracia —dijo a esta sazón don Quijote— merecía ese mancebo no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

»—¡A mi mujer con eso! —dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando—; la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen “cada oveja con su pareja”. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria; que buen siglo hayan y buen poso —iba a decir al revés—, los que estorban que se casen los que bien se quieren».

El estudiante continúa: «De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada, y

siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte».

Capítulo 20

El maravilloso despliegue de manjares que hay en la fiesta de bodas se podría comparar con el paraíso del glotón en las *Almas muertas* de Gógol («espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo»; «en el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que, cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle»; «[las ollas] embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos»; «más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos»). Sancho demuestra tener buen saque. «Tres gallinas y dos gansos» (tan sólo «espumas» previas al verdadero festín) es lo que le sirven de un caldero gigantesco. Se representa una mascarada; mientras, Sancho ataca sus viandas, que ya le han ganado totalmente para el partido de Camacho. El lector se cansa de sus refranes tanto como don Quijote.

Capítulo 21

Basilio se vale de una treta para conseguir a su amada. Apoya en el suelo un estoque, y «con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta a las espaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado». El herido convence al sacerdote para que antes de morir le case con Quiteria, que después podrá casarse con

Camacho. El sacerdote con lágrimas en los ojos, les da su bendición, y al instante Basilio «se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, a quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circundantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron a decir:

»—¡Milagro, milagro!

»Pero Basilio replicó:

»—¡No "milagro, milagro" sino industria, industria!

»El cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía; preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase».

Don Quijote gana una nueva victoria moral deshaciendo la pelea que estalla entre los dos bandos. Con voz de trueno declara: «A los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

»Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían». Con ello Camacho se resigna, y declara que lo restante del festejo será en honor de Quiteria y Basilio[88].

Capítulo 22

En casa de don Diego don Quijote había declarado su intención de explorar la cueva de Montesinos, camino de Zaragoza. Después de estar tres días invitado por los recién casados, se busca un guía y parte hacia allí. El guía le recuerda que necesitará cuerdas para descolgarse a las profundidades. «Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de soga, y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha; pero llena de cambroneras y cabra higos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

»—Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace; no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

»—Ata y calla —respondió don Quijote—; que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada».

A la entrada de la sima, don Quijote se encomienda a Dulcinea: «Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches; que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe».

Le descuelgan hasta una profundidad de cien brazas, y al cabo de media hora le vuelven a subir, sumido en gozoso desmayo.

Capítulo 23

Don Quijote relata sus aventuras. Llegó a un hueco de la cueva, a no mucha profundidad, y allí se quedó dormido. Cuando despertó estaba en mitad de un bello prado. Vio entonces un castillo suntuoso de claro cristal, del cual salió Montesinos para darle la bienvenida. «Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero demostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre».

Montesinos cuenta a don Quijote cómo le sacó el corazón a Durandarte, que cayó en Roncesvalles, para llevárselo a su dama, y le conduce al sepulcro donde yace un caballero con la mano derecha puesta sobre el corazón: «Éste es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros

enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino». Aunque por el hechizo de Merlín están allí encerrados desde hace más de quinientos años, ninguno ha muerto. Se ven muchos otros prodigios, entre ellos el paso en procesión de doña Belerma, la amada de Durandarte, con el corazón de éste en la mano. El dolor ha arruinado su belleza. «Que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. “Cepos quedos —dije yo [don Quijote] entonces—, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí”». Montesinos pide disculpas.

Aunque don Quijote sólo ha permanecido media hora en la cueva, ha pasado tres días sin comer ni dormir en el país mágico que gobierna Montesinos. En un prado ve a las tres labradoras que Sancho le había señalado como Dulcinea y sus acompañantes. «Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino a Lanzarote,

cuando de Bretaña vino».

Cuenta don Quijote que una de las labradoras se le acercó para pedirle dinero prestado para su señora Dulcinea, y él le dio lo que tenía, añadiendo que estaba resuelto a «no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. “Todo eso, y más, debe vuesa merced a mi señora”, me

respondió la doncella. Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire».

Capítulo 24

Otros episodios fantásticos son siempre explicados en términos realistas porque alguien engaña a don Quijote o porque él compone sus impresiones engañándose a sí mismo. Pero aquí es difícil prescindir del elemento temporal y el elemento espacial; y, al fin y al cabo, hasta un don Quijote debería saber si está soñando o no. Este capítulo comienza con un intento de explicación por parte del traductor.

«Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

»No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero ésta de esta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias»[89].

Al final del capítulo llegan a una venta, «no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como

solía».

Capítulo 25

A la venta llega el titiritero Pedro, que lleva un parche de tafetán verde cubriéndole un ojo y todo un lado de la cara. Trae un mono adivino.

«—Señor [dice], este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes, algún tanto.

»—¡Voto a Rus! —dijo Sancho— no dé yo un ardite por que me digan lo que por mí ha pasado; porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo? Y pagar yo porque me digan lo que sé sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene.

»No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo:

»—No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

»Y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo:

»—Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡Oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

»Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho […], confuso el ventero, y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió, diciendo:

»—Y tú, ¡oh buen Sancho Panza! el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate; que tu buena mujer Teresa está buena, y ésta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas,

tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo».

Mientras Pedro comienza los preparativos para dar una función de su teatrillo, don Quijote sospecha que tiene un pacto con el demonio.

Capítulo 26

Un muchacho va relatando los sucesos que los títeres representan.

«—Esta verdadera historia que aquí a vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de los moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. […]

»No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra [en el caballo de su esposo], de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa; que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

»—¡Eso no! —dijo a esta sazón don Quijote—. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

»Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo:

»—No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol».

Sigue adelante el muchacho, y en ésas don Quijote, presa de un arrebato repentino, de un salto se planta junto al retablo y la emprende a mandobles

con los títeres moros hasta echar por tierra el teatrillo entero. Maese Pedro se queda consternado ante la pérdida, y Sancho sugiere a don Quijote que se debe compensarle por los daños.

«—Ahora acabo de creer —dijo a este punto don Quijote— lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos, don Gaiferos, Marsilio, Marsilio, y Cario Magno, Cario Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas: que yo me ofrezco a pagárselo luego, en buena y comente moneda castellana».

Cenan todos juntos, después de pagar don Quijote por los títeres, uno por uno. Por la mañana maese Pedro madruga más, y ya se ha marchado cuando los otros reanudan su camino.

Capítulo 27

Por fin sabemos que el titiritero maese Pedro, el del parche verde, era en realidad Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes que liberó don Quijote en el capítulo 22 de la primera parte. Su mono adivino era un fraude, por supuesto, porque lo que hacía su dueño era procurarse la información antes de entrar en un lugar y luego fingir que era el mono el que se la daba. Había reconocido a don Quijote y Sancho al entrar en la venta, y así pudo embaucarles a los dos. Yendo de camino, don Quijote pone paz con un largo discurso entre los vecinos de dos pueblos que se mofaban unos de otros por una competición de rebuznos. La paz se rompe, sin embargo, cuando Sancho da ejemplo de su propio talento para rebuznar, ante lo cual le dan de palos, y don Quijote se ve obligado a huir ignominiosamente.

Capítulo 28

Sancho Panza está tan maltrecho que se quiere ir a su casa. Don Quijote y él empiezan a echar la cuenta de los salarios que se le deben, pero a Sancho le entran remordimientos:

«—Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda».

Capítulo 29

Cuando llegan al Ebro, don Quijote imagina que una barca vacía es una invitación a dar socorro a algún caballero que anda en apuros.

«Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dio más pena que el oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse».

Ven unas grandes aceñas en mitad del río, «y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo a Sancho:

»—¿Vees? Allí ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

»—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor? —dijo Sancho—. ¿No echa de ver que aquéllas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

»—Calla, Sancho —dijo don Quijote—; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser

realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

»En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas, a detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista».

Don Quijote truena amenazas contra ellos y blande su espada, pero los molineros logran rescatarles a él y a Sancho, aunque no sin un chapuzón en el río. El dueño del barco reclama daños y perjuicios, que don Quijote al fin le paga. Después, «alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando a las aceñas:

»—Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura».

Es curioso que en este episodio de los molinos de agua ni don Quijote ni su escudero se acuerden del episodio de los molinos de viento de la primera parte.

Capítulo 30

Don Quijote encuentra a un duque y una duquesa que han salido de caza. Ellos le reconocen y le invitan a su castillo, donde para entretenerse le tratarán con toda la ceremonia que se debe a un caballero andante.

Capítulo 31

Don Quijote advierte a Sancho que tenga sujeta la lengua. Pero la duquesa interviene. «Por vida del duque —dijo la duquesa—, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto». Un clérigo de mentalidad práctica que come a la mesa de los duques reprende a don Quijote. «El eclesiástico, que oyó decir de gigantes,

de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquél debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo:

»—Vuestra Excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

»Y volviendo la plática a don Quijote, le dijo:

»—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?».

Capítulo 32

Don Quijote responde al clérigo con elocuencia. «¿Por ventura es asumpto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?». Habla de Dulcinea con los duques: «Dios sabe si hay Dulcinea o no, en el mundo, o si es fantástica, o no es fantástica: y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y

campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas».

La duquesa declara que ella sí cree en la existencia de Dulcinea. «Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza; el escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y, por más señas, dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje».

Don Quijote responde: «[…] creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, [los encantadores] se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de ahechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir a vuestras magnitudes cómo viniendo poco ha por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su mesma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas, hasta verla en su prístino estado».

Los criados se burlan de Sancho, pero la duquesa, que disfruta de la situación, le trata con mimo. El duque le promete el gobierno de una ínsula.

Capítulo 33

Un capítulo muy tedioso de Sancho en conversación con la duquesa. Sancho le confía el secreto de cómo engañó a don Quijote acerca de la entrega de la carta, y el truco de identificar a Dulcinea con una de aquellas tres labradoras que encontraron.

Capítulo 34 y 35

De noche, en el bosque, los duques gastan una complicada broma. Uno de sus servidores, disfrazado de demonio, aparece para informar a don Quijote de que Dulcinea viene escoltada por seis tropas de encantadores que le dirán cómo desencantarla.

«—Si vos fuérades diablo, como decís y como vuestra figura muestra [responde intrépidamente don Quijote], ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

»—En Dios y en mi conciencia —respondió el diablo— que no miraba en ello; porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal a que venía se me olvidaba.

»—Sin duda —dijo Sancho— que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, a no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora yo tengo para mí que aun en el mesmo infierno debe de haber buena gente.

»Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista a don Quijote, dijo:

»—A ti, el Caballero de los Leones —que entre las garras dellos te vea yo—, me envía el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, a causa que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla. Y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores.

»Y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas y fuese, sin esperar respuesta de ninguno.

»Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho, en ver que, a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos. Y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo:

»—¿Piensa vuesa merced esperar, señor don Quijote?

»—Pues ¿no? —respondió él—. Aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese a embestir todo el infierno».

Estalla un gran estrépito, y desfilan en carros tres encantadores, diciendo sus nombres. Después: «Al compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas, empero, de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande, encendida, en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados, y encima dél, ocupaban doce otros diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa [Dulcinea], vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, a lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que, al parecer, no llegaban a veinte, ni bajaban de diecisiete. Junto a ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro a estar frente a frente de los duques y de don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las harpas y laúdes que en el carro sonaban; y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó a entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó a decir desta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo
—mentira autorizada de los tiempos—,
…………
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos y caráteres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,

y su transformación de gentil dama
en rústica aldeana; condolíme,
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,
después de haber revuelto
cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño».

Lo que de todo esto resulta es que Sancho tiene que prometer darse tres mil azotes en las nalgas descubiertas. De otro modo, «o Dulcinea volverá a la cueva de Montesinos y a su prístino estado de labradora, o ya, en el ser que está, será llevada a los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo». Sancho protesta vigorosamente, ante lo cual Dulcinea se quita el velo y, «con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada», le colma de vituperios; pero nada se consigue hasta que el duque le amenaza con retirar su ofrecimiento del gobierno; entonces Sancho consiente al cabo, aunque muy a su pesar. Todo este tinglado lo ha montado el mayordomo del duque, que ha hecho él mismo de Merlín y ha buscado un paje para hacer de Dulcinea.

Capítulo 36

Sancho escribe a su mujer diciéndole que ahora es gobernadora, y que le manda un traje verde de montería que le ha dado la duquesa para que saque de él una buena saya y corpiño para su hija. «Así que, por una vía o por otra, tú has de ser rica, de buena ventura. […] Deste castillo, a 20 de julio de 1614.

Tu marido el gobernador,
Sancho Panza».

El mayordomo organiza otro espectáculo ridículo. Un anciano macilento, Trifaldín de la Blanca Barba (por el Truffaldin del *Orlando innamorato* de Boiardo y el *Orlando furioso* de Ariosto), solicita la ayuda de don Quijote para su señora, la condesa Trifaldi, por otro nombre la dueña Dolorida.

Capítulo 37

Capítulo superfluo donde se discute sobre las dueñas, sosteniendo Sancho que son enfadosas e impertinentes.

Capítulo 38

Entra la condesa Trifaldi, acompañada de una docena de dueñas. Siendo dueña principal de la hermosa infanta Antonomasia, heredera del reino de Candaya, la condesa se dejó vencer por los encantos de un joven caballero particular, don Clavijo, permitiéndole entrar en la estancia de Antonomasia como su legítimo esposo. La intriga continuó durante algún tiempo, hasta que el avanzado estado de gestación de Antonomasia amenazó descubrir la situación. Se decidió entonces que don Clavijo se presentase ante el vicario a pedirla por esposa, en virtud de un contrato escrito ya existente, y se puso a Antonomasia bajo tutela.

Capítulo 39

Se celebró la boda, pero la reina Maguncia, madre de la joven, murió de pena a los tres días y fue sepultada. Entonces «pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura, a ella, convertida en una jimia de bronce, y a él, en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padrón, asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: “No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes hasta que el valeroso manchego venga conmigo a las manos en singular batalla; que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura”».

Además, en castigo de las dueñas por haber faltado a su deber, Malambruno les infligió una pena dilatada: «Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes».

Capítulo 40

El capítulo se inicia con un canto de alabanza de Cervantes: «Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes».

La dueña Dolorida anuncia a los reunidos que Malambruno va a enviar su caballo de madera, Clavileño, para que a lomos de él don Quijote y Sancho vuelen por los aires las tres mil leguas que hay a Candaya, y don Quijote acepta la empresa.

Capítulo 41

Cuatro salvajes traen el caballo de madera. Antes de montar en el mágico corcel, don Quijote, «apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas las manos, le dijo:

»—Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas

a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en una daca las pajas, te dieses, a buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

»—Par Dios —dijo Sancho—, que vuesa merced debe de ser menguado; esto es como aquello que dicen: “¡en priesa me vees y doncellez me demandas!”. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad en verdad que no tiene vuesa merced razón. Vamos ahora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación, que vuesa merced se contente, y no le digo más.

»Y don Quijote respondió:

»—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

»—No soy verde, sino moreno —dijo Sancho—, pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra».

Montan los dos sobre el caballo de madera con los ojos vendados, le mueven la clavija que tiene en el cuello, y ayudados por diversas invenciones de la pareja ducal, tales como aire de fuelles que simula viento y estopa encendida simulando fuego, imaginan que van transportados por los aires, hasta que el caballo explota y ambos caen por tierra medio chamuscados.

«En este tiempo ya se habían desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo, y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando a todas partes quedaron atónitos de verse en el mesmo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual, con grandes letras de oro, estaba escrito lo siguiente:

»El ínclito caballero don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con sólo intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado. Y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores».

Capítulo 42 y 43

Para seguir la broma, el duque instruye a sus cortesanos sobre cómo tienen que conducirse con Sancho en su gobierno, y al día siguiente le comunica que tiene que ir a gobernar su ínsula. Don Quijote le da muchos consejos, principalmente preceptos clásicos, mientras Sancho ensarta refranes.

Capítulo 44

Parte Sancho y don Quijote se queda triste, no tanto por echar de menos a su escudero como porque ahora su soledad se puebla de melancólicas ensoñaciones de Dulcinea. Esa noche, al pie de su ventana, una dama de compañía de la duquesa llamada Altisidora, siguiendo instrucciones, canta una canción de amor. «Y en esto, se sintió tocar una harpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquélla, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad; temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer, y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba, dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese». Acabada la canción, el caballero argumenta consigo mismo y reafirma su devoción entera a Dulcinea. «Y con esto, cerró de

golpe la ventana, y despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho».

Capítulo 45

Sancho toma posesión de su ínsula, que es una villa cercada de unos mil habitantes, una de las mejores que tiene el duque en sus dominios. Fiando en su buena memoria, demuestra ser todo un Salomón en sus juicios. Juzga tres casos, que sirven para regalarnos con toda clase de comicidades medievales y añeja gramática parda.

Capítulo 46

A la noche siguiente, al retirarse don Quijote a su aposento, encuentra allí una guitarra. «Templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego, con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto» en honor de su Dulcinea. Pero el duque y la duquesa no le dejan en paz, e interrumpen la canción haciendo descolgar de una galería que hay más arriba un montón de gatos con cencerros atados a los rabos, que originan una escandalera cuando don Quijote los ataca espada en mano; uno de ellos le hiere hincándole los dientes en la cara, de donde tiene que arrancárselo el duque.

Capítulo 47

Volvemos con Sancho Panza. Cervantes satiriza una costumbre que existía en la España real: la de que hubiera un médico presente a la mesa de los príncipes para aconsejarles lo que debían comer y atender a la moderación de los regios apetitos. El médico de Sancho, como parte de la broma, le va quitando todos los manjares que le gustan y le deja sin comer. Viene después el estúpido episodio del labrador que pide seiscientos ducados para

la boda de su hijo, y al que Sancho —todavía rezumando sano y rústico sentido común— despacha con cajas destempladas.

Capítulo 48

Hemos visto una doble serie de encantamientos, unos procedentes de la pareja ducal y otros procedentes de la servidumbre. Ahora, en este capítulo, nos encontramos con una dueña, doña Rodríguez, que cree de verdad en don Quijote y le plantea seriamente su agravio. «[Se abrió la puerta]. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados: el rostro, por los aruños; los bigotes, por que no se le desmayasen y cayesen, en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora, vio entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto, que la cubrían y enmantaban desde los pies a la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, porque no le diese la luz en los ojos, a quien cubrían unos muy grandes antojos. Venía pisando quedito, y movía los pies blandamente».

Le cuenta que el hijo de un labrador adinerado sedujo a su hija bajo promesa de matrimonio, y ahora no quiere cumplir la palabra dada. Además, el duque se niega a tomar cartas en el asunto, porque el labrador suele prestarle dinero. «Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase a cargo el deshacer este agravio, o ya por ruegos, o ya por armas, pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables».

Desafortunadamente, también divulga la dueña el hecho curioso de que la hermosa duquesa tiene llagas en las piernas; y en ese momento se abre la puerta, y a oscuras entran unos espectros que le dan una azotaina. Luego los «callados verdugos» la emprenden con el caballero: «y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan a menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; saliéronse las fantasmas, recogió doña

Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra a don Quijote; el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos [dice Cervantes] deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto».

Capítulo 49

Dice Sancho: «Es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar a los virtuosos, y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos».

Aquí Sancho Panza está reflejando las opiniones del propio Cervantes sobre la sociedad y el gobierno. La discreción de sus máximas deja sorprendidos a los autores y actores de la farsa. En un litigio por dinero, Sancho ordena que una parte se entregue a los presos pobres. El caso de un par de jóvenes que llevan ante él (hermano y hermana que han trocado su vestimenta) no es fingido como los otros. La joven es hija de un hombre rico, que la ha tenido siempre encerrada en casa; ella, desconsolada, ansiaba conocer el mundo. «No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro sino que yo rogué a mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche a ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condecendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más o menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo […]». Al tropezarse con la ronda intentan huir, pero a ella la prenden y la conducen ante el juez. «Y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía llegar los corchetes con su hermano preso, a quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con

pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados». Sancho manda que los dos sean devueltos a la casa de su padre sin decirle nada, y para sí proyecta casar al mozo con su hija, plan que quedará frustrado con la caída de su gobierno.

Capítulo 50

Curiosas de saber qué quería la dueña de don Quijote, la duquesa y su doncella se habían llegado «con gran tiento y sosiego, paso ante paso, […] a ponerse junto a la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora [de quien se había dicho que le olía mal el aliento], y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron a don Quijote y vapularon a la dueña del modo que queda contado».

Una vez más la cantilena de poner fin a una burla y planear otra. Ahora los duques envían a un paje (el mismo que hizo de Dulcinea) a Teresa Panza, con obsequios, una amable nota de la duquesa y la carta de Sancho. Teresa no cabe en sí de gozo.

«—Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya a Madrid, o a Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo, me tengo de ir a esa corte, y echar un coche, como todas; que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

»—Y ¡cómo, madre! —dijo Sanchica—. Pluguiese a Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: “¡Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche, como si fuera una papesa!”. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo. ¡Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo, y ándeme yo caliente, y ríase la gente! ¿Digo bien, madre mía?

»—Y ¡cómo que dices bien, hija! —respondió Teresa—. Y todas estas venturas, y aun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa; que todo es comenzar a ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces a tu buen padre —que así como lo es tuyo lo es de los refranes—, cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale, y cuando te hicieren tus, tus, con alguna buena dádiva, envásala. ¡No, sino dormios, y no respondáis a las venturas y buenas dichas que están llamando a la puerta de vuestra casa!

»—Y ¿qué se me da a mí —añadió Sanchica— que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: "Viose el perro en bragas de cerro…", y lo demás?».

Capítulo 51

Sancho recibe una carta de don Quijote llena de consejos, y vuelve a juzgar. Le plantean el viejísimo problema de la veracidad. «La ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, […] era en esta forma: "Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adonde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar; y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna". […] Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: "Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y, conforme a la ley, debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre". Pídese a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces de tal hombre; que aun hasta agora están dudosos y suspensos. Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso».

Tras breve debate, Sancho decide: «Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—; este pasajero que decís, o yo soy un porro, o él tiene la

misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil las razones de condenarle o asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar; y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador desta ínsula: que fue que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde». Sentencia que es aclamada como digna de un Licurgo.

Sancho pasa la tarde redactando ordenanzas para la recta administración de su ínsula. «Ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase de nombre, perdiese la vida por ello; moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interese; puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si no trújese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos; hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución: él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*».

Capítulo 52

Doña Rodríguez y su hija piden de don Quijote remedio para sus males, y él propone salir en busca del joven para retarle en duelo. Pero el duque acepta el reto en su nombre, y promete que el combate se hará de allí en seis días. Llegan cartas de Teresa Panza para la duquesa y Sancho, esta segunda con noticias del pueblo, entre otras que: «el cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco, o cosas de encantamento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza, y a don Quijote la locura de los cascos; yo no hago sino reírme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo a nuestra hija.

»Unas bellotas envié a mi señora la duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula. […] Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados; lleváronse de camino tres mozas deste pueblo; no te quiero decir quién son: quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas.

»Sanchica hace puntas de randas; […] pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas».

Capítulo 53

La burla que pone remate a las que se hacen a Sancho es la supuesta invasión de la isla por huestes enemigas. Sancho sale del alboroto todo pisoteado. Molido y entumecido, va al establo, enalbarda el rucio y dice así a los circunstantes: «Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas». No sin porfiar un poco, «todos vinieron en ello [aceptar su renuncia], y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él;

que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta».

Capítulo 54

A partir de aquí el movimiento de lanzadera entre don Quijote y Sancho se hace dentro de cada capítulo, no alternadamente. «Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo a su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra a doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar a un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer».

De camino para reunirse con su señor, Sancho se encuentra con Ricote, un morisco que fue tendero de su pueblo y ahora mendiga disfrazado de alemán (los moriscos habían sido expulsados de España por reales decretos de 1609 y 1613). Va con un grupo de mendicantes, todos jóvenes y bien plantados, y con las alforjas bien provistas. «Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cabial*, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas».

El viejo morisco Ricote ha vuelto para recuperar cierto tesoro que dejó enterrado cerca de su pueblo, y después recoger a su familia, que está en Argel, y llevársela con él a Alemania, donde ha encontrado la libertad.

Capítulo 55

Sancho prosigue su viaje, pero se ha retrasado por oír la narración de Ricote; se le hace de noche, y en la oscuridad se cae con su jumento en una

profunda sima. Al día siguiente oye sus gritos don Quijote, que ha salido a practicar para el combate singular que se avecina.

«Parecióle a don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo:

»—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

»—¿Quién puede estar aquí, o quién se ha de quejar —respondieron—, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataría, escudero que fue del famoso caballero don Quijote de la Mancha?

»Oyendo lo cual don Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo:

»—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti; que pues es mi profesión favorecer y acorrer a los necesitados deste mundo, también lo será para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios».

Uno a otro se reconocen, ayudados por los rebuznos del asno de Sancho; don Quijote se vuelve al castillo, y las gentes del duque, «con sogas y maromas», sacan de la sima a Sancho y al rucio. Sancho solicita el perdón de los duques por haber dejado su gobierno sin previo aviso. «[…] Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando a vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen “Salta tú, y dámela tú”, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote; que, en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome, a lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices».

Capítulo 56

Llega don Quijote al lugar del combate, y «de allí a poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado, con unas fuertes y lucientes armas. […] Venía el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto a mirar a la que por esposo le pedía. […] Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance, nunca visto. Fue condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfacción alguna».

Mientras estaba el lacayo esperando la señal de entrar en combate y mirando a la hija de la dueña, «le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida», y Cupido le atravesó el corazón con «una flecha de dos varas». De modo que «cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y así, no atendió al son de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió, y a todo el correr que permitía Rocinante, partió contra su enemigo». Tosilos no se mueve, sino que grita al maese de campo: «[…] soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así, digo que yo me doy por vencido y que quiero casarme luego con aquella señora». Cuando le quitan la celada se descubre el rostro del lacayo. «Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces dijeron:

»—¡Éste es engaño; engaño es éste! ¡A Tosilos, el lacayo del duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo! ¡Justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería!

»—No vos acuitéis, señoras —dijo don Quijote—; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si lo es, no ha sido la causa del duque, sino los

malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del duque. Tomad mi consejo, y a pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él; que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo».

La cólera del duque al verse traicionado por Tosilos se muda en risa:

«—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es». Propone entonces tenerle encerrado durante varias semanas por ver si vuelve a su primitivo ser, «que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones». La hija de doña Rodríguez declara su voluntad de casarse con él, esté o no cambiado, y así termina la aventura con regocijo y satisfacción de todos.

Capítulo 57

Don Quijote se despide de los duques para seguir viaje a Zaragoza. Altisidora le hace una última burla, acusándole de haberle robado las ligas, y canta una desvergonzada canción de despedida.

Capítulo 58

Por el camino don Quijote y Sancho encuentran a un grupo de trabajadores comiendo en un prado, que tienen junto a sí unos bultos tapados con sábanas blancas; son imágenes de santos guerreros talladas en relieve, que llevan a su pueblo. Don Quijote los identifica correctamente y comenta las hazañas de cada uno. Lamenta que el encantamiento de Dulcinea le impida tener mejores fortunas y juicio, con una conciencia de su locura que prepara ya el tono del capítulo final. De todos modos, el encuentro con esas imágenes le parece un buen augurio, y también a Sancho Panza le complace la grata aventura.

Prosiguiendo la marcha, «se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y a deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote

enredado entre unas redes de hilo verde [nótese ese *verde*, el color predilecto de Cervantes], que desde unos árboles a otros estaban tendidas». Pensando que se trate de otro encantamiento, quizás en venganza de la severidad que ha tenido con Altisidora, y «queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras; a lo menos, vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado». Vuelve la materia pastoril. Es nuestra intención, dicen, formar aquí «una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas […], las cuales hasta agora no hemos representado». Las redes de hilo verde son para capturar pájaros.

Las chicas y sus hermanos han leído las aventuras de don Quijote y Sancho Panza, y les festejan mucho. En correspondencia, don Quijote se planta en medio del camino y pregona: «¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que por este camino pasáis, o habéis de pasar en estos dos días siguientes! Sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda; que aquí le espero».

Llega al galope un gentío de hombres armados de lanzas, cabalgando en formación cerrada, y el que va en cabeza grita a don Quijote: «¡Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros!». Don Quijote se niega, y la manada de toros bravos y cabestros les derriban a él y a Sancho, con Rocinante y el rucio, y les dejan molidos. (Esto es un retroceso al capítulo 18 de la primera parte, donde don Quijote arremetía contra las ovejas que había tomado por ejércitos). Contusos y maltrechos, «volvieron a subir amo y mozo, y sin volver a despedirse de la Arcadia fingida o contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino».

Capítulo 59

Se sientan al borde de un claro y limpio manantial. «Come, Sancho amigo —dijo don Quijote—, sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, y acoceado, y molido, de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes». Pero como Dulcinea sigue encantada, se recupera lo bastante para pedirle a Sancho Panza que se dé trescientos o cuatrocientos azotes a cuenta de los tres mil y pico que todavía le quedan. Sancho, como siempre, promete pagar en el futuro.

Poco después se detienen en una venta. Don Quijote oye que en la habitación de al lado hablan y mencionan su nombre. «Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*[90].

»Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

»—¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de *Don Quijote de la Mancha* no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

»—Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso»[91].

Airado y despechado, don Quijote les desafía. Los dos caballeros entran en la habitación, «y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

»—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda, vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

»Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra, comenzó a hojearle, y de allí a un poco se le volvió, diciendo:

»—En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera, es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza[92]; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia».

Al preguntar Sancho cómo aparece él retratado, se le responde: «Pues a fe —dijo el caballero— que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe»[93].

Como es habitual en los personajes positivos de la obra, los dos caballeros quedan asombrados ante la mezcla de sensatez y locura que se revela en la conversación de don Quijote (lo mismo que otros se han admirado de la mezcla de sentido común y rusticidad que hay en Sancho Panza).

Don Quijote decide no ir a las justas de Zaragoza como pensaba, y da esta pasmosa razón: «Díjole donjuán que aquella nueva historia contaba como don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

»—Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador

moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice».

Capítulo 60

«Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el día en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso a aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba». Amo y criado viajan durante seis días sin que les ocurra nada de particular, y al fin les sorprende la noche «entre unas espesas encinas o alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele». Sancho se duerme; «pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos; antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos; ya ver brincar y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea; ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, a lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban». Intenta entonces el caballero administrar por su propia mano algunos de esos azotes, pero Sancho se le revuelve, y tan violentamente que le derriba echándole la zancadilla y le sujeta contra el suelo hasta que su amo promete no volver a intentarlo.

Caen prisioneros de un bandido, una especie de Robin Hood llamado Roque Guinart, por quien don Quijote se ve sorprendido sin su lanza, de modo que no puede oponer resistencia. Roque, que había oído hablar de don Quijote pero no podía creer que sus aventuras fueran verdad, le toma gran simpatía. Llega galopando una doncella vestida de hombre, con un traje verde, y cuenta la historia de siempre: que uno que le había prometido casarse con ella ahora se va a casar con otra. Ella le pega un tiro, pero entonces se descubre que los rumores eran equivocados, y la doncella se

desploma desmayada sobre él al tiempo que él exhala su último suspiro. Una memez.

Los bandoleros apresan a dos capitanes de infantería española y a unos peregrinos que se dirigen a Roma, así como a unas mujeres. Lo de siempre.

Capítulo 61

Roque manda aviso por delante, y acompaña después a don Quijote y Sancho a Barcelona, donde los deja en la playa esperando que amanezca. Ambos se admiran viendo el mar por primera vez. «En esto, llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los [jinetes] de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz a don Quijote:

»—Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores». Los caballeros conducen a don Quijote a la casa de don Antonio Moreno, que será su anfitrión.

Capítulo 62

Don Antonio Moreno, que es amigo de divertirse, aunque se nos dice que de buenas e inocentes maneras, exhibe a don Quijote a la vista del populacho en un balcón de su casa, y le saca a pasear con un cartel prendido a la espalda, sin que esto lo sepa el caballero, que se asombra de ver cuánta gente le llama por su nombre. Don Antonio le enseña una cabeza mágica que tiene, hecha por un gran encantador, que responde a todo lo que se le pregunte. (Más tarde se nos descubre que debajo de la mesa hay un avispado muchacho, cuya voz, subiendo por un tubo, parece salir de la cabeza de bronce). Varios amigos de don Antonio le hacen preguntas y reciben respuesta.

«Llegóse luego don Quijote, y dijo:

»—Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad, fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efeto el desencanto de Dulcinea?

»—A lo de la cueva —respondieron—, hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

»—No quiero saber más —dijo don Quijote—; que como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear».

Después de revelar el truco de la voz, «dice más Cide Hamete: que hasta diez o doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que a cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase a los oídos de las despiertas centinelas de nuestra Fe, habiendo declarado el caso a los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese y no pasase más adelante, por que el vulgo ignorante no se escandalizase»[94].

Don Quijote visita una imprenta donde están corrigiendo unas pruebas, y al preguntar de qué libro son se le dice que de la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por un vecino de Tordesillas.

«—Ya yo tengo noticia deste libro —dijo don Quijote—, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos, por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas, tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

»Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta».

Capítulo 63

Llevan a don Quijote a ver una galera, cuyo general le saluda con gran ceremonia. Dispuesto todo para zarpar, «hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque,

comenzó a mosquear las espaldas de la chusma, y a largarse poco a poco a la mar». Don Quijote, viendo a Sancho mirar atentamente todo lo que pasa, le comenta: «¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote déstos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar»[95].

Capturan un bergantín turco, y tenemos un caso más de disfraz (¡echen la cuenta!). Los apresados señalan al que es su capitán, un joven de gallardo aspecto, y el general de la galera propone colgarle del mástil. «Miróle el virrey, y viéndole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó:

»—Dime, arráez, ¿eres turco de nación, o moro, o renegado?

»A lo cual el mozo respondió, en lengua asimesmo castellana:

»—Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

»—Pues ¿qué eres? —replicó el virrey.

»—Mujer cristiana —respondió el mancebo.

»—¿Mujer, y cristiana, y en tal traje, y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla.

»—Suspended —dijo el mozo—, ¡oh señores!, la ejecución de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida».

Esta joven es la hija cristiana del morisco Ricote, amada de un vecino llamado don Gregorio, pero llevada contra su voluntad a Argel, destierro en el que don Gregorio quiso acompañarla. Gregorio vive en Argel disfrazado de mujer, y a ella se le ha permitido que vuelva a España vigilada para recuperar el tesoro de su familia y llevárselo al rey de Argel. Rico-te, que había subido a la galera disfrazado de anciano peregrino, reconoce a su hija, y hay una lacrimosa reunión. La historia no vale la pena leerla, pero digamos que se hacen planes para rescatar a don Gregorio, y que todo acabará felizmente.

«Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a don Quijote, dijo:

»—Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso».

Es Carrasco, que ya una vez se batió con don Quijote. Se describe el breve encuentro. Es una escena muy mala. El autor está cansado. Yo diría que podría haber sacado mucha más gracia y mucho más interés del lance: ¡tendría que haber sido el clímax, la batalla más furibunda y redonda de toda la obra! Pero lo único que hay es esto: «Y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter volvieron entrambos a un mesmo punto las riendas a sus caballos y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza —que la levantó, al parecer, de propósito—, que dio con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo:

»—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío».

Don Quijote cede y promete retirarse a su pueblo un año o en tanto no se le libere de su palabra, pero se niega a confesar que Dulcinea tenga igual. Carrasco, como Caballero de la Blanca Luna, acepta la promesa, y que la hermosura de Dulcinea permanezca indiscutida. Don Quijote sana de sus lesiones en casa de don Antonio, y allí recibe noticia del rescate de don

Gregorio y el final feliz de la historia de la cristiana. Ya retirado de la caballería andante, emprende el viaje de regreso a su lugar.

Capítulo 66

Sancho zanja una discusión entre dos grupos de labriegos. Después se tropieza con el lacayo Tosilos, que lleva cartas del duque al virrey de Barcelona. Tosilos le cuenta que, una vez que don Quijote hubo partido, el duque le mandó dar cien palos por desobedecer las órdenes que se le habían dado antes de la batalla; doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla, y su hija se ha metido monja.

Capítulo 67

Siguiendo su camino, don Quijote y Sancho llegan al sitio donde les atropellaron los toros. Don Quijote lo reconoce al instante:

«—Éste es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la escuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos».

Sancho acoge la idea con entusiasmo, e imagina que el barbero y el cura, y hasta Sansón Carrasco, querrán unírseles.

Capítulo 68

Una vez más invita don Quijote a Sancho a darse de azotes, y una vez más recibe largas. Son pisoteados por una manada de cerdos, y más tarde apresados por unos jinetes disfrazados, quienes les llevan a un castillo que reconocen como el del duque.

Capítulo 69

Les hacen pasar al patio, y allí está tendida como muerta la hermosa Altisidora, sobre un lujoso túmulo rodeado de cirios encendidos, y más allá un estrado donde se sientan dos reyes, Minos y Radamanto. Tras un poco de farsa se anuncia que la única manera de devolverla a la vida es que Sancho se deje dar veinticuatro bofetadas, doce pellizcos y media docena de alfilerazos. El protesta violentamente. «Parecieron, en esto, que por el patio venían, hasta seis dueñas en procesión, unas tras otras, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo:

»—Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, ¡eso, no! Gatéenme el rostro, como hicieron a mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego; que yo lo llevaré en paciencia, o serviré a estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentiré, si me llevase el diablo.

»Rompió también el silencio don Quijote, diciendo a Sancho:

»—Ten paciencia, hijo, y da gusto a estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.

»Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dio rostro y barba a la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. […]

»Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohíno, y asiendo de una hacha encendida que junto a él estaba, dio tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo:

»—¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!».

Altisidora resucita y es recibida con aclamaciones.

«Así como don Quijote vio rebullir a Altisidora, se fue a poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole:

»—Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado dar por el desencanto de Dulcinea. Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera.

»A lo que respondió Sancho:

»—Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes. […] Déjenme: si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo a trece, aunque no se venda».

Capítulo 70

Esa noche Altisidora va a la habitación que don Quijote comparte con Sancho para reprocharle su crueldad. Cuenta que, mientras estuvo hechizada y creyéndose ya casi en el infierno, vio a una docena de demonios que jugaban a la pelota con libros. «A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: “Mirad qué libro es ése”. Y el diablo le respondió: “Ésta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas”. “Quitádmele de ahí”, respondió el otro diablo, “y metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos”. “¿Tan malo es?”, respondió el otro. “Tan malo”, replicó el primero, “que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle

peor, no acertara”. Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión».

Capítulo 71

Dejando atrás el castillo para regresar a su pueblo: «Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento; y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía a que la enamorada doncella fuese muerta de veras».

Da permiso a Sancho para que él mismo se cobre lo que quiera de su bolsa en pago de cada azote, y Sancho promete empezar esa misma noche. Después de darse seis u ocho, que don Quijote va contando, Sancho se interna en la espesura y allí pasa a darles los latigazos a los árboles, sin dejar de gemir como si le dolieran mucho; hasta que don Quijote, apiadado, acude junto a él y, arrebatándole las riendas del burro (que ya por dos veces habían participado en encantamientos), le ordena cesar por esa noche. Reanudando el viaje, llegan a un pueblo. «Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría».

Capítulo 72

Después de conocer a uno de los personajes del espurio segundo volumen de Avellaneda, don Quijote hace que un notario levante acta de que los verdaderos don Quijote y Sancho Panza no son los que aparecen en ese libro. Por la noche Sancho completa sus azotes entre los árboles, que son quienes los sufren en lugar de sus espaldas (o trasero), y don Quijote va esperando ya encontrarse con la desencantada Dulcinea de un momento a otro.

Capítulo 73

Aunque al entrar en su pueblo ve algunas cosas que le parecen de mal agüero, don Quijote comunica al cura y a Carrasco su compromiso de estarse en casa un año, e invita a sus amigos a que le acompañen en la arcádica existencia que se promete. «Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero por que no se les fuese otra vez del pueblo a sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio. […] Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno».

Pero don Quijote no se encuentra bien y se mete en la cama.

Capítulo 74

En el lecho de muerte se le despeja la cabeza. Sus amigos le visitan: «Apenas los vio don Quijote, cuando dijo:

»—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

»Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron, sin duda, que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

»—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? Y ¿agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

»—Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi

provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. […]

»Acabóse la confesión, y salió el cura, diciendo:

»—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento. […]

»En fin, llegó el último de don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

»Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero».

Cide Hamete (por otro nombre Cervantes) concluye diciendo[96]: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero […]; que para hacer burla de tantas [salidas] como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos. […] No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de

mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna». *Vale*.

APÉNDICE

Pasajes representativos del género
caballeresco, fotocopiados
y distribuidos entre los alumnos de
Vladimir Nabokov
como lecturas complementarias.

De Le Morte d’Arthur *de sir Thomas Malory, «El libro del rey Arturo y sus nobles caballeros de la Mesa Redonda», 1469-1470*[97].

• Del volumen I, libro IV, capítulo 22:

Era entonces por el mes de mayo, cuando ella [la señora Ettard, la dama de sir Pelleas] y sir Gawain salieron del castillo y cenaron en un pabellón; y sir Pelleas los halló dormidos, en brazos el uno del otro; y dejó la espada desnuda atravesada sobre sus cuellos, haciendo maravilloso duelo y llanto[98]…

• Del volumen I, libro IV, capítulo 23: *Cómo sir Pelleas dejó de amar a Ettard por mediación de la Doncella del Lago, a la que amó siempre después*.

—Señor caballero Pelleas —dijo la Doncella del Lago—, tomad vuestro caballo y salid conmigo de este país, y amaréis a una dama que os amará.

—De buen grado —dijo sir Pelleas—, pues esta señora Ettard me ha hecho mucho despecho y afrenta —y allí le contó todo, de principio a fin, y cómo él había determinado no levantarse nunca más, hasta que hubiese muerto—. Y ahora me ha enviado Dios tal gracia, que la odio tanto como la amaba antes, ¡gracias a Nuestro Señor Jesús!

—Agradecédmelo a mí —dijo la Doncella del Lago.

Se armó al punto sir Pelleas, tomó su caballo, y mandó a sus hombres que llevasen detrás sus pabellones y pertrechos, adonde la Doncella del Lago quisiese asignar.

Y la señora Ettard murió de aflicción, y la Doncella del Lago alegró a sir Pelleas, y se amaron durante los días de su vida.

• Del volumen I, libro V, capítulo 4:

Y estando acostado el rey en su cámara de la nave, se adormeció y tuvo un sueño maravilloso: le pareció que un espantoso dragón ahogaba a mucha de su gente, y que salía volando de poniente, y tenía la cabeza esmaltada de azur, y sus hombros relucían como el oro, y su vientre era como de una malla de maravilloso matiz, su cola de puntas afiladas, sus patas de fino sable, y sus garras como de oro fino; y de la boca le salía una espantosa llama de fuego, como si la tierra y el agua ardiesen totalmente.

• Del volumen I, libro V, capítulo 5 ((descripción del gigante):

… y vio donde estaba sentado royendo un miembro humano, y calentando sus anchas piernas al fuego, sin calzones, mientras tres hermosas doncellas daban vueltas a tres asadores donde había ensartados doce recién nacidos como pajarillos.

• Del volumen I, libro V, capítulo 5:

Y dando vuelcos y tumbos de esta suerte, rodaron cuesta abajo hasta llegar a la señal de la mar; y mientras así giraban no cesaba Arturo de asestarle con su daga.

[Y luego, jadeante, dice:]

«… Éste era el gigante más fiero con que he topado, salvo otro que vencí en el monte de Arabia; aunque éste era más grande y feroz».

• Del volumen I, libro VI, capítulo 3:

Y mientras así cabalgaban oyeron cerca de ellas relinchar terriblemente un gran caballo; entonces descubrieron un caballero dormido que yacía todo armado bajo un manzano; tan presto como las reinas vieron su rostro, conocieron que era sir Lanzarote.

- Del volumen I, libro VI, capítulo 10:

Ahora volvemos a sir Lanzarote, que cabalgaba con la doncella por un hermoso camino.

—Señor —dijo la doncella—, aquí cerca de este camino acostumbra estar un caballero que acongoja a todas las dueñas y doncellas, y cuando menos las roba, o yace con ellas.

—¿Cómo —dijo sir Lanzarote—, es un caballero ladrón y violador de mujeres? Hace afrenta a la orden de caballería y obra contra su juramento; es lástima que viva. Pero gentil doncella, cabalgad delante vos, sola, que yo seguiré encubiertamente; y si os estorba o aflige, yo seré vuestro rescate, y le enseñaré a gobernarse como un caballero.

- Del volumen I, libro VIII, capítulo 6:

Y por abreviar este cuento, cuando sir Tristán arribó a la isla miró al otro extremo, y allí vio ancladas seis naves cerca de tierra; y a la sombra de las naves, en tierra, aguardaba el noble caballero sir Marhaus de Irlanda. Entonces sir Tristán mandó a su criado Gouvernail que trajese su caballo a tierra, y le vistiese su arnés en todos los derechos.

Y cuando lo hubo hecho así montó sobre su caballo; y cuando estuvo en su silla bien aparejado, y el escudo enderezado sobre su hombro, preguntó Tristán a Gouvernail: «¿Dónde está ese caballero con quien las tengo que haber?».

—Señor —dijo Gouvernail—, ¿no le veis? Yo creía que lo habíais visto: allá está a la sombra de sus naves, a caballo, con su lanza en la mano y su escudo en el hombro.

—Es verdad —dijo el noble caballero sir Tristán—, ahora lo veo harto bien.

• Del volumen I, libro VIII, capítulo 7:

Entonces empezaron a enristrar sus lanzas, y se juntaron tan fieramente que se derribaron uno al otro, caballo y todo. Pero sir Marhaus dio a sir Tristán una gran herida en el costado con su lanza; y entonces dejaron los caballos, sacaron las espadas, y se echaron los escudos delante de ellos. Y entonces se arremetieron como hombres sañudos y bravos. Y cuando se hubieron herido así mucho tiempo, dejaron los tajos y empezaron a tirarse estocadas a los pechos y visera; y cuando vieron que no les aprovechaba, se embistieron como carneros para derribarse el uno al otro.

Así lucharon aun más de medio día, y estaban ambos muy mal heridos, de manera que la sangre manaba frescamente de ellos al suelo. A la sazón sir Tristán estaba muy más fresco que sir Marhaus, y con más aliento y fuerza; y descargó tan poderoso tajo a sir Marhaus encima del yelmo que su espada entró en el yelmo, la cofia de acero y el hueso, y quedó tan fuertemente hincada en el yelmo y el cráneo que sir Tristán tiró tres veces de su espada antes de poder arrancársela de la cabeza; y allí cayó Marhaus de rodillas, con el filo de la espada de Tristán hincado en el hueso de su cabeza. Y súbitamente se levantó sir Marhaus tambaleante, arrojó de sí el escudo y la espada, corrió a sus naves y huyó; y sir Tristán tuvo siempre su escudo y su espada.

Del Amadís de Gaula *de Vasco Lobeira, un portugués de la segunda mitad del siglo* XIV*, escrito originalmente en francés o portugués. De una versión española de Garci Rodríguez de Montalvo.*

• Del volumen I, libro I, capítulo 26: *Cómo recuenta lo que le acaeció a Amadís yendo en recuesta de la doncella que el caballero maltratada llevaba*.

E Amadís se aquejó tanto de andar, que alcanzó el caballero que la doncella llevaba, e dijo: «Gran pieza ha que fuistes desmesurado, e agora os ruego que no lo seáis». «Y ¿qué desmesura hago yo?», dijo el caballero. «La mayor que podía -des», dijo Amadís; «que lleváis la doncella forzada, y demás la ferides». «Parece», dijo el caballero, «que me queréis castigar». «No vos castigo», dijo él, «mas dígoos lo que es vuestra pro». «Entiendo que lo sería más vuestra en vos tornar por do venistes». Amadís hobo saña, et fue para el escudero e díjole: «Dejad la doncella; si no, muerto sois». El escudero, con miedo, púsola en el suelo; el caballero dijo: «Don caballero, gran locura tomastes». «Agora lo veremos», dijo Amadís; e bajando las lanzas, se firieron de tal guisa, que fueron quebradas, y el caballero fue en tierra, e tanto que cayó levantóse ahina, e Amadís fue a él por lo ferir con los pechos del caballo, y el otro le dijo: «Estad, señor; que por ser yo desmesurado no lo seáis vos, e habed de mí merced». «Pues jurad», dijo Amadís, «que a dueña ni a doncella no forzaréis contra su voluntad en ninguna cosa». «Muy de grado», dijo el caballero. Amadís, que llegó a él para le tomar la jura, y el otro, que la espada tenía en la mano, firióle con ella en el vientre del caballo, que lo fizo caer con él. Amadís salió luego dél e poniendo mano a la espada, se dejó a él correr tan sañudo, que maravilla

era, y el caballero le dijo: «Agora os faré ver que en mal punto aquí venistes». Amadís, que gran ira llevaba, no le respondió, mas firióle en el yelmo so la visera, e cortóle dél tanto, que la espada llegó al rostro; así que, las narices con la mitad de la cara le cortó, e cayó el caballero; mas él, no contento tajóle la cabeza, e metiendo su espada en la vaina, se fue a la doncella a tal hora, que ya era noche cerrada e la luna facía clara; ella le dijo: «Señor caballero, Dios os dé honra por el acorro que me fecistes, e más si le dierdes fin, que es llevarme a un castillo donde yo querría ir, que no ha cosa por qué a tal hora cometiese ningún camino». «Doncella», dijo él, «yo os llevaré de grado». Estando en esto, llegó Gandalín, e Amadís le dijo: «Dame aquel caballo del caballero, pues que el mío me mató, e toma tú la doncella en el palafrén, e vamos adelante donde nos ella guiare». Así fueron dejando aquel camino, a tomar otro que la doncella sabía. Amadís le preguntó si sabía el nombre del caballero muerto del árbol de la encrucijada. Ella dijo que sí, e contóle toda su hacienda, e la razón de su muerte, que la bien sabía. En esto llegaron a una ribera siendo ya la media noche; e porque a la doncella prendía gran sueño, a ruego della acordaron de allí dormir alguna pieza, e decendiendo de las bestias, pusieron el manto de Gandalín, en que ella durmiese, e Amadís, acostado a su yelmo, se echó cerca della, e Gandalín de la otra parte; pues durmiendo todos como oís, llegó acaso un caballero que venía por la ribera descontra suso, e como así los vio púsose en su caballo encima dellos, y metió el cuento de la lanza entre los brazos de la doncella e fizóla despertar; e como vio el caballero armado, cuidó que era el que la aguardaba, y levantóse soñolienta e dijo: «¿Queréis, señor que andemos?». «Quiero», dijo el caballero. En tomándola por el brazo, la puso ante sí e comenzó de ir. «¿Qué es eso?», dijo ella; «mejor me llevará el escudero». «No llevará», dijo él, «pues quesistes vos ir conmigo». Ella cató ante sí, e vio a Amadís, que muy fuerte dormía, e dio voces: «¡Ay señor!, acorredme; que me lleva no sé quién». El caballero dio de las espuelas al caballo e fuese con ella cuanto más pudo.

• Del volumen I, libro I, capítulo 43: *De cómo don Galaor e Florestán, yendo su camino para el reino de Sobradisa, encontraron tres doncellas a*

la fuente de los Olmos.

E así les avino que en los cuatro días que por aquel camino andovieron nunca hallaron aventura que de contar sea, y el día postrimero llegaron a una torre a tal hora que era sazón de albergar; e a la puerta del corral hallaron un caballero que de buen talante los convidó, e a ellos plugo quedar allí aquella noche; e haciéndolos desarmar e tomar sus caballos para que gelos curasen, diéronles sendos mantos que los cubrieron, e andovieron por allí hablando e folgando hasta que dentro en la torre los llevaron e dieron muy bien de cenar.

Aquel caballero cuyos huéspedes eran era grande e hermoso e bien razonado; mas veíanle algunas veces tornar tan triste e con tan gran cuidado, que los hermanos miraron en ello, e hablaban entre sí qué cosa sería; e don Galaor le dijo: «Señor, parécenos que no sois tan alegre como sería menester, e si vuestra tristeza es por cosa en que nuestra ayuda prestar pueda, decídnoslo, e haremos vuestra voluntad». «Muchas mercedes», dijo el caballero; «que así entiendo que lo faréis como buenos caballeros; pero mi tristeza la causa fuerza de amor, e no vos diré agora más, que sería mi gran vergüenza». E hablando en otras cosas, llegóse la hora del dormir, e yéndose el huésped a su albergue, quedaron ellos en una cámara asaz fermosa, donde dos lechos había, en que aquella noche durmieron e descansaron; e a la mañana diéronles sus armas e caballos, e tornaron su camino, y el huésped con ellos, desarmado, encima de un caballo grande e ligero, por les facer compañía e por ver lo que adelante fallaban; así los fue guiando, no por el derecho camino, mas por otro que él sabía, donde quería ver si eran tales en armas como su presencia lo mostraba; e anduvieron tanto fasta que llegaron a una fuente que en aquella tierra había, que llamaban la fuente de los Tres Olmos, porque hí había tres olmos grandes e altos; pues allí llegados, vieron tres doncellas que estaban cabe la fuente. Pareciéronles asaz fermosas e bien guarnidas, y encima de los olmos vieron seer un enano. Florestán se metió adelante e fue a las doncellas, e saluólas muy cortés, como aquel que era mesurado e bien criado; e la una le dijo: «Dios vos dé salud, señor caballero; si sois tan esforzado como fermoso, mucho bien os fizo Dios». «Doncella», dijo él, «si tal fermosura vos parece,

mejor vos parescería la fuerza, si la menester hobiérades». «Bien decís», dijo ella; «e agora quiero ver si vuestro esfuerzo bastará para me llevar de aquí». «Cierto», dijo Florestán, «para eso poca bondad bastaría, e pues así lo queréis, yo os llevaré». Entonces mandó a sus escuderos que la pusiesen en un palafrén que allí atado a las ramas de los olmos estaba. Cuando el enano que suso en el olmo estaba aquello vio, dio grandes voces: «Salid caballeros, salid; que vos llevan vuestra amiga». E a estas voces salió de un valle un caballero bien armado encima de un gran caballo, e dijo a Florestán: «¿Qué es eso, caballero? ¿Quién vos manda poner mano en mi doncella?». «No tengo yo que sea vuestra, pues que por su voluntad me demanda que de aquí la lleve».

- Del volumen II, libro III, capítulo 7 (La doncella muda): *Cómo los caballeros de las armas de las sierpes embarcaron para su reino de Gaula, e la fortuna los echó donde por engaño fueron puestos en gran peligro de la vida, en poder de Arcalaus el encantador; y de cómo delibrados de allí, embarcaron, tornando su viaje, e don Galaor e Norandel vinieron acaso el mesmo camino, buscando aventuras, y de lo que les acaeció*.

Algunos días folgaron en aquella floresta el rey Perión e sus fijos, e como el tiempo bueno y enderezado viesen, metiéronse luego a la mar en su galea, pensando ser en breve en Gaula; mas de otra guisa les avino, que aquel viento fue presto trocado, e fizo embravecer la mar. Así que, por fuerza les convino tornar a la Gran Bretaña, no a la parte donde ante estaban, sino a otra más desviada; y llegaron la galea al pie de una montaña, que tocaba con la mar, en cabo de cinco días de tormenta, e ficieron sacar sus caballos y armas por andar por aquella tierra en tanto que la mar asosegase y les viniese más enderezado viento, e sus hombres metiesen agua dulce en la galea, que les había faltado; y desque hobieron comido armáronse y cabalgaron, y entraron por la tierra, por saber dónde habían aportado, y mandaron a los de la galea que los atendiesen, e llevaron tres escuderos consigo; pero Gandalín no iba allí, porque era muy conocido. Así como oís subieron por un valle, encima del cual fallaron un llano, e no andovieron

mucho por él, que fallaron cabe una fuente una doncella, que a su palafrén a beber daba, vestida ricamente, y encima una capa de escarlata, que con hebillas e ojales de oro se abrochaba, y dio escuderos y dos doncellas con ella, que le traían falcones e canes, con que cazaba; e como ella los vio, conociólos luego en las armas de las sierpes, e fue, faciendo gran alegría, contra ellos, e como llegó, saluólos con mucha humildad, faciendo señas que era muda. Ellos la saluaron, y parecióles muy fermosa, e hobieron mancilla que fuese muda. Ella se llegaba al del yelmo dorado, e abrazábalo y queríale besar las manos; e cuando así una pieza estovo, convidábalos por señas que fuesen aquella noche sus huéspedes en un su castillo, mas ellos no le entendían. Ella fizo seña a sus escuderos que gelo declarasen, e así lo ficieron. Ellos, viendo aquella buena voluntad y que era ya muy tarde, fuéronse con ella a salva fe, y no andovieron mucho, que llegaron a un fermoso castillo, teniendo a la doncella por muy rica, pues que dél era señora; y entrando en él, fallaron gentes que los recibieron homildosamente, y otras dueñas y doncellas, que todas acataban a la muda como a señora; luego les tomaron los caballos, e subieron a ellos a una rica cámara, que sería veinte codos en alto de la tierra, e faciéndolos desarmar, les trajeron ricos mantos que cobresen; y desque hobieron hablado con la muda y con las otras doncellas, trajéronles de cenar e fueron muy bien servidos, y ellas se fueron a sus aposentamientos; mas no tardó mucho que luego volvieron con muchas candelas e instrumentos acordados para les dar placer, e cuando fue tiempo de dormir dejáronlos e fuéronse. En aquella cámara había tres camas muy ricas, que la doncella muda mandara hacer, e posiéronles sus armas cabe cada cama. Ellos se acostaron e durmieron asosegadamente, como aquellos que trabajados e fatigados andaban, e aunque sus espíritus reposaban, no lo hacían sus vidas, según en el peligroso lazo en que metidos eran, que con mucha causa se puede comparar a las cosas deste mundo; que sabed que aquella cámara era fecha por una muy engañosa arte, que toda ella se sostenía sobre un estello de fierro hecho como husillo de lagar, cerrado en otro de madera que en medio de la cámara estaba, e podíase abajar e alzar por debajo, trayendo una palanca de fierro al derredor; que la cámara no llegaba a pared ninguna; así que, cuando a la mañana despertaron falláronse en hondón otros veinte codos que en alto estaban

cuando en ella entraron. […] Pues tornando a los tres caballeros, cuando fueron despiertos e no vieron señal ninguna de claridad, y sentían cómo la gente del castillo sobre ellos andaba, mucho se maravillaron, y levantáronse de los lechos, e buscando a tiento la puerta y las finiestras, falláronlas; pero metiendo las manos por ellas, topaban en el muro del castillo; así que, luego conocieron que eran traídos a engaño. Estando con gran pesar de se ver en tal peligro pareció suso a una finiestra de la cámara un caballero grande y membrudo, y el rostro había medroso, y en la barba e cabeza más cabellos blancos que negros, y vestía paños de duelo, y en la mano diestra tenía una lúa de paño blanco que al codo le llegaba, e dijo a una voz alta: «¿Quién yace allá dentro, que mal seáis albergados? Que, según el gran pesar que me habéis fecho, así fallaréis la mesura y merced, que serán muy crueles e amargas muertes, e aun con esto no seré vengado, según lo que de vos recebí en la batalla del falso rey Lisuarte. Sabed que yo soy Arcalaus el encantador; si me nunca vistes, agora me conoced; que nunca ninguno me fizo pesar que dél no me vengase, si no es de uno solo, que aún yo cuido tener donde vos estáis, y cortarles las manos por esta que él me cortó, si yo ante no muero». E la doncella que cabe él estaba dijo: «Buen tío, aquel mancebo que allí está es el que traía el yelmo dorado». Y tendió la mano contra Amadís. Cuando ellos esto vieron, que aquél era Arcalaus, fueron en gran pavor de muerte, e por extraña cosa tovieron ver fablar a la doncella muda que los allí trajera; e sabed que esta doncella se llamaba Dinarda, y era fija de Ardán Canileo, y era muy sotil en las maldades, e viniera a aquella tierra por facer por algún arte matar a Amadís, e por eso se facía muda.

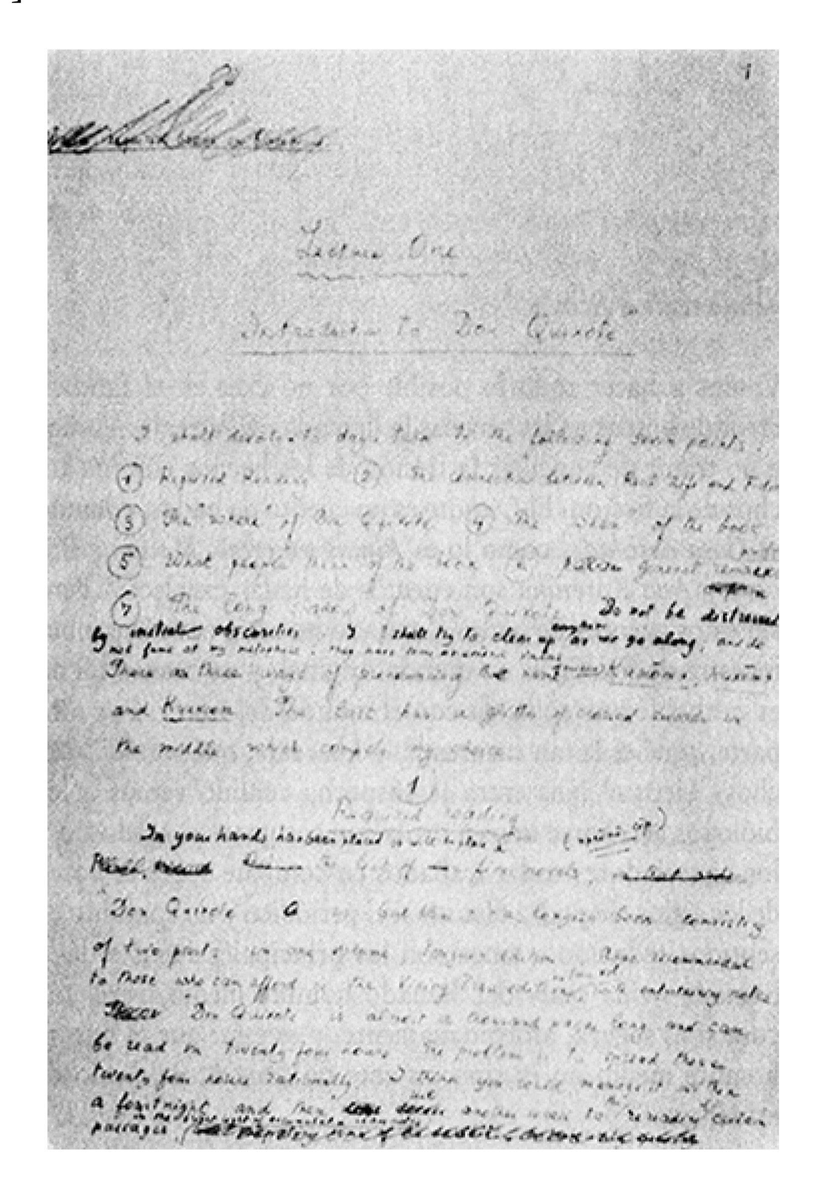


VLADIMIR NABOKOV (San Petersburgo, Rusia, 1899 - Montreux, Suiza, 1977). Nació en el seno de una acaudalada y aristocrática familia, aprendió francés e inglés de niño. En 1919, iniciada la revolución bolchevique, marchó al Reino Unido, estudiando Filología Eslava y Románica en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. Tres años más tarde, marchó a Berlín viviendo dentro de la comunidad rusa en el exilio, y comenzando a escribir poesía. En 1937 viajó a Francia, asentándose más tarde en París. En 1940, por la presión nazi, emigró con su familia a Estados Unidos, trabajando en el museo Americano de Historia Natural, compaginando el trabajo con el de profesor de Literatura Comparada en el Wellesley College, donde años después sería profesor de ruso. En 1945 adquirió la nacionalidad americana, y en 1948 fue profesor de ruso en la Universidad de Cornell. Su primera novela (*Mashenka*) apareció en 1926, título continuado por *Rey, Dama, Criado* (1928), *La Defensa de Luzhin* (1930) o *Habitación Oscura* (1933), libros que le convirtieron en uno de los principales narradores de su época. Tras el éxito literario y económico de

Lolita, publicada en 1955, marchó a Montreux en Suiza, donde continuó su carrera literaria y su afición por la entomología y los problemas de ajedrez, y donde falleció en 1977.

FIGURAS

[Figura 1]



Lecture One

Introduction to "Don Quixote"

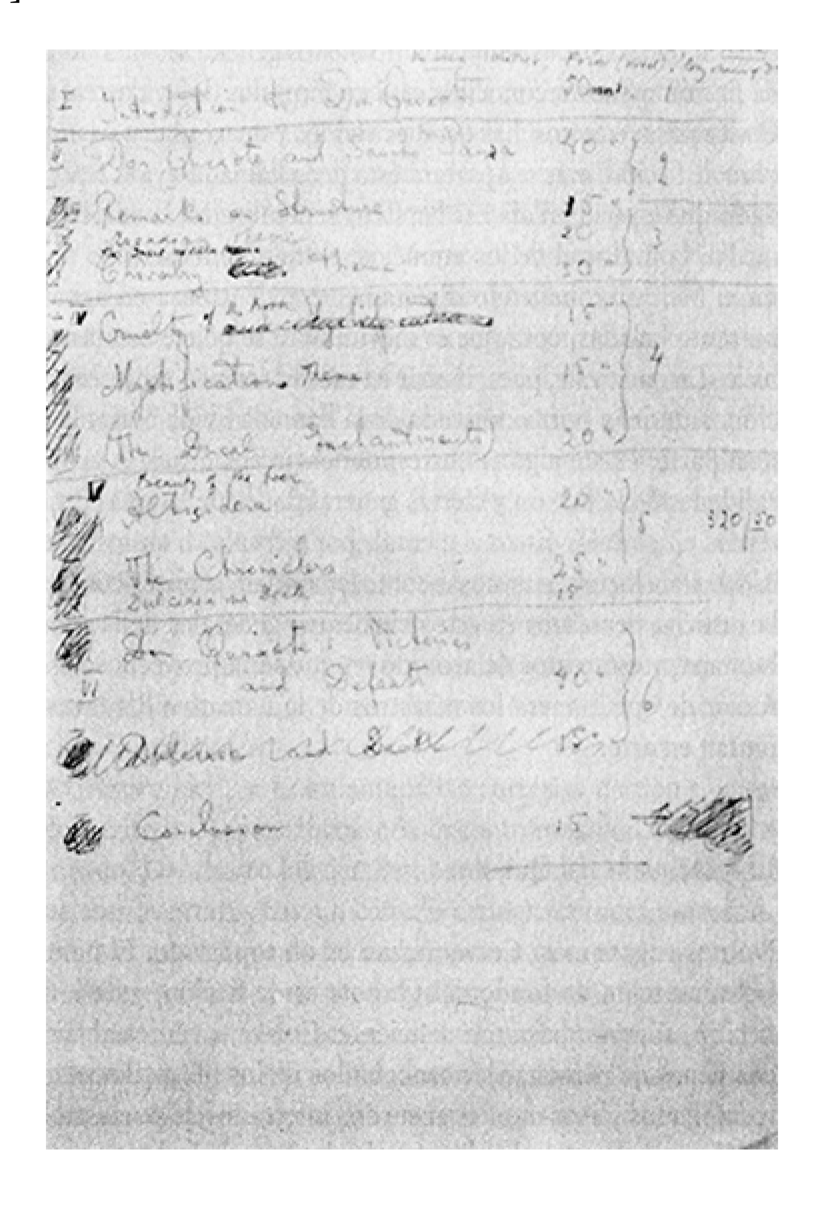
1

Required reading

Notas de Nabokov para el preámbulo de su curso en Harvard.

Volver <<

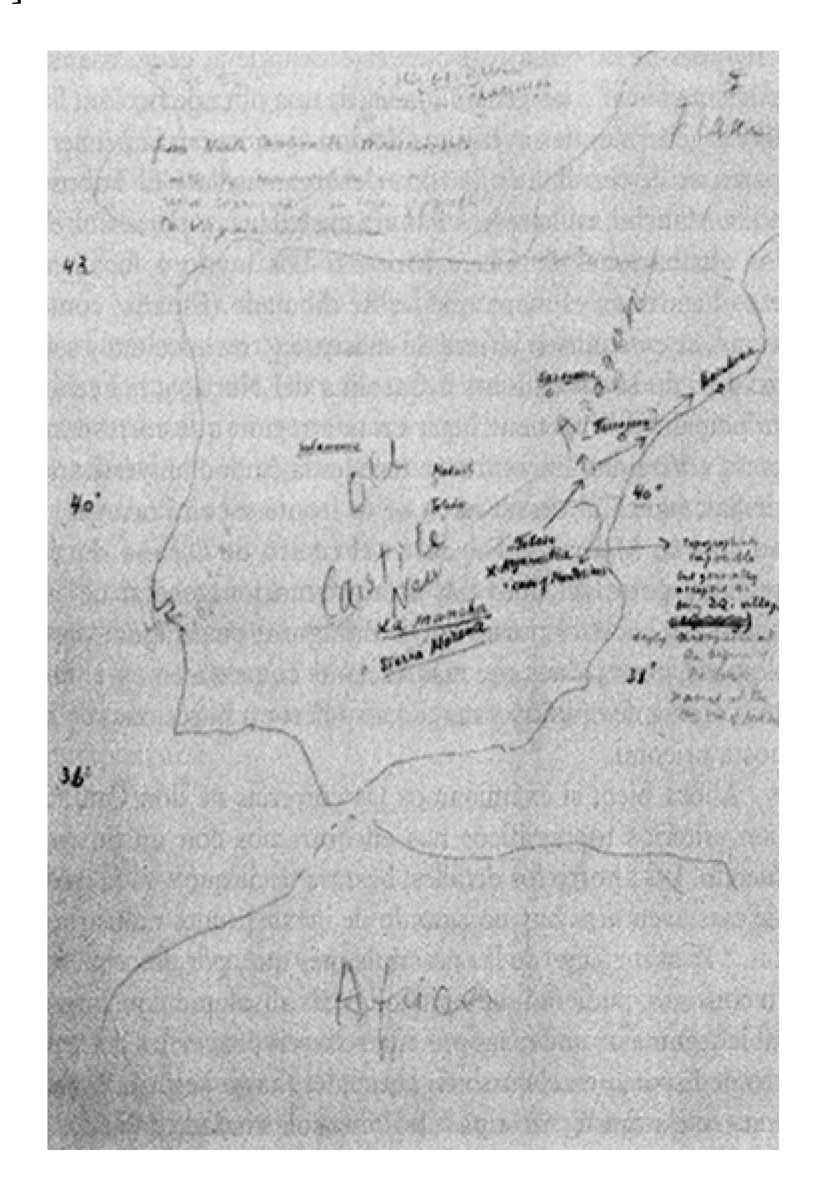
[Figura 2]



Planificación de Nabokov para sus cursos sobre el *Quijote*.

Volver <<

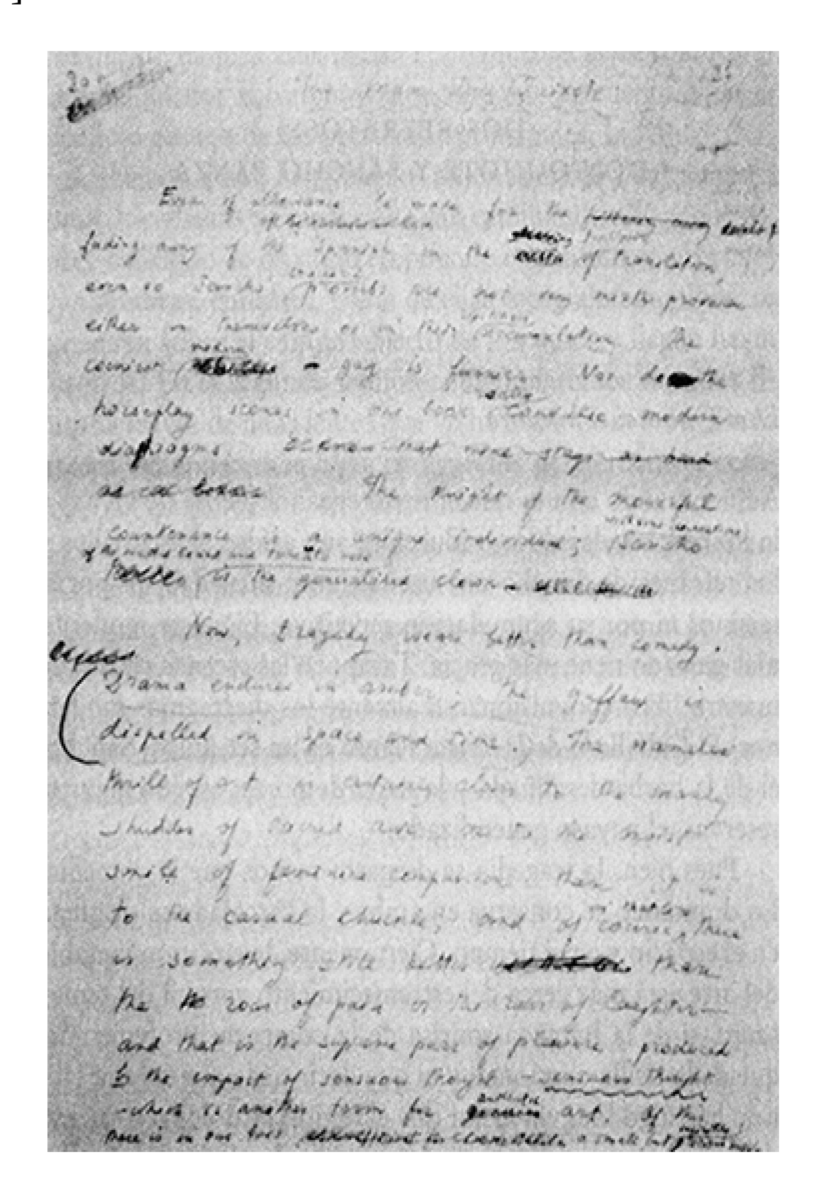
[Figura 3]



Mapa de España, diseñdo por Nabokov, donde se sitúa geográficamente la acción de la novela.

Volver <<

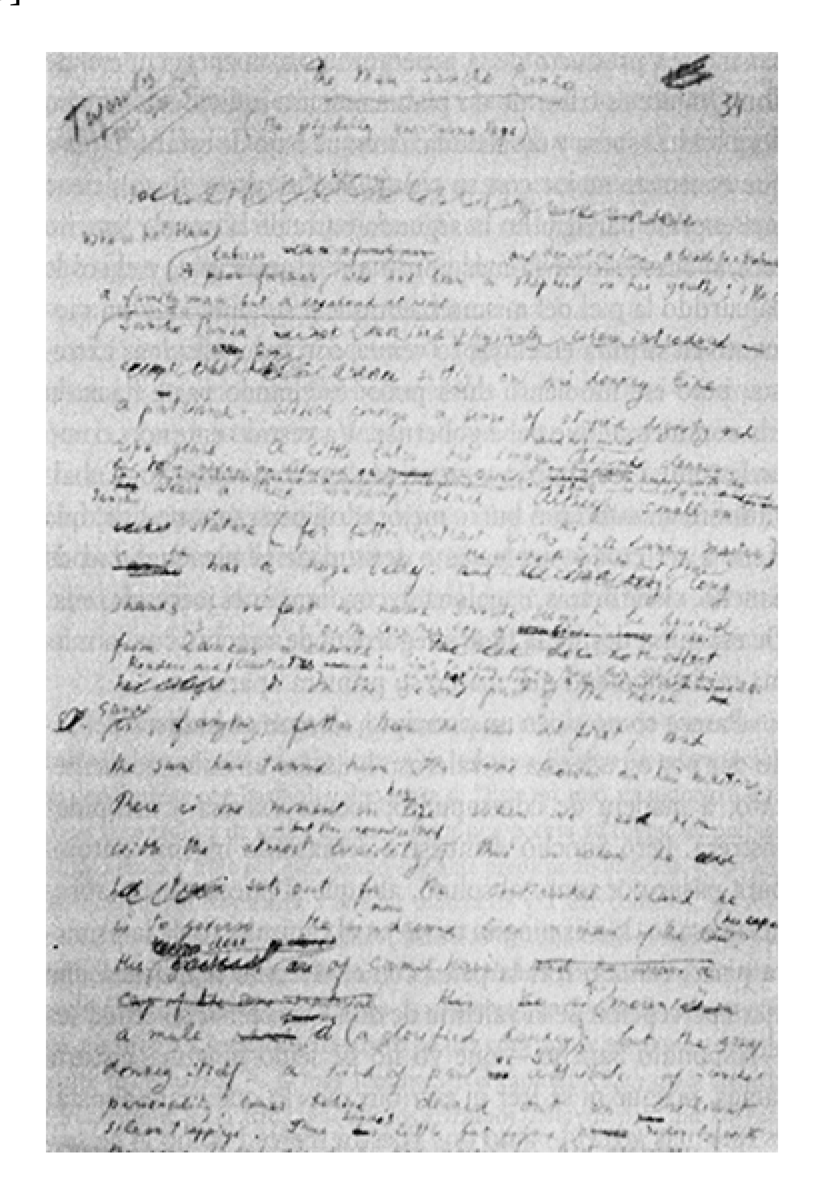
[Figura 4]



Primera página con modificaciones de Nabokov a Don Quijote.

Volver <<

[Figura 5]



Primera página con modificaciones de Nabokov a Sancho Panza.

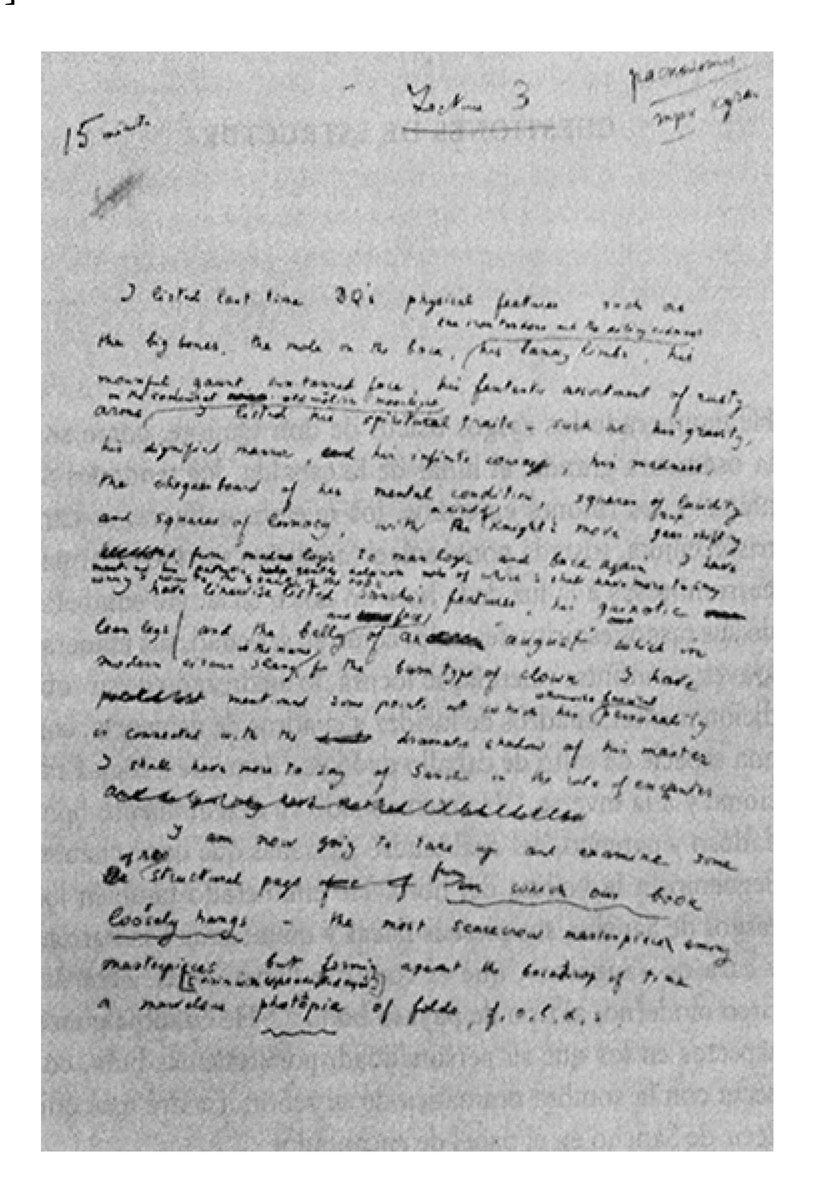
Volver <<

[Figura 6]

Cronología de la vida de Cervantes, establecida por Nabokov.

Volver <<

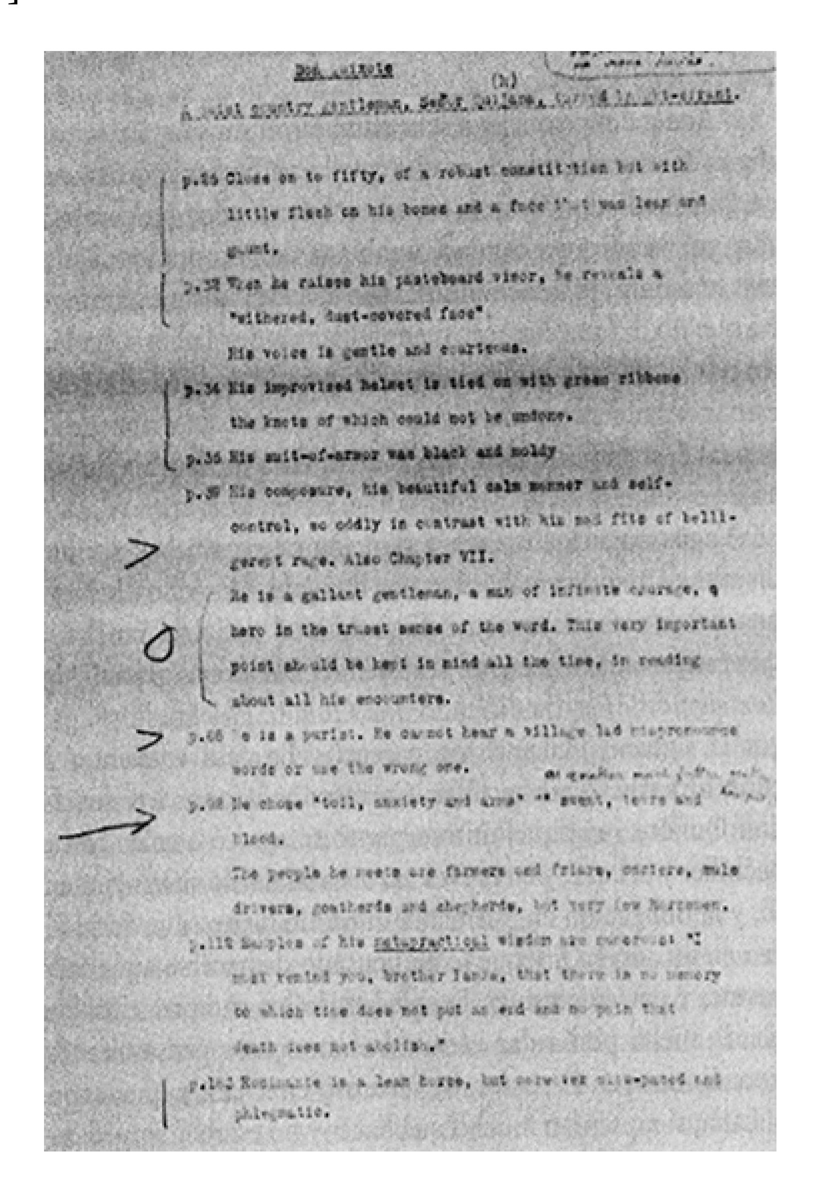
[Figura 7]



Primera página del curso de Nabokov sobre «las cuestiones de estructura».

Volver <<

[Figura 8]



Don Quixote [illegible] (k)

A quiet country gentleman, Señor Quijana, [illegible]

p.25 Close on to fifty, of a robust constitution but with little flesh on his bones and a face that was lean and gaunt.

p.[illegible] When he raises his pasteboard visor, he reveals a "withered, dust-covered face".

His voice is gentle and courteous.

p.34 His improvised helmet is tied on with green ribbons the knots of which could not be undone.

p.35 His suit-of-armor was black and moldy

p.[illegible] His composure, his beautiful calm manner and self-control, so oddly in contrast with his mad fits of belligerent rage. Also Chapter VII.

He is a gallant gentleman, a man of infinite courage, a hero in the truest sense of the word. This very important point should be kept in mind all the time, in reading about all his encounters.

p.66 He is a purist. He cannot bear a village lad mispronounce words or use the wrong one.

p.98 He chose "toil, anxiety and arms" — sweat, tears and blood.

The people he meets are farmers and friars, carters, mule drivers, goatherds and shepherds, but very few horsemen.

p.113 Samples of his metaphysical wisdom are numerous: "I must remind you, brother [illegible], that there is no memory to which time does not put an end and no pain that death does not abolish."

p.162 Rocinante is a lean horse, but somewhat slow-paced and phlegmatic.

Anotaciones de Nabokov sobre el inicio de la primera parte.

Volver <<

[Figura 9]

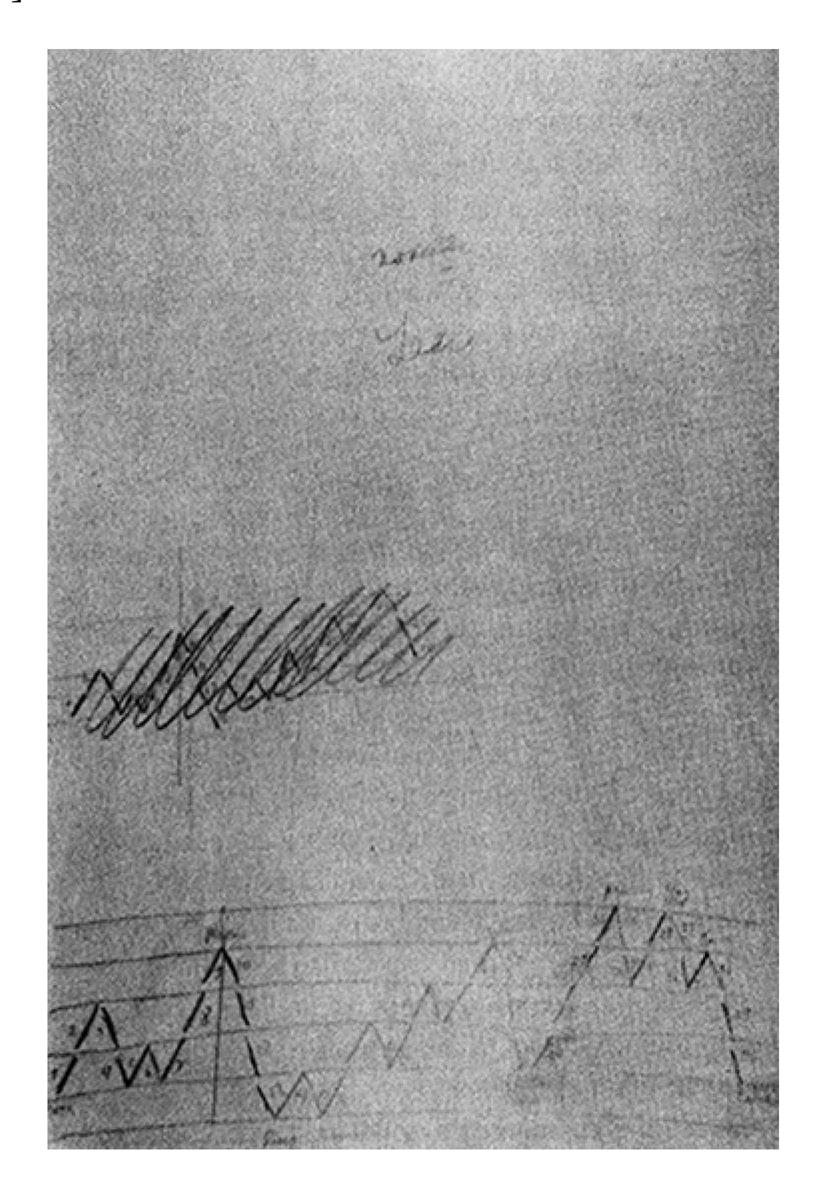
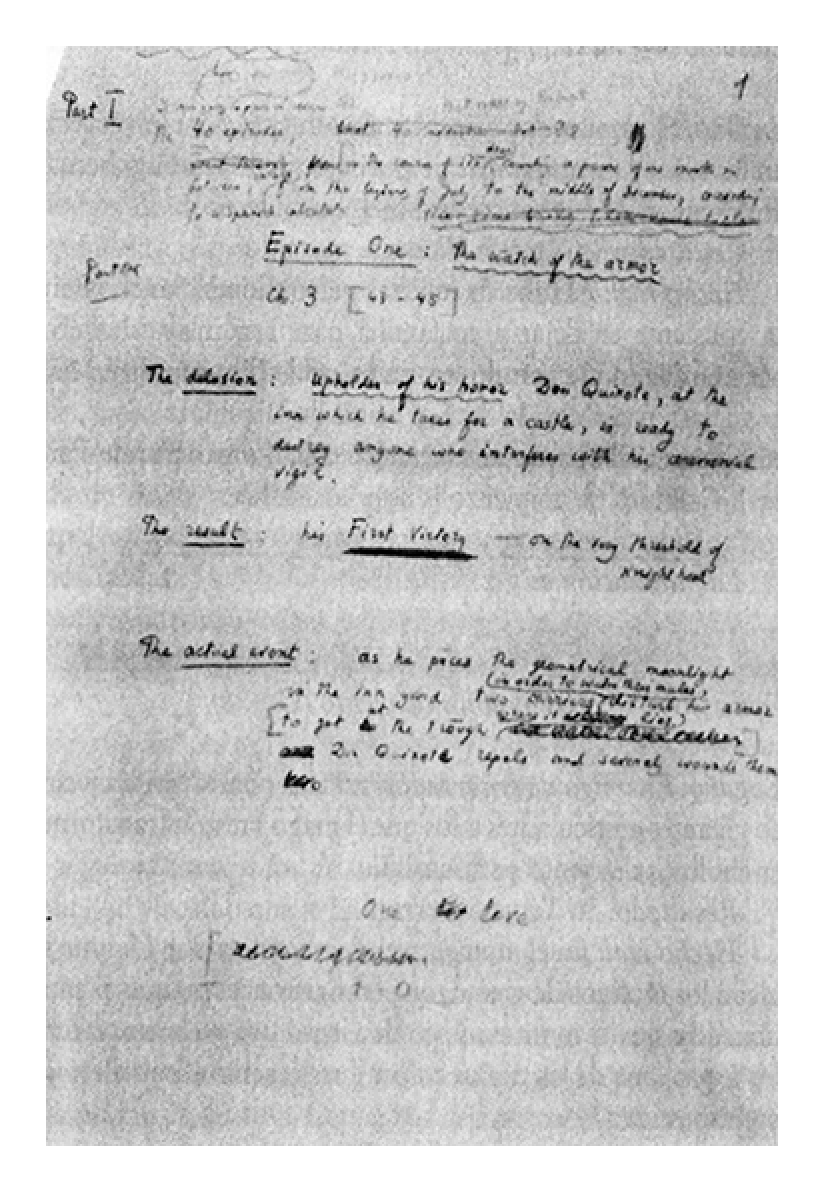


Gráfico de Nabokov con las victorias y las derrotas de Don Quijote.

Volver <<

[Figura 10]


Part I

Episode One : The watch of the armor

Ch. 3 [41 - 45]

The delusion : upholder of his honor Don Quixote, at the inn which he takes for a castle, is ready to destroy anyone who interferes with his ceremonial vigil.

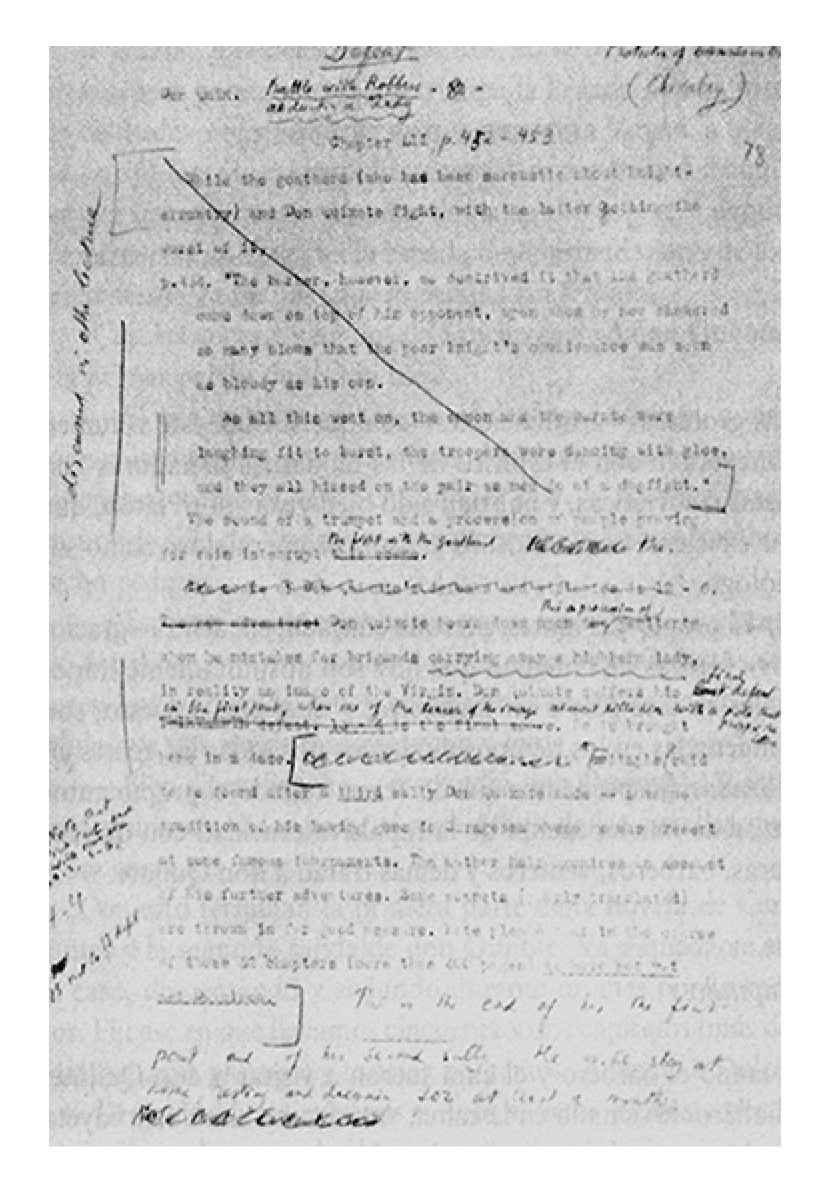
The result : his First Victory — on the very threshold of knighthood

The actual event : as he paces the geometrical moonlight in the inn yard

Informe de Nabokov sobre la primera victoria de Don Quijote.

Volver <<

[Figura 11]



Defeat

Battle with Robbers

Chapter LII p. 45[illegible] - 453

While the goatherd [illegible] and Don Quixote fight, with the latter getting the worst of it.

[illegible] "The barber, however, so contrived [illegible] come down on top of his opponent, [illegible] so many blows that the poor knight's countenance was soon as bloody as his own.

As all this went on, the canon and the curate were laughing fit to burst, the troopers were dancing with glee, and they all hissed on the pair as men do at a dogfight."

The sound of a trumpet and a procession [illegible] for rain interrupt this scene.

[illegible] Don Quixote [illegible] when he mistakes for brigands carrying away a [illegible] lady, in reality an image of the Virgin. Don Quixote suffers his [illegible]

[illegible]

[illegible]

Una página de notas y comentarios de Nabokov para el texto de «Victorias y derrotas».

Volver <<

NOTAS

[1] Vladimir Nabokov, *Strong Opinions* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973), pág. 5. <<

[2] En distintos momentos de los cursos de literatura que dictó en la Universidad de Cornell, Nabokov se ocupó de Jane Austen, Dickens, Stevenson, Joyce, Flaubert, Proust, Kafka, Tolstoi, Gógol, Turguéniev, Chéjov, Dostoyevski y Gorki. Los textos de esas lecciones pueden verse en *Lectures on Literature* (Nueva York y Londres: Harcourt Brace Jovanovich/Bruccoli Clark, 1980; versión española: *Curso de literatura europea*, Barcelona: RBA, 2010) y *Lectures on Russian Literature* (Nueva York y Londres: Harcourt Brace Jovanovich/Bruccoli Clark, 1981; versión española: *Curso de literatura rusa*, Barcelona: RBA, 2010). <<

[3] Al preparar la versión se ha procurado seguir fielmente el original inglés en este aspecto de la extensión de las citas, lo que en ocasiones ha obligado a alterar levemente la puntuación del texto cervantino. (*N. de la T.*). <<

[4] En este texto, las citas originales del Quijote se han transcrito de acuerdo con la siguiente edición *Obras completas de Cervantes*, 2 vols., I, Aguilar, Madrid, 2003.

Las notas sin indicación de procedencia pertenecen a la edición inglesa. (*N. de la T.*). <<

[5] Al final de las observaciones preliminares sobre tareas y condiciones del curso que hacía en la primera clase, Nabokov comentaba: «*El Quijote* es, entre otras cosas, nuestro campo de entrenamiento para aprender métodos de aproximación a Dickens, Flaubert, etcétera». <<

[6] Véase Paul Groussac, *Une énigme littéraire: Le Don Quichotte d’Avellaneda* (París: A. Picard, 1903), págs. 77-78 y nota. (Nota de V. Nabokov). <<

[7] Al final de esta frase, Nabokov señala aludiendo a Argamasilla:

«El pueblo de don Quijote, mencionado en las últimas páginas de la primera parte». Más que un hecho establecido, el que Argamasilla fuera ese pueblo es una tradición razonable, fundada en la circunstancia de ser el lugar de residencia de los seis académicos ficticios cuyos epitafios y otros versos ponen fin a la primera parte. Esa primera parte comienza con la frase: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo…». Cervantes no da el nombre del pueblo en ningún punto de la narración. <<

[8] Añadía aquí Nabokov dirigiéndose a sus alumnos: «que casi todos ustedes han *recobrado* bajo la dirección del profesor Finlay», en alusión al distinguido helenista John H. Finlay, quien en Humanidades I (durante el primer semestre) daba clases sobre cinco epopeyas, una de ellas el *Paraíso perdido*. <<

[9] Para sus alumnos añadía Nabokov la exhortación (anotada con su letra en lo que en este punto es un texto mecanografiado): «Comprobarán ustedes su conocimiento de estos nombres en el *Webster's*». <<

[10] La traducción de Putnam publicada por la editorial Viking pasó después a la Modern Library. Es desaconsejable la edición Viking Portable, en la que muchas partes del texto aparecen condensadas. Los críticos a los que se refiere Nabokov son Aubrey F. G. Bell en *Cervantes* (Norman: University of Oklahoma Press, 1947) y Joseph Wood Krutch en *Five Masters: A Study in the Mutations of the Novel* (Nueva York: Cape & Smith, 1930). La cita que sigue es del *Cervantes* de Bell, pág. 35. <<

[11] En una nota entre corchetes escribía Nabokov: «Véase Duffield, que señala que una cita de la Biblia que aparece en el *Quijote* no coincide con el texto usado normalmente por los católicos (la Vulgata de 1592, basada en la versión latina de san Jerónimo, del siglo IV), sino con la Biblia de 1569 de los reformistas españoles». Alexander James Duffield tradujo el *Quijote*, publicado en tres volúmenes, con notas de varios autores, en 1881. El texto al que se hace referencia es su libro *Don Quixote, His Critics and Commentators* (Londres: C. K. Paul, 1881), pág. 44. <<

[12] Duffield, pág. 66n: «No pretendo afirmar que Cervantes quisiera atacar la fe cristiana; decir tal cosa sería una grave calumnia; pero que manifestó sin miedo su desprecio del ritual papista y de la insolencia, la arrogancia y la tiranía clericales, eso no se puede negar. Uno de los métodos con que nuestro alegre y gran satírico destruyó para siempre a los sabios de pacotilla y a los caballeros andantes de cartón fue el de sacarlos a la luz de la verdad y del sentido común, obligando al mito, la ficción y la mentira a entrar en contacto con la realidad; y cuando hace rosarios de faldones de camisa, pone agua bendita en porrones, mitras y sambenitos en lomos de asno, y los huesos de los santos y la santidad de los frailes en la boca de Sancho, es para someter esas cosas a una prueba semejante». <<

[13] Duffield, págs. 94-95: «Yo digo que don Quijote estaba loco. Su locura no era resultado de lesión o debilidad del cerebro; no se enfurece como Cardenio ni es un idiota como Anselmo; es un monomaniaco, loco en lo tocante a una idea, y totalmente cuerdo, incluso sabio en extremo, en lo tocante a todas las demás. Su locura tiene asiento, más que en su cabeza, en su estómago, y habría podido curarse el día que hubiera querido. Esto no es producto de mi imaginación: es una afirmación del conocimiento distintivo y perspicaz del autor del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

»La España del siglo XVI estaba invadida de locos del mismo tipo, hombres de una idea fija. El país estaba en manos de locos: el rey, la Inquisición, los nobles, los cardenales, los curas y las monjas, todos ellos dominados por la exclusiva convicción, imperiosa y prepotente, de que para llegar al cielo había que pasar por una puerta de cuyas llaves eran ellos los guardianes. Ese convencimiento, que en algunos tomaba proporciones de pasión fiera, era lo que encendía las mentes de personas como Carlos V, Felipe II, Ignacio de Loyola, Torquemada, el duque de Alba, Cisneros, santa Teresa y la práctica totalidad de los espíritus rectores en el ejército, en la Iglesia, en la literatura incluso, y en todos los departamentos del Estado; y en la medida en que todos ellos se hallaban bajo la influencia de la monomanía, en la misma medida se asemejaban a don Quijote. Para nosotros tiene el mayor interés, por lo tanto, asegurarnos de que Cervantes sabía lo que tenía entre manos cuando se puso a hacer su mapa de la mente humana. Fue quizás el primero en navegar por su región más oscura, en hablarnos del carácter de esa oscuridad pavorosa y en mostrar cómo sobre ella podía brillar la luz salvadora. El placer que encierra la tarea de demostrar esta afirmación no es menor que el de seguir las aventuras de don Quijote en su país natal». <<

[14] La traducción es de Nabokov. (*N. de la T.*). <<

[15] En un pasaje tachado que sigue a éste escribía Nabokov: «Por lo cual la verdad es que da lo mismo a qué categoría asignemos las novelas de —perdón, me he prometido no citar nombres modernos—». La apología que sigue al guión está intercalada sobre los nombres entre corchetes (para su omisión opcional): «Galsworthy o Mannworthy, o Upton Lewis, o Jules Rolland». La distorsión de nombres era uno de los artificios predilectos de Nabokov. Thomas Mann, Upton Sinclair, Sinclair Lewis, Jules Romains y Romain Rolland no se contaban entre sus autores más queridos. <<

[16] En un pasaje tachado sigue diciendo Nabokov: «Las épocas de opresión en Rusia bajo Nicolás I o bajo Lenin y Stalin han visto también nacer novelas picarescas. Yo sugiero que Cervantes, en su época brutal y utilitaria, escogió la forma picaresca porque era la más segura; y para mayor seguridad le colgó la primera moraleja que se le ocurrió, y que en términos actuales sería: hay historietas que trastornan a la gente». <<

[17] Personaje de Dickens en su novela *Casa desolada*. (*N. de la T*). <<

[18] Añade Nabokov, poniendo primero entre corchetes y tachándolo después: «o "sangre, sudor y lágrimas", como diría otro señor mucho más gordo en otra ocasión mucho más trágica». <<

[19] Véase también el pasaje del capítulo 22 de la segunda parte donde habla de la erudición del caballero: «Oía todo esto Sancho [la conversación de don Quijote con Basilio], y dijo entre sí: “Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres, boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada”». O más adelante, en el capítulo 58, después de oírle perorar sobre las cuatro tallas que los artesanos destapan para que las vea: «Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria». Y no olvidemos el espléndido apostrofe que dirige al valeroso don Quijote cuando éste se apresta a descender a la cueva de Montesinos: «¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela a la luz desta vida, que dejas, por enterrarte en esta escuridad que buscas!». <<

[20] «Ya se han lanzado al mundo don Quijote y Sancho, suyos son todos los caminos, y sólo en el carácter de don Quijote llevan lo esencial para salir victoriosos de cualquier aventura que se presente. Los vínculos y las leyes de la sociedad real ya no existen, las limitaciones que imponen la estrechez de miras y la perversión de las costumbres quedan definitivamente vencidas; de aquí en adelante todas las decisiones sobre el bien y el mal las tomará el héroe visionario. Pues, como dice el propio don Quijote: “¿quién no sabe que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas, su voluntad?”. Pero, como la vida siempre restaura el equilibrio entre los extremos, así el idealismo del nuevo caballero halla sin proponérselo una lente correctora en el escudero, desprovisto de imaginación y de visiones. Este contraste se manifiesta, como hemos de ver, en innumerables detalles… Lógicamente ese contraste se ha de mantener a lo largo de toda su asociación, en virtud de la contradicción irreconciliable que existe no sólo entre las dos personalidades de don Quijote y Sancho, sino, por la esencia misma de la vida, entre nuestro cuerpo y nuestro espíritu, entre nuestros deméritos y nuestras virtudes, entre lo que ambicionamos y lo que conseguimos». *Cervantes*, en la serie Master Spirits of Literature (Nueva York: Duffield, 1919), págs. 215-216. <<

[21] «La tradición superficial ha reducido su maravillosa trama psicológica a una línea melódica de elemental sencillez. Don Quijote es un caballero valiente e idealista. Sancho es un bellaco positivo y cobarde. Lo que la tradición superficial no echa de ver es que esta línea antitética de primera impresión se resuelve en un delicado y complejo paralelismo, cuyo desarrollo es una de las maravillas de este libro genial. Sancho es en cierto modo una transposición de don Quijote en una clave distinta. Se trata de uno de esos casos de paralelismo que rara vez faltan en las grandes obras de arte. Como Laertes y Fortinbras lo son de Hamlet, como Gloucester lo es del rey Lear, Sancho es un paralelo de don Quijote, que da relieve a la figura principal y realza el diseño del conjunto.

»Ambos son hombres dotados de abundantes bienes de razón, intelectuales en don Quijote, empíricos en Sancho, y que, en un momento dado, pierden el equilibrio de la vida y del pensamiento a merced de una poderosa ilusión. Pero mientras en don Quijote esta ilusión flota en torno a un núcleo de gloria simbolizado en Dulcinea, en Sancho toma cuerpo sobre un impulso de ambición material encarnado en la ínsula. No en vano decía el cura: "Veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite"». *Don Quixote: An Introductory Essay in Psychology* (Oxford at the Clarendon Press, 1935), págs. 96-972 [Edición original: Guía del lector del «Quijote», Madrid, 1926, págs. 132-133].

[El texto inglés da como final de la cita esta frase, que traducimos por no haberla podido hallar en la obra de Madariaga: «Pues, en efecto, don Quijote y Sancho son hermanos de verdad, y su hacedor los sacó de un mismo modelo». (*N. de la T.*)]. <<

[22] Madariaga, pág. 120. [Págs. 161-162 de la edición original]. <<

[23] El aludido es Bell, en *Cervantes*, págs. 138-139. <<

[24] Aquí Nabokov se refiere a Krutch, en «Miguel de Cervantes», *Five Masters*, págs. 86-101. <<

[25] Bell, Cervantes, pág. 200: «De modo que Cervantes no es nunca irresponsable, y se defiende por adelantado de la acusación de ser un mero bufón, un “*lustiger Geselle*”. Podía haber sido tan serio como Tasso y Racine, podía haber sido tan atrevido como Rabelais o Ariosto; prefirió, con su discreción acostumbrada, seguir un camino intermedio, y en el humorismo resultante de ese compromiso se vio recompensado con un tesoro de hondura filosófica y humanidad genuina, cualidades en las que no le ha aventajado ningún otro escritor». <<

[26] Sobre la aplicación que hace Nabokov de la expresión «salto de caballo» y su significación véase su lección sobre el *Mansfield Park* de Jane Austen en *Lectures on Literature* (1980), pág. 57 [Curso de literatura europea, pág. 106]: «Al referirse especialmente a las reacciones de Fanny, Austen utiliza un recurso que designa el quiebro súbito a uno u otro lado del tablero de las emociones de Fanny». <<

[27] Más bien es al revés: el «augusto» es el payaso listo, o por lo menos serio, el de la cara pintada de blanco. (*N. de la T.*). <<

[28] *Ce petit pavillon isolé existait par lui-même, et rien ne faisait prévoir qu'il deviendrait le vestibule d'un chateau*. Paul Groussac, *Une enigme littéraire: Le Don Quichotte d'Avellaneda*, pág. 61. (Nota de V. Nabokov). («Ese pequeño pabellón aislado existía por sí solo, y nada hacía prever que fuera a convertirse en entrada de una mansión»). <<

[29] Capítulo 52 de la primera parte: «A las nuevas desta venida de don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vio a Sancho, lo primero que le preguntó fue que si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

»—Gracias sean dadas a Dios —replicó ella—, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo: ¿Qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?

»—No traigo nada deso —dijo Sancho—, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

»—Deso recibo yo mucho gusto —respondió la mujer—; mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío; que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

»—En casa os las mostraré, mujer —dijo Panza—, y por agora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

»—Quiéralo así el cielo, marido mío; que bien lo habernos menester. Mas decidme: ¿Qué es eso de ínsulas, que no lo entiendo?

»—No es la miel para la boca del asno —respondió Sancho—; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos.

»—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? […]

»—No te acucies, Juana [después se llamará Teresa], por saber todo esto tan apriesa; basta que te digo verdad, y cose la boca. Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad

que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí». <<

[30] Véase el Apéndice con el material fotocopiado que se distribuyó a los alumnos. <<

[31] El pasaje a que se refiere Nabokov dice así: «En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida». Cabe citar otro, menos exaltado pero no menos convencional, del capítulo 25 de la primera parte: «Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña, que, casi como peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible». [Es curioso que ni Nabokov ni Fredson Bowers —el preparador y editor de este libro— hayan reparado en el tono irónico de estos pasajes, bien visible incluso en sus versiones inglesas. (N. de la T.)]. <<

[32] Sobre la ficción de que el autor del *Quijote* fuera el moro Cide Hamete Benengeli véase el capítulo 9 de la primera parte. <<

[33] Nabokov añade entre líneas: «Por supuesto que los estudiantes de Harvard no leen por encima». <<

[34] En un fragmento suelto, Nabokov anota que en el capítulo 3 de la segunda parte, cuando se está hablando de la publicación de la primera «el bachiller Carrasco dice que uno de los defectos que se achacan al libro es el de que el autor haya insertado una novela (“El curioso impertinente”) que no tiene nada que ver con la historia de don Quijote. Este declara entonces “que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla, salga lo que saliere”, y cita don Quijote a un pintor que, cuando le preguntaban qué estaba pintando, decía: “Lo que saliere”. Es curioso que más adelante, en el capítulo 71, Cervantes repita la misma anécdota, sin acordarse de que ya la ha contado. Esto parece confirmar de manera bastante divertida que, en efecto, no hay mucho método [“discurso”] en el libro». <<

[35] Comenta Nabokov en el margen: «El propio Cervantes había estado preso en Argel, pero esta historia no vale más que las otras intercaladas, y su escenario, artificial y convencional, no está animado con ninguna pincelada de colorido real como sería de esperar». <<

[36] Añade Nabokov a lápiz: «El lector siente la tentación de seguir su ejemplo y largarse también». <<

[37] El comentario de Nabokov entre líneas en este punto es: «¿Alguien lo sigue? Yo no». <<

[38] Personajes de historietas estadounidenses de principios de siglo (los dos primeros) y de la época en que hablaba Nabokov (el último). (*N. de la T.*).
<<

[39] Madariaga, Cervantes [págs. 73-75 de la edición española]: «Así cae Cervantes escritor en los mismos vicios que Cervantes crítico satirizara en los libros de caballerías. Y es que, incapaz de generalizar en principios sus gustos espontáneos, Cervantes vivió una vida literaria llena de contradicciones, y sufrió con harta facilidad y frecuencia las influencias que más sinceramente condenó. No meramente en cuanto a estilo, sino también en cuanto a la misma sustancia de sus relatos. […] el propio Cervantes […] nos presenta buen número de estas doncellas errantes que ridiculiza cuando las ve cabalgar en sus palafrenes por los montes y llanuras de los libros de caballerías ["doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido" —capítulo 9 de la primera parte—], pero que le parecen aceptables lanzando al viento enrevesadas endechas en las solitarias cañadas de Sierra Morena, o mandando, tras arriesgadas aventuras, un velero bergantín. […] Así vemos que las dos fuerzas que actúan en su obra —vuelo de la imaginación y lastre de la realidad— no han llegado a su equilibrio. […] Pero ¡cuántas veces, dejándose llevar por el ejemplo de su propio héroe, galopa Cervantes con rienda suelta por los campos sin fin de la imaginación! Estos galopes imaginativos van casi siempre a parar a una escena pastoral, como los de su héroe van a dar en escenas de caballerías». [El texto inglés, tras un nuevo paréntesis, acaba la cita con la frase siguiente, que no hemos podido encontrar en la edición española de la obra de Madariaga, y que por lo tanto traducimos: «Hay, en efecto, razones para pensar que buena parte de la popularidad que inmediatamente conquistó el Quijote era debida precisamente al espíritu de romance desaforado que conservaba de aquellos países encantados de la literatura caballeresca y pastoril de donde procedía». (N. de la T.)]. <<

[40] Esta asociación de ideas de Nabokov se debe a un notable despiste de la traducción inglesa que cita, cuyo autor entendió la alusión que aquí se hace al sol sin nombrarle (el que presta su luz a la luna) como alusión a Dios, y así escribió: *of Him who lent it*, sin reparar en la incongruencia de semejante aparición en un contexto tan alejado de reflexiones místicas o metafísicas. (*N. de la T.*). <<

[41] En este punto Nabokov decía a sus alumnos: «Harán ustedes el favor de estudiar esos retales multicopiados de libros de caballerías que han recibido, que son pasajes de dos libros: 1) Le Morte d’Arthur, la obra de sir Thomas Malory sobre el rey Arturo y sus nobles, los Caballeros de la Tabla Redonda, como sir Tristán y sir Lanzarote, escrita en torno a 1470. Don Quijote se había empapado de sus versiones españolas, así como de romances pertenecientes al mismo ciclo temático, 2) Amadís de Gaula, del portugués Vasco Lobeira, de la segunda mitad del siglo XIV. El Amadís es, naturalmente, el gran favorito de don Quijote. Con las muestras entresacadas de ambas obras no se pretende sino dar una idea del tipo de cosas que le gustaban a don Quijote y que se reflejan en sus propias aventuras». Véase el Apéndice. <<

[42] En una hoja suelta tenía Nabokov la nota siguiente: «Nota sobre la Divina Comedia de Dante Alighieri: Dante puso a Tristán entre los pecadores carnales, en el segundo círculo del Infierno (que él visitó, guiado por el fantasma de Virgilio, en 1300). Y también, como ustedes recordarán, están allí Francesca de Rímini y su amante Paolo (que era hermano del marido de Francesca, señor de Rímini). Se habían besado por primera vez cuando estaban leyendo las aventuras de Lanzarote del Lago. En ese romance era Ginebra, la esposa del rey Arturo, la que besaba a Lanzarote». <<

[43] Nabokov añade: «En la segunda parte veremos el cumplimiento de este hermoso sueño, cuando los duques agasajen a don Quijote exactamente como aquí se dice (salvo que la modestia le impide dejarse desnudar). Pero ¡qué cumplimiento! No sé si sabría citar ningún otro libro en donde la crueldad gratuita se lleve a extremos tan diabólicos como en las escenas de la segunda parte que transcurren en el castillo ducal, en el que un crítico llamado Krutch afirma pasmosamente que don Quijote es agasajado por una amable duquesa». La alusión es a Krutch, Five Masters, pág. 97. [Detrás del nombre de Krutch, que suena igual que crutch, «muleta» en inglés, Nabokov añadía el inciso: «y que eso es lo que necesita». (*N. de la T.*)]. <<

[44] El manicomio más antiguo de Inglaterra, situado en Londres. (*N. de la T.*). <<

[45] Nabokov cita aquí a Bell, *Cervantes*, pág. 12. Lo siguiente es una cita típica, de las págs 12-13: «Esta espaciosidad es, en efecto, la nota característica de España, y en este aspecto como en otros Cervantes era un representante genuino de la España del siglo XVI, de la España de todas las épocas. Havelock Ellis, al describir a Cervantes (“tan dulcemente humano como Chaucer”) añadía que era “el español más típico”. Por su moderación tolerante, su humor jovial, su acogedora humanidad, su orgullo susceptible y su cortés dignidad, lo mismo que por su coraje, su energía y su resistencia, era un verdadero español, un verdadero castellano. En casi todas las escenas y capítulos de sus obras hay una nota de llaneza alegre y risa franca, y diríamos también que mucha jovialidad. […] En estas páginas aparecen españoles de todas clases, un gentío de figuras de gran vividez; pero el carácter general que se dibuja es el de una nación con sensibilidad y agudeza de ingenio, con sentido del humor y sentido de la humanidad».

Nabokov anota también: «un tal sir Herbert J. C. Grierson, graciosísimo, en un artículo miserable, *Don Quixote: Some War-time Reflections on Its Character and Influence*, English Association, Pamphlet n.º 48 (Londres, 192.1), pág. 4». <<

[46] «Y despidiendo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veinte pesetes y reniegos de quien allí le había traído, [Sancho] se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día. Levantó luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en saga». <<

[47] «Pero como [el arriero] vio que la moza forcejeaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote, se las paseó todas de cabo a cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero […]

»[…] el cual [Sancho], viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

»[…] daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras, dábanse tan sin compasión, todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana». (Capítulo 16). <<

[48] Nabokov, parafraseando un tanto la escena y posiblemente para su propia diversión, trasladó el parlamento del galeote al dialecto de los negros. <<

[49] A continuación de esta frase hay una página entera que Nabokov marcó para suprimir, posiblemente por limitaciones de tiempo. Dice así: «“Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo”. (La traducción de Cohen dice *the oddest* [el más extraño], la de Putnam *the drollest* [el más gracioso]; yo prefiero la segunda). Así dice Cervantes en el prólogo a la segunda parte. Estaba trabajando en el capítulo 59, en torno a 1612, cuando descubrió —o fingió descubrir— la llamada continuación espuria de su *Quijote* escrita por el misterioso y posiblemente también espurio Alonso Fernández de Avellaneda, que había nacido en Tordesillas y publicó su *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* en Tarragona. El pasaje sobre el loco va a ser una parábola de lo difícil que es escribir un libro tan bueno como el Quijote de verdad, tarea para la cual Avellaneda, según nuestro autor, no tenía facultades.

»“Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo”. Prepárate, lector, para una explosión de hilaridad que va a catapultarte a todas las cosas graciosas de la segunda parte. Este loco, sigue diciendo Cervantes, cogía una caña hueca afilada por una punta, y luego atrapaba un perro en la calle o donde fuera; y sujetando con un pie una de las patas traseras del animal y levantando la otra con la mano, le acomodaba el canuto “en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota”». <<

[50] Don Quijote sigue a las aldeanas con la vista, «y cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

»—Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? […] Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea —según tú dices, que a mí me pareció borrica—, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

»—[…] Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, o sillón?

»—No era —respondió Sancho— sino silla a la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, según es de rica.

»—Y ¡que no viese yo todo eso, Sancho! —dijo don Quijote—. Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres». <<

[51] El bachiller, tras tomar la distancia necesaria, volvió las riendas a su caballo y se dirigió contra don Quijote a mediano trote, que era lo más que podía hacer su jamelgo. Pero, al ver que don Quijote no le hacía frente, porque se había distraído ayudando a Sancho a subirse a un alcornoque, «detuvo las riendas y parose en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de tal manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo; porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, o no acertó, o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos, con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto». <<

[52] El indicio más declarado, pero aun así ambiguo, se encuentra al final del capítulo 41. Sancho está haciendo un adornado relato de sus experiencias a lomos del caballo mágico Clavileño, cuando atisbo sobre la venda que le tapaba los ojos; pero cuando dice que al llegar a la constelación de las Cabrillas se puso a jugar con éstas mientras el caballo le esperaba, don Quijote niega la posibilidad de tal cosa, pues no había atravesado la esfera del fuego, como habría sido necesario para llegar al cielo donde están las Cabrillas. Sancho afirma tercamente ser verdad lo que dice, lo cual divierte a los duques, y el capítulo termina así: «Y llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo: "Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más"». En el capítulo 23 Sancho había empezado declarando rotundamente, tras oír el relato del caballero: «Pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios —que iba a decir el diablo— si le creo cosa alguna». Sin embargo, niega resueltamente que su señor haya dicho mentira, afirmando que «aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda». Esto lo niega don Quijote con denuedo, pero cuando llega a contar que entre las damas reconoció a Dulcinea y a las otras dos mozas, Sancho Panza «pensó perder el juicio, o morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto».
<<

[53] Este «atrevimiento» pasa a ser *presumption* (también «presunción») en la versión inglesa. El preparador de la edición inglesa señala que, en un comentario marginal tachado, Nabokov anotaba: «Me gusta la palabra *presumption* en este contexto». (*N. de la T.*). <<

[54] Don Quijote inicia así sus consejos: «Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recebir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vees premiado de tus deseos. […] Tú, que para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más te vees gobernador de una ínsula como quien no dice nada. Todo esto digo ¡oh Sancho! para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está ¡oh hijo! atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones. […]

»—[…] Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos. Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico. Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre. Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia. […] Al culpado que cayere debajo de tu jurisdición considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia». <<

[55] Nabokov añade este comentario: «Es una gran lástima que en la traducción abreviada que aparece en el *Cervantes* de la serie Viking Portable se omitan este y otros pasajes importantes. Les desaconsejo todas las versiones abreviadas». <<

[56] En este punto Cervantes inserta un apóstrofe apasionado del supuesto narrador de la historia, Cidi Hamete benengeli: «¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo con que razón se movió aquel gran poeta cordovés a llamarte “dádiva santa desagradecida”! […] ¿Por qué quieres esstrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas a dar pantalla a los zapatos, y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? […] ¡Miserable de aquél, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!». Todo esto, sigue diciendo Benengeli, «se le renovó a don Quijote en la soltura de sus puntos; […] a quien tomara […] aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza». <<

[57] Por otra parte, en una página del primer borrador, más tarde marcada para su supresión, Nabokov señalaba que Sancho abandona a su amo por un señor rico que le paga y le alimenta bien, mientras que don Quijote, engañado por don Alvaro, acude a Toledo en busca de enemigos que vencer y allí acaba sus días de caballero andante en un manicomio: «Allí le encierran, se cura, abandona el manicomio y pronto vuelve a su locura, y recorre Castilla la Vieja encontrando muchas fantásticas aventuras. En el puesto de Sancho toma por escudero a una mujer embarazada que va disfrazada de hombre, y se sorprende mucho cuando da a luz. Tras dejarla en una posada en buenas manos, parte en pos de nuevas aventuras, tomando el nombre de Caballero de los Trabajos. Así termina el libro de Avellaneda, y no es extraño que Cervantes se hartase y decidiera matar a su héroe antes que dejarle corretear por toda España bajo falsos colores y con escuderos preñados. Avellaneda es el culpable, en cierto modo, de la muerte de nuestro hombre». <<

[58] En la frase «Caballero de los Espejos lunares» del manuscrito de Nabokov, la palabra «lunares» es una adición posterior, y el texto original decía: «Caballero de los Espejos y ahora Caballero de la Luna Pulida, espejo de mago, claro está». <<

[59] *Moonburst* dice Nabokov, inventando una palabra análoga a *sunburst*, literalmente «eclosión de sol», que se aplica al resplandor súbito del sol cuando su luz encuentra paso entre las nubes. Nabokov parece haber sido muy aficionado a esta clase de juegos de palabras. (*N. de la T*.). <<

[60] Cuando, en el capítulo 64 de la segunda parte, el Caballero de la Blanca Luna le derriba del caballo y le amenaza con la muerte, don Quijote defiende con ánimo indomable el ideal que le inspira: «Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra"». Para Carrasco la cuestión de la belleza había sido un mero pretexto para combatir; de ahí que responda: «[…] viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla». <<

[61] La respuesta de don Antonio, aunque interesada, puede despertar un eco de coincidencia en el lector: «¡Oh, señor, Dios os perdone el agravio que habeis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él!». <<

[62] El autor aludido, según anota Nabokov, es Krutch en Five Masters, pág. 78. El pasaje completo dice así: «Muchas veces se ha alabado la fecunda inventiva de Cervantes, pero el verdadero prodigio no está en que supiera inventar aventuras incontables para su Caballero y su Escudero, sino en que en todas ellas, lo mismo que en esa breve que acabamos de citar [la de los batanes], cada uno de los personajes a la vez acierte y yerre. Ni una sola vez gana el caballero; pero tampoco, en otro sentido, pierde jamás. Al comienzo de cada nuevo incidente vemos por qué va a fracasar, pero nunca nos parece que deba ser así. En son de burla se le moteja de "Caballero de la Triste Figura"; pero, como tantos que han adoptado con ufanía el epíteto que alguien les lanzó en un principio para mofarse, no lo lleva con vergüenza, sino con orgullo. Su obligación no es triunfar ni andar alegre —para eso ya están los Sanchos—, sino ser coherente. La caballería es el ideal más noble que conoce, y no pregunta si trae cuenta». <<

[63] Los encuentros que Nabokov comenta con detalle son cuarenta, pero en esta enumeración de las distintas capacidades de don Quijote se citan cincuenta y tres episodios, porque hay algunas duplicaciones. Los episodios n.º 30 y 34 se repiten bajo la octava categoría, la de don Quijote como *reparador de agravios*. <<

[64] Los episodios n.º 22, 23 y 29 se repiten en la octava categoría de don Quijote como *reparador de agravios*. <<

[65] El episodio n.º 7 se repite en la novena categoría de don Quijote como enemigo de encantadores; el episodio n.º 37 se repite ahí y en la octava categoría de don Quijote como *reparador de agravios*. <<

[66] El episodio n.º 24 se repite en la novena categoría de don Quijote como *enemigo de encantadores*. <<

[67] El episodio n.º 14 se repite en la novena categoría de don Quijote como *enemigo de encantadores*. El episodio n.º 30 se repite en la novena categoría, y ya antes se había enumerado en la primera, así como en la sexta de *defensor de doncellas en apuros*. El episodio n.º 37 se repite en la novena categoría y ya se había enumerado en la sexta. <<

[68] Esto no es enteramente exacto, debido a la extensa duplicación que hay entre esta categoría y otras anteriores. De hecho, sólo son once los encuentros que aquí se enumeran y que no lo habían sido antes: los n.º 4, 6, ix, 12, 13, 15, 21, 25, 32, 35 y 36. <<

[69] Relleno que inserta aquí Nabokov por su cuenta, con doble sentido en lo que a la lana se refiere, porque en inglés lo lanoso es también lo confuso, lo poco claro. (*N. de la T.*). <<

[70] En las anotaciones desechadas de donde sacó la forma final de «Victorias y Derrotas», Nabokov añadía: «aunque creo que los únicos países europeos donde todavía había duelos antes de la última guerra eran España, Italia, Francia, Hungría y Polonia». <<

[71] Nabokov añade en una nota: «para limpiar el paño (o batir el hierro)». <<

[72] Hemos adelantado el cierre de las comillas, que en la edición inglesa se situaba en el punto siguiente, porque sólo hasta aquí coincide la cita con las palabras de Clemencín. El resto hasta «que afean el libro», sin ser cita literal, refleja fielmente, de todos modos, su opinión sobre los descuidos de Cervantes. En la edición inglesa se inserta aquí esta nota: «Prólogo a la edición del *Quijote*, en el primero de los seis volúmenes que componen su edición de la obra, Madrid, 1833-1839». Nabokov parece haber tomado la cita de una fuente secundaria. (*N. de la T.*). <<

[73] En el margen Nabokov anota esta frase como paráfrasis de Groussac. La segunda mitad, desde «toleraba la Inquisición», está tachada con una línea oblicua. <<

[74] Nabokov anotó en el margen que esta frase es (muy modificada) una paráfrasis de Madariaga. <<

[75] Nabokov había prolongado la frase con estas palabras, que después suprimió: «como la sombra que arroja en la pared algo iluminado por varias luces en movimiento desde distintos ángulos». <<

[76] Sancho, molido por el manteo pero aún más por los efectos del bálsamo mágico, es socorrido por Maritornes, que le da de beber: «mas, como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trújese [el jarro que le ha acercado] de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno, y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas». <<

[77] A continuación añadía Nabokov: «Tenemos que fiarnos del traductor: es una pena que no podamos admirar esto en español y así establecer un contacto más estrecho con el puro estilo castellano». <<

[78] Nabokov completa la mención de Sierra Morena con esta anotación: «Cordillera en la parte sudoccidental de España; el pico más alto alcanza unos ocho mil pies, y el paralelo está entre los de Filadelfia y San Francisco, si eso significa algo para ustedes, que nunca han aprendido geografía, y no tienen el menor sentido de la figuración del mundo. ¿Adónde se llega siguiendo derecho hacia el norte por el meridiano que pasa por Río de Janeiro? A la punta de Groenlandia; todo este continente de América del Norte se deja a un lado». <<

[79] Una canción clásica del *country* estadounidense. (*N. de la T*.). <<

[80] Nabokov parafrasea el final de la cita en la versión inglesa que maneja, donde «conseguir su buena intención» se traduce por *carry out their clever scheme*, «llevar a cabo su ingenioso plan». <<

[81] Después de esta cita Nabokov había escrito un párrafo muy breve: «Lo que viene a continuación recuerda vívidamente cómo se defendía más de un nazi cuando le juzgaban por sus crímenes». Debía referirse a lo que cuenta el cautivo de cómo algunos cristianos renegados se protegían reuniendo testimonios favorables de cautivos que tenían bajo su custodia, para el caso de que volvieran a su país. Este renegado en concreto ayuda al cautivo y se escapa con él. <<

[82] Sobre la segunda canción indica Putnam en una nota que «se dice que fue puesta en música por don Luis Salvador en 1591, catorce años antes de la publicación del *Quijote*». (Nota de V. Nabokov). <<

[83] Nabokov reproduce la nota de Putnam: «El *sambenito* era el vestido que se ponía a aquellos que, juzgados por la Inquisición, confesaban y se arrepentían. Era una prenda de tela amarilla, con demonios y llamas pintadas, y los condenados la llevaban puesta a la hoguera». <<

[84] Se recordará que a Sancho se le olvidó la carta que le diera don Quijote en Sierra Morena para llevársela a Dulcinea, y por lo tanto hubo de inventarse un cuento sobre su entrega y recepción. Lógicamente, el caballero cuenta con que Sancho le guíe al palacio de la dama. <<

[85] Nabokov cita la nota de Putnam: «Estos parlamentos de Sancho pueden parecer enteramente fuera de lugar, y el autor tiene conciencia de ello. En la primera parte este aspecto no preocupó mucho a Cervantes, y en la segunda no cabe duda de que quiso presentar un cierto desarrollo no sólo del caballero, sino también del escudero. […] Es concebible que Sancho, que, por muy obtuso que a veces pueda parecer, no es tonto, haya asimilado de su amo mucho de la jerga de la caballería y algo del florido lenguaje de don Quijote». <<

[86] Se encuentra, dice exactamente Nabokov, en el *Rubaiyat* traducido por Edward Fitzgerald. Éste es el texto inglés: *But helpless Pieces of the Game He plays / Upon this Chequer-board of Nights and Days; / Hither and thither moves, and checks, and slays, / And one by one back in the Closet lays*. (*N. de la T.*). <<

[87] Nabokov cita la nota de Putnam, que decía que «los leones enviados de Orán habrían desembarcado en Cartagena, y por lo tanto don Quijote y los suyos no se los habrían encontrado en el camino de Zaragoza». <<

[88] No es eso lo que dice el texto, sino lo siguiente: «el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así, se fueron a la aldea de Basilio; que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe». (*N. de la T.*).
<<

[89] En la retractación que hace don Quijote en su lecho de muerte de su afición a los libros de caballerías no se menciona la cueva de Montesinos. <<

[90] Nabokov cita la nota de Putnam: «El objeto de la alusión es la continuación espuria de la primera parte hecha por Fernández de Avellaneda. Según Rodríguez Marín, Cervantes estaba pensando en escribir este capítulo "cuando apareció el Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, escrito por el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda e impreso en Tarragona, en 1614". Véase el prólogo a la segunda parte». <<

[91] Nanokov cita a Ormsby según la nota de Putnam: «En el capítulo segundo de su continuación, Avellaneda hace que Aldonza Lorenzo escriba a don Quijote amenazándole con darle de palos si vuelve a llamarla princesa y Dulcinea, y don Quijote, dolido por su ingratitud, decide buscarse otra dama». <<

[92] Nabokov cita la nota de Putnam: «Fue el propio Cervantes quien, en el capítulo 7 de la primera parte, llamó Mari Gutiérrez a la mujer de Sancho; pocos renglones más arriba, en el mismo capítulo, le había dado el nombre de Juana Gutiérrez, y en el capítulo 52 de la primera parte es Juana Panza». <<

[93] Nabokov cita la nota de Putnam: «En este capítulo el autor revela claramente su idea del carácter de Sancho, y se ve el respeto que sentía hacia el escudero y hacia el tipo campesino en general. Es éste un aspecto que Aubrey F. G. Bell [que tiende a idealizar a Sancho —*Nabokov*] subraya a lo largo de su *Cervantes*. Sancho no es ni glotón ni borracho, ni un vulgar bufón; es "gracioso", que es cosa bien distinta. En esto está uno de los pecados principales de Motteux y de otros traductores al inglés, que pretenden hacer de él un payaso *cockney*». <<

[94] Nabokov añade aquí una nota: «N. B. esto: es dudoso que hoy día se pudiera hacer en Rusia ningún comentario semejante a propósito de la policía política». <<

[95] Nabokov anota a lápiz al margen de este parlamento: «DQ el Reparador de Agravios se rinde aquí al DQ paladín de una Dama Imaginaria: se le olvida que liberó galeotes, y sólo atiende egoístamente a su sueño evanescente». <<

[96] Es su pluma personificada la que habla. (*N. de la T.*). <<

[97] Hemos tomado estas citas de la traducción de Francisco Torres Oliver, *La muerte de Arturo* (Madrid: Ediciones Siruela, 1985). (*N. de la T.*). <<

[98] Esta redacción del pasaje es de V. Nabokov. <<